ELLEN MARIE WISSEMAN

El secreto de las hermanas Blackwood

Julio de 1931. Lilly (9 años) vive encerrada desde que nació en el desván de su casa, Blackwood Manor, una propiedad rural dedicada a la cría de caballos. Su madre le ha inculcado que es un monstruo, y que ese encierro es una manera de protegerla. La madre, que se dice temerosa de Dios, solo le permite una ocupación: leer la Biblia. Una vez por semana Lilly recibe la visita de su padre, que, a escondidas, le ha enseñado a leer, le lleva libros y hasta le ha regalado un gatito. Durante un viaje del padre, una noche la madre saca a Lilly y la vende a un circo; al padre le dirá que se escapó y que no sabe dónde está. Lilly, aterrada, se siente culpable: debe de ser muy mala para que su madre la castigue así. El comprador, Merrick, ahora su tutor legal, le repite que a partir de ahora su casa es el circo y que no le servirá de nada intentar escaparse: la gente, espantada al verla, la matará. Entre maltratos continuos, la deja al cuidado de su amante, Glory, la única compañía afectuosa de Lilly durante el durísimo proceso de doma a que la somete Merrick, que la destina a la sección de los fenómenos. Cada vez que Lilly se rebela, amenaza con llevarla a otra sección donde las mujeres se desnudan para los hombres, o a otra peor: el burdel.

Ellen Marie Wiseman

El secreto de las hermanas Blackwood

Título original: *The Life She Was Given*
Ellen Marie Wiseman, 2017
Traducción: Mado Martínez, 2018

-

Revisión: 1.0
25/03/2021

A Benjamin y Jessica.
Sois mi mayor logro.
Os amo más allá de las palabras.

CAPÍTULO 1

LILLY

Julio de 1931
Blackwood Manor Horse Farm
Debbin's Comer, Nueva York

LILLY BLACKWOOD, DE NUEVE AÑOS, SE PLANTÓ EN LA buhardilla del ático de Blackwood Manor por milésima vez, deseando que la ventana se abriera y poder así oler el aire fresco. Al día siguiente sería su cumpleaños y no podía pensar en un regalo mejor que aquel. Seguramente, papá le traería un vestido nuevo y otro libro cuando volviera de Pensilvania, pero había estado lloviendo y quería saber si afuera se estaba igual que adentro. Se preguntó si las gotas de lluvia habrían impregnado el ambiente de suavidad y frescura, como le pasaba al agua cuando se daba un baño de esponja. ¿O afuera también estaría el aire caliente y pegajoso como el de su cuarto? Le había pedido cientos de veces a mamá que cambiara la ventana por otra que pudiera abrir, y quitar aquella reja enroscada para poder ver mejor, pero mamá, como de costumbre, nunca la escuchaba. Si mamá supiera que papá la dejaba jugar en la otra parte del ático cuando ella se iba a misa, papá estaría en apuros.

Más que cuando la enseñó a leer; más incluso que cuando le regaló una gata en su tercer cumpleaños. Lilly suspiró, sacó el telescopio por el alféizar, y arrimó el ojo. Por lo menos era verano y no tenía que rascar el hielo del cristal.

Papá llamaba a aquella hora del día «crepúsculo», cuando el paisaje parecía pintado únicamente con dos colores, verde y azul. La hilera de pinos al otro lado del establo, pasando por los prados donde jugaban los caballos, parecía hecha del mismo fieltro que Lilly usaba como mantas para las muñecas. Las sombras, cada vez más oscuras, estaban por todas partes.

Fue deslizándose por el borde del bosque buscando al ciervo que había visto el día anterior. Ahí estaba el sauce torcido; la roca junto al arbusto que el invierno pasado se puso roja; el tronco quebrado junto a la valla de piedra; y ahí estaba la… Paró y volvió con el telescopio a la valla. Había algo diferente al otro lado del bosque, cerca de las vías del tren que atravesaban el lejano prado. Apartó el telescopio del ojo, parpadeó, miró nuevamente y jadeó. Le silbó el pecho, como cada vez que se ponía nerviosa.

Había una serie de luces azules, rojas, amarillas y verdes, como las que papá colgaba en su cama en Navidades, colgando sobre una gigantesca casa de tela. Había otras luces rodeando más casas con forma de fantasmillas regordetes. Lilly no pudo distinguir las palabras, pero también había señales con letras iluminadas por bombillas de colores. Las banderas ondeaban desde lo alto de sus postes, y una línea de luces amarillas flotaba a lo largo de las vías del ferrocarril. Parecían las ventanas de un tren que estuviera detenido. Uno de los largos.

Lilly dejó el telescopio, esperó a que sus pulmones dejaran de silbar, fue a la estantería y cogió su libro ilustrado favorito. Pasó las páginas hasta encontrar lo que estaba buscando —un colorido dibujo de una tienda a rayas rodeada de vagones, caballos, elefantes y payasos—. Se apresuró de vuelta a la ventana para comparar la forma de la tienda del libro con la casa brillante del otro lado del bosque.

Estaba en lo cierto.

Era un circo.

Y podía verlo.

Normalmente, las únicas cosas que podía ver a través de su ventana eran caballos y pastizales, y a papá trabajando junto a su ayudante junto a las vallas blancas, o el establo amarillo de los caballos. A veces, mamá paseaba cruzando los pastos hasta el establo, con su larga melena rubia arrastrándose tras ella como un velo. Otras veces, los camiones paraban a la entrada del establo y el ayudante de papá subía y bajaba los caballos de los remolques o descargaba sacos y balas de heno. Una vez, dos hombres vestidos con ropas anchas —papá los llamó gandules— se encaminaron hacia la entrada, donde el ayudante de papá salió a recibirlos con la escopeta. Cuando Lilly tenía suerte, podía ver a los ciervos asomando por el bosque, o a los mapaches corriendo a lo largo de la valla en dirección al cobertizo, o el tren acercándose por las vías. Y si pegaba la oreja a la ventana, el ruido de la maquinaria del tren o el pitido del silbido llegaban hasta ella atravesando el cristal.

Pero ahora había un circo ahí fuera, al otro lado de la ventana. ¡Un circo de verdad, en ese mismo instante! Por primera vez en su vida, estaba viendo algo diferente y lo estaba viendo en vivo, no en un libro ilustrado. Se puso muy contenta, pero al mismo tiempo, también se puso triste. Si no se hubiera pasado la tarde leyendo, habría podido ver cómo descargaban las cosas del circo en la parada del tren; podría haber visto cómo traían las tiendas; podría haber visto los elefantes, las cebras y los payasos. Ahora estaba demasiado oscuro para ver nada salvo las luces.

Dejó el libro y contó los travesaños de la ventana. A veces contar la hacía sentirse mejor. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Nada. No funcionaba. No podía dejar de pensar en lo que se había perdido. Apretó la oreja contra el cristal. A lo mejor podía oír los gritos del director o la música del circo. Pero lo único que oyó fue el pitido de su pecho y los latidos acelerados del corazón.

En el alféizar de la ventana, su gata, Abby, se despertó y parpadeó

con somnolencia. Rodeó con el brazo al atigrado felino anaranjado, atrayéndola hacia sí, y hundiendo su nariz en el suave pelaje del animal. Abby era su mejor amiga y la gata más lista del mundo. Podía apoyarse en sus patitas traseras para dar besitos y levantar la zarpita para tocarla y llamar su atención. Incluso podía saltar a la cama de Lilly o bajarse de ella cuando se lo pedías.

—Apuesto a que mamá irá al circo —dijo Lilly— porque la gente no le tiene miedo, así que ella no tiene por qué preocuparse de eso.

La gata ronroneó.

¿Cómo será el hombre elefante?, se preguntó Lilly. *¿Qué se sentirá al tocarle la piel arrugada y quedarte mirando esos ojos marrones y grandotes? ¿Y montar en el caballo rosa y blanco de un carrusel? ¿Cómo será? ¿O caminar entre la gente, comer cacahuetes y algodón de azúcar? ¿Y ver un espectáculo de leones auténtico, en vivo y en directo?*

Había noches en las que, tras apagar las luces y acurrucarse en la cama, los pensamientos salían de su mente abandonando la habitación, corriendo escaleras abajo. Había leído bastantes libros como para saber que la casa tenía más de una planta, y se imaginaba a sí misma escabulléndose por el ático, encontrando una escalera, abriéndose paso por las plantas inferiores de Blackwood Manor, y saliendo por la puerta principal.

Se imaginó allí fuera, con los pies sobre la tierra, respirando profundamente, oliendo a algo más que madera vieja, telarañas y polvo caliente, para variar.

Durante las visitas semanales de papá, uno de sus juegos favoritos consistía en adivinar a qué olía su ropa. A veces olía a caballos y heno; otras veces a betún o humo, pan horneado o… ¿Cómo se llamaba esa cosa que se suponía que era una mezcla de limones y cedro? ¿Colonia? Bueno, fuera lo que fuese, olía bien.

Papá le había hablado mucho del mundo exterior. También sabía cómo era por lo que había leído en los libros, pero no tenía ni idea de lo que era sentir la hierba entre los dedos, ni cómo era el

tacto de una corteza. Sabía que las flores eran aromáticas porque su padre le traía un ramillete cada primavera, pero se moría por pasear a través de un campo de margaritas y dientes de león y poder sentir la tierra y el rocío en los pies descalzos. Quería oír a los pájaros cantando y escuchar el viento. Quería sentir la brisa y el sol sobre su piel. Había leído todo lo que se podía leer sobre plantas y animales, podía recitar el nombre de cada uno de ellos si era necesario, pero al margen de Abby y el ratón que había visto correr por el zócalo aquel invierno, jamás había visto ningún otro animal de cerca.

Su otro juego favorito era escoger un lugar en el atlas y leer todo lo que pudiera sobre él para, seguidamente, planear un viaje hasta quedarse dormida, decidiendo qué hacer y dónde ir cuando estuviera allí. Su lugar favorito era África, donde se imaginaba corriendo con los leones, los elefantes y las jirafas. A veces imaginaba que rompía la ventana de la buhardilla, se arrastraba hasta el tejado y se deslizaba hacia abajo por un lateral de la casa, escapando furtivamente hasta el establo para ver los caballos. Y es que por todo lo que había visto y leído, eran sus animales favoritos, aparte de los gatos, por supuesto. No es solo porque fueran fuertes y hermosos, sino porque podían tirar de remolques, trineos y arados. Dejaban que la gente los montase y podían encontrar el camino de regreso a casa si se perdían. Papá decía que los caballos de Blackwood Manor estaban demasiado alejados de la ventana del ático, así que Lilly los bautizó con nombres de su propia invención: Gypsy, Eagle, Cinnamon, Magic, Chester, Samantha, Molly y Candy. Cómo le habría gustado acercarse a ellos, acariciarles las crines y cabalgar sobre sus lomos por los prados. Si esos estúpidos barrotes de la ventana que mamá decía que eran por su propio bien no estuvieran ahí… Entonces recordó la advertencia maternal, y sus sueños se convirtieron en pesadillas.

—Esos barrotes son para protegerte —le había dicho su madre en más de una ocasión—. Si alguien se atreviera a entrar y te viera se asustaría, y trataría de hacerte daño.

Cuando Lilly le preguntó por qué tendrían que tener miedo de ella, mamá le dijo que era porque era un monstruo, una

abominación. Lilly no sabía lo que era una abominación, pero sonaba mal. Bajó los hombros y suspiró en mitad de la quietud de su habitación. No habría circo para ella. Ni ahora ni nunca. Jamás podría salir del ático. El único modo en el que podría ver el mundo sería a través de los libros. Papá decía que afuera el mundo tampoco es que fuera una maravilla, como ella creía, y que debía estar agradecida y feliz por tener una cama caliente y comida que echarse a la boca. Había mucha gente que no tenía casa ni trabajo, y tenían que hacer cola para que les dieran un trozo de pan y algo de sopa. Le contó algo sobre bancos y dinero, y no sé qué crisis financiera, pero ella no entendió ni jota. Y tampoco la hizo sentir mejor, la verdad.

Rodeó a Abby entre sus brazos y se sentó en la cama de hierro que había medio escondida debajo de un rincón de papel pintado de un cielo azul redondeado. La lámpara de su mesilla de noche proyectaba sombras alargadas sobre el suelo de madera, lo cual significaba que pronto oscurecería y sería hora de apagar la luz. No quería olvidarse de apagarla. De lo contrario, tendría que aguantar las monsergas de mamá, siempre con la misma cantinela. Le había dicho más de cien veces que si alguien veía luz en su habitación y la descubría allí se la llevarían lejos y nunca más volvería a verlos. Pero la semana anterior hubo una noche que se olvidó de hacerlo porque había empezado a leer un libro nuevo y se había quedado durmiendo.

Dejó a la gata en la cama y examinó las cicatrices de sus dedos. Papá tenía razón, la loción estaba surtiendo efecto. ¡Pero hay que ver cómo quemaba la llama de la lámpara de mamá!

—La letra con sangre entra —había dicho mamá.

Lilly estuvo a punto de preguntarle si la Biblia decía algo sobre aquello de la letra con sangre entra, pero al final no se atrevió. Se suponía que debía saber lo que decía la Biblia.

—Me pregunto que haría mamá si supiera que me paso el día leyendo los libros de papá en lugar de esa vieja Biblia —le dijo a Abby.

La gata restregó el hocico contra el brazo de Lilly. Después se hizo un ovillo y se volvió a dormir.

Cogió la Biblia de la mesilla de noche —no se habría atrevido a ponerla en ningún otro lugar—, movió el punto de lectura hasta situarlo unas cuantas páginas más adelante, y volvió a dejarla en el mismo sitio. Mamá solía revisar cuánto avanzaba la lectura, y si el marcapáginas no se movía, empezaban los problemas. De acuerdo a su madre, la Sagrada Biblia y el crucifijo que había colgado en la pared sobre su cama eran las dos únicas cosas que necesitaba para ser feliz.

El resto de cosas que había en la habitación eran cosa de papá: la mesa de mimbre para las fiestas de té, con tapete de encaje, su bandeja de plata y sus tazas de porcelana, la mecedora a juego y el osito de peluche que había sentado en el taburete acolchado de color azul junto al armario; la casa de muñecas con los muebles en miniatura y sus muñequitas; la maqueta de la granja de animales asomando desde la balda superior de la biblioteca, con aquellas caras que parecía que se iban a poner a cantar de un momento a otro; tres muñecas de porcelana con vestidos de encaje en un cochecito de bebés, de esas que tenían ojos que se abrían y se cerraban. Y, por supuesto, la biblioteca llena de libros. Hubo un tiempo en que parecía que no había cosa en el mundo que papá no fuera capaz de darle, hasta que leyó *Blancanieves* y le pidió un espejo.

A veces, en mitad de la noche, cuando estaba segura de que todo el mundo estaba durmiendo y no había más que una oscura negrura al otro lado de la ventana, encendía la luz y estudiaba su reflejo en el cristal. Lo único que veía era una máscara fantasmagórica y borrosa devolviéndole la mirada, con los barrotes rizados serpenteando sobre su piel. Observaba aquel reflejo blanco detenidamente, se tocaba la frente, la nariz y las mejillas, intentando hallar lo grotesco, o el trozo que faltaba, pero todo parecía encajar a la perfección. Cuando le preguntaba a papá qué había de malo en ella, le decía que para él era muy hermosa y eso era lo único que importaba.

Pero ponía ojos cómicos cuando lo decía, así que no creía que dijera la verdad. Pobre de él si mamá llegaba a enterarse alguna vez, porque su madre siempre decía que mentir era pecado.

Por suerte para él, ella nunca le delataría. Papá le había enseñado

a leer y escribir, a hacer sumas y restas. Fue él quien decoró las paredes de su habitación con el papel pintado rosa, y era él quien le traía vestidos y zapatos cuando los que tenía se le quedaban pequeños. Traía comida para Abby y dejaba que Lilly fuera a la otra parte del ático para que pudiera estirar las piernas. Una vez, hasta trajo un fonógrafo para enseñarle a bailar el charlestón y el tango, pero ella se ahogó de cansancio y tuvieron que parar. Le encantaba la música. Le suplicó que dejara el fonógrafo en su habitación pero tuvo que llevárselo de vuelta abajo, y es que si mamá se hubiera llegado a enterar de que lo había cogido, se habría puesto hecha una furia.

Lo único que su madre le llevaba era comida y cosas de primera necesidad, pero no regalos. Entraba en la habitación de Lilly cada mañana, menos cuando se olvidaba, portando una bandeja con tostadas, huevos, sándwiches, manzanas y galletas que debía comerse a lo largo del día. Le llevaba jabón y toallas limpias, y le recordaba que rezase antes de cada comida. Se quedaba en la puerta cada noche con su manojo de llaves en las manos y esperaba a que Lilly se arrodillase frente a su cama y le pidiera a Dios que perdonase sus pecados, y le diera las gracias por darle una madre que cuidaba tan sumamente bien de ella. Y aparte de eso, no entraba en su habitación para nada más, ni para hablar ni para pasar un rato divertido. Nunca decía «Te quiero», como hacía papá. Lilly jamás olvidaría el día de su séptimo cumpleaños, cuando sus padres discutieron al otro lado de la puerta.

—La estás convirtiendo en una niña mimada con tanto regalo —dijo mamá—. Le das tanto que es hasta pecaminoso.

—No le hago mal a nadie —contestó papá.

—Da igual, necesitamos dejar de gastar tanto dinero.

—Los libros no son tan caros.

—Tal vez no, pero ¿y si empieza a hacer preguntas? ¿Qué pasará si de repente quiere bajar y salir fuera? ¿Serás tú quien le diga que no?

Al principio, papá no dijo nada y a Lilly le dio un vuelco el corazón. A lo mejor la llevaba afuera, después de todo. Pero luego se

aclaró la garganta y dijo:

—¿Y qué más se supone que va a hacer ahí dentro? Lo menos que podemos hacer es celebrar su cumpleaños, como lo haría cualquier padre. Qué culpa tiene ella de…

—¿Ah, no? ¿Entonces de quién es la culpa? ¿Mía? —gritó mamá.

—No iba a decir eso —dijo papá—. No es culpa de nadie. A veces estas cosas pasan.

—Bueno, si me hubieras escuchado desde el principio no habríamos… —hizo un ruido gracioso, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta.

—Todavía es nuestra hija, Cora. Aparte de *eso*, es una niña perfectamente normal.

—No hay nada normal en esa cosa que hay al otro lado de la puerta —dijo mamá con la voz quebrada.

—Eso no es verdad —dijo papá—. Hablé con el doctor Hillman y dijo…

—Oh, Dios mío… ¡Dime que no lo has hecho! ¿Cómo has podido traicionarme así? —Rompió a llorar.

—Oye, oye, cariño, que no se lo he dicho a nadie. Solo le pregunté si alguna vez había visto…

Los hipidos de mamá ahogaron sus palabras y sus pasos se dispersaron por el ático.

—¡Espera, cariño! —exclamó papá.

Al día siguiente Lilly dejó de rezar antes de cada comida pero no se lo dijo a su madre, claro está. Desde entonces, la desobedeció de todas las formas posibles. Por ejemplo, mamá siempre decía que no estaba bien mirarse el cuerpo desnudo, obligándola a cerrar los ojos durante el baño semanal hasta que tuvo edad suficiente para bañarse sola. Ahora se miraba de arriba abajo, los brazos y piernas lechosas, examinándose el torso blanquinoso y los pezones rosados. Después se sentía medio avergonzada pero de ningún modo estaba siendo mala a propósito. Lo que quería era averiguar qué es lo que la convertía en un monstruo. Lo único que sabía con certeza es que su aspecto era diferente al de sus padres. Mamá tenía el cabello rubio

rizado y la piel rosada; papá tenía un bigote negro, el pelo moreno y la piel bronceada; pero su piel era blanca como el polvo, y sus largos cabellos lacios tenían el color y la textura de las telarañas. Era como si Dios se hubiera olvidado de darle color. ¿Era eso lo que la convertía en un monstruo? ¿O había algo más?

Se puso el camisón, trepó hasta su cama y apagó la luz, con la esperanza de ver algo más del circo al día siguiente. Entonces se dio cuenta de que mamá no había subido para asegurarse de que decía sus oraciones.

Lilly se enroscó junto a Abby y la atrajo hacia sí.

—Probablemente está en el circo —dijo, cerrando los ojos.

A la noche siguiente, después de que Lilly viera el circo por primera vez a través de su ventana, el traqueteo de una llave en la puerta la despertó con un sobresalto. Se incorporó y encendió la luz de la mesilla de noche. Se quedó quieta, con los dedos inmóviles todavía sobre el interruptor. Era medianoche y como mamá advirtiera la luz se la iba a cargar. A lo mejor había descubierto que se había pasado el día entero mirando el circo con su telescopio en lugar de arreglar el cuarto y leer la Biblia. El circo aparecía como una cosa diminuta al final del telescopio y no podía apreciar mucho detalle, pero por mucho que mamá la riñera, había merecido la pena ver cómo conducían los elefantes y las jirafas a la carpa. Vaya que si había merecido la pena, ver a toda aquella multitud de gente, y la caravana de vagones, payasos y artistas enfundados en sus ropas circenses. Había sido el día más emocionante de su vida, y nada podía arruinarlo. Apartó la mano de la lámpara y, uno a uno, fue tocándose los dedos con los pulgares. Uno, dos, tres, cuatro. La puerta se abrió y mamá, candil en mano, se deslizó hacia el interior. Lilly sintió un espasmo en el estómago nada más verla entrar. Nunca venía a su habitación tan tarde. A los pies de la cama, Abby alzó la cabeza peluda, tan sorprendida como ella por estar viendo allí a mamá.

Mamá —papá decía que su verdadero nombre era Coralline—

era una mujer alta y hermosa, y siempre llevaba el pelo recogido. El anillo de casada de la mano izquierda era la única joya que lucía, y siempre iba con faldas sencillas y zapatos discretos en nombre de la modestia y para gloria de Dios. Papá decía que se reservaba los mejores vestidos y las mejores pieles para los día en los que salía a cenas y fiestas importantes, pero solo por saciar las expectativas del mundo exterior. Lilly no entendía por qué había cambiado su forma de vestir, pero papá decía que no pasaba nada. Una vez, su padre le había enseñado una fotografía de mamá en la que salía tan arreglada y elegante que creyó que se trataba de otra persona.

A papá le gustaba contarle cómo fue la primera vez que vio a mamá, entre el establo y el corral, sentada sobre un barril, mientras observaba los caballos que jugaban por el prado. Su padre, un pastor pentecostal retirado que siempre había soñado con criar caballos, había ido a Blackwood Manor para comprar un semental. Papá pensó que aquella chica era la más guapa que había visto en su vida. Pero pasaron seis meses antes de conseguir que le dirigiera la palabra, y otros seis meses más para que aceptase salir a cenar con él. Por algún motivo, los padres de mamá no se fiaban de papá. Pero con el tiempo empezaron a salir a pasear por los manzanares cogidos de la mano; luego se casaron. Cuando papá llegaba a esa parte de la historia se le ensombrecía el rostro de tristeza; decía que mamá lo pasó mal al tener que hacerse mayor de repente.

Y allí estaba ahora mamá, en la habitación de Lilly, con un vestido estampado de flores y tacones rosas. Llevaba los labios pintados de rojo y un sombrero amarillo. Lilly no podía dejar de mirarla. Nunca había visto a mamá vestida así, al menos no en persona. Tenía las mejillas sonrojadas y respiraba con dificultad, como si hubiera subido las escaleras corriendo.

A Lilly se le revolvió el estómago. Se suponía que papá regresaba de Pensilvania al día siguiente. Le había prometido que habría regalos de cumpleaños. Una vez le dijo que no debía tener miedo cuando él y su madre salían por ahí porque su ayudante estaba siempre abajo por si alguien llegaba pidiendo un caballo. Si «algo» malo llegara a sucederles, el ayudante tenía el encargo de abrir una

carta que había en el escritorio del despacho de papá. Encontraría a Lilly en el ático y sabría qué hacer. Lilly no estaba segura de a qué se refería con «algo» pero sabía que no era nada bueno. ¿Y si mamá había venido a anunciarle que a papá le había pasado «algo» y nunca más volvería?

Lilly se pasó la lengua por la dentadura contándose los dientes, aguardando a que mamá hablara. Uno, dos, tres, cuatro…

Mamá sonrió.

Mamá nunca sonreía.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo.

Lilly parpadeó. No sabía qué decir. El de las sorpresas era papá, no ella.

—¿Dónde está papá? —logró preguntar.

—Vístete —dijo ella—. Deprisa, no tenemos mucho tiempo.

Lilly se destapó retirando las sábanas y salió de la cama. Abby se levantó y se estiró las patas delanteras hollando las mantas con las uñas.

—¿Va a venir alguien a verme? —preguntó Lilly.

Aparte de sus padres, jamás había entrado nadie más en su habitación. Hubo un invierno en el que cayó enferma y papá quiso llamar a un médico pero mamá se negó arguyendo que el doctor se la llevaría y la metería en «algún lugar». Así que en vez de eso, papá se pasó tres días secándole la frente y aplicándole polvo de mostaza y apósitos calientes en el pecho. Nunca olvidaría la cara que puso cuando le preguntó al despertar:

—Papá, ¿qué es «algún lugar»?

—Un hospital para gente enferma —contestó—. Pero no te preocupes, tú vas a estar aquí con nosotros.

Mamá la observó mientras cogía el vestido que había sobre el respaldo de la silla. A Lilly le fallaban las piernas. ¿Y si alguien se había propuesto llevarla a «algún lugar»?

—No, Lilly, no va a venir a verte nadie —dijo mamá riéndose entre dientes.

Lilly miró furtivamente a mamá y sintió un latigazo en el estómago. Mamá nunca se reía. A lo mejor había estado bebiendo

de ese extraño líquido que a veces traía papá en una petaca. Lilly no sabía de qué bebida se trataba pero hacía que se le pusieran los ojos vidriosos y que el aliento le oliera divertido. A veces le hacía reír más de lo habitual. ¿Cómo lo llamaba? *¿Whisky?* No, eso era imposible. Mamá nunca bebería *whisky*. El alcohol era pecado.

—¿Por qué tengo que vestirme, mamá?

—Porque hoy es tu cumpleaños, ¿recuerdas?

Lilly frunció el ceño. Mamá nunca se había preocupado por los cumpleaños.

—Sí —dijo.

—Y estoy segura de que has visto el circo que hay ahí fuera.

Lilly asintió.

—Ahí es donde vamos.

Se quedó mirándola con la boca abierta. El temblor de piernas se volvió más fuerte; y además ahora también le temblaban las manos.

—Pero… ¿Qué…? ¿Qué pasa si alguien me ve?

—No te preocupes, la gente del circo está acostumbrada a ver personas como tú —sonrió—. Y no habrá nadie excepto nosotras dos porque, en contra de mi opinión, tu padre ha insistido en pagar para que el dueño del circo organice una representación especial para ti.

A Lilly se le puso la carne de gallina. Algo no iba bien, no sabía qué. Le echó una mirada a Abby, como si la gata supiera la respuesta. El animal se quedó mirándola con ojos curiosos.

—Papá dijo que no volvería hasta mañana —dijo Lilly.

Mamá seguía sonriendo, pero algo cambió en su mirada. La mitad superior de su cara era la misma que solía poner cuando Lilly se metía en líos. La mitad inferior era la de alguien que no había visto nunca.

—Ha venido esta mañana temprano —replicó.

—¿Y dónde está? —preguntó la pequeña—. Lo primero que hace cuando regresa a casa es venir a verme.

—Nos está esperando en el circo. ¡Venga, date prisa!

—¿Por qué no ha venido a recogerme él? —Nada más pronunciar aquellas palabras supo que no debía haberlas dicho.

Mamá fue hasta ella y levantó la mano con repentina rapidez. Golpeó a Lilly en la mandíbula haciéndola caer al suelo. Abby saltó hacia un lado de la cama y se arrinconó contra la pared con las orejas gachas.

—¡Desagradecida del demonio! —gritó mamá—. ¿Cuántas veces te he dicho que no me contestes?

—Lo siento, mamá. —Lloró Lilly.

Mamá le dio un puntapié.

—¿Qué he hecho yo para merecer esta maldición? —susurró—. Arrodíllate y ponte a rezar.

—Pero mamá… —Los sollozos de la niña eran demasiado fuertes. No podía levantarse ni apenas respirar.

Reptó hasta su cama con el pelo colgándole sobre la cara y trató de incorporarse, chirrido en pecho.

—Inclina la cabeza y pide perdón —ordenó mamá.

Lilly juntó las manos debajo de la barbilla y se contó los dedos apretando unos contra otros. *Uno, dos, tres, cuatro*.

—Oh, Señor —dijo—. Por favor, perdóname por cuestionar a mamá, y por hacerle la vida tan difícil con otras cosas. *Nueve, diez*. —A partir de ahora prometo ir por el buen camino. Amén.

—Ahora vístete —dijo mamá—. No tenemos mucho tiempo.

Lilly se puso de pie y se puso las bragas. Le temblaba el pulso. Se quitó el camisón y se encasquetó el vestido. Le dolía el costado, justo donde mamá le había pegado la patada, y llevaba el moco colgando.

—Ese no —repuso mamá—. Busca otro mejor.

Se quitó el vestido y caminó, medio tambaleándose, hasta el armario. Escogió su atuendo favorito, un vestido de raso amarillo con cuello de encaje y volantes en las mangas.

—¿Está bien este? —preguntó, mostrándoselo.

—Servirá. Ponte tus mejores zapatos también. Y cepíllate el pelo.

Lilly se puso el vestido y se ató el lazo a la espalda. Se cepilló el pelo —uno, dos, tres, cuatro cepilladas— y se sentó en la cama para calzarse los zapatos de charol. Abby sorteó las sábanas y se restregó

contra su brazo. La niña le propinó una caricia fugaz, se levantó y se quedó parada en mitad de la habitación con las costillas doloridas y el corazón desbocado. Mamá abrió la puerta y se detuvo tras ella, esperando a que cruzara el umbral.

Había esperado aquel momento toda su vida. Pero ahora, lo que más le apetecía en el mundo era quedarse en el ático. No quería salir. No quería ir al circo. Sintió una opresión en el pecho cada vez más fuerte. A duras penas podía respirar.

—Vamos —dijo mamá con voz dura—. No tenemos toda la noche.

Lilly se abrazó a sí misma y se fue en dirección a la puerta haciendo acopio de aire en sus pulmones. Entonces se detuvo un momento para girarse hacia Abby, que la miraba desde los pies de la cama.

—La gata estará aquí cuando vuelvas —dijo mamá—. Vamos, muévete.

CAPÍTULO 2

JULIA

Noviembre de 1956
Hatfield, Long Island

JULIA BLACKWOOD, DE DIECIOCHO AÑOS, ECHÓ UN VISTAZO a uno y otro lado del pasillo del supermercado para asegurarse de que no había nadie mirando. La tienda era pequeña, tal vez nueve metros de ancho por doce metros de largo. Podía ver por encima de los estantes y en cada esquina. Había un adolescente con la cara llena de granos sentado en un taburete tras el mostrador, mascando chicle y mirando la televisión en blanco y negro que había sobre la caja registradora. En la radio estaba sonando «Why do fools fall in love» y una señora de pelo gris revisaba que los huevos no estuvieran agrietados frente a la puerta abierta de la nevera de los lácteos.

Julia respiró profundamente, se inclinó sobre una rodilla y se ató las cordoneras de las Keds manchadas de grasa. Miró de reojo a ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie estaba observando, cogió una lata de SPAM de la balda de en medio, se la guardó en el bolsillo del abrigo, y después se levantó y se pasó el pelo por detrás de las orejas. El chico de la caja registradora se

explotó un grano de la barbilla distraídamente, con los ojos pegados a la televisión. Julia respiró tranquila y se dirigió al siguiente pasillo a paso lento, emulando estar mirando los productos. Cogió una manzana pequeña de una caja de fruta, se la puso en el bolsillo, y fue hasta la caja registradora.

—¿Me dejas la llave del aseo? —preguntó al chico de la cara llena de granos.

Sin apartar la mirada de la televisión, el muchacho metió la mano por debajo de la caja registradora y le entregó una llave enganchada a una pata de conejo marrón.

—Acabo de rellenar el jabón esta mañana —dijo, sonriéndole, tras hacer un chasquido con el chicle.

El calor le subió a las mejillas. Tuvo que luchar contra un urgente deseo de marcharse. El muchacho sabía por qué quería usar el baño. Era la cuarta vez en los últimos meses que no había agua en la habitación que tenía alquilada encima de la licorería —esta vez debido a cañerías congeladas en lugar de a una factura sin pagar— y no se había podido lavar el pelo ni ducharse en tres días. No es que en el trabajo fueran a notar si se había bañado o no, pero ¿quién quería a una camarera con el pelo grasiento sirviéndole una hamburguesa con huevos fritos? El Rincón de Al el Grande ya era una pocilga grasienta; no necesitaba más ayuda en ese sentido. En lugar de marcharse, se tragó el orgullo, cogió la llave, y se dirigió a la parte trasera de la tienda.

El frío aseo esmaltado de verde olía a comida podrida y calcetines viejos. La mugre y el moho negro coloreaban la gruta entre las baldosas rotas y desiguales, y una grieta amarillenta se comía con sus dientes el asiento del inodoro. Julia se lavó las manos en el lavabo de patas plateadas, se las secó en las toallitas de papel marrón, y se comió la manzana tan rápido como pudo, tratando de ignorar el hedor a orín rancio. Cuando acabó, se quitó las bragas y el sujetador, dobló el uniforme de camarera de color granate encima del abrigo, y colocó la ropa sobre la tapa del tanque del inodoro, el único lugar que parecía medio limpio. Temblando de frío, se frotó la cara y las axilas con toallitas de papel y jabón de lavanda y se lavó el

pelo en el lavabo, intentando no empaparse. El agua estaba congelada y aquella espuma arenosa le dejó el pelo hecho un estropajo, pero por lo menos estaba limpio. Se enjuagó bien, y tras eliminar la última gota de jabón de su cabello, usó las toallas de papel para escurrir el exceso de agua, volvió a vestirse, se desenredó el pelo, se hizo un moño y se miró en el espejo.

El sigiloso paso del tiempo que había transcurrido desde que se había escapado de casa, hacía tres años, se reflejaba en aquellos pómulos pronunciados y esas ojeras. Su piel bronceada y suave se había vuelto pálida y áspera por falta de sueño y sol. Incluso el pelo, que alguna vez fue rubio platino como las alas de los ángeles, se había vuelto más oscuro y fino. Las uñas mordidas, los hombros huesudos sobresaliendo por la tela del uniforme. Se inclinó hacia el espejo para examinar la huella amarillenta del hematoma que tenía alrededor del ojo. Por suerte, ya casi no se notaba. *¿Cómo has llegado hasta aquí, robando comida en el24 horas y lavándote el pelo en un aseo público? Podrías haber esperado un año más y haber ido a la universidad, lejos de Blackwood Manor. Madre habría corrido con todos los gastos. Pero no, tú tenías que cambiar el toque de queda de las nueve y las confesiones dominicales por turnos dobles y un novio controlador que te pega y gasta el dinero más rápido de lo que lo ganas. A lo mejor madre tenía razón. No vas a hacer nada. ¿Para qué seguir intentándolo?*

Madre —con su rencor y sus puños huesudos— era la creadora de las reglas y la seguidora de las reglas. Y esperaba lo mismo de todo el mundo. Entre las innumerables reglas de Blackwood Manor —donde ciertas habitaciones permanecían cerradas y plantas enteras eran territorio prohibido— Julia debía rezar tres veces al día, mantener el cuarto impecable, hacer las tareas, sacar la nota perfecta y seguir las normas del colegio. Podía observar los caballos de sus padres desde la distancia pero no le estaba permitido entrar en los establos, porque aquello era un negocio, no un patio de recreo. El maquillaje, las faldas de capa, los pantalones piratas y los jerséis ajustados estaban prohibidos, y los vestidos tenían que tener una

recatada longitud. Y lo más importante de todo es que Julia debía recordar que si no se comportaba como era debido, pasaría algo malo.

Tras pasarse la mayor parte de su vida preguntándose por qué diantres la habían tenido sus padres, huir parecía la solución a todos sus problemas. Sí, la habían vestido, alimentado y proporcionado de todo lo que monetariamente pudiera necesitar, pero madre estaba demasiado ocupada rezando, limpiando, cocinando y creando nuevas normas como para proporcionarle cualquier tipo de afecto y orientación. Y su padre, a quien ella consideraba el más expresivo, afectuosamente hablando, solo la abrazaba de cumpleaños en cumpleaños y en Navidades. Solía pasar la mayor parte del tiempo en el establo con los caballos, o bebiendo a puerta cerrada en su estudio con el mismo disco rayado sonando en el gramófono una y otra vez, *Little White Lies*.

Se estuvo preguntando durante muchos años qué significaba que papá tuviera que tomarse unos días de vacaciones «para recuperarse» o «recibir ayuda» de cuando en cuando. Fueron momentos difíciles, más difíciles de lo que ya de por sí solían ser habitualmente, de tratar de aparentar «normalidad» y no preocuparse demasiado. Los Blackwood nunca desnudaban sus almas ni dejaban que sus corazones se derramasen. Un día Julia cumplió doce años y madre le confesó que su marido era un alcohólico, y que todo era por su culpa, por ser una hija tan difícil.

Julia retrocedió al día que murió su padre. El cielo estaba raso. La brisa era agradable y traía esencias de pino. ¿Quién podía esperar que alguien pudiera morir en un día tan bonito como ese? Ella se había saltado la misa para ir al lago. Era el último día de verano, caluroso y húmedo, perfecto para darse un buen chapuzón, y una de las chicas populares por fin la había invitado a salir con ella y sus amigas al istmo. Cuando llegó la hora de ir a misa se encerró en el cuarto de baño y fingió estar enferma. Si conseguía ir y volver antes de que madre regresara de la iglesia, todo iría bien.

Pero cuando Julia llegó a casa había un coche de policía estacionado en el camino, con el sol vespertino brillando en el

cromado y el parabrisas. Entonces vio a madre en los escalones de la entrada, con la mano apoyada en la balaustrada, y sintió cómo se le encogía el corazón. ¿Se había equivocado de hora? ¿Había vuelto madre antes y al no encontrarla en su cuarto llamó a la policía? Sea lo que fuere, se había metido en un buen lío. Cuando madre la vio aproximarse por el camino, corrió escalones abajo y se fue directa hacia ella, con el rostro contraído por la ira y la falda retorciéndose alrededor de sus piernas.

—¿Dónde has estado? —gritó madre.

—Yo… Yo… —balbuceó Julia.

—¡Habla!

—Fui a nadar con unas amigas. Hoy es el último día de vacaciones y nunca antes me habían invitado a ir con ellas. Sabía que no me dejarías ir así que…

Madre la abofeteó con toda la fuerza de su mano. Julia se tambaleó hacia un lado y el cabello húmedo voló hacia los ojos pegándose en la piel.

—¡Te dije que si no seguías las reglas pasaría algo malo! —gritó madre.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado? —preguntó Julia poniéndose la mano en la mejilla con los ojos todavía ardiéndole.

Madre alcanzó a ciegas la verja del porche y su rostro se tornó súbitamente gris.

—Tu padre…

Julia empezó a temblar. Jamás había visto a madre así.

—Mi padre ¿qué? Dímelo.

—Ha tenido un accidente.

Julia contuvo la respiración.

—¿Está bien?

Madre la miró boquiabierta, sacudiendo la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba a punto de decir.

—¡No, no está bien! ¡Está muerto!

El suelo se inclinó bajo los pies de Julia. Le flaquearon las rodillas. Por un instante pareció que iba a caerse. Pero entonces se dio cuenta de que, de alguna manera, todavía seguía en pie. En lo

que sonó como dicho a cámara lenta, se oyó a sí misma repetir la misma pregunta.

—¿Qué ha pasado?

—Había salido a buscarte —dijo madre, y entonces su rostro se contrajo en una especie de grave contorsión. El dolor de sus ojos se transformó en rabia y odio, la boca torcida en una mueca burlona. Levantó los brazos y empezó a pegarle puñetazos en la cabeza y los hombros—. ¡Ha sido por tu culpa! ¡Por tu culpa! —berreaba fuera de sí.

Julia trató de protegerse con los brazos como escudo, pero los golpes de madre alcanzaron la cabeza, el pecho y la cara, incluso después de caer al suelo.

La policía agarró a madre, no antes de que esta le partiera el labio y la hinchara a magulladuras en la mejilla y los hombros.

Aquella noche, Julia robó el dinero del bote de limosnas que había dentro del armario de las especias, ignorando la mirada de Jesús de la pegatina, se hizo la mochila y huyó de Blackwood Manor prometiendo no volver nunca más. Se acabaron los toques de queda y las reglas estrictas, no más oraciones nocturnas ni confesiones semanales, no más habitaciones cerradas ni más culpas por el alcoholismo de su padre. Desde aquel día en adelante sería libre para hacer lo que le viniera en gana. Sería dueña de su propio futuro y nunca más dejaría que nadie la culpara por nada.

Solo que las cosas no habían salido como ella las había planeado. Sí, la libertad fue muy divertida al principio, coger el autobús hasta Long Island y hacer amigos en el paseo marítimo, empeñando las joyas y mudándose a un apartamento a un kilómetro y medio de la playa con Kelly, una camarera de cócteles, y Tom, un veterano de la guerra de Corea. Los primeros meses se perdieron en una bruma de música, fiestas, cervezas y marihuana. Entonces Kelly volvió a su casa, llegó el invierno, el paseo marítimo cerró y el dinero se acabó. Julia no estaba muy segura de cómo pasó, pero ella y Tom acabaron mudándose a una habitación cutre y barata de la ciudad. Hacía ya mucho tiempo que las cosas habían dejado de ser divertidas. A Tom le costaba mantener un trabajo, y se tiraba el día diciéndole una y

otra vez que si ella no conservaba el suyo pasaría algo malo.

Salió del aseo del supermercado, le devolvió la llave con la pata de conejo al chico de la cara llena de granos de la caja registradora y salió de la tienda. Estaba nevando cuando entró pero ahora había parado.

La nieve fresca brillaba en la calle. Seguía siendo el mismo barrio sórdido, mugriento y lleno de basura, pero no parecía tan horrible como el día anterior, sin toda aquella nieve. El Rincón de Al el Grande se encontraba cerca de la esquina, flanqueado por una licorería con barrotes en las ventanas y una casa de empeños con un felpudo gastado y rasgado frente a la puerta.

Julia se abotonó el abrigo, encorvó los hombros contra el frío y trató de ignorar la aguanieve filtrándose a través de las Keds de camino al restaurante. Palpó la lata de SPAM en el bolsillo para asegurarse de que todavía seguía en su sitio, lamentándose por no haber birlado algo más para acompañarla. Cuando saliera del trabajo, después de diez horas de turno, lo único que Tom y ella tendrían para cenar sería aquella lata de conservas sobre un poco de pan blanco. Ya era la cuarta noche consecutiva que repetían menú. Hoy era día de paga, pero el alquiler se comería todo el cheque. O eso, o se quedaban de patitas en la calle a finales de semana.

Al llegar al restaurante de Al el Grande, rodeó la puerta principal, dobló la esquina y entró por el callejón trasero. Al el Grande tenía reparos a la hora de permitir que entrase por la puerta principal, como si aquello fuera un restaurante de lujo, en lugar de un grasiento fondín. El olor a tocino y patatas fritas impregnó el aire fresco del callejón y, aunque se había comido la manzana hacía poco, le empezaron a crujir las tripas. Un chico con vaqueros rotos y camiseta blanca merodeaba por el contenedor de basura que había junto a los escalones traseros del restaurante. A su lado, un chucho escuálido olisqueaba el ambiente, esperando pacientemente a que su dueño encontrase algo bueno. El perro se alegró al verla y empezó a menear la cola al tiempo que corría hacia ella con todo su ser, patas,

orejas y pelambre. Julia se agachó para acariciar la cabeza desaliñada del can.

—Eh, colega —le dijo al perro. Luego se enderezó y se dirigió al chico—. ¿Sabes lo que te hará Al el Grande si te pilla por aquí otra vez, Danny?

El chico se dio la vuelta con los ojos bien abiertos.

—Ah —respiró de alivio—, eres tú.

Tenía nueve años, ojos de avellana y una frondosa maraña de pelo color café. Julia le había conocido el año anterior frente a la puerta de la casa de empeños, donde pedía limosna, siempre junto a su perro.

—¿Dónde está tu abrigo?

—Mi hermano lo necesitaba. —Danny se encogió de hombros.

—¿Se ha vuelto a quedar si trabajo tu padre?

Danny asintió.

—Y mamá está enferma.

Julia sacó la lata de SPAM del bolsillo.

—Ten, toma esto. Ya me compraré otra cosa cuando acabe mi tumo.

Danny cogió la lata de conservas, le quitó la tapa de inmediato, cogió un trozo de carne con los dedos y pegó un buen bocado.

—Gracias —dijo.

Separó un trozo para dárselo a su amigo. El perro se lo tragó sin masticar.

—De nada —dijo Julia—. Y ahora largo de aquí.

Danny sonrió y corrió callejón abajo con el escuálido animal pegado a sus talones. Julia ascendió por los escalones traseros del restaurante, tocó a la puerta y retrocedió un paso a la espera de que alguien acudiera a abrirle. Al otro lado de la puerta se oyeron unas pisadas sobre las baldosas del suelo. Alguien giró el pomo y la puerta se abrió. Era Sheila, una de las otras camareras.

—¿Dónde has estado? —susurró—. Tu turno empezó hace dos horas. ¡Al el Grande tiene ganas de pegarte un tiro!

Julia frunció el ceño.

—Pero ¿qué dices? Los miércoles no entro hasta las diez. —

Entró al restaurante quitándose el abrigo.

—¡Hoy es jueves! —dijo Sheila.

—¡Mierda! —exclamó Julia. Colgó el abrigo en la percha, cogió el delantal de la cesta que había junto al congelador, se lo puso y corrió hasta la cocina mientras se lo ataba a la espalda. Sheila la siguió.

Al el Grande entró por las puertas giratorias de la cocina y el comedor, la frente cubierta de sudor, el pelo grasiento de sal y pimienta colgándole sobre los ojos. Tal y como su nombre indicaba, era un tipo alto, un metro ochenta y dos de alto, de hombros anchos y piernas gruesas. Pero fue por su enorme barrigota por lo que se ganó el apodo de Al el Grande. Enfundado como iba en su grasiento delantal blanco, la barriga le colgaba como una ballena beluga por encima de los pantalones.

—Mira quién se ha dignado a aparecer por el trabajo —gruñó.

—Lo siento —dijo Julia—. Pensé que era miércoles.

—Y yo que hoy era mi cumpleaños.

—Lo siento —insistió Julia—. Me he equivocado. No volverá a pasar.

—Y que lo digas, y para ver si es verdad voy a quedarme tu paga hasta la semana que viene —gruñó—. A lo mejor de aquí a entonces ya tienes claro si quieres este trabajo o no.

—Pero… Por favor, tengo que pagar el alquiler.

—Haberlo pensado antes de llegar tarde —dijo Al el Grande—. ¡Ahora calla y mueve el culo!

Julia apretó los dientes y empujó las puertas giratorias hacia el área del comedor. Estaba de bote en bote. Sheila salió de la cocina tras ella llevando dos platos de huevos y otro de tortitas en una mano, y una comanda de tostadas francesas en la otra.

—¿Puedes cubrir la barra, cariño? —le preguntó a Julia—. Solo hasta que se acabe el ajetreo de los desayunos.

—Claro —contestó Julia.

Cogió una libreta y un bolígrafo y miró a quién le tocaba. Había un hombre con chaqueta negra y sombrero de fieltro sentado frente a un menú cerrado. Empezó con él.

—¿Me pone más café, por favor? —Oyó decir a alguien.

—Sí, señor —dijo ella. Se guardó la libreta y el bolígrafo en el delantal, cogió la jarra de café, le rellenó la taza al caballero y regresó para atender al hombre del sombrero.

—¿Café? —le preguntó señalando la taza blanca que tenía delante de él.

—Sí, claro —contestó el hombre.

Julia le llenó la taza, colocó la jarra en la cafetera y se sacó la libreta y el bolígrafo del delantal.

—¿Señorita? —gritó alguien desde uno de los extremos de la barra.

—¿Dónde están mis tortitas?

—Enseguida estoy con usted —dijo Julia poniendo una risa forzada.

La campanilla de la entrada tintineó justo en ese momento, y un hombre con un traje a rayas y zapatos sostuvo durante unos instantes la puerta para permitir el acceso a una mujer y una niña enfundadas en sendos abrigos azules a juego. La pequeña iba cogida de la mano de la mujer y ambas lucían sonrientes mientras tomaban asiento alrededor de una de las mesas de las cabinas. El aire frío había enrojecido las idénticas puntas de sus narices y las manzanas redondas de sus mejillas. Julia las miró fijamente, bolígrafo y libreta de notas en mano. Madre e hija, pensó. La madre se quitó los guantes, sonrió y se abalanzó sobre la mesa para ayudar a la pequeña a quitarse las manoplas. La hija rio cuando la madre le frotó las manos para calentárselas. *Me pregunto si será el cumpleaños de la niña. O a lo mejor han salido de compras*. Entonces la madre le besó las yemas de los dedos y a Julia le dio una ataque de emoción. Se fijó en el hombre del traje a rayas dando por sentado que se trataba de su padre. Estaba de pie en el centro del local y parecía estar buscando a alguien. A lo mejor se había perdido. No tenía pinta de ser del barrio.

—Tomaré dos huevos fritos —dijo el hombre que había frente a la barra—. Y una tostada con mantequilla.

Julia parpadeó y le miró con atención, como si hubiera olvidado

dónde estaba. Sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

—Ah, sí, claro, está bien. Disculpe. Enseguida se los traigo.

Se fue a la cocina para pasar la comanda reprendiéndose a sí misma por ser tan distraída. Tenía que dejar de soñar despierta. Si Al el Grande la pillaba en mitad de aquellos ensimismamientos la despediría. Pero a veces, simplemente, no podía evitarlo. Se sentía atraída por la gente que se quería y daba muestras de afecto, especialmente cuando se trataba de padres e hijos. Le encantaba ver sus caras iluminadas por el afecto y el reconocimiento de su amor incondicional, y el hecho de saber lo importante que eran los unos para los otros sin necesidad de decir una sola palabra. Se preguntó cómo sería sentirse así.

—Pedí kétchup hace diez minutos —dijo una mujer al tiempo que Julia se apresuraba en atenderla.

Cogió una botella de kétchup y la puso frente a la clienta.

—¿Dónde está mi cuenta? —dijo otra.

—Ahora mismo se la traigo —dijo Julia de camino a la ventanilla de la cocina, donde tocó la campanilla y preguntó qué había pasado con las tortitas. Al el Grande empujó una ristra de tortitas hasta la ventanilla y se limpió el sudor de la frente con el brazo, mirándola. Julia cogió el plato caliente y se lo sirvió al cliente. El hombre del traje a rayas estaba allí cuando volvió a la barra, esperando tras los taburetes. Le dejó la cuenta a la mujer y fue a ver qué quería.

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando a Julia Coralline Blackwood —dijo.

A Julia se le secó la boca. *¿Será policía? ¿Ha venido a arrestarme por robar en el supermercado?* Sonrió a pesar del nudo que se le había formado en la garganta.

—Hoy no trabaja. ¿Quiere que le deje un mensaje de su parte?

El hombre hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una fotografía y se la mostró. Julia palideció. Era su foto de instituto. Se la habían tomado el año que escapó de casa. ¿De dónde la había sacado? ¿Qué quería aquel hombre?

—Soy detective privado, señorita Blackwood —dijo—,

contratado por el abogado de sus padres. —Volvió a hurgarse el bolsillo, esta vez para sacar un sobre—. Llevo buscándola casi un año. Esto es para usted. —Le entregó el sobre—. Que tenga usted un buen día. —Hizo un gesto de inclinación con el sombrero y se marchó del restaurante.

Julia se quedó mirando el sobre hecha un manojo de nervios. Madre la había encontrado.

CAPÍTULO 3

LILLY

LILLY SALIÓ DEL DORMITORIO EN MITAD DE UN CONCIERTO de castañeteo de dientes y chirridos en el pecho. No quería ir al circo, especialmente sin papá, pero tenía que hacer lo que le decían. Mamá la siguió al salir de la habitación, cerró la puerta tras de sí y cruzaron la estancia. La luz de la lámpara de aceite titiló sobre la estantería vacía, tres sillas rotas y las paredes altas del otro lado del ático donde papá la dejaba ir a jugar cuando mamá se iba a misa.

Lilly se abrazó y siguió a su madre contando cada paso y esperando a que abriera otra puerta. Cuando lo hizo, se quedó sujetando la puerta con el entrecejo fruncido, mirándola con gesto de «Vamos, muévete. ¿A qué esperas?». Lilly entró en un área del ático que nunca antes había visto y encogió los hombros sintiéndose cada vez más pequeña en una estancia que le pareció gigantesca —por lo menos cuatro veces más grande que la otra parte— pero al mismo tiempo demasiado apretada, como si estuviera dentro de una ballena con el estómago lleno de peces, barcos y rocas, esperando a ser triturada y devorada. Se quedó temblando a la altura de una pasarela entre dos cajas polvorientas, libros y baúles. Mamá cerró la

puerta tras ella y condujo el camino a través de un laberinto de alfombras, aparadores cubiertos de telarañas, cofres de madera, marcos vacíos y lámparas rotas. Había un conjunto de bicicletas oxidadas apoyadas contra un armario torcido, platos y libros sucios forrando baldas y estanterías mugrientas. Al fondo de la estancia se abría un agujero estrecho con unas escaleras. Mamá bajó los escalones de madera y aquel espacio angosto engulló la luz de la lámpara. Cuando llegó abajo, frente a una pequeña portezuela, miró hacia arriba en busca de Lilly, pero la pequeña no se movía. Tenía ganas de vomitar.

—Agárrate a la barandilla y ve dando un paso cada vez —dijo mamá.

Lilly se aferró a la baranda con manos temblorosas y deslizó el pie hasta el borde para dar el primer paso. Nunca había bajado unas escaleras. Sintió que la cabeza se le iba. Estaba mareada. Era como bajar del taburete que usaba para asomarse a la ventana de la buhardilla cuando era pequeña, solo que aquello era una auténtica hilera de taburetes. Por un momento, creyó que caería rodando escaleras abajo. Tragó saliva y miró a mamá, que la estaba esperando con la frente arrugada. Solo tenía dos opciones: bajar las escaleras o hacer que mamá se enfadara mucho.

—Venga —dijo mamá—. No tenemos toda la noche.

Lilly puso los dos pies en el primer escalón. Uno. Luego otro, poniendo de nuevo ambos pies en el escalón antes de aventurarse con el siguiente. Dos. Tres. Poco a poco logró llegar al final de la escalera. Nada más llegar al último escalón, mamá se agachó para salir por la portezuela. Lilly la siguió por un espacio el doble de grande que un retrete, a lo sumo. En el otro extremo, otra puerta daba a otra habitación. Mamá le mandó esperar mientras cerraba la puerta que dejaban tras de sí y tiraba de una cuerda roja. Una tela brillante estampada con el dibujo de una casa y jardines de flores cayó sobre la mitad superior de la puerta. Entonces mamá movió una pequeña mesa con patas en forma de garras debajo de aquella

tela brillante, y la puerta desapareció por arte de magia. Dejó el manojo de llaves en el cajón de la mesa y condujo a Lilly a otra habitación con una cama enorme y unas extrañas figuras tapadas con sábanas. *¿Qué hay debajo de esas sábanas?*, se preguntó Lilly. Permaneció cerca de mamá luchando contra la urgente necesidad de agarrarse de su brazo.

Pero a mamá no le gustaba que la tocasen así que no lo hizo. Quería cerrar los ojos, pero entonces se tropezaría y a mamá no le gustaría eso. Dejaron atrás aquel siniestro dormitorio y caminaron a través de un largo espacio estrecho de suelos brillantes plagado de cuadros y objetos decorativos. ¿Cómo se llamaba? Lilly no se acordaba. A una lado de aquella estancia había una barandilla metálica en lugar de una pared, como los barrotes de su ventana. Se quedó junto a la pared, lejos de los barrotes, confundida y mareada, como si fuera a desmayarse. Todo parecía demasiado grande, demasiado ancho, demasiado largo. Tenía pitidos en el pecho. Se tocó las yemas de los dedos intentando contarlas pero perdió el hilo. Tosió y mamá le propinó una mirada severa.

Si hubiera sabido que la parte inferior de la casa era como una gigantesca caverna esperando a tragársela entera, jamás habría deseado salir de su habitación. Quería volver arriba pero eso haría que mamá se pusiera iracunda. Conforme fueron avanzando hacia una escalera con más barrotes, la luz de la lámpara fue reflejándose en el techo proyectando sombras sobre su cabeza, dando la impresión de que las paredes se movían. Lilly se aferró a la barandilla apretando los puños con fuerza y bajó los peldaños, convencida de que caería dando volteretas hasta estrellarse contra el fondo. Por un lado, tenía ganas de verlo todo, explorar e inspeccionar cada rincón de Blackwood Manon Pero por otro lado, lo único que deseaba era cerrar los ojos y hacer que todo aquello desapareciera.

Una vez conquistado el final de la escalera, siguió a mamá a través de una amplia área con chimenea, estanterías llenas de libros que escalaban hasta el techo y sillas que parecían tan mullidas como una almohada. Olía a jabón y madera, a metal y flores muertas. Las

paredes estaban decoradas con cuadros de montañas, personas y caballos, y del techo colgaba una lámpara esplendorosa de cuentas brillantes. La alfombra bajo sus pies parecía tan gruesa como el colchón de su cama.

Apenas podía creer lo que estaba viendo y oliendo. ¿Cómo podían ser los techos tan altos, y las paredes estar tan lejos? ¿Qué hacía que una casa tan gigantesca no se cayera sobre sí misma? ¿Y qué hacían sus padres con todo aquel espacio? Tan solo aquella estancia podía alojar a veinte personas. Se sentía débil y tambaleante, como cuando mamá se olvidaba de alimentarla. Lo que más deseaba en aquel momento era volver a su cuarto. El mundo era demasiado.

Imaginó a mamá leyendo un libro junto a aquellas ventanas elegantes mientras papá fumaba junto a la chimenea reposando los pies sobre un taburete; los imaginó disfrutando cómodamente, al calor del hogar, tomando un té caliente. Y por primera vez en su vida sintió que el estómago se le hinchaba de rabia contra su padre. ¿Cómo había podido dejarla arriba? ¿Por qué no la había dejado bajar cuando no había nadie en casa? Si lo hubiera hecho a lo mejor ahora no estaría tan asustada. ¿No le importaba que estuviera sola?

Las lágrimas empañaron su visión, pero siguió adelante. No tenía otra opción. Tras la habitación de la chimenea siguió a mamá por otro pasillo sombrío con puertas a ambos lados. La lámpara de mamá iluminaba fugazmente cada puerta abierta y Lilly iba estirando el cuello para ver lo que había dentro. Estanterías altísimas y libros de todas clases llenaban una de las habitaciones; en otra había una gran mesa rodeada de sillas tapizadas. Al final del pasillo entraron en lo que parecía ser una cocina en la que podía oírse el sonido de sus pasos golpeando contra las baldosas blancas y negras. Sobre el mostrador central colgaban una serie de ollas y sartenes de cobre; había un fogón de leña debajo de un arco de piedra; colgando sobre la pared azul había un armarito con puertas de cristal y tazas blancas perfectamente alineadas en su interior. Sobre el fregadero doble emergía entre visillos floreados una ventana divida en cuadraditos en cuyo alféizar descansaban unas macetas con distintas

plantas. Lilly distinguió entre los aromas del ambiente trazas de cebollas y pan horneado, agua hirviendo y jabón. Por razones que no entendía, quiso quedarse allí, abrir los armarios y ver lo que había dentro, sumergirse en el calor de los fogones y comer. Le recordaba a las cocinas sobre las que había leído en los libros, donde madres e hijas pelaban patatas y glaseaban tartas, un lugar en el que la familia al completo se sentaba a la mesa para comer y conversar. ¿Cómo sería lavar platos en el fregadero con las manos llenas de agua y jabón, hornear galletas en el horno y cocinar en el fogón? ¿Cómo sería comer con más gente? Mamá decía que no podía comer con ellos porque el simple hecho de verla al otro lado de la mesa les haría perder el apetito.

Recordar las palabras de mamá hizo que se le encogieran los pulmones. De súbito, no podía respirar. Tuvo que detener el paso y agarrarse, silbido en pecho.

Mamá se giró.

—¿Qué estás haciendo?

—No quiero… —intentó decir Lilly entre respiraciones entrecortadas—. Todos pensarán que… ¡Soy un monstruo! Van a… a…

Mamá frunció el ceño.

—Te acabo de decir que la gente del circo está acostumbrada a ver a personas como tú. Ahora haz el favor de ser una niña buena y hacer lo que te digo. Tu padre ha invertido mucho tiempo y dinero para darte esta sorpresa, y no voy a dejar que la arruines.

Antes de que pudiera replicar, mamá la agarró de la muñeca y la arrastró hacia una pequeña estancia fuera de la cocina, en la que había abrigos colgando de sus percheros, zapatos, botas alineadas en el suelo y una puerta que parecía conducir al exterior. Lilly contó los pares de botas y zapatos tratando de calmarse. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Notó como su pecho se iba abriendo poco a poco e iba respirando cada vez mejor. Mamá dejó la lámpara en el suelo y cogió un suéter del perchero. Tras ponérselo, volvió a coger la linterna y agarró la manivela de la puerta. Entonces se detuvo, cogió una chaqueta del perchero y se la pasó a Lilly.

—Póntelo. Puede que luego te haga falta.

—¿Luego? —preguntó Lilly.

Mamá sacudió la cabeza.

—Quiero decir cuando volvamos a casa.

Lilly cogió la chaqueta y se la puso. Sintió el peso de la prenda sobre sus hombros, las mangas le estaban grandes.

—Remángatelas —indicó mamá—. Y date prisa. Tenemos que llegar antes de que sea demasiado tarde.

Lilly obedeció en mitad de una mezcla de sudores y tembleques. Quería saber qué significaba «antes de que sea demasiado tarde» pero no encontró las palabras apropiadas para expresar su inquietud.

Mamá empujó la puerta y se escurrió en brazos de la oscuridad. Lilly se quedó en la puerta enfundada en el abrigo. Aquel era el momento que tantas miles de veces había soñado, casi durante cada noche, el instante que imaginaba que sería el más feliz de su vida. Pero ahora, la idea de salir de casa la tenía tan paralizada como si estuviera saliéndose fuera del cuerpo, volando hacia la oscuridad del exterior. Por un instante, creyó verse a sí misma, plantada como un pasmarote en mitad de la puerta.

—Vamos —la azuzó mamá—. Deprisa. —Siguió andando sin darse cuenta de que Lilly se había quedado parada en el umbral.

La pequeña pensó en darse la vuelta y regresar corriendo a su habitación, pero mamá iría tras ella y volvería a pegarle, y aquello sería peor que ir al circo. Además, ¿y si no volvía a tener una oportunidad como aquella? Respiró hondo, ignoró el pitido del pecho, y salió de Blackwood Manor. El aire libre parecía una cosa inmensa, mucho más grande de lo que jamás habría imaginado, más vasto de lo que nunca habría podido soñar. Seguía temblando, maravillada y asustada, ¡feliz!, todo al mismo tiempo.

Estaba fuera.

La media luna pendía del lado del cielo despejado, plagado de millones de estrellas, arrojando un brillo invernal en la noche de verano. Y los olores, ¡madre mía, los olores! No estaba segura de qué aromas eran exactamente los que impregnaban el aire, pero imaginó que serían los olores de la hierba, los árboles, la tierra, el agua, el

lodo, los insectos, las hojas, los caballos, el heno, las flores y la lluvia. Las miles de imágenes que había estudiado en los libros se encendieron en su mente, ¡y ahora iba a ver todo eso en la vida real! Una brisa cálida le acarició el rostro. La noche era templada y suave, como respirar bajo una manta. Se subió las mangas para sentir el aire en la piel, y la luz de la luna se reflejó en sus manos y brazos blancos. Parecía que eran las manos y los brazos de un fantasma.

Mamá siguió caminando con pies ligeros y el haz de luz de la lámpara se fue alejando cada vez más y más, rebotando sobre la hierba. Lilly quería impregnarse de la sensación de estar dentro de la noche, pero al mismo tiempo sentía temor por aquella inmensidad de espacio vacío. Quién sabe lo que habría más allá de la oscuridad, a pocos metros de donde ella se encontraba. ¿Y si se la tragaba la negrura o la atacaba algún animal?

Aligeró el paso para alcanzar a mamá, contando todas y cada una de las pisadas. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete… La sensación de andar y andar sin dar con ninguna pared era extraña, emocionante y terrorífica a partes iguales. Cruzaron el jardín de sombras y pasaron bajo las largas siluetas de los árboles y el imponente establo. Los caballos relinchaban una y otra vez en el interior, golpeando las paredes de sus cabinas. Un aroma dulce a hierba seca se coló por sus fosas nasales, acompañado por un cálido y húmedo olor que imaginó que sería estiércol. Mamá abrió la puerta que daba a uno de los pastos, dejó que Lilly pasara delante de ella y volvió a cerrarla. Atravesaron el campo de un extremo a otro, la una junto a la otra, mientras los insectos zumbaban y chasqueaban a su alrededor. Lilly quería caminar más despacio, pero mamá tenía prisa. Al otro lado del campo, tuvieron que agacharse para pasar por debajo de una valla blanca, y proseguir su camino por una fila de árboles. El suelo estaba lleno de baches e irregularidades, y Lilly no dejaba de tropezarse. Estaba jadeando de nuevo, pero no quiso parar a recuperar el aliento, y además se acordó de que no debía dar oportunidad a que la descubrieran. ¿Quién sabe lo que podría pasar si alguien se topaba con un monstruo blanco en mitad del camino?

Se esforzó por seguirle el rastro a su madre a través de una

frondosa arboleda. Los zapatos, que únicamente se ponía cuando papá se lo pedía, le apretaban los dedos. Empezaron a brotarle gotas de sudor en la frente y a caerle el moquillo. Mamá guiaba el camino bajo las copas de los árboles por un estrecho sendero polvoriento alfombrado de agujas de pino. Un olor limpio y puro, muy parecido al del jabón y la colonia de papá, invadió el ambiente. Lilly se preguntó si acaso serían los árboles. Pensó en preguntarle a mamá pero estaba tan ocupada en seguirle el rastro que no podía dedicarse a otra cosa. Oyó el ulular de un búho por encima de su cabeza, saltó y estiró el cuello para verlo, y no se tropezó de bruces contra una roca de milagro.

Cuando por fin salieron de aquel bosque de árboles ralos y arbustos bajos, entraron por un borde de hierbas a otro campo. Desde allí, pudo atisbar las sombras oscuras de las carpas y los vagones. Las luces de colorines estaban apagadas. La mitad del camino estaba desierta. Mamá la condujo a través de la hierba hacia un terreno cubierto de tierra coronado por una gran pancarta que decía: EL CIRCO DE LOS HERMANOS BARLOW. Por encima de aquel cartel de bienvenida flotaban decenas de banderillas de colores ondeando a merced del aire cálido. Los puestos de limonada y perritos calientes se sumaban a otros puestos con carteles que decían: ALGODÓN, HELADO y CACAHUETES ASADOS. Un póster gigante de payasos llenaba el cielo con sus caras por encima de una carpa. Los payasos húmedos parecían mirar a Lilly con aquella sonrisa semicongelada. Los rayos de luna brillaban en las astas de las banderas tiñéndolas de plata y frío. Las sombras moradas y negras, aquella luz gris, y una extraña mezcla de grasa caliente y excrementos de animal regaban el aire. Había tanto que ver y oler que Lilly se mareó.

—¿Dónde está papá? —susurró.

Mamá le mandó callar y siguieron adelante.

Lilly examinó el terreno esperando a que apareciera alguien en cualquier momento corriendo entre laberinto de carpas y puestos de palomitas y algodón para preguntarles qué estaban haciendo allí. Si el dueño del circo había accedido a hacer un pase especial solo para

ella, ¿dónde estaba todo el mundo? ¿Dónde estaban los animales y los artistas? ¿Por qué estaba todo tan oscuro y silencioso?

La luz de la lámpara de mamá realizó un barrido sobre el desfile de pancartas y Lilly quiso cerrar los ojos otra vez. Apartó la vista de los pósteres con caras aterradoras en los que podía leerse: ALDO EL HOMBRE LAGARTO, LUCIFER EL NIÑO DIABLO, EL CHICO DE LAS TRES PIERNAS y DINA LA MEDIA CHICA VIVIENTE. Aquellas personas parecían algo así como una pesadilla, a cual de ellas más horripilante. *¿Dónde están los payasos, elefantes y caballos?*, se preguntó. *¿Y dónde está papá?*

Se detuvo junto a una taquilla buscando un poco de aire.

—Quiero irme a casa —dijo.

Mamá fue a por ella, la agarró de la muñeca y la arrastró hacia delante. Lilly tropezó y volvió a tropezar, pero a mamá no parecía importarle.

Entonces llegaron a una carpa grande con postes, barras y cables sobresaliendo en diferentes direcciones, como el esqueleto de una bestia gigante. Era la carpa central que Lilly había visto desde la ventana del ático. La solapa frontal decía: ENTRADA PRINCIPAL AL CIRCO. Pero la entrada estaba oscura. Cuando mamá pasó hacia dentro, Lilly se detuvo en seco.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

Mamá la ignoró y la empujó hacia delante.

Al otro lado de la carpa había un tren estacionado sobre las vías. Alcanzó a ver una larga fila de vagones de pasajeros y tanques de carga. Desde su ventana los trenes parecían del mismo tamaño que su maqueta de la granja de animales. Las luces amarillas brillaban aquí y allí tras las ventanas cuadradas, y los vagones del circo con jaulas de animales permanecían en el suelo, cerca de la locomotora y los vagones delanteros. Lilly no podía ver dentro de las jaulas porque estaba demasiado oscuro pero a la izquierda de los vagones había unas moles agrupadas sobre la hierba.

Elefantes, pensó, *Elefantes de verdad*. Uno, dos, tres, cuatro. La trompa del número 4 le colgaba como si fuera un gusano gigante.

Lilly se dirigió hacia ellos pero mamá la empujó en otra

dirección, hacia la parte trasera de la carpa donde había un grupo de remolques, camiones y vagones pintados con dibujos de caballos y leones alados. Lilly trató de soltarse de la mano de mamá porque le estaba haciendo daño en el brazo de tanto empujarla tan fuerte, pero no era rival para ella.

—¿Dónde vamos? —volvió a preguntar—. ¿Dónde está papá?

Finalmente, mamá redujo la velocidad y una figura envuelta en las tinieblas salió de detrás de los camiones y caminó hacia ellas. Era un hombre bastante grande, de cuello grueso y hombros anchos.

—¿Papá? —dijo Lilly. Entonces el hombre se posó frente al haz de luz de la lámpara y Lilly gritó.

No era papá.

Era un monstruo gigante con una frente gruesa, cejas frondosas unidas sobre la amplia nariz, mandíbula de simio y una boca que parecía una excavadora a vapor. La criatura tenía hombros y brazos gigantescos, y unos pies como barcas levantando nubes de polvo al andar. Una hendidura dentada le atravesaba la mitad de la cara separándole el labio superior y dividiéndole la nariz en dos piezas destrozadas. Le sobresalía una masa de tejido en mitad de la frente, como si fuera un tercer ojo. Los dientes grandes y grises luchaban por hacerse un hueco superponiéndose en varios puntos. Llevaba una camisa de cuadros ceñida al pecho y unos pantalones gastados por debajo de las inmensas rodillas de aquellos troncos que tenía por piernas.

Lilly trató de apartar la mirada pero no podía. Se quedó paralizada de asombro y terror. A lo mejor era un ogro, como el de *El gato con botas*. No sabía que aquellas cosas podían ser reales. Mamá jadeó y se encogió un poco, pero sin soltar a Lilly de la muñeca. La pequeña se escondió tras ella, sintiendo que las piernas y los brazos le pesaban como piedras.

—Por favor, mamá —suplicó con voz débil—. Quiero irme a casa.

Un hombre de aspecto normal apareció tras el monstruo justo en ese momento. Iba vestido con unos pantalones y una chaqueta larga negros. Dio una calada a un puro y se dirigió hacia ellos con el

humo flotándole por las comisuras de la boca.

—No tengas miedo —dijo el hombre—. Viktor no te hará daño.

Llevaba el pelo negro y aceitoso recogido en una coleta, y su boca le recordaba a las fotos que había visto de la luna, con cráteres, abolladuras y áreas rocosas.

—¿Qué…? ¿Quién es? —preguntó mamá.

—Viktor es mi atracción estrella —dijo el Caraluna—. Pero esa no es la razón por la que está usted aquí, ¿verdad? ¿Dónde está la niña?

Mamá arrastró a Lilly torciendo la boca por el esfuerzo. El hombre Caraluna encendió una linterna y la alumbró. Lilly parpadeó entrecerrando los ojos, cegada por la luz, y agachó la barbilla hasta casi pegarla en el pecho sin dejar de respirar con dificultad. El aire chirriaba y resonaba en sus pulmones. ¿Qué quería aquel hombre? ¿Y qué haría cuando le viera la cara? ¿Saldría corriendo despavorido? ¿Intentaría hacerle daño? Si realmente era el engendro del diablo, lo más normal es que intentara matarla. Es lo que mamá le había dicho una y otra vez, que solo intentaba protegerla. A lo mejor la había traído hasta aquí para demostrárselo.

—Quítate el abrigo —dijo el hombre.

Mamá le quitó el abrigo y lo dejó caer al suelo. El hombre la alumbró de arriba abajo con la linterna.

—¿Cómo sé que es realmente su hija? —le preguntó a mamá.

Luego puso la mano —era carnosa y húmeda— bajo su mandíbula y le alzó el rostro. La niña contuvo la respiración, incapaz de apartar la mirada, esperando a ver su reacción. Le sostuvo la mirada durante lo que llegó a parecerle una eternidad. ¿Qué iba a hacer? ¿Por qué no parecía asustado? Y al mismo tiempo, no podía dejar de mirar el rostro de la única persona que había visto en su vida tan de cerca, aparte de mamá y papá. Para su sorpresa, la expresión de su rostro era sosegada. No había rastro de temor en sus ojos. A lo mejor estaba acostumbrado a ver monstruos.

—¿Cómo se atreve a dudar de mí? —dijo mamá—. Firmé los papeles, ¿no?

—Eso no significa nada —dijo el hombre.

—Si me está acusando de mentir —dijo mamá—, será mejor dejarlo y llevármela.

El hombre apagó la linterna.

—No sería la primera vez que alguien trata de endilgarme a un niño haciéndolo pasar por su propio hijo.

—Bueno, puedo asegurárselo —dijo mamá—. Le estoy diciendo la verdad. Soy una persona temerosa de Dios y…

El hombre Caraluna se rio y Viktor con él.

—¿Qué hay de gracioso en eso? —se molestó mamá.

El hombre Caraluna agitó una mano en el aire.

—Para nada, en absoluto. Estoy seguro de que Dios está muy feliz de saber que no anda usted mintiendo sobre el hecho de que esta niña sea su hija —dijo mirando de reojo a Viktor y poniendo los ojos en blanco—. Solo necesito una cosa más. ¿Está al corriente su marido sobre nuestro acuerdo?

Mamá asintió.

—Mi marido está con un pie en la tumba y Lilly no ha sido más que una cruz desde el día que nació —dijo mamá.

Lilly frunció el ceño y se preguntó qué quería decir «con un pie en la tumba». Fuera lo que fuese, sonaba bastante mal.

El hombre se inclinó hacia delante y fijó sus ojos en los de Lilly.

—Dime la verdad, pequeña, o lo lamentarás. ¿Esta mujer es tu madre?

Lilly pensó en decir que no, pero no estaba segura quién de los dos se pondría más furioso con la respuesta, si el Caraluna o su madre. Asintió y retrocedió un paso.

—Bien —dijo—. No queremos que nadie me acuse de haberte robado.

A Lilly le temblaba la mandíbula. Se giró hacia su madre, que todavía la tenía asida por la muñeca con su mano de acero.

—¿Dónde está papá? —le preguntó.

Mamá la ignoró.

—¿Tenemos trato, entonces? —le dijo al hombre.

A Lilly se le encogió el pecho y se le hizo un nudo en la garganta. No podía respirar.

—Por favor, mamá —jadeó entre respiraciones entrecortadas—. Prometo ser buena… De ahora en adelante. Leeré la Biblia y…

El hombre agarró a Lilly por la barbilla y la alumbró a los ojos de nuevo, que otra vez se entrecerraron, cegados por la luz, y sacudió la cabeza de un lado a otro, mientras él le tiraba el aliento calentujo a la cara. Lilly trató de escapar pero no pudo.

—¿Qué le pasa? —preguntó el hombre—. ¿Está enferma?

Mamá negó con la cabeza.

—No, le cuesta respirar cuando está molesta o nerviosa por algo. Eso es todo. Se le pasará.

—Como se muera en los próximos meses volveré a recuperar mi dinero, y no le va a gustar.

—Si no le interesa —dijo mamá—, los hermanos Ringling vienen a Albany la semana que viene. Seguro que pagan mejor.

El hombre frunció el ceño y soltó la barbilla de Lilly. Hizo un gesto y el monstruo avanzó, la cogió de los brazos y la arrastró lejos de mamá. Lilly gritó, se retorció y pataleó, intentando liberarse.

—¡Mamá! ¡Por favor!

Mamá hizo como si no la oyera.

—¡No… me… toques! —gritaba.

Le pegó al monstro tantas patadas en las piernas como pudo. Él gruñó, le dio la vuelta y le tapó la boca con su manaza, mientras la sujetaba contra su estómago como si fuera un fardo, rodeándole el pecho con el brazo sudoroso. Lilly le arañó la piel a ver si así la dejaba marcharse, pero no sirvió de nada. Se quedó mirando a mamá, luchando por respirar, con los ojos bañados en terror y lágrimas.

Caraluna sacó un clip brillante del bolsillo, extrajo el fajo de billetes que sujetaba y se lo pasó a mamá.

—Está todo —dijo—. Cuéntelo si quiere.

—Una cosa más —dijo mamá—. No vuelva jamás por aquí. No pienso alquilar el terreno a más circos.

—Entendido.

Mamá cogió el dinero y lo contó.

Lilly trató de gritar a voz en cuello para suplicarle a su madre que no la dejara allí, pero solo fue capaz de soltar un aullido ahogado y agudo.

Mamá se detuvo un instante, los ojos fijos en Lilly, con el dinero en la mano:

—Es lo mejor —dijo, y se marchó.

CAPÍTULO 4

JULIA

CUANDO ACABÓ LA HORA DE LOS DESAYUNOS EN EL RESTAURANTE de Al el Grande, Julia se escabulló al servicio y cerró la puerta. Se sentó sobre la tapa cerrada del inodoro y, con dedos temblorosos, abrió el sobre del detective privado que había contratado mamá. La carta decía así:

BUFETE DE ABOGADOS SCOGNAMIGLIO Y CARR

Estimada señorita Blackwood:

Lamento informarle del fallecimiento de su madre, Coralline Livingston Blackwood el pasado 21 de septiembre de 1953. Como abogado de sus padres, es mi deber notificarle que se ha procedido a la lectura del testamento y últimas voluntades y, como hija única de Coralline y Howard Blackwood, es usted la heredera universal de toda su herencia.

El rancho de caballos de Blackwood Manor ha seguido funcionando bajo la atenta supervisión del administrador de sus padres, el señor Claude Miller, con la ayuda de un veterinario local llamado Fletcher Reid, atendiendo a la expresa voluntad de

su madre, quien a pesar de que vendió algunos caballos antes de morir, insistió en que se continuara pagando a estos hombres hasta el día en el que la encontrasen y pudiera hacerse cargo del negocio, o hasta que la propiedad tuviera dinero. Afortunadamente, y gracias al afilado sentido comercial de su padre y su cuidadosa planificación financiera, el rancho de Blackwood Manor seguirá siendo monetariamente viable durante muchos, muchos años. Dicho esto, y si elige hacerlo, está usted en el legítimo derecho de reclamar su herencia. Solo hay una única condición. Para convertirse en la legítima heredera de Blackwood Manor y disfrutar de los beneficios económicos incluidos en este documento, debe regresar a casa y residir en la propiedad. Por favor, comuníquese inmediatamente con mi oficina para firmar la correspondiente documentación.

Gracias por su tiempo.
Sinceramente,
Wallace Carr

Julia miró la carta durante un buen rato, intentando asimilar las palabras. Mamá llevaba un año muerta. Y ella era la única heredera de Blackwood Manor. Le invadió un estremecimiento, sorprendida y ligeramente entristecida por la noticia de la muerte de su madre —que había muerto hacía un año, de hecho— sin tener ni idea de lo que hacer. ¿No se suponía que los miembros de la familia tenían un sexto sentido y sabían cuando un pariente fallecía? ¿Sentir un súbito y tremendo sentimiento de pérdida cuando un ser querido abandonaba este mundo? Se acordó del día que se fue a nadar con sus amigas, el día que su padre murió. Estaba feliz y despreocupada, ajena al hecho de que la única persona que parecía haberla querido en este mundo había muerto en un accidente de tráfico. A lo mejor los miembros de una familia solo sentían la muerte de otro ser querido cuando existía entre ellos un auténtico lazo de amor y cariño.

Sus ojos se inundaron de lágrimas. Ahora era, oficialmente, huérfana. Su madre y su padre ya no estaban. Y sin embargo, había

algo que lamentaba mucho más: no haber tenido una familia unida. ¿Cómo podías echar de menos algo que nunca habías tenido?

Alguien tocó a la puerta.

—¿Estás ahí? —Era Sheila.

—Ya salgo —dijo Julia.

Se enjugó las lágrimas, metió la carta en el sobre, y se puso en pie. Las piernas le flojeaban. Se metió el sobre en el bolsillo del delantal y se miró a sí misma en el espejo del lavabo. ¿Cómo regresar a Blackwood Manor con todos aquellos malos recuerdos y secretos guardados? Pero por otra parte, ¿cómo seguir estancada en aquel agujero?

CAPÍTULO 5

LILLY

EL MONSTRUO VIKTOR IBA EN POS DEL HOMBRE CARALUNA en dirección al tren, cargando a Lilly como un fardo contra su pecho, tapándole la boca con la mano sudorosa. Lilly seguía pataleando, retorciéndose e intentando gritar, pero apenas podía respirar y empezaba a sentirse débil. El monstruo la sujetó con más fuerza. Cuando llegaron al tren, la subió a rastras por unos escalones entre dos vagones y esperó. Una lámpara de aceite colgaba del exterior de la puerta del vagón. El hombre Caraluna cogió la lámpara del gancho, abrió la puerta y les abrió el paso hacia el interior de un vagón de corrales con cabras y llamas, balas de heno y montones de sacos de arpillera.

Viktor siguió al hombre Caraluna hasta el final del compartimiento y esperó a que este abriera una jaula de metal. Cuando aflojó la mano con la que le tapaba la boca y se agachó para empujarla adentro, Lilly aprovechó para morderle la palma con toda la fuerza de la que fue capaz. Él gritó, soltándola. La niña se retorció, deshaciéndose de sus brazos, y casi logró escapar, pero el hombre Caraluna la agarró del pescuezo y la metió en la jaula. Ella tropezó, cayó y fue a parar al suelo con las manos y las rodillas.

Viktor cerró de un portazo y el hombre Caraluna echó un candado, maldiciendo entre dientes.

El suelo de la jaula estaba cubierto con paja sucia. Percibió un olor fétido entrándole por las fosas nasales. Se arrastró de rodillas hasta la puerta y se aferró a los barrotes con los dedos, jadeando y buscando una brizna de aire.

—¡Dejadme salir! —gritó.

—Lo siento, bombón —dijo el hombre Caraluna—. Acabo de pagar una buena suma de dinero por ti. Y en caso de que no te hayas dado cuenta, ahora me perteneces.

—¡Por favor! —Lloró—. ¡Quiero volver a casa!

—Ya estás en casa, ahora soy tu tutor legal. —Estalló en carcajadas.

Lilly se atragantó y trató de recuperar el aliento. Aquello tenía que ser una pesadilla. ¡Tenía que serlo! ¿Por qué le haría mamá algo así? ¿Por qué?

—No… Mi papá… Mi papá vendrá a buscarme.

—Me temo que no, pequeña. Tu padre se está muriendo y tu madre ha firmado los papeles. Es todo legal.

—¡Eso no es verdad! —dijo—. Mi padre está en Pensilvania. Regresa mañana… Y cuando lo haga, ¡vendrá a buscarme!

—Puedes creer lo que quieras si te hace sentir mejor, pero eso no es lo que ha dicho tu madre.

Lilly soltó los barrotes y se dejó caer en la jaula, demasiado débil para sentarse.

—¿Qué vais…? ¿Qué vais a hacer conmigo?

—Cuando lo decida, serás la primera en saberlo. —Cogió la lámpara de aceite y se dispuso a marcharse indicando a Viktor que le siguiera.

—Por favor. —Lloró Lilly—. Te lo ruego, por favor, dejadme salir.

—¿Quiere que me quede aquí y la vigile, jefe? —dijo Viktor.

Su voz tenía un tono bajo y grave, como si tuviera la garganta llena de piedras.

—No —dijo el hombre Caraluna—. No irá a ninguna parte.

Lilly gritó hasta perder el aliento y quemarse la garganta. Las cabras y las llamas balaban y pateaban en el interior de sus cabinas.

El hombre Caraluna se giró hacia ella:

—Grita todo lo que quieras —dijo—. Nadie te oirá. Y si oyen, a nadie le importa. —Le pegó una patada a la jaula y desapareció por el pasillo. Viktor fue con él. La puerta del vagón se abrió y se cerró de golpe, y el interior se hundió en la más absoluta negrura. Lilly dejó escapar un suspiro y volvió a gritar, sacudiendo la jaula con las manos.

Tiró del candado con cada gramo de fuerza que le quedaba. Era inútil. La cerradura era inexpugnable. Gritó hasta desgarrarse la garganta en carne viva antes de colapsar sobre la paja en una sinfonía de jadeos. Tenía los codos y las rodillas manchados de tierra y el penetrante olor a orina le quemaba las fosas nasales. Se acurrucó en un ovillo y sollozó dejando que las lágrimas y el sudor le cayeran por las mejillas. Desde que podía recordar, siempre había querido ver el mundo exterior, pero ahora daría cualquier cosa por volver a Blackwood Manor. *Por favor, Dios*, rezó. *Si mamá vuelve a por mí haré todo lo que me diga. Rezaré diez veces al día y memorizaré los versos de la Biblia. Me desharé de las muñecas y los libros y haré todo lo que ella diga. No volveré a soñar despierta, ni a pedir una ventana que pueda abrirse. Quiero a mamá y siento mucho haber sido mala. Por favor, Dios, por favor. Echo de menos a papá y a Abby*.

Imaginó a la gata acurrucada en su cama, esperándola y preguntándose por qué la había dejado sola. La idea de que Abby pudiera estar triste y pensando que la había abandonado era más de lo que podía soportar. ¿Qué le pasaría a la gata? ¿Quién la alimentaría, la amaría y la acariciaría? Mamá no, desde luego. No le gustaban los gatos. Imaginó a papá subiendo las escaleras para sorprenderla con un regalo de cumpleaños y encontrándose la habitación vacía. Querría saber dónde estaba. Y cuando mamá le dijera lo que había hecho, iría corriendo a rescatarla.

Si mamá no había dicho la verdad.

Si papá no se estaba muriendo.

Con aquella idea todavía en mente, sintió que algo se le revolvía

bajo las costillas, y un dolor horrible, pesado, explotó en el interior de su pecho. Supo de inmediato que iba a caer enferma. Se giró hacia un lado y vomitó, tosiendo y atragantándose con su propio vómito. Escupió una y otra vez, luego se limpió la boca y se echó. Le pesaban los párpados. El pulso le tronaba en los oídos. Se sentía mareada, como aquella vez que papá tuvo que ponerle mostaza y apósitos calientes en el pecho durante tres días.

El mundo se apagó y todo se volvió negro.

La despertó el chillido de un silbato. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había estado durmiendo.

—¿Papá? —gritó con voz débil—. ¡Estoy aquí, papá!

Una luz tenue se colaba a través de los listones de las paredes cayendo sobre los barrotes de metal de la jaula. La paja le pinchaba los brazos y las piernas. El leve ruido sordo de un motor poderoso sonaba en la distancia. Entonces lo recordó todo.

Estaba encerrada en la jaula de un tren de circo. Y papá no estaba allí. Los ojos de Lilly se inundaron. Se puso de pie con la cabeza y el pecho abrasados, la garganta y el cuello ardiéndole de dolor. Tan pronto como fue capaz de respirar sin toser, se arrodilló y se sacudió las briznas de paja. Le dolía cada músculo del cuerpo, le picaba todo, y necesitaba ir al baño. Tenía el vientre a punto de explotar. Se arremangó la falda del vestido hasta la cintura, se bajó las bragas y se acuclilló en un rincón de la jaula. El pis se deslizó muslo abajo mojándole los zapatos. Perfecto, ahora no solo estaba sucia y muerta de frío, sino que además también olía mal. Trató de limpiarse la pierna lo mejor posible usando la paja, que ya de por sí estaba sucia. Luego se subió las bragas y se sentó en la esquina opuesta contando los barrotes de la jaula y tratando de no llorar.

Las cabras y las llamas yacían en sus puestos, durmiendo o masticando ruidosamente su heno. Se asomó por entre las tablillas del vagón intentando ver algo, pero no podía ver nada. En algún lugar se oyó un silbido. Entonces el vagón pareció estremecerse, se movió hacia delante con una sacudida y avanzó sobre las vías. Las llamas y las cabras se pusieron de pie y miraron con nerviosismo por encima de las puertas de sus cubículos.

Lilly se aferró a los barrotes de la jaula con manos de mantequilla.

—¡No! —gritó—. ¡Todavía no podemos irnos! ¡Mi papá va a venir a buscarme!

El tren fue ganando velocidad poco a poco, alejándose cada vez más de Blackwood Manor. Lilly cayó de espaldas sobre la paja sucia, sollozando, con la cabeza chocando contra la pared de la jaula. ¿Cómo iba a encontrarla papá? El terror y la nostalgia hogareña la sumergieron en un baño de olas violentas y poderosas. No podía hacer nada, salvo esperar y rezar. Mamá decía que Dios únicamente respondía a las oraciones si eran sinceras. Pero ella le había pedido con todas sus fuerzas que mamá volviera a buscarla, y no lo hizo. Seguía allí, encerrada en una jaula. Si Dios no la había considerado lo suficientemente sincera en ese momento, ¿cuándo era que pensaba hacerlo?

Tras lo que a Lilly le parecieron mil horas, el tren del circo disminuyó la marcha, gimiendo contra los frenos. Las ruedas de hierro chirriaban, chillaban y silbaban, y los pistones rugían con un pitido cada vez más alto y agudo. Finalmente, el tren se detuvo estrepitosamente, y el silbido del vapor saliendo por la chimenea taladró el aire. Las cabras y las llamas se levantaron y trataron de mantener el equilibrio sobre sus patas inestables. Lilly se puso de pie, sobrecogida, asustada y congelada de frío.

Afuera, empezaban a levantarse los pestillos de hierro, las puertas iban abriéndose sobre los rieles, y los hombres hablaban formando algarabía. Podía oírse el sonido de las rampas cayendo sobre el suelo. Cuando la puerta lateral del vagón se abrió, Lilly retrocedió hacia la esquina de la jaula hecha un ovillo, intentando pasar desapercibida. La luz del sol irrumpió en el vagón, revelando el polvo flotante y las briznas de heno, y haciendo que los sonidos del exterior se oyeran con total nitidez. Entrecerró los ojos para protegerse de la luz y se tapó los oídos con las manos. Le temblaba todo. La silueta de un hombre apareció en el marco de la puerta. Se

desperezó en un bostezo, se dirigió hacia una de las jaulas y echó un vistazo por el interior. Tenía el rostro curtido cubierto por una barba gris y llevaba un bombín ladeado hacia atrás. Acarició a una de las llamas por detrás de la oreja y se dirigió al pasillo central para examinar las otras cabinas. Cuando pasó por delante de la jaula de Lilly, se agachó de espaldas a su puerta. Entonces ella reptó hacia delante y se agarró a los barrotes con fuerza. El hombre, que hasta entonces había ignorado su presencia, pegó un salto y se giró asustado. Al verla se le pusieron los ojos como platos.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó—. ¿Quién demonios eres tú?

—Soy Lilly —dijo—. ¿Me puede dejar salir? ¿Por favor? —Se quedó mirándole a la cara esperando a ver su reacción.

—¿Pero qué diablos estás haciendo ahí dentro, chiquilla?

El corazón le latía tan fuerte que apenas podía hablar. ¿Fingía no tener miedo de ella, como papá decía que la gente reaccionaría al verla? ¿O era así de valiente porque estaba dentro de una jaula? Tragó saliva y recuperó la voz.

—Me han encerrado aquí.

El hombre se quitó el sombrero y se rascó la calva con la mano arrugada por la edad.

—¿Quién te ha metido ahí?

Un hombre con cara de luna y coleta y alguien llamado Viktor. Era… Era… —Se le formó un nudo ardiente en la garganta y no pudo continuar.

—¿Un monstruo?

Lilly asintió con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

El anciano se volvió a colocar el sombrero y se enderezó arrugando las cejas. Se quedó ahí de pie durante unos instantes, rascándose el cuello y pensando, luego corrió hacia la puerta del vagón y gritó:

—Eh, Dante, ven aquí un minuto, ¿quieres?

Segundos más tarde, un hombre grandote de barba roja trepó hasta el vagón.

—¿Qué pasa, León?

León señaló a Lilly y sonrió mostrando los dientes amarillos.

—Mira lo que tenemos aquí. —Dante se arrodilló y echó un vistazo al interior de la jaula—. Vaya, vaya, ¿quién lo diría? —dijo —. Parece que tenemos a un pequeño polizón —sonrió y metió los dedos entre los barrotes para tocarle el pelo.

Lilly retrocedió al rincón, asustada y sorprendida al mismo tiempo. A lo mejor mamá tenía razón y la gente del circo estaba acostumbrada a los monstruos.

—Dice que Viktor la puso aquí —dijo León. Se agachó para mirarla—. Y un hombre con cara de luna y coleta.

Dante recuperó la postura.

—Entonces lo mejor es dejarla en paz. No necesitamos meternos en problemas.

León se giró y se movió por el pasillo.

—Solo estoy aquí para alimentar a los bichos y prepararlos para descargar.

—Por favor —gritó Lilly—. No puede dejarme aquí. Mi papá me está buscando y…

León paró y se giró con el rostro cruzado por un sentimiento de preocupación.

—¿Te han secuestrado? —preguntó Dante.

Lilly negó con la cabeza.

—Mamá… Ella… —Las palabras luchaban por salir de su boca.

—¿Qué hizo tu madre, muñeca?

Lilly forzó las palabras.

—Cogió el dinero del hombre de la coleta y me llevó consigo. —La pequeña se derrumbó por dentro y por fuera. Tenía convulsiones en los hombros.

—Sabía que Merrick tenía algo que ver con todo esto —dijo Dante dirigiéndose a León—. Ahora es suya.

Lilly tragó saliva y lo miró.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

Lilly negó con la cabeza. Le temblaba el mentón.

—Merrick dirige el espectáculo secundario del Circo de los

Hermanos Barlow, el Espectáculo más Asombroso de la Tierra —dijo León. Se puso en pie y sacó una bala de heno del saco, la partió en dos y la fue dividiendo entre las cabras y las llamas—. Parece que acabas de unirte al circo, pequeña.

—León tiene razón —dijo Dante—. Pero no llores, no es tan malo. A lo mejor hasta te gusta y todo estar aquí.

Lilly lloró con más fuerza.

Dos hombres más subieron al vagón y Dante se alejó de la jaula. Eran Viktor y el hombre Caraluna de la coleta.

—No la asustéis, chicos —dijo el hombre Caraluna.

—Buenos días, Merrick —saludaron León y Dante al unísono.

—Sí, señor —dijo Merrick—. Los dioses están sonriendo hoy al Circo de los Hermanos Barlow. Que me muera aquí mismo si no es así, con este espléndido espécimen que nos han mandado. ¿No es maravillosa?

Los hombres asintieron dándole la razón y Merrick y Viktor se acercaron a ella. Lilly apretó su cuerpo contra la parte trasera de la jaula.

—Echémosle un vistazo a la luz del día —dijo Merrick.

Viktor abrió el candado, se arrodilló y trató de agarrarla. Lilly se arrastró hacia una esquina huyendo de aquellas manazas. Él soltó un taco y metió la cabeza dentro de la jaula. Lilly le pateó la cara golpeándole con el zapato la nariz que ya de por sí tenía partida en dos. Se oyó el crujido de un hueso.

—¡Joder! —gritó Viktor. Se puso la mano en la cara y retrocedió saliendo de la jaula. Le caía la sangre por los labios. Entonces volvió a la carga, la agarró del brazo y tiró de ella hacia la puerta. Lilly se retorcía, gritaba y trataba de soltarse.

—No te quedes ahí como un pasmarote —le gritó Merrick a Dante—. ¡Ayúdale!

Dante la agarró del otro brazo, sujetándola. Lilly se revolvió con todo su ser y pataleó hasta la saciedad para liberarse. No sirvió de nada. No tenía nada que hacer frente a aquellos hombretones, y sus pulmones volvieron a cerrarse. Se rindió tratando de encontrar algo de aire.

Merrick se acercó hasta ella. Le brillaban los ojos.

—Así que eres toda una fiera, una luchadora —dijo—. Eso es bueno. Pero no me gusta nada que vayas por ahí pateándole la cara a mi estrella de atracción, aunque ya la tenga hecha un desastre.

—¡Suéltame! —gritó Lilly—. ¡Quiero… Yo… quiero… Ir a casa!

—Te lo voy a repetir una vez más —dijo Merrick—. Ya estás en casa. Y más vale que te acostumbres porque no vas a ir a ninguna parte.

—Sí que me voy a ir… —gritó Lilly—. Mi padre va a venir a por mí…

—Me temo que eso no va a pasar, cariño.

Lilly tosió, tragó saliva e intentó tragar más aire. Entonces, por algún motivo, recordó que los gatos silbaban y las llamas escupían cuando tenían miedo. Cogió todo el aire que pudo, cerró la boca para cosechar una buena dosis de saliva, y escupió a Merrick en toda la cara. El escupitajo blanco aterrizó en la mejilla, dejando una estela húmeda al caer.

Él se estremeció de la misma manera que si le hubieran abofeteado. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo y se secó la cara. Después, sin mediar palabra, se fue a la pared y tiró de lo que parecía un látigo negro corto que había colgado en un gancho, con una expresión cada vez más sombría.

—Dadle la vuelta —ordenó a Viktor y a Dante.

—Venga, Merrick —dijo Dante—. No tienes por qué hacerlo. Solo está asustada.

—Cierra la maldita bocaza y haz lo que te digo o te pondré colorado —gritó Merrick escupiendo saliva.

Los hombres le dieron la vuelta y la sujetaron por los brazos. Viktor le clavó los dedos en la carne, pero Dante la sostuvo con delicadeza. León contemplaba la escena con ojos tristes, preocupados.

—Lo siento —susurró Dante—. De ahora en adelante tienes que hacerle caso, ¿vale?

El látigo le azotó la espalda desgarrándola como el fuego sobre

los omóplatos. Ella se arqueó aullando de dolor. Merrick gruñó y la azotó de nuevo. Una vez. Dos veces. Tres veces. El dolor era intenso y fuerte, como cuando se quemó con la llama de la lámpara de aceite de mamá. Se meó encima. Empezó a ver borroso y las rodillas le flaquearon, pero Viktor y Dante la sostuvieron. Merrick soltó otro gruñido y Lilly supo que iba a volver a levantarle el látigo pero Dante se interpuso entre ellos haciéndole de escudo.

—Ya es suficiente —dijo con voz tranquila—. La vas a matar.

—Tiene razón —dijo León—. Es solo una niña pequeña.

—¡Ponía de vuelta en la jaula! —gritó Merrick.

—Viktor la arrastró hasta la jaula y la empujó hacia el interior. Lilly aterrizó sobre su espalda golpeándose la cabeza. El dolor ascendió por la espina dorsal. Rodó sobre su costado por la paja, con los hombros ardiendo y la respiración atascada en el pecho. Viktor cerró la puerta y echó el candado.

Merrick arrojó el látigo al suelo y se paseó arriba y abajo con los puños apretados. Después le pegó una patada a la jaula, abollándola.

—Te dejaré ahí dentro el tiempo que haga falta —dijo, y señaló a León—. El viejo León puede traerte la comida durante semanas enteras. ¿Lo pillas?

La pequeña asintió, jadeante.

—Ahora ya sabes quién manda aquí.

Lilly asintió nuevamente.

—Tienes mucho que aprender, pequeña —dijo Merrick—. Y si tienes miedo de nosotros, intenta escapar y verás lo que te espera. Ahí fuera hay un montón de gente deseando diseccionar a alguien como tú. No serías el primer monstruo al que cortan en pedazos para exhibirlo en tarros de cristal. —Volvió a pasearse. Luego se detuvo y se dirigió a León, quien se había apartado de ellos para coger otra bala de heno.

—Oye, León, ¿qué crees que la gente de bien de esta ciudad haría si se encontrara a esta joven dama deambulando por su vecindario?

León se ocupó de poner el heno en uno de los pesebres y evitó mirar a los ojos de Merrick.

—No sabría decir.

—Claro que lo sabes —dijo Merrick poniendo una media sonrisa de serpiente—. Vamos, dile a la señorita Lilly la verdad, por su propio bien.

León paró de trabajar y clavó sus ojos en Lilly con mirada triste.

—Supongo que los lugareños se asustarían al verla. Probablemente también se burlarían de ella.

—Exacto —dijo Merrick—. O algún idiota trataría de matarla porque su aspecto es diferente al de los demás. ¿No es así, León?

León se encogió de hombros.

—Venga, viejo. Cuéntale lo que le pasó a tu hija.

Los hombros de León se aflojaron y tuvo que agarrarse al pesebre con una mano. Se quedó mirándose los pies durante un buen rato. Luego levantó la vista y dijo:

—Tiene razón, señorita Lilly. Es un lugar peligroso para los que son como tú. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dile por qué —insistió Merrick.

—Porque la gente tiene miedo de lo que no entiende. Mi hija y yo llevábamos tres años trabajando para Merrick y el señor Barlow. Era la mujer barbuda más preciosa que jamás has visto. Sus ojos azules como el mar, el cabello rubio suave como la seda. Pero cometió el error de enamorarse de un lugareño, creyendo que podría llevar una vida normal. Le advertí en contra de esa idea y, bueno, la cosa no acabó bien. Los suyos no iban a dejar que un monstruo se casara con uno de ellos.

—Acaba la historia —dijo Merrick.

León se sacó una bandana roja del bolsillo y se secó la frente y los ojos.

—Una semana después de la boda, su marido… —Se detuvo con el rostro desencajado. Miró a Lilly entre temblores—. Su marido la encontró atada a los escalones de la iglesia con la cara afeitada y un tajo en la garganta.

Lilly tragó saliva y cerró los ojos. La idea de alguien cortándole la garganta a otra persona le provocó náuseas. Se acordó de cuando su padre se adentraba en el bosque con un rifle y volvía con una

ristra de conejos muertos. Decía que los cazadores mataban para comer, pero la visión de aquellos animales muertos la ponía enferma. Esto era peor. ¿Era por eso por lo que mamá la mantenía en el ático? ¿Para evitar que alguien le cortase el cuello? Pero ¿quién le aseguraba que no iban a hacerle lo mismo estando en el circo? Si papá no la encontraba pronto, ni podía escapar porque si lo hacía podían rebanarle la garganta, ¿iba a pasar el resto de su vida metida en aquella jaula? El ardor de espalda que tenía y la idea de no poder volver a casa nunca más terminaron de hundirla. Era demasiado para ella. Se tapó la cara con las manos y deseó estar en otro lugar, un lugar en el que poder borrar todo aquello.

Merrick pegó otra patada a la jaula.

—Despierta.

Lilly se descubrió el rostro y luchó por sentarse.

—¿Qué…? ¿Qué va a hacer conmigo?

—Ahora trabajas para mí —dijo Merrick—. Dirijo el espectáculo secundario, que es por el que la mayoría de la gente viene al circo, en cualquier caso. Pueden llevar a los niños a ver a los elefantes y los leones, pero lo que realmente quieren ver son monstruos. Y yo tengo los mejores en kilómetros a la redonda. La gente pagará una buena suma de dinero por ver a alguien como tú.

—Pero mamá dijo que la gente se asustaría si me viera.

—Bueno, ya lo veremos, ¿verdad? Ahora, si ya estás lista para cooperar, te dejaremos salir de la jaula. Te asearemos y te daremos algo de comer. ¿Te parece bien?

Ella asintió.

—¿Se acabaron los mordiscos y los intentos de huida? ¿No más patadas y chillidos? Te advierto que si intentas algo, volveré a encerrarte. ¿Te enteras?

Volvió a asentir.

—Dante —dijo Merrick—. Ve a buscar a Glory.

—Sí, señor —dijo Dante con gesto de preocupación hacia Lilly antes de bajar del vagón de un salto.

Merrick se fue hasta el centro del vagón, se paró frente a la puerta abierta y se encendió un puro.

—Si lo piensas bien, te estoy haciendo un favor. Tus padres no te quieren, y nadie lo hará. La mayoría de la gente desprecia a los feriantes. No se fían de nosotros. Pero el circo es un lugar donde uno puede ganarse la vida incluso habiendo perdido todas esas posesiones que a la sociedad convencional le gusta que tengamos. La gente que ha perdido el norte busca un trabajo en cualquier sitio, pero lo más probable es que no lo consiga. A lo mejor la carretera es mejor que todo lo que dejan atrás, tal vez tienen un pasado turbulento, o no están hechos para trabajar en turnos de nueve a cinco, ni encajan entre la gente decente.

Hizo una pausa para aspirar una bocanada de humo y habló nuevamente con el humo saliéndole de la boca.

—O a lo mejor su familia no quiere saber nada de ellos porque son un estorbo, como tú. Pero nosotros los acogemos, a todos ellos. Hasta a la gente como tú. Ya ves, todo depende del lado de la verja desde el cual mires las cosas.

Lilly no sabía nada sobre los lados de las verjas. Lo único que tenía claro es que quería volver a su casa, y aquello es lo que más deseaba, más que nada en el mundo.

Tras un minuto o dos, Dante regresó acompañado por una mujer de falda rosa, blusa brillante sin mangas, y diadema de perlas sobre el cabello corto y ondulado. Su rostro tenía un aspecto rosado y suave, pero el resto de su piel era como si alguien le hubiera escrito encima con tinta de diferentes colores, totalmente cubierta con dibujos de leones, ángeles, cruces, calaveras, corazones y flores. Los tenía por todas partes, piernas y brazos, cada una de las imágenes fusionándose entre sí creando un diseño continuo. Lilly no podía dejar de mirarla. Cuando la mujer la vio en la jaula se quedó sin aliento.

—¿De dónde la habéis sacado? —preguntó.

—La recogimos en la última parada —dijo Viktor.

—¿La recogisteis? ¿Cómo que la recogisteis? —Se arrodilló frente a la jaula y Lilly aguardó a ver su reacción buscando un rastro de miedo, pero su única reacción parecía ser de preocupación. A lo mejor estaba fingiendo no tener miedo, como todos los demás.

Merrick lanzó a Viktor una mirada fulminante de reprobación.

—No la recogimos —corrigió—. La salvamos, como hicimos con Viktor cuando fuimos al orfanato a por él, ¿recuerdas? Glory, te presento a nuestra nueva artista. —Señaló a Lilly.

Glory sonrió a Lilly y le preguntó con voz dulce:

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Quiero a mi papá —dijo Lilly con lágrimas en los ojos.

Glory miró a Merrick con el ceño fruncido.

—Conque la salvasteis, ¿no?

—Ocúpate de tus asuntos, Glory —dijo Merrick—. Fue un trato legítimo y ahora soy su tutor legal. ¿Vas a ayudarme o se lo digo a Josephine?

Gloria se levantó.

—Mantón a Josephine lejos de ella. Yo la lavaré y le daré de comer.

—Eso pensaba —dijo Merrick, tras lo cual, se dirigió a Viktor —. Déjala salir.

Viktor quitó el candado, abrió la puerta y se hizo hacia atrás para dejarla salir.

Glory se inclinó frente a la jaula, sonrió y torció el índice para engatusarla.

—No pasa nada. No tengas miedo —dijo.

—Lleva cuidado —advirtió Viktor—. Es una fiera salvaje.

Lilly respiraba con dificultad. Miró a Glory intentando decidir si podía confiar en aquella mujer de aspecto extraño. Salvo por esos dibujos raros que tenía en la piel —¿cómo se llamaban? Ahora mismo no se acordaba— parecía normal, y sus ojos irradiaban dulzura y amabilidad. Finalmente, se inclinó hacia delante y fue arrastrándose lentamente sobre la paja hasta la puerta. Glory retrocedió un paso para darle espacio y ella salió. Le dolía la cabeza, le flaqueaban las piernas, se sentía débil y temblorosa, y le dolían los latigazos de la espalda. Glory cerró la puerta y le tendió una mano. Lilly se abrazó a sí misma y se alejó con la mirada gacha.

—Vamos, cariño —dijo Glory—. No voy a hacerte daño.

Lilly sacudió la cabeza. Aparte de cuando Viktor la había

aplastado contra su pecho, y los hombres que la habían estado sujetando por los brazos, la última vez que alguien la tocó fue cuando era una niña pequeña que todavía no podía lavarse ni vestirse por sí sola. Papá nunca la había cogido de la mano, ni le había dado un beso, ni siquiera en su cumpleaños. Cuando le regaló a Abby se puso tan contenta que corrió a abrazarle, pero él se apartó. Y mamá solo la tocaba para pegarle. El recuerdo de sus padres acabó con sus últimas reservas de fuerza. Estaba al borde del colapso. ¿Volvería a verlos alguna vez?

—No pasa nada —dijo Glory—. Aún no me conoces, pero vamos a ser muy amigas. Ya verás.

Lilly la miró fijamente, intentando no llorar. Glory le hizo un gesto para que la siguiera hacia la puerta del vagón. Así lo hizo, pero cuando llegó a la puerta, se encogió y empezó a parpadear y a taparse las orejas con las manos. El ruido era atronador y la luz le hería los ojos.

Un auténtico poblado de carpas y animales desplegados por la hierba marrón la esperaba ahí fuera. La carpa central todavía no había sido izada y descansaba aplanada sobre el suelo. Alrededor, unos hombres iban juntando paredes y enlazando costuras. Un elefante iba cruzando el solar con la trompa cargada de postes mientras otro paquidermo empujaba los postes con la ayuda de su frente y de otros trabajadores que iban tirando de las cuerdas. La gente se iba agrupando para pasarse los martillos, golpear las estacas que iban clavando en el suelo, llenando el aire con aquel trasiego de explosiones sonoras. Los postes más altos sobresalían por el centro y los lados de la carpa principal, como un insecto gigante con cientos de antenas. Los hombres gritaban para hacerse oír por encima del barullo. Un grupo de trabajadores de piel oscura se afanaba por colgar grandes pancartas de rayas rojas y blancas frente a una tienda que había en la avenida de los dulces, las manzanas de caramelo, palomitas de maíz y perritos calientes. Los caballos de carga iban arrastrando vagones, equipamiento y jaulas con monos, osos, leones y tigres. En los letreros de los vagones de ruedas tan doradas como los rayos del sol, se podía leer: EL CIRCO DE LOS

HERMANOS BARLOW, EL ESPECTÁCULO MÁS ASOMBROSO DE LA TIERRA. Frente al vagón, delante de ellas, cruzaron dos hombres galopando a caballo y levantando una nube de polvo a su paso. Glory de deslizó por el borde de la puerta saltando sobre la grava y una vez abajo, sonrió a Lilly.

—Vamos, ven.

Lilly no se atrevía, pero se destapó las orejas y bajó del vagón. Inmediatamente, sintió que algo cálido le tocaba los brazos y la cara. Miró hacia arriba entrecerrando los ojos. Era el sol. Oteó el horizonte protegiéndose la vista con las manos. El cielo era más grande de lo que jamás habría imaginado. Y había pájaros volando como flechas negras sobre las carpas, las tiendas y la gente. Miró a diestra y siniestra siguiendo las vías del tren, que era tan largo que no podía ver dónde acababa. Las partes que podía ver estaban hechas de vagones, coches de carga y vagones de pasajeros con ventanas de los que bajaban hombres y mujeres en dirección a la carpa de la bandera naranja. Junto a la carpa, había un gran tanque eructando vapores.

—Cuando la laves y le des de comer, la traes de vuelta al tren. Se la vamos a enseñar al señor Barlow.

Glory asintió y empezó a caminar. Lilly la siguió alejándose de las vías del tren en dirección al solar, con la mirada perdida en las nubes de polvo que Glory iba levantando al caminar con sus pies, los matojos de hierba, los dientes de león y las piedras. Vio a una abeja aterrizando sobre una flor seca y a una mariposa que le pasó revoloteándole la nariz. Estuvo a punto de caer tres veces, incapaz de apartar la mirada de todas las cosas que capturaban su atención. Al entrar en el solar sintió cómo la tierra vibraba bajo sus pies al pasar un jinete galopando a caballo. Los gritos y los golpes de los trabajadores, ocupados en clavar las estacas, se fue haciendo cada vez más fuerte, pero resistió la tentación de taparse los oídos. De vez en cuando, uno de los trabajadores levantaba la vista hacia ella. ¿Y si a alguno le daba por cortarle el cuello? Se encogió de hombros y apretó el paso para acercarse a Glory, todo lo cerca que pudiera estar sin tocarla, tratando de pasar desapercibida. Había tanto que ver —

tiendas y gente, animales y banderas, pancartas y pósteres— que no quería perderse nada, pero al mismo tiempo no quería mirar porque todo era demasiado, demasiado cerca, demasiado alto.

—¿Estás bien? —preguntó Glory.

Lilly se mordió el labio y asintió.

Se detuvieron al llegar a la hilera de tiendas que había al otro extremo del solar, tras la carpa principal. Glory abrió la cortina y cedió el paso a Lilly. Dentro, había filas de cubos, maletas, baúles y estantes llenos de vestidos de colores. En la pared posterior se alineaban los tocadores frente a sus espejos. A Lilly se le salió el corazón del pecho. ¿Estaba a punto de verse frente al espejo por primera vez? Bajó los ojos, dudando si debía ir hacia los espejos o salir corriendo de allí. Glory la condujo hacia un cubo, cogió un trapo y jabón de una de las mesas, y se arrodilló. Metió la tela y el trapo dentro del cubo y se dispuso a lavarle la cara, acercando su mano lentamente. Lilly se apartó y bajó la cara.

—No pasa nada —dijo Glory—. Solo voy a lavarte un poquito.

Lilly miró a Glory. ¿Por qué no le tenía miedo? ¿Acaso era porque ella también tenía un aspecto distinto al de los demás?

Glory suspiró, luego sonrió y le tendió el trapo a Lilly, quien lo cogió y empezó a limpiarse la cara con él. Era una sensación agradable.

—¿Estás bien? —preguntó Glory—. Sé que todo esto es un gran cambio para ti y que ahora mismo hay cosas que deben parecerte terroríficas.

Lilly apretó la mandíbula para evitar el temblor y se encogió de hombros.

—¿Es verdad que Merrick te ha salvado de un orfanato?

Lilly no estaba muy segura de lo que era un orfanato, así que sacudió la cabeza.

—¿Un hospital?

Volvió a sacudir la cabeza.

—¿Te apartó de tu papá?

Los ojos de Lilly se encharcaron. Volvió a negar con la cabeza por tercera vez.

Glory arrugó la frente en un gesto de preocupación.

—¿De dónde te han sacado, entonces? —Cogió el trapo, lo enjuagó, y se le devolvió—. ¿Puedes decírmelo?

—El… —vaciló—. Le dio dinero a mamá y ella me dejó con él.

—¿Te compró? —preguntó Glory con la mirada llena de asombro.

Lilly asintió.

—¿Tu madre te vendió? —La cara de Glory se puso más roja que el corazón que llevaba en el cuello—. ¿Pero cómo pudo…? —Se pasó los dedos temblorosos sobre los labios.

Lilly se encogió de hombros y empezó a llorar.

—Oh, cariño, lo siento mucho. —Intentó abrazarla pero Lilly se hizo para atrás. Glory bajó los brazos y le regaló una sonrisa débil y triste—. Bueno, no te preocupes. Lo entiendo. Todavía no me conoces lo suficiente como para dejar que te abrace. De hecho, no tienes por qué dejar que nadie te abrace ni te toque. Si alguien lo intenta, echa a correr tan rápido como puedas. Y luego vienes y me lo cuentas, ¿vale?

Lilly asintió y parpadeó para contener el llanto, preguntándose si debía contarle a Glory que Merrick le había pegado con el látigo. Cuando mamá la castigaba siempre le amenazaba conque si se lo contaba a papá, la próxima vez sería peor. Si Merrick se enteraba de que se lo había dicho haría lo mismo. Lilly cogió el trapo y se quitó la mugre de los brazos y las piernas.

—Tenemos que quitarte ese vestido. Está sucio —dijo Glory. Se levantó, fue hacia un baúl y levantó la tapa—. Puedes tomar prestado uno de los de Tina hasta que Monday Man[1] te consiga algunos por ahí. A ella no le importará. —Sacó un vestido azul de mangas holgadas y un cinturón blanco—. Este debería servir. ¿Necesitas que te ayude a ponértelo?

Lilly negó con la cabeza y cogió el vestido. Se desabotonó el cuello del que llevaba puesto. Se detuvo un instante para mirar a la puerta de la tienda. ¿Y si entraba alguien y la veía desnuda?

—No te preocupes —dijo Glory—. Están todos en el comedor. Es la hora del almuerzo.

Lilly la miró y esperó.

—Oh, disculpa —dijo Glory dándose la vuelta—. Avísame cuando hayas acabado.

Lilly se quitó el vestido dejándolo caer en el suelo. Era su favorito, lo único que le quedaba de casa, y ahora estaba hecho una pena. Se metió el vestido limpio por la cabeza y estiró los brazos a través de las mangas. Entonces se dio cuenta de que no alcazaba a abrocharse los botones de la espalda pero si le pedía ayuda a Glory, le iba a ver las marcas de los latigazos.

—Ya está —dijo Lilly con boca pequeña, confiando en que Glory no se diera cuenta de que no se había abrochado el vestido.

Glory se giró para mirarla.

—¡Oh! ¡Mírate! ¡Te queda perfecto! ¿Te ayudo a abotonarte la parte de atrás?

Lilly miró al suelo.

—Puedes confiar en mí —dijo Lilly arrodillándose frente a ella y sonriéndole.

Lilly cerró las manos, apretó los puños y se dio la vuelta. Tal vez no viera las marcas y a lo mejor, con algo de suerte, ni siquiera estaban sangrando. Glory empezó a abotonarle el primer botón con suma delicadeza pero no tardó en detenerse con un jadeo de angustia.

—¿Quién te ha hecho esto?

Lilly cerró los ojos. Mentir era pecado, pero ahora mismo lo ultimo que le preocupaba era pecar.

—Mamá —mintió.

Glory se calló y terminó de abrocharle el vestido.

Lilly se dio la vuelta. Tenía los ojos vidriosos.

—Escucha —dijo Glory—. Tienes que hacer lo que Merrick te diga, ¿vale?

Lilly asintió pero ¿cómo había adivinado que había sido Merrick el que le había propinado aquellos latigazos?

—Prométemelo —dijo Glory—. A partir de ahora harás todo lo que te diga, ¿vale?

—Está bien.

Glory sonrió débilmente y se levantó. Lilly la miró. Quería preguntarle algo pero no estaba segura si debía hacerlo.

—¿Qué? —dijo Glory, leyéndole la mente.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí, lo que quieras.

—¿Cómo es que no me tienes miedo?

Glory se extrañó e inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué diablos iba a tenerte miedo?

Lilly arrastró su zapato por la hierba.

Glory se arrodilló de nuevo.

—¿Qué pasa, cariño? Puedes contármelo si quieres. Somos amigas, ¿recuerdas?

Lilly levantó el rostro y miró a Glory.

—Mamá dice que soy una abominación y que si la gente me viera se pondría enferma de asco y temor, y que por eso tenían que esconderme. —Le temblaba la voz—. Porque soy un monstruo y estoy maldita.

Glory apretó los labios. Intentó sonreír pero, en lugar de eso, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, cariño, tú no eres ningún monstruo. Nada más lejos de la realidad. Y tampoco estás maldita. Odio tener que decirte esto, pero tu madre no te dijo la verdad.

—Pero mamá dice que mentir es pecado.

Glory volvió a ponerse en pie.

—Ven aquí, quiero mostrarte algo —dijo caminando hacia los espejos.

Lilly se quedó paralizada. Le sudaban las manos y le temblaba todo el cuerpo. Todas esas noches, todas esas horas mirando fijamente al cristal de la ventana intentando ver el reflejo de su cara, y ahora que por fin tenía la oportunidad de hacerlo, solo tenía ganas de salir corriendo y esconderse en algún lugar. ¿Y si mamá estaba en lo cierto y era un monstruo asqueroso? ¿Y si se miraba en el espejo y la sola visión de su rostro la hacía gritar de miedo? ¿Y si resulta que ella también era como Viktor? Se pasó la lengua por el filo de los dientes —uno, dos, tres, cuatro, cinco— y trató de pensar. Si tuviera

un tercer ojo habría notado algo en la frente, ¿no? Y si tuviera la boca torcida o la nariz partida en dos, también lo habría notado. Aun así, no estaba segura de querer mirarse en el espejo. Tenía la boca más seca que la tierra. Se estaba poniendo muy nerviosa.

—Tranquila —dijo Glory con voz relajante—. Inspira y trata de respirar despacio. Así, mira, inspira y déjalo salir. —Glory inspiró y expiró lentamente—. Tengo un amigo al que le pasa lo mismo que a ti cuando se pone nervioso. Tú no dejes de mirarme a mí y ya verás cómo te relajas enseguida.

Lilly fijó sus ojos en Glory e intentó imitarla. Después de seis o siete respiraciones, se le abrieron los pulmones y la garganta. Su corazón atronador disminuyó la marcha y pareció estabilizarse, hasta que pudo aspirar el aire sin asfixiarse.

—¿Mejor? —dijo Glory.

Lilly asintió.

—¿Confías ahora en mí? ¿Amigas?

Lilly asintió nuevamente.

—¿Qué te parece entonces si te das la vuelta y me dejas que te arregle el cabello?

Lilly se lo pensó durante un momento. No recordaba la última vez que mamá le había lavado el pelo, o se lo había arreglado, o ni tan siquiera tocado. Y cada vez que lo hacía le daba tirones. Pero por alguna razón, no creyó que Glory fuera tan ruda. Se dio la vuelta y esperó a que le tocara el pelo. La notó recogerle cuidadosamente la melena con una mano mientras que con la otra cogía un cepillo del tocador y le iba desenredando el pelo y quitándole las briznas de heno. Era extrañamente agradable sentir que otra persona te tocaba el pelo, con aquellos movimientos que masajeaban el cuero cabelludo. Se le erizó la piel. Los latidos del corazón se fueron ralentizando. Cuando Glory terminó con la suciedad y los enredos, le apartó el pelo de la cara y dio volumen con sus dedos a los lados y la parte superior. Una vez acabó, se puso frente a Lilly. Sonrió, cadera en mano, orgullosa del resultado.

—¿Lista?

Lilly respiró hondo y asintió.

—Cierra los ojos y date la vuelta.

Lilly cerró los ojos y se volvió hacia el espejo.

—De acuerdo. Ahora, ábrelos —dijo Glory.

Lilly contó, enroscando y desenroscando los dedos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, y luego abrió los ojos y, muy lentamente, fue alzando la vista hacia el espejo. Cuando vio su reflejo respiró hondo. Estaba viendo a una chica joven con la piel impoluta, perfecta, con un cabello tan blanco como la nieve y ojos del color del cielo en verano. La única marca que tenía en el rostro era una marca de una herida que le hizo mamá en una ocasión en la que la empujó y ella cayó dándose con el marco de la cama en la barbilla. Sus labios eran tan finos que parecían invisibles, y daba la impresión de que alguien había espolvoreado polvo de nieve en las cejas y las pestañas. El vestido azul marino parecía negro al contrastar con su piel lechosa. Lilly se acercó y tocó el espejo. ¿Era uno de esos espejos con truco? Pero la chica del espejo también se movió, y aquellos dedos idénticos se tocaron, punta con punta, sobre el cristal, con el color de sus respectivas pieles fundiéndose a la perfección. Pero también había algo más en ese reflejo. Algo que la hizo estremecerse hasta lo más profundo de su ser. Parecía una muñeca. Una muñeca preciosa.

No era un monstruo.

No era una abominación.

No le habría dado asco a nadie.

Mamá había mentido. Y papá también.

Se quedó mirando su reflejo durante un buen rato con lágrimas en los ojos.

¿Por qué mamá la había encerrado en el ático? ¿Y por qué papá la había dejado hacerlo? ¿La odiaban porque a Dios se le había olvidado colorearle la piel? ¿De verdad era algo tan horrible? Si tan solo estaban intentando protegerla, ¿por qué no la dejaban por lo menos estar abajo con ellos? ¿Por qué no la abrazaban nunca, ni la besaban? Mamá dijo que en el circo a nadie le importaría su aspecto. Pero ¿por qué le importaba a ella? ¿Por qué le importó a papá? ¿Por qué las personas que se suponía que debían quererla más que a nada

en la vida la habían escondido del mundo? ¿Tenían miedo? ¿Se avergonzaban de ella? ¿Eran malos? Se tapó la cara con las manos y se tiró al suelo con rabia. Glory se arrodilló junto a ella.

—¿Lo ves, princesa? No eres ningún monstruo. Muy al contrario.

El llanto se había enganchado a su pecho.

—Pero no lo entiendo. —Lloró—. ¿Entonces qué me pasa? ¿Qué hay de malo en mí?

—No hay nada malo en ti. Eres perfectamente normal, excepto por el color de tu piel. Eso es todo. Y adivina qué. Hay más personas como tú. Se llaman albinos.

Lilly alzó la mirada, todavía temblorosa.

—¿Hay más personas como yo?

Glory sonrió y asintió.

—Conocí a alguien como tú hace unos años en el circo de los hermanos Ringling. Pero no era ni la mitad de guapa que tú. Decía que a su piel le faltaba un ingrediente que era el que le daba color a la piel. Había nacido con esa condición, como naciste tú. No me acuerdo cómo la llamaban, pero aparte de estar pálida y tener cuidado de no tomar mucho el sol, era perfectamente normal.

A Lilly se le desencajó el rostro.

—Pero entonces, ¿por qué mi mamá y mi papá…? —No pudo continuar. El dolor que sentía le pesaba como un sudario. No podía pensar con claridad. Estaba confundida. Quería echarse a dormir, despertar de aquella pesadilla.

Glory cogió un pañuelo del tocador y se lo tendió.

—No sé, cariño, pero entiendo por qué Merrick te quería consigo. Eres perfecta, como una muñeca de porcelana a tamaño natural.

—¿Y para qué me quiere?

Glory le acarició el cabello.

—Déjame contarte una pequeña historia. Cuando tenía once años, me escapé de casa para unirme al circo. Tuve que ganarme el sueldo, así que los primeros años trabajé para Josephine, limpiando su coche cama, cosiendo disfraces, y siendo su esclava, básicamente.

Luego crecí y Merrick me regaló estos tatuajes y me dejó trabajar para él en el espectáculo secundario. Entonces le pedí ayuda con mi hermano, a quien mis padres habían enviado a un horrible lugar. Estaba encerrado, como tú, pero Merrick lo liberó, le salvó la vida. Jamás podré pagarle lo que hizo por él. Ahora Viktor es una de nuestras estrellas principales y yo… —Hizo una pausa y torció el gesto, como si hubiera pensado mejor lo que estaba a punto de decir. Finalmente, suspiró y prosiguió—. Lo que estoy intentando decir es que Merrick ha visto algo en ti. Por eso te compró. Cree que puede convertirte en una estrella. Piensa que la gente va a adorarte.

—No quiero ser una estrella. —Lloró Lilly—. Solo quiero volver a casa con mi gata.

—Lo sé —dijo Glory—. Pero ahora esta es tu casa, ¿recuerdas?

Lilly hundió la cara entre sus manos y lloró todavía más fuerte.

CAPÍTULO 6

JULIA

Los árboles que rodeaban Blackwood Manor, negros y desnudos, hacían que la mansión pareciera todavía más gris. La casa tenía el mismo aspecto poderosamente abrumador que el día que Julia se marchó, con sus sombras y amplios recovecos color cielo invernal. Se trataba de un edificio Victoriano neogótico de cuatro plantas con parteluces, tragaluces y claraboyas en el ático, tres chimeneas y tejado abuhardillado.

Un manto de nieve sucia y hojas muertas bordeaba el seto que había entre el jardín y el bosque trasero, arrastrándose por las verjas que circundaban el establo.

Julia bajó del taxi y respiró lenta y calmadamente. El aire sucio olía a barro, hongos, heno y estiércol de caballo.

Justo tal y como lo recordaba.

¿Realmente habían pasado tres años desde que se marchó? Parecía como si hubiera sido ayer.

Se había puesto unos pantalones rosas y un suéter ajustado como símbolo de desafío hacia su madre muerta y a la casa sombría. Pero ahora se sentía tonta. El taxista abrió el maletero, bajó el equipaje y se alejó dejándola sola en mitad del camino de entrada.

Las ventanas de la casa, inexpresivas y vacías, reflejaban la desnudez del bosque que rodeaba la mansión. Los árboles parecían más altos y desaliñados. Tal vez necesitaban una buena poda. ¿Ya estaba pensando en las cosas que había que hacer? Ahora, la casa era suya, las doce habitaciones, los techos altísimos, las escaleras anchas, la enorme cocina con baldosas desgastadas de tanto pisarlas. Era lo que madre, que hasta muerta seguía mandando, quería. Julia no pudo evitar preguntarse si todo aquello era algún tipo de prueba. Si no se quedaba a vivir allí, la propiedad sería vendida y todo el dinero iría a parar a la caridad, y aunque no estaba segura de si podría acostumbrarse a vivir en aquel lugar durante el resto de su vida, había suficiente terreno y dinero para construir una casa totalmente nueva. La idea le proporcionó un sentimiento de extraña satisfacción, saber que a pesar de que madre lo había intentado, no podía controlarlo todo.

Contempló la finca preguntándose qué haría con todo ese espacio. ¿Se quedarían las ventanas calladas, vacías y silenciosas, como ahora, o se pondrían a gemir bajo el peso de los recuerdos? Se imaginó la cristalería de madre en el comedor, brillando a la luz de la lámpara de araña; las botellas de *whisky* de su padre, alineadas en el aparador de su despacho. Cuando era niña, solía colarse allí para escrutar los misteriosos decantadores y botellas, intentando entender el motivo por el que su padre encontraba aquellos líquidos tan apetecibles. Incluso destapaba los tapones para aspirar el olor, hasta que un día madre la pilló, y nunca más entró al despacho, ni a ningún otro sitio de la casa que no le estuviera permitido. Bastaron unos cuantos azotes con una buena vara de sauce para recordarle que debía hacer lo que le decían. Pero ahora podía ir a donde quisiera, al despacho de su padre, a la tercera planta, al ático, al establo.

El taxi se había ido y únicamente reinaba el silencio. El silencio de los árboles; el silencio de la casa.

El silencio del establo y los pastizales.

¿Dónde están los caballos?

Se abrazó en un repentino estremecimiento. La casa la había estado esperando pacientemente, anticipando el momento en el que

se la tragaría de pies a cabeza. ¿Había cometido un error? ¿Qué iba a hacer allí sola, a más de tres kilómetros del vecino más cercano? ¿Y cómo diablos iba a dirigir una granja de caballos si sus padres nunca la habían dejado ni acercase al establo y jamás le permitieron estar presente cuando hablaban de negocios?~Pero luego se acordó de que ahora tenía montones de dinero a su disposición, y que podía pagar a otra persona para que cuidara de los caballos. Además, no podía volver a donde Al el Grande ni a la lúgubre habitación encima de la licorería. No podía volver a robar, ni seguir soportando los abusos de Tom. Se sentía mal por haberle dejado sin decir adiós, pero cuando regresó a casa del trabajo aquel mismo día que recibió la carta y él llegó desmayándose en el sofá totalmente borracho, se dio cuenta de que al final había sido lo mejor. No tuvo que darle explicaciones ni que mentirle. Por fin se había librado de él para siempre. Cogió la maleta, sacó del bolsillo de su abrigo las llaves de la entrada y caminó a grandes zancadas en dirección a Blackwood Manor, determinada a hacerlo lo mejor posible, o por lo menos, a coger el toro por los cuernos.

Dentro, la mansión parecía más pequeña de lo que recordaba, pero aun así, seguía siendo enorme. Tan solo el vestíbulo era cinco veces más grande que su habitación de la licorería. La casa estaba fría y sucia. Se preguntó si habría ratones en el ático. Madre y padre siempre lo negaban, pero ella sabía que había ratas, porque las oía correteando por los techos, arañando y royendo el yeso viejo y la madera podrida. Los sonidos de la casa siempre la mantenían despierta —los crujidos y movimientos de las vigas, los lamentos y aullidos de las cañerías— haciendo que su exaltada mente infantil creyera que había alguien viviendo detrás de las paredes.

Dejó caer la maleta al pie de las escaleras y se desvió hacia la cocina con el eco de sus pasos siguiéndola por el suelo de madera. No había comido nada desde la noche anterior. Estaba muerta de hambre. Cuando avisó al abogado de que iría a la finca para tomar posesión y ponerse al frente del negocio, este avisó a Claude, el encargado de la granja, para que aprovisionara la casa con víveres. Qué lástima que no se acordara de pedirle también que encendiera

la caldera.

Los olores de su infancia la siguieron en su caminar por la casa: aromas de roble limón, suelos de piedra, troncos de leña, muebles polvorientos y abrillantador de metales. Pasó al comedor y vio a madre presidiendo la mesa, lanzando una fría mirada a todo aquel que osara sorber la sopa o interrumpir cuando ella estaba hablando. En el salón, sobre la repisa de la chimenea, todavía descansaban algunas cenizas mohosas, y sobre el mismo mantel de siempre, estaba la caja roja de cerillas. Las gafas de leer reposaban sobre un libro abierto que había sobre el sillón de orejas favorito de su madre, como si acabara de dejarlo ahí y hubiera subido arriba a echarse una siesta.

De repente, saber que estaba allí sola la hizo sentir inquieta, como si al darse la vuelta fuera a ver a madre en la puerta, luciendo una sonrisa ácida en la cara arrugada y los cabellos teñidos de oro.

Ya en la cocina, enjuagó una tetera de cobre, la llenó y la puso a calentar en el fogón. El agua del fregadero olía como siempre, a hierro, piedra mojada y un toque de algas, nada que ver con el agua clorada de la ciudad. ¿Cuántas veces había estado en esa cocina lavando platos y ayudando a madre a hacer la comida? ¿Cuántas veces le había suplicado cortar algo más que hortalizas y queso, algo más que sacar del frigo harina, leche o huevos? Ella quería amasar el pan y dorar la carne para la sopa; quería glasear el pastel y enrollar el hojaldre de la tarta. Pero a madre le preocupaba que lo echara todo a perder, así que nunca la dejaba hacer casi nada. Después de todo, era un pecado desperdiciar comida.

Cogió una manzana del frutero de madera y se dio la vuelta hacia el fregadero, mirando a través de la ventana, con los hombros encogidos por el frío. Afuera, el jardín invernal era una maraña de tentáculos de plantas y matorrales sobrecrecidos. Madre se revolvería en la tumba si lo viera así.

Julia se sintió más sola que nunca. Su madre y su padre se habían ido sin haber podido arreglar las cosas con ellos y ahora ya era demasiado tarde. Se había pasado los últimos años devanándose los sesos, intentando comprender por qué se sentía tan poco querida por

ellos, y por qué siempre parecían estar ocultándole cosas. En algún lugar remoto de su mente, había vagos recuerdos de madre tapándola con mantas y besándole la mejilla. Sí, todavía podía evocarla, con su cabello rubio y los labios rojos, cantándole canciones de cuna y meciéndola para que se durmiera. Luego Julia creció y todo cambió. Algo pasó, pero ¿qué?

Mamá le contó una vez cuánto había rezado a Dios para que le diera una hija, y cómo se había pasado la mayor parte de su embarazo en cama por miedo a perderla, después de contarle aquello, se puso a despotricar sobre la gran decepción que se llevó cuando se dio cuenta de que la única meta en la vida de Julia era desobedecer y discutir con ella.

A veces era como si sus padres tuvieran una vida ajena a la suya, como si no tuvieran nada que ver con ella. Definitivamente, había nacido en la familia equivocada. A veces le gustaba fantasear con la idea de que era adoptada, o que sus padres eran espías, o que habían tenido que cambiar sus identidades para esconderse de la mafia. Solo eran cosas que le daba por imaginar para distraer su propia tristeza, pero ¿quién sabe?

Un golpe repentino en la puerta trasera la hizo sobresaltarse. Los golpes volvieron a repetirse, ahora con más insistencia. Dejó la manzana en la mesa, se dirigió a la puerta de la cocina y miró a través del cristal. Había un anciano con sombrero de fieltro y chaqueta marrón en los escalones de piedra del portal.

—¿Hola? —llamó.

Julia abrió la puerta un poco.

—¿Puedo ayudarle?

—Solo he venido para ver cómo estaba, señorita Blackwood —dijo el hombre. Era bajito y delgado, de cara curtida y ojos azul acuoso—. Supongo que no te acuerdas de mí, ¿verdad?

—No. —Negó con la cabeza—. Lo siento.

El hombre daba la impresión de estar incómodo, haciendo algo que no le resultaba agradable, mirando por encima del hombro, tramando la forma más rápida de salir pitando.

—Soy Claude, el gerente de la granja, y el jardinero. Llevo

veintisiete años trabajando para sus padres.

Ella sonrió y abrió la puerta de par en par.

—Vaya —dijo—, creo que nunca nos presentaron formalmente. Cuando vivía aquí no me dejaban acercarme al establo.

Claude se aclaró la voz.

—Bueno… Yo… Yo me acuerdo de usted. La conocí cuando era muy pequeñita, estaba jugando en el patio. Su padre, que Dios lo tenga en la gloria, hablaba de usted todo el tiempo.

A Julia le sorprendió el comentario. ¿Su padre solía hablar de ella? ¿Todo el tiempo? Tal vez Claude solo estaba siendo amable. A lo mejor le preocupaba perder el trabajo, ahora que ella había vuelto.

—¿Cómo están los caballos? —preguntó. En realidad no sabía qué otra cosa decir.

—Están bien, señorita Blackwood, están bien. Todavía tenemos las mejores yeguas de cría y cinco de los mejores sementales.

—Eso está muy bien —dijo ella—. Espero poder verlos.

Claude bajó brevemente la mirada y frotó la bota contra el borde del escalón. Había un rastro de preocupación, tal vez temor, en sus ojos.

—¿Está usted planeando hacer reformas por aquí? ¿Vender los caballos, la tierra o algo así?

Julia se encogió de hombros.

—No lo sé. Todavía no he tenido tiempo de pensar nada a largo plazo.

El hombre forzó una sonrisa fugaz.

—Está bien. Era nada más que por curiosidad.

—Tal vez podríamos reuniros mañana o pasado para ponernos al día.

Él asintió.

—Gracias por la comida —dijo—. Y gracias también por quedarse y cuidar de los caballos. Estoy segura de que ha hecho un trabajo estupendo.

Claude se ruborizó ante el cumplido. Agachó la cabeza y volvió a asentir.

—Muy bien. Volveré en cuando se haya instalado. Las llaves de

todo están en el cajón de ahí —señaló el armario que había junto a la estufa de leña—, incluyendo la llave del Buick que está guardado en el garaje.

—Me temo que el coche no me va a servir de mucho. No tengo carné de conducir. Madre no dejó que me lo sacara, como tantas otras cosas.

—Ah… —dijo Claude, dubitativo y con expresión floja—. Bueno, si necesita ir a la ciudad a por algo, hágamelo saber, yo la llevaré.

—Se lo agradezco muchísimo, Claude.

—Bien, pues si necesita cualquier cosa, no tiene más que llamarme. Andaré por ahí. Que pase buena noche. —Se despidió con la mano y empezó a bajar los escalones de camino al jardín.

—Lo haré —dijo ella—. Buenas noches.

Nada más irse Claude, se reprendió a sí misma por no haberse acordado de preguntarle cómo se encendía la caldera. ¿Cómo podía estar tan tonta? Miró a través de la ventana hacia el establo, a ver si estaba lo suficientemente cerca como para hacerle volver, pero ya estaba montándose en la camioneta. Para cuando terminase de ponerse el abrigo, el sombrero y saliera corriendo a llamarle, ya se habría ido. Entonces se acordó de la chimenea del salón. Tenía frío y hambre, y estaba exhausta y abrumada. Ya habría tiempo de ocuparse de las cosas al día siguiente, incluyendo lo de cómo encender la caldera. Cogió unos huevos y algo de leche de la nevera y se preparó una tostada con huevos revueltos. Comió en la mesa de la barra de la cocina y luego fue al salón a encender un fuego. Al lado de la chimenea había una pila de troncos viejos, con grietas y cortezas sueltas, llenos de insectos y telarañas.

Ya con el fuego encendido, se quitó los zapatos y se acurrucó en el sofá. Los cojines cedieron, amoldándose al peso y la forma del cuerpo.

El silencio de la casa resonaba en sus oídos.

Iba a ser una noche larga.

CAPÍTULO 7

LILLY

TRAS HABERSE VISTO POR PRIMERA VEZ EN EL ESPEJO QUE había sobre el tocador del vestuario, Lilly se sentó en el suelo. Le daba vueltas la cabeza y sentía el estómago revuelto. Se había pasado la vida creyendo ser un monstruo. Sus padres le habían mentido. Había estado en el ático toda su vida sin razón alguna. Se levantó con piernas tambaleantes y se limpió la hierba del vestido. Ante ella, se abría un mundo borroso empañado por las lágrimas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Glory.

Lilly asintió.

—Venga, vamos a la cocina a por un buen almuerzo. Te ayudará a sentir mejor. Seguro que estás muerta de hambre.

Lilly no creía que fuera capaz de comer nada, pero siguió a Glory hacia la cocina de campaña que tenían montada allí. En un momento dado, pensó en darse la vuelta y escapar, ¿pero a dónde iría? ¿A casa? Allí no la querían. ¿Al pueblo más cercano? Merrick y León le habían dicho que allí tampoco nadie la iba a querer, salvo para sacarle el cerebro y exhibirlo en un tarro de cristal. No había adonde ir.

Iba caminando junto a Glory, pasando por hileras de puestos de

comida y vagones de circo, tratando de no pensar en lo que iba a ser de su vida. No era nada fácil poner un pie delante de otro. Al otro lado de la hilera de vagones, había tres elefantes con la cabeza baja y las patas encadenadas a un estaca clavada en el suelo. Un hombre con mono de peto y un chico con gorra de repartidor de periódicos estudiaban atentamente un objeto sobre la hierba. Era algo redondo y gris, algo parecido a una gran roca. El hombre estaba apoyado en un poste alto y el chico agachado con las manos apoyadas en las rodillas, sonriente. Entonces el muchacho se sentó y la roca se movió, caminó hasta sus pies, sacudió las orejitas y desenrolló su pequeña trompa arriba y abajo. Era una cría de elefante. Lilly aminoró la marcha, incapaz de apartar los ojos de aquella escena. El chico rio y el hombre frotó la pata del elefante acariciando la piel espesa. La cría puso la pata delantera en el hombro del muchacho y luego se dejó caer de rodillas, recostándose en su regazo, como un perro grande. Lilly no podía creer lo que estaba viendo. El chico se rio todavía más mientras le acariciaba la barriguita con ambas manos. Entonces alzó la vista hacia el hombre, quien había fijado su atención en Glory y Lilly, y siguió el rastro de su mirada sin dejar de sonreír.

El muchacho las saludó, para sorpresa de Lilly.

La niña bajó la mirada y aceleró el paso. Ella también le había estado mirando. ¿Se suponía que tenía que devolverle el saludo? Parecía algo mayor que ella, pero la verdad es que aparte de ese chico que estaba jugando con el elefante, no había visto a ningún otro niño en su vida. No sabía qué debía hacer. ¿Qué habrían pensado al verla? ¿Se habrían dado cuenta de lo del color de su piel, o estaban demasiado lejos como para notarlo? Seguramente él también formaba parte del circo porque de lo contrario no estaría jugando con los elefantes. A lo mejor estaba acostumbrado a ver gente con un aspecto distinto al de los demás. Pero ¿por qué había saludado?

—No te preocupes por ellos —dijo Glory—. A los de su clase no les gusta mezclarse con los de la nuestra.

—¿Su clase?

—Los artistas de élite. No se lían con la gente del espectáculo secundario.

—¿Liar? —dijo Lilly con gesto de extrañeza.

—Da igual. Ya te lo explicaré cuando seas mayor.

A poco más de medio camino se encontraron seis vagones de animales con un león en cada uno. Dos de los leones estaban de pie mientras el resto dormitaban, acalorados, con los costados subiendo y bajando al ritmo de su respiración. Uno de ellos tenía la inmensa cabeza apoyada contra la pared de la jaula, con la enmarañada melena marrón sobresaliéndole por entre los barrotes. Cuando Glory y Lilly pasaron por delante, alzó la cabeza, parpadeó y las contempló con los bigotes crispados. Lilly aminoró la marcha y se quedó mirando aquellos ojos marrones y tristes. Allí, encerrado en esa jaula, había un animal hermoso y perfecto, pero estaba triste. Se fijó en el pelaje grueso, en las patas almohadilladas, los dientes afilados, la nariz negra… Y de repente se vio invadida por la sensación de estar encerrada entre las cuatro paredes de su habitación, y sin saber por qué, sintió una nostalgia insufrible. Echaba de menos el hogar perdido. Las sensaciones eran tan intensas que estuvo a punto de desmayarse. Era como si pudiera sentir las ansias de libertad de aquel león, tanto como las ansias que ella tenía por escapar de aquella jaula de miedo y dolor en la que estaba sumida. Tal vez soñaba con correr por la sabana, como cuando ella se imaginaba escapando de su habitación para salir fuera. A lo mejor también echaba de menos su hogar. Tuvo que luchar contra el impulso de abrirles las jaulas, pero si los dejaba salir tampoco iban a estar mucho mejor que ella. Si huían al bosque acabarían dándoles caza; si osaban atacar a sus captores, tampoco tardarían mucho en pegarles un tiro o infringirles algún tipo de daño. Se acercó al león como si una fuerza invisible la estuviera atrayendo. Quería tocarlo, hacerle saber que, si estuviera en sus manos, lo liberaría.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Glory—. ¡Aléjate de ahí!

Lilly se detuvo, sobresaltada por el impacto de su propio trance.

—Yo solo quería…

—Los leones devoran personas. ¡Podrían arrancarte la mano de un solo mordisco!

Lilly se apartó del león y continuó andando junto a Glory sin dejar de mirar al animal, hasta que desapareció de su vista. Al oír a Glory hablar así de los leones se puso triste, porque era como oír hablar a mamá, exactamente igual, como si los leones tuvieran que ser odiados y temidos. Tan solo eran animales salvajes con ansias de libertad y de que los dejaran vivir tranquilos. Nada más.

Dejaron los leones atrás y fueron en dirección a la parte trasera del solar, hacia una carpa casi tan grande como la carpa principal, pero no tan alta. A medida que iban acercándose, Lilly iba arrastrando los pies, pegándose a Glory. Los lados de la tienda estaban enrollados. Se oían las voces y las risas flotando por todo el lugar. Había multitud de gente sentada a las mesas, gente que podía burlarse de ella, temerla o incluso intentar hacerle daño. Empezó a sentir que el pecho se le constreñía y dejó de caminar, luchando por absorber una pizca de aire. Glory se detuvo y se giró para asegurarse de que todo iba bien.

—No pasa nada —dijo—. No tienes por qué tener miedo. Esta es la cocina de campaña. Aquí es donde todo el mundo viene a comer. Pronto aprenderás que sin un estómago lleno, no hay circo. Es lo que nos mantiene en marcha. —Señaló una bandera que había en lo alto—. ¿Ves esa bandera? Cuando está naranja, significa que la cocina está abierta, y cuando está azul, que está cerrada.

A Lilly le daban igual las banderas o la cocina. No quería entrar. Glory tuvo que volver sobre sus pasos hasta el lugar donde la pequeña se había quedado inmóvil.

—Escucha —dijo Glory arrodillándose a su lado sobre la hierba —. Si hay algo que debes saber sobre el folclore circense, es que allá donde vamos somos unos absolutos extraños, así que solo nos tenemos los unos a los otros. Y por supuesto, tenemos nuestras reglas de convivencia aunque algunos se las salten de vez en cuando. Pero cuando atacan a uno de los nuestros, salimos en manada a defenderlo. Ahora eres uno de nosotros, parte de nuestra familia. Nadie va a hacerte daño. Sé que es difícil, pero trata de calmarte y

respirar despacio.

Lilly sintió la tentación de corregir a Glory y contarle que Merrick sí le había hecho daño, pero no podía hablar. Tenía los pulmones encogidos y sentía como si se le estuviera cerrando la garganta. Inspiró en un estertor de temblores y luego soltó el aire, una y otra vez, lentamente, contando cada inspiración, cada expiración. Al cabo de un rato, el corazón desbocado se fue calmando y sintió cómo se le abría el pecho.

—¿Mejor? —preguntó Glory.

Lilly asintió.

Glory le regaló una débil sonrisa antes de incorporarse y reanudar la marcha. Lilly la siguió. En el interior de la cocina había una cortina de lona dividiendo la carpa por el centro. A un lado estaban las mesas con mantel, cubiertos, saleros, pimenteros y botes de kétchup y mostaza, mientras que al otro lado estaban las mesas de madera, sin más accesorio que los arañazos y hendiduras de la superficie gastada. Había grupos mixtos de hombres y mujeres comiendo en el área dedicada a las mesas con mantel, mientras que en el otro lado solo había hombres de rostros sudorosos y manos sucias, camisas mugrientas y monos de trabajo rotos. A Lilly le sorprendió ver que, en la zona con servicio de comedor, los niños compartían mesa con los adultos. Aparte de los hombres vestidos de blanco que llevaban delantal que estaban tras el mostrador, todos los demás iban vestidos con ropas normales y corrientes, cosa que también le sorprendió, porque por algún motivo, pensaba que todos irían disfrazados.

El olor a grasa y fritanga impregnaba el ambiente. La gente se apilaba en fila india frente al mostrador de huevos con beicon y tostadas con sus bandejas. En una de las mesas, había un hombre gigante cuya cabeza sobresalía varios centímetros sobre la de sus compañeros. A su lado había otro comensal con la cara chupada, tan delgado que parecía un esqueleto. En una mesa llena de bandejas con tortitas y beicon había una mujer con un lazo violeta en la melena rubia rizada que ocupaba un banco entero de lo gorda que estaba. En frente de ella había una muchacha diminuta. Era morena

y tenía el cabello brillante. Se había subido a un taburete desde el cual daba de comer a un hombre sin brazos. ¿Cómo podía vivir un hombre sin tener brazos? ¿Y cómo es que aquella chica era tan pequeña? Su cabeza parecía desproporcionada en relación al cuello, y sus brazos y piernas eran regordetes y extremadamente cortos. ¿Era un duende o una muñeca que hubiera cobrado vida? Lilly quería salir corriendo de la carpa. Había demasiadas cosas que ver, demasiados ruidos y olores, demasiadas caras y cuerpos extraños. Quería volver a casa, refugiarse en la seguridad de su pequeña habitación y estar con Abby. Al acordarse de la gata sintió que los ojos y la garganta volvían a quemarle. ¿Quién estaría cuidando de ella? ¿Y si mamá la dejaba morir de hambre en el ático? Pensando en aquellas cosas mientras iba siguiendo a Glory llegaron a la cola de la comida. Trató de no llorar delante de todos pero no pudo evitarlo. El mundo era una postal empañada de lágrimas. Glory le pasó una bandeja de hojalata abollada y Lilly la cogió sin saber muy bien qué hacer con ella.

—Coge todo lo que quieras —dijo Glory.

—Hay salchichas y huevos, pan y mermelada, tortitas, croquetas de patata y jamón.

Lilly no creía que pudiera echarse nada a la boca. Tenía el estómago cerrado por los nervios, la pena y el dolor, pero cogió una tortita y una tostada por educación. Al final de la cola, un hombre de pelo grasiento con un cigarro humeante en la esquina de su boca, sentado en un taburete, iba recibiendo unos vales. Cuando les llegó el turno, el tipo miró a Lilly de arriba abajo.

—¿Quién es? —preguntó con recelo.

—Va conmigo —informó Glory.

—¿Dónde está el vale?

—No tiene, Bob, pero si no estás conforme, tómala con Merrick, no con nosotras.

Bob estudió a Lilly entornando los ojos durante unos instantes. Luego cogió el vale de Glory y ladeó la cabeza hacia un lado para indicarles que podían pasar. Lilly agarró su bandeja y siguió a Glory hacia el otro extremo de la cocina. A su paso se iban levantando las

cabezas y miles de ojos la seguían con la mirada. Las mujeres susurraban escudándose tras sus manos y los niños la miraban y reían nerviosamente.

Llegaron hasta una mesa vacía con un mantel a cuadros. A Lilly por poco se le cayó el plato al intentar sentarse. Finalmente, logró hacerlo. Se puso las manos sobre el regazo, agradecida por estar sentada. Glory se sentó junto a ella sin perder de vista su plato de salchichas y tostadas.

—Es una suerte que estemos a las afueras de la ciudad. Así estamos mejor. De lo contrario nos estaríamos hirviendo aquí dentro, con la carpa totalmente cerrada. Dios prohíbe que los lugareños vean gratis a un monstruo.

Lilly no dijo nada y se dedicó a mirar la comida. Se le estaba cerrando el pecho otra vez y comenzaba a sentirse mareada.

—¿Estás bien? —preguntó Glory.

La pequeña se mordió el labio, asintiendo. Lo último que quería era llamar la atención. Respiró hondo, aguantó el aire durante un instante, y luego lo dejó salir, intentando calmarse.

—Escucha —dijo Glory. Cogió el cuchillo y empezó a cortar la salchicha que había en su plato—. Sé que estás asustada. Yo también lo estaría, pero son gente amable casi todos, y si alguno no lo es, te lo haré saber. —Señaló hacia la parte posterior de la cocina con el cuchillo—. Como aquella de allí, Josephine. Lo mejor es que te mantengas alejada de ella.

Aquella a la que Glory llamaba Josephine estaba sola en una mesa, tomando café y observando alrededor. Tenía los labios y las uñas pintados de rojo, llevaba piedras preciosas brillando en cada dedo y un arcoíris de brazaletes en las muñecas. Iba vestida con una túnica de flores y llevaba en el pelo grisáceo y rizado pasadores de color purpurina. La nariz grande y afilada le recordaba a un cuento que había leído una vez sobre una rata gigante. Un hombre moreno y delgado se acercó a su mesa y le puso un plato de comida delante como si fuera un criado, con una mano a la espalda. Glory se dio cuenta de que Lilly estaba mirando a Josephine.

—Estoy contigo, tranquila.

Lilly asintió. Todavía no había podido quitarse el tembleque de barbilla. Pensó en preguntar por qué debía mantenerse alejada de Josephine pero no halló la forma de hacerlo. Había demasiadas cosas que aprender y temer. Ya bastante tenía con sentarse recta y respirar. Justo entonces se acercaron dos chicas vestidas de amarillo para sentarse frente a ellas. Eran idénticas, los pómulos altos, los mismos lunares sobre el labio superior, la melena pelirroja con la raya en medio cayendo sobre uno de los lados de su cara oscureciendo a medias un ojo azul…

—Esta es Lilly. —La miró—. Ruby y Rose son amigas mías. Puedes confiar en ellas.

Las gemelas dejaron sus tenedores para darle la mano a Lilly.

—Encantada de conocerte —dijeron al unísono.

Lilly trató de sonreír y corresponder, pero estaba paralizada. No pudo levantar las manos del regazo. Las gemelas retiraron sus manos y se miraron la una a la otra con gesto confuso. Entonces una de ellas dijo:

—Nosotras también estamos en el espectáculo secundario. A veces salimos con los monstruos, y a veces con los chochitos.

Glory enarcó las cejas.

—¡Ruby! —le llamó la atención.

Ruby se encogió de hombros.

—Hasta los piojos conocen el espectáculo de chochitos. —Se inclinó hacia delante y sonrió a Lilly—. Es el espectáculo de chicas, por si lo quieres saber.

—Jesús, Ruby —dijo Glory—. Los niños del circo saben lo que es el espectáculo de chicas pero Lilly no se ha criado aquí. Ni siquiera creo que haya estado nunca en uno, ¿verdad? —Miró a Lilly.

La niña negó con la cabeza.

—Lo que yo decía —dijo Glory reprobando con el ceño fruncido a Ruby y Rosy—. Merrick la recogió en la anterior parada, y no fue precisamente porque ella quisiera venir.

—Oh, lo siento —se disculparon al unísono.

—Exacto —dijo Glory—, así que id con calma, ¿de acuerdo?

—Lo siento —dijo Ruby, y empezó a comer.

—Y qué, bonita, ¿qué te parece esto? Alucinante, ¿verdad? No nos pagan mucho, pero nos dan de comer tres veces al día.

—Bueno, por lo que he oído —dijo Ruby—, este sitio es bastante abierto, así que puede que las cosas se desmelenen un poco. Supongo que los gorilas de Barlow engrasaron los rieles de las autoridades locales anoche, así que esto no va a ser precisamente el espectáculo dominical de la escuela. Pero Josephine no está muy contenta que digamos porque el señor Barlow le ha prometido al *sheriff* dos de sus chicas sin pedirle permiso.

—Josephine nunca está contenta. O se hacen las cosas a su manera o no hay más que hablar. Si no es la que corta el bacalao no es feliz.

Rosy miró a Lilly.

—Mantente lejos de ella, ¿me oyes? Primero te engatusará haciéndote creer que es tu mejor amiga, y antes de que te des cuenta, encontrará algo con lo que chantajearte y convertirte en una de sus…

Glory cortó a Rosy con una mirada severa. Estaba hablando más de la cuenta.

—Demasiado pronto —dijo.

—Oh —se disculpó Rosy—. Lo siento.

—¿Y ya sabes cuál va a ser tu número? —le preguntó a Lilly.

El hombre y el chico que Lilly había visto con el elefante pasaron por delante y se pusieron a la cola con sus bandejas. Le dieron sus vales a Bob y luego se dirigieron hacia las mesas con manteles y saleros. Lilly no podía dejar de observarlos. Aquel chico había jugado con una cría de elefante. Tenía que ser alguien especial. Pero ¿por qué la había saludado antes? ¿Creía que era una chica normal?

—¿Lilly? —preguntaron las gemelas al mismo tiempo.

Lilly parpadeó y las miró.

—¿Qué?

—Que si ya sabes lo que vas a hacer —dijo Ruby—. ¿Cuál va a ser tu actuación? —Se metió un trozo de beicon en la boca y

empezó a masticarlo, con el lunar sobre sus labios rojos moviéndose en círculos arriba y abajo.

Lilly se encogió de hombros y miró a Glory con gesto de interrogación.

—Todavía no lo sabemos —dijo Glory—. Merrick lo está pensando. La llevará ante el señor Barlow después del desayuno.

Lilly percibió un hilo de preocupación en la voz de Glory, pero a lo mejor no era nada. A lo mejor, simplemente, estaba triste.

El hombre de pelo negro que había servido a Josephine se presentó ante ellas.

—Josephine quiere saber quién es —dijo dirigiéndose a Glory. Tenía el rostro enjuto y los ojos más grandes de lo normal, como si estuvieran a punto de salírsele de la cara.

—Está con Merrick —dijo Glory—. Que vaya a preguntárselo a él ella misma.

El hombre sonrió pero no dijo nada. Le guiñó un ojo a Lilly y se fue por donde había venido.

Lilly volvió a mirar la comida. Cada vez tenía más náuseas. Podía haber dicho que no tenía hambre pero cogió la tostada y mordisqueó la corteza intentando no sentir angustia.

Después del desayuno, Glory llevó a Lilly de vuelta al tren para que Merrick pudiera llevarla ante el señor Barlow. De camino allí, pasaron por una tienda rodeada de balas de heno y cubos de agua, y un grupo de hombres con una elefanta asomando por las puertas abiertas de par en par de un establo. Tres de ellos estaban tirando de unas cuerdas con la ayuda de una polea a fin de sujetar a la elefanta por las patas delanteras y la cabeza. El cuarto ordenó al animal que se pusiera a dos patas y los otros tres tiraron de las cuerdas para obligarle a levantar las patas delanteras. Y había otros dos hombres que habían colocado una base redonda detrás del paquidermo para obligarle a sentarse sobre ella.

Lilly se detuvo llevándose una mano al estómago. La horrible sensación de sentirse encerrada, sumada a la pesada carga de echar de menos el hogar perdido se conjugaron en su alma, pero esta vez había algo más, un sentimiento de angustia y dolor.

Glory se detuvo, girándose hacia ella.

—¿Qué pasa?

—¿Qué le están haciendo a esa elefanta? —dijo ella.

—Están intentando enseñarle algunos trucos nuevos —explicó Glory— pero esa es un poco testaruda.

—Parece como… Como si la estuvieran torturando.

—No le duele.

Lilly buscó el rostro de Glory con ojos acuosos.

—¿Cómo lo sabes?

Glory la observó durante un rato antes de volver a reanudar la marcha.

—No lo sé —contestó con voz apagada.

Lilly la siguió bajando la mirada hacia el suelo. No podía seguir mirando a la pobre elefanta. Tal y como le pasó cuando vio al león, podía sentir lo que sentían esas fieras enjauladas, cada puñalada de dolor y confusión. El peso de aquella sensación la hundía como si el barro de unas arenas movedizas se la estuviera tragando.

Glory fue aminorando el paso conforme fueron aproximándose al tren.

—Escucha —dijo—. Todavía nos quedan unas horas antes de actuar, pero el señor Barlow tiene el humor de un oso atrapado en un cepo antes de abrir las puertas del espectáculo, así que no hables a menos que se te pida.

Merrick las estaba esperando delante de uno de los vagones de pasajeros, paseando arriba y abajo, retorciéndose las manos. A diferencia del resto de vagones de pasajeros, que eran de color verde, marrón o gris, este estaba pintado de un color rojo brillante con adornos negros. Unas cortinas finamente bordadas enmarcaban las ventanas bajo las cuales podía leerse: EL CIRCO DE LOS HERMANOS BARLOW. Además de Merrick, había otros dos hombres sentados a cada lado de los escalones del vagón, uno de ellos calvo, de mirada malvada y brazos peludos. El otro era tan grande como un caballo, con una camisa de manga corta ciñéndole el pecho de forma que parecía que iban a reventarle los botones. Llevaba el pelo negro recogido en la parte superior de la cabeza.

—¿Ves a esos hombres? —dijo Glory en voz baja—. No hay que meterse con ellos nunca. Son los gorilas del señor Barlow. Le protegen allá donde va y se lían a puñetazos cuando la cosa se va de madre con los lugareños.

Lilly no pudo más que asentir.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —dijo Merrick. Antes de que Glory pudiera responder, agarró a Lilly del brazo y la condujo por los escalones de metal hacia la plataforma que había entre el vagón del señor Barlow y el siguiente. Glory los siguió escaleras arriba pero Merrick le dijo que esperase fuera. Luego levantó la barbilla, se aclaró la voz y llamó a la puerta. Lilly esperaba junto a él con el corazón pataleando como una liebre.

—Pasa —dijo una voz de barítono desde el interior.

Merrick abrió la puerta y le dijo a Lilly que pasara primero. Había lámparas de fantasía decorando las paredes de madera brillante del vagón, junto con dos sillas tapizadas, una mesa redonda y alfombras estampadas esparcidas aquí y allá como naipes de una baraja. Completaban el mobiliario un pequeño fregadero, una encimera, un armario y dos ventiladores de madera colgando del techo. Detrás de una cortina de cuentas había una puerta abierta que llevaba a otra habitación. El olor a humo, madera vieja y polvo que inundaba el ambiente le recordó al de su habitación del ático, y automáticamente se vio envuelta por una nostalgia perturbadora, como si su cabeza fuera un yunque demasiado pesado para su cuello. Sin embargo, sin saber cómo, logró mantener el equilibrio sin dejar de apretar los dientes hasta que aquella sensación acabó desvaneciéndose.

Un hombre con traje, gemelos y zapatos brillantes se hallaba sentado frente a un plato con huevos y una taza de café. Su bigote rubio encerado contrastaba con unos dientes grises demasiado grandes para su boca.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Traigo novedades para el espectáculo. La recogí en la ultima parada —dijo Merrick—. Se trata de algo nunca visto.

—Acércate —dijo el señor Barlow.

—Todavía no tengo muy claro el enfoque que debemos darle. ¿Alguna idea? —dijo Merrick.

El señor Barlow giró un dedo en el aire indicándole a Lilly que se diera la vuelta. La pequeña hizo lo que se le pidió y se giró lentamente. No quería volver a marearse.

El señor Barlow tomó un sorbo de café y la observó tamborileando con los dedos sobre la mesa. Luego se levantó de la silla y gritó:

—¡Alana!

El berrido hizo que Lilly se sobresaltara.

Se oyó un gruñido y el chirrido de los muelles de una cama en otra habitación.

—¿Quéeeeeeee? —gimió una voz femenina.

El señor Barlow se impacientó.

—Ven aquí —dijo—. Y no me hagas volver a decírtelo.

—¡Ah, por los clavos de Cristo! —murmulló Alana. Y después siguió chillando con voz aguda—. ¡Ya voy!

Se oyeron más sonidos en el interior de la habitación —el de los pies golpeando el suelo, un fuerte suspiro, joyas tintineando, un cajón abriéndose y cerrándose. Después de un rato, Alana apartó las cortinas de cuentas hacia un lado e hizo acto de presencia. Llevaba una bata blanca abierta por la cintura y ropa interior de encaje.

Se le había corrido el pintalabios e iba sin peinar, con una maraña de nudos confundiéndose entre los nudos de cabello rubio. El rosa de sus pezones asomaba a través de la fina tela del sujetador. Y trotando tras ella, apareció una pequeña perrita marrón.

Alana sonrió al señor Barlow.

—¿Qué pasa, querido?

Lilly bajó la vista al suelo. ¿Es que nadie se había dado cuenta de que Alana iba prácticamente desnuda?

Cuando la perra vio a Merrick se puso a ladrarle, enseñándole los dientes y rugiéndole, con el pelaje erizado. Luego miró a Lilly y se fue corriendo hacia ella, se puso a dos patas y empezó a darle la patita, rogando que la cogiera y la acariciase.

—Que me ahorquen —dijo Alana—. Nunca le había visto hacer

algo así con nadie. Chi-Chi odia a todo el mundo menos a mí. —Se acercó para arrodillarse junto a la perra y alzó la vista hacia Lilly—. ¿Quieres acariciarla?

Lilly asintió, se inclinó sobre una rodilla y tocó la cabecita del animal. Chi-Chi se tumbó panza arriba moviendo la cola vigorosamente. Lilly le frotó la barriga y, por primera vez desde que había llegado al circo, sonrió.

—Nunca la he visto comportarse así con nadie —dijo Alana—. Hasta intenta morder a Syd cuando se le acerca más de la cuenta. —Se giró por encima de su hombro—. ¿Verdad, cariño?

—Si ese chucho se atreve a morderme, lo aplasto contra el suelo —dijo el señor Barlow.

Alana le ignoró y volvió a centrar su atención en Lilly.

—¿Siempre has tenido este don con los animales? —preguntó acariciando el pecho de Chi-Chi con sus largas uñas rosas.

Lilly se encogió de hombros.

—Creo que no tengo el placer de conocerte —dijo Alana—. ¿Cómo te llamas, bonita?

El señor Barlow interrumpió antes de que Lilly tuviera tiempo a contestar.

—Estamos intentando dar con un nombre apropiado para su actuación. Por eso te he llamado, no para jugar con esa estúpida perra.

Alana puso los ojos en blanco y siguió acariciando a Chi-Chi.

—Bueno, ¿cuál es su espectáculo? ¿Qué es lo que va a hacer?

—¿Cuál va a ser, maldita sea? —dijo el señor Barlow—. ¡Va a estar en el espectáculo de los monstruos!

Alana apretó los labios y dejó de acariciar a la perra. Se ajustó la bata para cerrársela y anudársela sobre la cintura.

—Llámala como quieras —dijo—. De todos modos harás lo que te dé la gana.

—¡No me toques los cojones! —gritó el señor Barlow—. A veces no sé para qué estás aquí.

Alana le lanzó una sonrisa glacial y se volvió hacia el dormitorio.

—Sabes perfectamente para qué estoy aquí.

El señor Barlow la agarró del brazo.

—Quédate. Necesito ideas.

Alana se desasió y se dejó caer sobre el sofá de terciopelo en un mohín de disgusto. Chi-Chi se subió al sofá y se sentó junto a su dueña. Alana cogió un cigarrillo de una cajetilla de plata que había sobre la mesa, se lo puso entre los labios mal pintados, lo encendió y soltó una bocanada de humo con más ímpetu del necesario. Luego ladeó la cabeza ligeramente y fijó la vista en Lilly tratando de pensar.

—La verdad es que es perfecta —dijo—. Lo primero que he pensado cuando la he visto ha sido que era una muñeca de porcelana. —Volvió a chupar el cigarro, cruzó las piernas y se inclinó hacia delante—. ¿Qué tal La Única Muñeca de Porcelana Viva del Mundo o Una Muñeca de Porcelana Real Vivita y Coleando? —Le salían virutas de humo por la boca al hablar.

—No es lo suficientemente exótico —dijo el señor Barlow—. Queremos causar impacto en el público, dejarlos asombrados, no matarlos de aburrimiento.

Alana volvió a poner los ojos en blanco y a chupar el cigarrillo.

—¿Qué tal La Chica Cisne? O podríamos ponerle un vestido de novia y llamarla La Novia Fantasma.

—Creo que deberíamos llamarla como algún tipo de princesa —sugirió Merrick.

—Podría funcionar —dijo Alana—. Es diferente porque su piel es blanquísima, así que necesitamos algo que tenga sentido, como La Princesa Helada o La Princesa de Hielo.

—¡Lo tengo! —dijo el señor Barlow—. ¡La Princesa de Hielo de Otro Planeta!

Alana negó con la cabeza y volvió a recostarse sobre el sofá sujetándose un brazo por el codo y sosteniendo el cigarrillo en el aire.

El señor Barlow la ignoró.

—Es perfecto, ¿verdad que sí? —le preguntó a Merrick.

Merrick se encogió de hombros y murmuró algo en voz baja.

—¿Qué? ¡Suéltalo! —dijo el señor Barlow.

—Nada —dijo Merrick.

—Ha dicho que es una estupidez —dijo Alana.

—Cierra la puta boca, Alana —ordenó el señor Barlow.

El rostro de Alana se torció en una mueca de enfado. Aplastó el cigarrillo en el cenicero, se levantó y regresó al dormitorio. Chi-Chi saltó del sofá y se fue tras ella.

—¿Tú crees que es un nombre estúpido? —le preguntó el señor Barlow a Merrick.

—No, pero no sé qué tiene que ver una princesa de hielo con otro planeta. ¿Se supone que es una alienígena? Porque eso no es lo que yo tenía en mente.

—Bueno, puede que el nombre de este circo sea LOS HERMANOS BARLOW, pero yo soy el único Barlow que queda. Eso sin mencionar que también da la casualidad de que soy el que paga las facturas, así que hazte un favor a ti mismo y recuérdalo la próxima vez antes de hablar.

Merrick apretó la mandíbula. Le palpitaban las sienes.

—Sabes de sobra que tu hermano tenía la intención de dejarme su mitad a mí —gruñó.

—A lo mejor sí, a lo mejor no. Lo único que sé es que no tuvo tiempo de cambiar el testamento. Estaba demasiado ocupado intentando tirarse a Alana y ahogándose en ese río. Eres mi primo, Merrick, y encima primo segundo. Tienes suerte de que te deje dirigir los espectáculos secundarios.

—Soy el dueño de los espectáculos secundarios.

—No, señorito, no lo eres. Puede que poseas unos cuantos actos y a ese Viktor, que siempre te será fiel, pero yo soy el dueño de las carpas, los carteles y los escenarios. Soy el dueño de las taquillas y el que emplea a la gente que trabaja en ellas.

—Tal vez tengas razón, pero Lilly es mía. Yo decidiré con qué nombre voy a anunciarla al público.

El señor Barlow sacó pecho y dio un paso al frente en dirección a Merrick.

—Escucha, caraculo. Sin mí no tendrías un circo para su actuación. Yo soy el dueño de la carpa principal, los animales y los

vagones. Pago a la gente que monta el circo y hasta soy el dueño del tren que transporta tu asqueroso culo de feria en feria, así que sal de mi vista antes de que te dé una patada en los huevos.

Merrick abrió la puerta de un puntapié y ordenó a Lilly que saliera. Estaba más rojo que un tomate. Después salió dando un portazo. Glory estaba fuera esperando sentada, compartiendo un cigarrillo con el hombre calvo.

—Vamos —dijo Merrick—. Caminaba con la furia de un huracán hacia el otro extremo del tren.

Glory devolvió el cigarrillo al calvo y se apresuró a darle alcance. Lilly iba tras él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Glory.

Merrick pasó de ella y siguió caminando con las manos apretadas en un puño. Después se paró en seco y soltó una ristra de tacos y maldiciones.

—Ese maldito cabrón sabrá mucho de la carpa principal pero no tiene ni idea del espectáculo de monstruos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Glory.

—No quiero hablar de ello —contestó Merrick reanudando la marcha.

—Está bien. Tengo que prepararme para mi actuación. Llevaré a la pequeña al vagón de las gemelas. Puede quedarse allí de momento. Tienen espacio.

—De eso nada —dijo Merrick negando con la cabeza—. Se queda con nosotros.

—Pero…

—Nada de peros —la interrumpió él volviendo a detenerse para mirarla—. No pienso dejar que se escape.

—¿Escapar adónde? Es solo una niña pequeña.

—Me da igual —dijo Merrick—. Se queda en nuestro vagón, donde pueda tenerla vigilada, y esa es mi última palabra. O eso, o vuelve a la jaula con las cabras y las llamas.

Glory puso gesto de preocupación.

—Muy bien, lo que tú digas, pero ahora se viene conmigo al vestuario mientras me cambio.

—Ni pensarlo, no vas a poder volver al tren antes de que el circo abra sin que los paletos del pueblo te vean. —Empezó a caminar de nuevo—. Y no hay más que hablar.

Glory y Lilly siguieron a Merrick durante tres vagones hasta que llegaron al cuarto, subieron los escalones y esperaron a que él abriera la puerta. El interior de aquel vagón se parecía al del señor Barlow, excepto por los muebles descoloridos y rayados, los paneles opacos y la ausencia de ventiladores. Había una pila de vasos sucios en el pequeño fregadero y un conjunto de cortinas amarillas con los bordes grises dividiendo los accesos a otras dos habitaciones. El ambiente era pesado y hacía calor, como en el dormitorio de Lilly a mediados de verano. No le gustó el sitio.

Merrick fue directo al aparador, abrió una botella y vertió el líquido marrón en un vaso. Glory recogió el periódico y la manta arrugada que estaban tirados en el sofá y arregló los cojines.

—Puedes dormir aquí —le dijo a Lilly. Levantó un cenicero rebosante de colillas de una mesa llena de revistas apiladas y barrió las cenizas que habían caído al suelo—. Perdón por el desorden.

La pequeña estaba todavía en la puerta, totalmente paralizada, sin saber qué hacer ni qué decir. Aquel era su nuevo hogar, le gustase o no. Se acordó de su vieja habitación, con su plácida cama, su almohada mullida y Abby durmiendo en su manta de lana. Acababa de comprender que era el fin, que jamás volvería a ver nada de aquello, que nunca volvería a ver a Abby, y darse cuenta de aquello fue como recibir un gran mazazo. Era la peor sensación del mundo. Se le inundaron los ojos de lágrimas, al tiempo que sentía cómo se le comprimían los pulmones. Trató de contar las tablas del suelo para calmarse, pero no sirvió de nada. Glory vio lo que estaba sucediendo y se apresuró a arrodillarse junto a ella.

—No pasa nada. Respira. Sé que son muchas cosas de golpe y cuesta acostumbrarse, pero yo cuidaré de ti. Te lo prometo.

Tardó unos cuantos minutos en volver a recuperar el ritmo de su respiración pero al final se le abrió el pecho. Entonces se tiró a llorar al sofá con la cara embadurnada de lágrimas y sudor. Cada vez veía más borroso así que cerró los ojos. Estaba agotada y quería dormir y

desaparecer, pero no podía dejar de pensar. La mente no le daba tregua. Necesitaba un plan. Tenía que hallar la forma de salir de allí y volver a casa. Tal vez aquella misma tarde, cuando el circo abriera y Glory y Merrick se fueran a trabajar, ella podría escaparse y seguir las vías del tren en dirección a Blackwood Manor. No tenía ni idea de cuánto tardaría en llegar hasta allí andando pero no le importaba. A lo mejor podía robar algo de comida y una manta, y dormir en el bosque por las noches. Por lo menos no era invierno. Se imaginó a sí misma cruzando los prados de la finca de sus padres, pisando la hierba, subiendo los escalones y tocando a la puerta principal. Abriría papá, sorprendido y feliz por volver a verla. Mamá estaría enfadada al principio, pero si le prometía portarse bien y dejar de pedirle cosas imposibles, y prometía memorizar la Biblia y rezar cada noche, la dejaría quedarse. Pero luego la asaltó otro pensamiento y se puso a temblar. ¿Y si papá no se alegraba de verla? ¿Y si él sabía desde un principio cuáles eran los planes de mamá y estaba de acuerdo con venderla al circo? Después de todo, también dejó que mamá la encerrara en el ático todos aquellos años. Si realmente la hubiera querido, no se lo habría permitido. ¿Y si era verdad que tenía un pie en la tumba? ¿Era cierto que se estaba muriendo? Aquella idea la hizo sentirse al borde de un precipicio, con los brazos y las piernas fláccidos e inútiles, los cabellos revoloteándole alrededor de la cara, agitados por el viento. Hundió la cabeza en la almohada y lloró.

Glory se agachó junto a ella.

—Está bien. Llora. Tienes todo el derecho a estar triste y enfadada, asustada y todas esas cosas. Lo que tu madre ha hecho contigo no es justo. Cuando mis padres abandonaron a Viktor en el asilo yo tenía seis años y él seis y, que Dios me perdone, recuerdo lo contenta que me puse porque fue a él a quien dejaron allí y no a mí. Él lloraba tan fuerte que…

—Por el amor de Dios —gritó Merrick golpeando el vaso contra la mesa—. Deja de lloriquear. El espectáculo empieza en una hora y todavía tienes que arreglarte.

Glory se levantó frotándose las palmas de las manos contra la

falda.

—¿No crees que podría saltarme la actuación de hoy? No sería la primera en hacerlo. Los otros se han saltado a veces el número y no ha pasado nada. Debería quedarme aquí con Lilly y…

Merrick no la dejó terminar. Se fue hacia ella y le cruzó la cara de un tortazo. Ella se tambaleó llegando a perder el equilibrio pero logró mantenerse en pie. Lilly se sentó. Respiraba con dificultad. Glory se llevó la mano a la mejilla. Tenía los ojos abiertos de par en par por el miedo y la vergüenza. Después, sin mediar palabra, agachó la cabeza y se fue a la otra habitación.

—¡Será mejor que cojas tus cosas y empieces a prepararte! —gritó Merrick volviendo al aparador y sirviéndose otra copa.

Lilly le observaba desde el sofá con los dedos clavados en los cojines.

Al cabo de un rato Glory salió de la habitación contigua con lo que parecía una maleta en miniatura en la mano. Llevaba la huella de la mano de Merrick marcada en la mejilla. Miró a Lilly con ojos vidriosos.

—Volveré tan pronto como acabe el espectáculo. Lo siento, no puedo quedarme.

Lilly deseaba con todas sus fuerzas que Glory se quedara con ella, pero no podía hacer nada. La vio marcharse, y se acurrucó en el sofá, preguntándose qué pasaría a continuación. Merrick se metió en otra habitación. En algún lugar oyó cómo se abría y se cerraba una puerta. Lilly aguantó la respiración y escuchó atentamente. ¿Había otra salida en la otra habitación? No oía nada, salvo los violentos latidos de su corazón y algo que sonaba como si fuera un grifo abierto. Se levantó, caminó de puntillas e intentó abrir la puerta de salida aun a sabiendas de que estaba cerrada. Probó con las ventanas. Nada. Todo estaba cerrado y bien atornillado, además. Se sentó de nuevo y trató de pensar.

La puerta de la otra habitación volvió a abrirse y cerrarse. Oyó a Merrick silbar y moverse. Minutos más tarde, salió vestido con traje y corbata y el pelo engominado y peinado hacia atrás dejando a la vista los cráteres de su cara. El olor a lustre de zapatos y colonia

invadió la habitación recordándole a papá. Merrick se preparó otro trago, caminó hacia el sofá, se quedó de pie frente a ella, mirándola, y sonrió. Lilly tragó saliva y se hundió en los cojines.

—Tú y yo vamos a hacer mucho dinero, pero ahora tengo que ir a encargarme del *show*. —Vació el vaso de un trago y se dirigió a la puerta.

Lilly sintió alivio al ver que se iba. La tensión de sus hombros desapareció y, de inmediato, empezó a estudiar el modo de escapar. Tal vez podía asomarse a la ventana y llamar la atención de alguien, o romperla y salir a gatas por el agujero. Entonces Merrick se dio cuenta de que todavía llevaba el vaso en la mano y se dio la vuelta para dejarlo en su sitio. Lilly volvió a ponerse tensa, y en un abrir y cerrar de ojos y antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, se abalanzó sobre ella con las garras extendidas. Ella trató de huir reptando por el sofá, pero Merrick la agarró por la parte superior de los brazos y la arrastró a la otra habitación. La niña se retorció con todo su ser, pateó y arañó todo lo que pudo y más, pero no pudo escapar. La arrastró atravesando una habitación con montones de ropa y una cama de mantas revueltas, abrió una puerta de madera y la empujó hacia el interior de un cuarto pequeño. Lilly se tropezó y cayó de bruces al suelo, entre la pared y un lavabo. Merrick cerró dando un portazo y dejándola completamente a oscuras. Un horrible hedor se coló por sus fosas nasales provocándole arcadas. Se puso en pie y empezó a golpear la puerta, gritando a voz en cuello para que la dejara salir.

—Lo siento, pequeña. —Su voz sonó a través de la madera—. Pero el espectáculo debe continuar.

CAPÍTULO 8

JULIA

JULIA SE DESPERTÓ CON LA CABEZA APOYADA CONTRA EL brazo de un sofá con demasiado relleno, formando un extraño ángulo. Al principio no sabía dónde estaba. Luego reconoció la chimenea de mármol y el techo adornado de la sala de estar de sus difuntos padres. Ahora aquel salón, la casa entera, de hecho, le pertenecían. Era una sensación surrealista y algo inquietante. Se sentó y se desperezó frotándose el cuello rígido por la mala postura. La sala ofrecía un aspecto gris y hacía tanto frío que casi podía ver el vaho de su propia respiración. El fuego debió apagarse en algún momento de la noche. Se levantó, caminó hacia las ventanas y descorrió las cortinas de terciopelo. A través del cristal se colaron unos cálidos rayos de sol iluminando el polvo que flotaba por el aire, creando bloques de luz en la alfombra persa de color rojo. Una fuerte ráfaga de viento sopló contra los travesaños de la ventana haciendo crujir los paneles. Los rosales muertos de madre extendían sus tallos como grietas sobre el alféizar. Fuera, el césped marrón se expandía por lo que parecía una línea interminable de torres de robles, una valla blanca, y una carretera de un solo carril que conducía hacia la ciudad si ibas en aquella dirección, o hacia la

ladera de la montaña de Adirondack si ibas hacia el otro lado. Una bandada de estorninos negros invadió las ramas de los árboles mecidos por el viento. Pasó una camioneta gris moviéndose con dificultad por el camino, con el tubo de escape soltando humos como remolinos de hielo al aire. Incluso a pleno sol de día todo parecía solitario y frío.

Después de encender el fuego entró en la cocina y puso la tetera. La primera tarea en la lista de cosas por hacer era averiguar cómo poner en marcha la caldera, y luego ya podría empezar a explorarlo todo. Abrió el cajón que había junto al fogón y contempló uno de los mayores misterios de su infancia: las llaves de madre. Todavía podía ver el anillo de llaves colgando de su delantal, latón y hierro tintineando mientras iba subiendo y bajando las escaleras, a través de las habitaciones y los pasillos, como un gato con un cascabel al cuello. Cuando vivía allí solía preguntarse con frecuencia por qué había tantas llaves en aquel anillo, pero sobre todo, por qué madre las llevaba consigo todo el rato, incluso cuando dormía. ¿No podía guardarlas en aquel mismo cajón por las noches? Pero no, madre jamás se separaba de ellas. Cuántas veces había visto a madre sumida en la lectura de un libro y llevándose la mano al cinto para comprobar que las llaves seguían ahí, colgadas del delantal. ¿Cien veces? ¿Mil veces?

Julia respiró hondo y tocó las llaves, medio esperando oír la voz de reproche de madre advirtiéndole que las dejara en su sitio. Pero no hubo ninguna voz, ni ninguna descarga eléctrica, ni una bofetada invisible, ni ninguna mano fantasma. Cogió el anillo de llaves y se sorprendió al comprobar que pesaba más de lo que habría imaginado. Había diecisiete llaves, cada una de ellas única en sí misma —cortas, largas, de latón, de hierro, gruesas, finas, ornamentadas, planas. Y ahora, como todo lo demás en Blackwood Manor, aquellas llaves eran suyas, así que cogió el llavero, agarró la maleta y subió a su antiguo dormitorio. La segunda planta se abría con un largo pasillo central y otros dos corredores que daban a ambos lados. Su dormitorio al final de las escaleras, la primera puerta a la izquierda. Probó con cinco llaves distintas antes de dar

con la correcta y abrió la puerta pensando en lo raro que era no tener ni idea de cuál era la llave de su propia habitación. El dormitorio estaba helado y parecía estar igual que cuando se marchó, excepto por las telarañas que colgaban del peluche de elefante sentado en la estantería que había encima del cabecero de la cama, y el polvo que agrisaba cada superficie, incluyendo las fotos con dibujos de perros y gatos pegados al espejo de su tocador.

Entró y se quedó ahí parada, en mitad de su habitación, temblando y sujetando todavía la maleta, con un montón de recuerdos revoloteando por su mente. Ese era el lugar donde había pasado incontables horas de soledad impuesta por la más mínima violación de las reglas de madre, porque tenía que hacer sus deberes, deseando haber tenido un hermano o una hermana, sollozando sobre la almohada cuando regresaba del colegio. Al cabo de un minuto se dio la vuelta y salió de allí. No tenía por qué instalarse en su antigua habitación. Podía quedarse en otra. Después de todo, solamente en aquella planta, había seis. Cerró la puerta, metió la llave en la cerradura, la giró e hizo ademán de marcharse, pero luego cambió de idea y se volvió. No había razón para que su antiguo cuarto permaneciera cerrado con llave. Nunca había existido una razón, excepto la manía de madre por que las cosas fueran de aquella manera, así que lo dejó abierto. Fue caminando hacia el final del pasillo cargando con la maleta, con las llaves tintineándole en la cadera, y aquel sonido le trajo a la memoria el momento antes de irse a dormir, cuando oía el ruido de las llaves al otro lado por el pasillo, mientras madre revisaba todas las puertas. ¿Por qué lo hacía? Julia no tenía ni la más remota idea.

Se detuvo en frente de la habitación opuesta a la de sus padres, la que madre llamaba «el cuarto de juegos», la única habitación a la que se le permitía acceder cuando era pequeña, aparte de la suya. La sala de juegos estaba abierta, como de costumbre. La luz gris se filtraba alrededor de las cortinas. Una alfombra verde con bordados de rosas y hojas cubría la tarima como una gruesa capa de sorbete de lima limón. Había un sofá cama con almohadas de volantes y un edredón blanco pegado a la pared contraria a la del armario azul

ubicado entre dos altos ventanales. Ni polvo ni telarañas, no como en su dormitorio. Julia pasaba las horas muertas entre aquellas cuatro paredes cuando era pequeña, peinándole el cabello a sus muñecas, dándoles el biberón, meciéndolas para que se durmieran, besando sus frentes. Acordarse de aquello hizo que su corazón diera un giro brusco. Fue madre quien la enseñó a abrazar a los bebés y a acostarlos cuidadosamente en sus camas. Fue madre, sí, la que la enseñó a acariciar la espalda de las muñecas y a cantarles nanas para que se durmieran. Resultaba difícil creerlo. Desechó aquella imagen de madre de su mente y se concentró en el aquí y el ahora. Intentar entender a la mujer que la había traído al mundo a esa edad en la que la mayoría de las madres ya están viendo cómo se casan sus hijos no iba a cambiar nada. Madre era como era, y ahora estaba muerta.

Colocó la maleta junto al armario, abrió las cortinas y miró a través de la ventana que daba a la parte del jardín donde seis manzanos de tronco nudoso rodeaban el césped. Cada vez que armaba más escándalo de la cuenta y acababa con la paciencia de madre durante las vacaciones de verano, la mandaban a jugar allí, mientras los adultos bebían té helado y *whisky* en la mesa de mimbre de la terraza. Por encima de los manzanos podían atisbarse el establo amarillo como la mantequilla y los potreros blancos, rodeados de pastizales marrones. Había tres caballos pastando en un picadero y dos hombres mirando. Uno de ellos con las manos ancladas como asas sobre las caderas, el otro con el pie apoyado en uno de los travesaños de la valla, con los brazos cruzados apoyados en el borde superior. El hombre de las manos en las caderas parecía Claude, pero no tenía ni idea de quién podía ser el otro. Entonces se dio cuenta de que la camioneta gris que había visto antes en la carretera estaba aparcada a la entrada del establo. A lo mejor era el veterinario.

Abrió la maleta, buscó un suéter y se lo puso preguntándose si acaso Claude sabría cómo se encendía la caldera. Julia ni siquiera sabía qué combustible había que echarle, si madera o carbón, ni dónde estaba el termostato. Después de todo, tan solo era una adolescente cuando se marchó, aunque la verdad es que tampoco le

habían importado mucho esas cuestiones. Y por supuesto, de haber preguntado, tampoco se lo habrían explicado. En algún lugar de su mente recordaba haber visto a su padre bajar al sótano a «ajustar las válvulas», pero no estaba segura de lo que significaban aquellas palabras. Si Claude no sabía lo que hacer, tendría que apañárselas ella sola o contratar a alguien. Se cepilló el pelo frente al espejo, se hizo una cola y se fue escaleras abajo. La tetera estaba chiflando locamente. El agua hirviendo se estaba saliendo por el pitorro y derramándose sobre las llamas. Apagó el fuego y agarró la tetera por el asa.

—¡Mierda!

Dejó caer la tetera sobre el fogón y fue al fregadero para poner la palma a remojo. ¿Cómo iba a sacar adelante aquel lugar si no era capaz de preparar té sin armar un lío? Se quedó mirando el agua del grifo, preguntándose si no sería mejor abandonar antes de que fuera demasiado tarde.

Tocaron a la puerta del vestíbulo provocándole un sobresalto.

—Mierda —volvió a maldecir.

Cerró el agua, se secó las manos en los pantalones y fue hacia el vestíbulo. A lo mejor era Claude y podía preguntarle por la caldera. Abrió la puerta. No era él.

Un hombre con botas de goma, gorro negro y chaqueta verde oscuro esperaba de espaldas a ella en los escalones, observando los caballos del picadero.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Julia.

El hombre se dio la vuelta y se quitó el gorro.

—Disculpa —dijo—. Me has pillado soñando despierto. Soy Fletcher —dijo sonriendo y tendiéndole la mano.

—Fletcher Reid. He venido a ver a la señorita Blackwood.

Era alto y delgado. Debía rondar cerca de la treintena. Tenía la mandíbula cuadrada y los ojos de color chocolate. Su pelo corto y rubio sobresalía en todas direcciones sobre el rostro bronceado y curtido.

Julia estrechó la mano áspera y fuerte de aquel hombre.

—Yo soy la señorita Blackwood —dijo.

Él enarcó las cejas.

—¿Tú eres la nueva dueña?

—Sí.

—Pero eres… Eres demasiado… Demasiado…

Julia se sonrojó.

—Lo sé. Soy demasiado joven para ser la dueña de este lugar.

—Oh, no, no. Lo siento. No es asunto mío. Por favor, perdóname —dijo con el rostro teñido de arrepentimiento. Miró por encima de su hombro como tratando de hallar una salida digna a aquella situación, y luego la miró con una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Podemos empezar de nuevo?

Ella se encogió de hombros.

—Claro.

Volvieron a estrecharse la mano.

—Soy el veterinario.

Ella dudó, sorprendida. Por algún motivo, esperaba que el veterinario fuera alguien mayor, como Claude, con la cara arrugada y las manos manchadas por la edad. No podía estar más equivocada. Fletcher tenía el aspecto de uno de esos surfistas que solía ver en Long Island.

—Encantada —dijo—. Soy Julia.

—Claude y yo nos estábamos preguntando si te apetecería venir al establo y echar un vistazo a los caballos.

—¿Yo?

Él asintió.

—¿Hay algún problema? Lo digo porque yo no…

—No, no, nada de eso. Hay un comprador interesado en un par de nuestros, quiero decir, en un par de tus sementales, y queríamos saber si quieres venderlos o no.

Julia se agobió. ¿Por qué le estaban pidiendo que tomara decisiones tan pronto? Acababa de llegar, y por si fuera poco, no entendía ni papa de caballos.

—No sé… Yo… —No podía decir más de dos palabras seguidas. Gruñó por dentro. *Va a pensar que soy idiota*—. Haced lo que consideréis mejor para la granja. Confío en que Claude y tú

tomaréis la decisión más acertada.

—Muy bien —dijo—. Verás, yo sé lo que Claude tiene en mente, pero me dijo que debíamos consultarte primero. ¿Estás segura de que no quieres venir a echar un vistazo? Esos sementales son de lo mejor que tenemos aquí, perfectos especímenes del linaje más famoso de Blackwood Farm. Sabrás a lo que me refiero cuando los veas.

Tras pensárselo durante unos instantes se encogió de hombros. ¿Qué mal podía hacer ir a echar un vistazo? Además, entrar en los establos era cuestión de tiempo, tarde o temprano tendría que ir, eso sin mencionar que necesitaba preguntarle a Claude cómo se encendía la caldera.

—Vale.

—Será mejor que cojas el abrigo —dijo—. Hace frío.

Julia abrió la puerta de par en par y se hizo hacia atrás ligeramente para invitarle a pasar.

—Pasa, por favor. Así entras en calor.

Fletcher entró al vestíbulo, cerró la puerta tras de sí y esperó, sombrero en mano, en la entrada de la cocina mientras ella cogía un abrigo del armario del recibidor.

—Bonita casa —dijo—. Tiene una cocina muy grande.

Ella cogió el abrigo y regresó hasta donde él la estaba esperando.

—¿No habías estado nunca en la casa?

—La señora Blackwood era un bicho raro. No se nos permitía entrar en la casa. Cuando necesitábamos algo llamábamos desde el teléfono del establo.

Julia metió los brazos en la mangas y se abotonó el abrigo.

—Me suena. Mi madre adoraba las reglas.

—Lo siento —se disculpó—. No sabía que la antigua dueña era tu madre. Creía que se trataba de alguna tía lejana o algo así.

—Tranquilo —sonrió—. Si hay alguien en este mundo que sabe lo rara que era mi madre, soy yo.

Sacó el gorro de lana que había en el bolsillo del abrigo con la intención del ponérselo pero luego cambió de idea. Estaba sucio y deshilachado. Entonces se dio cuenta de que el abrigo tampoco

estaba en las mejores condiciones. Si Fletcher y Claude supieran cómo había estado viviendo durante los últimos tres años jamás la tomarían en serio. Empujó el gorro de lana hasta el fondo del bolsillo. De repente, se dio cuenta de que tampoco podía ir al establo con las Keds. Echó un vistazo alrededor en busca de un calzado más apropiado y vio que las botas de madre estaban en su lugar de siempre, debajo del banco.

Se sentó en aquel mismo banco para quitarse las zapatillas y meter los pies en las botas de goma, como si lo hubiera hecho miles de veces, aunque le estaban dos números más grandes por lo menos. Había algo raro en el hecho de estar calzándose aquellas botas, como si estuviera haciendo algo malo. Se puso en pie tratando de ignorar los agujeros y bultos de las suelas deformadas por años de uso y desgaste bajo los pies con juanetes de madre.

—¿No te dijo Claude que yo era la hija de Coralline? —dijo con disimulada calma.

—Si hay algo que decir sobre Claude es que hace su trabajo y mantiene la boca cerrada. Jamás rompe las reglas ni se mete en los asuntos de nadie.

—Qué bien. Entonces, ¿por qué no me habéis llamado desde el teléfono del establo?

—Porque fue desconectado tras la muerte de tu madre, quiero decir, de la señora Blackwood. Claude no veía motivo para tenerlo funcionando, no hasta que tú regresaras.

—Tiene sentido —dijo Julia caminando hacia la puerta—. Llamaré para que vuelvan a conectarlo.

Fletcher sonrió, se puso el gorro, abrió la puerta y le cedió el paso. Salieron de la casa y Julia caminó junto a él de camino al establo con las manos enfundadas en los bolsillos. El viento le azotaba el cabello contra los ojos, y el frío hacía que le cayera el moquillo. Tendría que haberse puesto el gorro de lana, por muy feo que estuviera. Más tarde buscaría un abrigo y un sombrero más decentes por la casa con los que ir tirando hasta que pudiera comprar algo de ropa nueva.

Fletcher ofrecía su rostro al sol, sin inmutarse ante el fuerte

viento, caminando por el césped y explorando el horizonte distante. Luego se giró y le sonrió con familiaridad, como si fueran juntos al establo todos los días. A diferencia de Julia, que odiaba los silencios incómodos y siempre estaba intentando llenarlos con palabras, él parecía completamente a gusto con aquel silencio entre ambos, como si caminar el uno junto al otro bastara. A Julia tampoco le gustaban las charlas banales, así que en el fondo también agradeció que él no se pusiera a comentar el tiempo que hacía o lo bonito que era el paisaje. La vida era demasiado grande, corta e importante como para hablar de la falta de lluvia o el último cotilleo. A ella le interesaba más saber cómo se sentía la gente con respecto a sí misma y a los demás, si eran felices o, si por el contrario, estaban tristes, saber qué les apasionaba y qué les dolía con toda el alma. Quería conocer su pasado, cómo habían llegado adonde estaban, cómo era su relación con sus padres y hermanos y, en definitiva, averiguar si ella era la única persona de este mundo que se sentía complemente sola. Pero no podía preguntarle a Fletcher todas aquellas cosas, y necesitaba decir algo, así que buscó un tema de conversación.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas en Blackwood Manor?

—No trabajo solo aquí. Voy a muchas granjas del condado.

—Claro —dijo—. *A lo mejor te valdría más tener la boca cerrada*. —¿Y desde hace cuánto eres el veterinario de esta finca?

Él torció la boca hacia un lado y lo pensó durante unos breves instantes.

—Unos tres años, creo.

—Así que empezaste justo después de la muerte de mi padre.

—Un par de meses antes, si mal no recuerdo. Tu padre era un genio con los caballos. Sabía lo que se hacía.

Julia se encogió de hombros y sonrió sin saber muy bien qué decir. Aparte de verle caminando hacia el establo o arreglando las vallas y el equipamiento, no sabía muy bien cómo era con los caballos.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿dónde has estado estos últimos años? ¿Estudiando? Claude nunca me dijo que el señor y la señora Blackwood tuvieran una hija.

Julia tragó saliva. No quería mentirle pero tampoco tenía ganas de contarle la verdad.

—No me gusta hablar de ello.

—Claro. Lo siento. —Se metió las manos en los bolsillos—. Bueno, ¿y cuándo fue la última vez que viste a los caballos?

—En realidad no me dejaban entrar en el establo cuando vivía aquí.

Él sacudió la cabeza hacia atrás enarcando las cejas.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Julia se encogió de hombros, quién sabe si para luchar contra el frío o contra sus propias emociones.

—Como he dicho, a mi madre le encantaban las normas. Decía que era peligroso que una jovencita anduviera por los establos, y que se trataba de un negocio, no de un patio de recreo. No quería que causara problemas o diera quehacer por allí.

Fletcher bajó la mirada y siguió caminando con el gesto sombrío.

—Qué pena. A la mayoría de las chicas les encantan los caballos. Te habría venido bien.

Julia le miró de reojo. ¿Por qué decía que le habría venido bien? ¿Tan hecha polvo daba la impresión de estar?

Al llegar al picadero Claude la saludó con un golpe de visera.

—Buenos días, señorita Blackwood.

—Por favor, llámame Julia.

Fletcher apoyó un brazo en la valla.

—Y bueno, ¿qué opinas?

En el picadero había tres caballos corriendo de aquí para allá con las colas en alto, como banderas negras ondeando al viento. El pelaje negro les brillaba como si estuviera bañado en aceite y las pezuñas golpeaban la tierra con fuerza, haciendo que el suelo temblara bajo los pies de Julia. Al ver a los caballos tan cerca se acordó de algo. Tenía nueve años y aquel día no había ido al colegio porque estaba enferma. Normalmente madre siempre estaba en casa pero ese día tenía una reunión importante en la ciudad. Se suponía que padre debía comprobar que Julia estaba bien cuando volviera del establo

alrededor del mediodía, pero al regresar se encerró directamente en su despacho, como solía hacer. Ella bajó a la cocina para beber algo y se asomó a la ventana que había encima del fregadero. Había un caballo en el jardín pisoteando los tomates y comiéndose las lechugas y las cabezas de las zanahorias. Corrió al despacho a buscar a su padre y empezó a tocar la puerta. Todavía con los nudillos en la puerta, dejó de tocar y prestó atención. Su padre estaba llorando al compás de su disco favorito —*Little White Lies*—. Podía oírlo al otro lado de las puertas dobles.

Se quedó allí parada como estaba, enferma y asustada, sin saber qué hacer, y luego corrió de vuelta a la cocina, se puso los zapatos y salió afuera. Cogió un manojo de flores de los tréboles que bordeaban el bosque y se dirigió al jardín. Fue acercándose al caballo, lentamente, con la mano extendida. El animal levantó la cabeza y resopló, sorprendido por su presencia. Dio otro paso mientras le hablaba con dulzura, cuidándose de hacer cualquier movimiento brusco, hasta que el caballo se acercó a mordisquear las flores rosadas de su mano, los labios suaves como el terciopelo sobre su palma. Cuando el caballo se movió para acercarse más, masticando ruidosamente el terciopelo rojo y mirándola con sus grandes ojos marrones, Julia retrocedió y él la siguió. Continuó caminando hacia atrás hasta que llegaron a un potrero vacío que había fuera del establo. Abrió la cancela y permitió que el caballo entrara. Dejó el resto de tréboles rojos en el suelo, cerró la cancela, y le acarició la crin negra. El caballo relinchó y frotó la pesada cabeza contra ella, agradeciendo la atención.

Azorada por la muestra de afecto del animal, le abrazó por el cuello y apretó la nariz contra el cálido pelaje. Era la primera vez que tocaba un caballo y al hacerlo, pudo sentir su fuerza, tan radiante como el calor del sol sobre la piel. Nunca antes había sentido nada igual. De regreso a casa se sintió confundida. ¿Por qué la mantenían sus padres alejada de semejantes criaturas maravillosas? No tenía sentido. Después de aquel encuentro se asomaba a la ventana todos los días anhelando volver a estar con los caballos. De vez en cuando, si padre no estaba mirando y en las raras ocasiones

en las que madre no estaba en casa, se escabullía saltando las vallas cercanas a la parte trasera del establo. Pero solo se atrevía a estar durante unos minutos. A veces los caballos venían a comer tréboles rojos de su mano o la dejaban acariciarlos, pero otras veces estaban demasiado ocupados pastando, corriendo o durmiendo. Y ella era feliz si podía estar allí, aunque solo fuera por unos minutos. Lo único que había echado de menos desde que se escapó de Blackwood Manor fueron los caballos.

Ahora, viendo aquellos sementales —sus sementales— tan cerca, se sintió fuertemente embargada por aquel mismo viejo sentimiento de anhelo.

—Son preciosos —dijo Julia con un nudo de emoción en la garganta.

—Tenemos a un comprador interesado en ese negro y en ese otro de la mancha blanca —dijo Fletcher— pero la decisión de venderlos o no depende de ti.

—No sé si sabías —comentó Claude— que tu padre crío a varios campeones de lazo azul en su época. Fue tu madre quien compró el ejemplar con el que todo esto empezó. Estos son algunos de nuestros mejores sementales. Una palabra tuya y nos los quedamos y empezamos a recuperar nuestra reputación.

Julia no sabía qué hacer. Su cabeza daba vueltas con recuerdos del pasado, dudas y miedos. Por supuesto que quería quedarse con los caballos, pero ¿realmente estaba preparada para dirigir la granja? ¿Estaba capacitada para cuidar de aquellos hermosos animales y tomar las decisiones apropiadas para su futuro?

—Umm… —vaciló. Luego se dio cuenta de que Fletcher la estaba estudiando minuciosamente, como intentando leer su mente, y un sentimiento de rubor la embargó de inmediato.

Fletcher sonrió y se dirigió a Claude.

—A lo mejor deberíamos darle un respiro a la señorita Blackwood. Después de todo, acaba de llegar. Sé que le has prometido al comprador que le daríamos una respuesta de inmediato, pero creo que podrá esperar un poco.

Claude hizo una mueca de desaire y se metió los pulgares en el

cinturón. Julia suspiró de alivio y agradeció el gesto a Fletcher con una sonrisa en señal de gratitud.

—¿Podría tomarme un par de días para tomar una decisión? Tengo que pensarlo todavía. Ni siquiera he deshecho el equipaje.

Claude exageró el mohín de disgusto todavía más.

—Tú eres la jefa —dijo—, pero vender estos sementales sería un gran error. Solo digo eso.

Fletcher bromeó con Julia lanzándole una mueca de desconcierto en plan «oh, Dios mío», y luego centró su atención en Claude.

—Estoy seguro de que Julia tendrá en cuenta tu consejo —dijo —. ¿Qué te parece si damos un paseo por el establo, ya que has estado fuera tanto tiempo? —le propuso a Julia guiñándole un ojo.

Ella asintió.

—Me encantaría —respondió esperando a ver si Claude tenía algo más que decir, pero estaba entretenido pisoteando la base de tierra que había alrededor de uno de los postes de la valla, cavilando en silencio—. Siento mucho no poder decidirme todavía —le dijo —, pero lo haré. Y sé que tienes mucho trabajo y estás muy ocupado, pero cuando acabe de dar una vuelta por aquí, ¿podrías enseñarme cómo funciona la caldera? La casa está congelada.

Claude se alejó del poste y comenzó a caminar hacia la mansión con el rostro sombrío.

—Por supuesto, señora. Me encargaré de eso ahora mismo.

—No es necesario que lo hagas ahora.

Claude la ignoró y siguió andando hacia la casa.

—¿He dicho algo malo? —le preguntó Julia a Fletcher cuando Claude se hubo alejado lo suficiente y ya no podía oírla.

Fletcher se encogió de hombros.

—Ni idea, pero creo que nunca le he visto tan cabreado.

CAPÍTULO 9

LILLY

LILLY EMPEZÓ A PEGAR PATADAS EN LA PUERTA, Y GOLPEÓ las paredes *del estrecho y oscuro cuarto* de baño del coche cama de Merrick, rasgándose los nudillos contra la madera rasposa. El espeso hedor a orina rancia le hizo vomitar.

—¡Quiero salir de aquí! —gritó.

Las voces amortiguadas de los artistas y trabajadores que en esos momentos salían de sus vagones para ir al trabajo se filtraban por las paredes exteriores del vagón. Volvió a gritar, forzándose a sí misma para no desfallecer sobre las piernas de mantequilla, intentando escuchar por encima de su trabajosa respiración. Nada. Cerró los ojos y luchó por respirar sin vomitar.

Volverán, pensó. *Cuando acabe el espectáculo, volverán*. Se tocó la punta de los dedos con el pulgar —uno, dos, tres, cuatro, cinco— una y otra vez, intentando calmarse.

Al cabo de un rato que le pareció eterno se le abrieron los pulmones y volvió a respirar con normalidad. Pero entonces le empezaron a doler los músculos como si le estuvieran clavando cientos de cuchillos en las piernas, y la falta de oxígeno le hizo marearse. Alcanzó el inodoro a tientas y se sentó sobre la tapa, con

la mandíbula apretada y los hombros encorvados. Un poco más tarde, los sonidos distantes de la carpa central se colaron en el interior del vagón —redoble de tambores, gente silbando, aplausos, gritos, chillidos nerviosos, soplos de alivio—. Lilly trató de imaginarse el circo para entretenerse, visualizar los payasos, las cebras, los elefantes y los globos. Pero lo que alguna vez fue un sueño para ella se había acabado convirtiendo en una auténtica pesadilla, y lo único en lo que podía pensar era en Abby y en poder regresar a casa. Hundió el rostro entre las manos. No había nada que pudiera hacer salvo esperar.

—¿Lilly? —la llamó una voz—. ¿Dónde estás?

Era Glory.

—¡Estoy aquí! —gritó Lilly con la voz rasgada y ronca golpeando la puerta con los puños.

Se oyeron unas pisadas corriendo por el suelo. La manivela de la puerta del cuarto de baño giró varias veces.

—¡Espera, te sacaré! —Otra vez más pisadas corriendo por el suelo—. ¿Dónde está la llave, Merrick? —La voz de Glory sonaba amortiguada al otro lado.

Merrick dijo algo pero Lilly no entendió qué decía.

Finalmente, la llave entró en la cerradura, la manivela giró y la puerta se abrió dejando entrar la luz en el interior del oscuro baño. La pequeña parpadeó y se protegió los ojos ante el ciego resplandor. Luego salió corriendo hacia la salida pero Merrick le cerró el paso agarrándola por los hombros.

—¿A dónde te crees que vas? —dijo Merrick.

Lilly se desasió y corrió a esconderse detrás de Glory. Le costaba respirar.

—Déjala tranquila —pidió Glory.

—¿Es que no ves que está intentando escaparse?

—¡Porque la has encerrado en el baño! —vociferó Glory.

Merrick avanzó un paso y acercó su cara a la de ella levantando la barbilla.

—Tiene que saber quién manda aquí, igual que tú.

Glory se apartó hacia atrás. Casi le pisó los dedos de los pies a

Lilly.

—Bueno, no hace falta que la encierres como a una bestia para probarlo.

Merrick se quedó mirándola con un mohín de rabia, como si se estuviera aguantando las ganas de pegarle. Luego se dio la vuelta y se quitó la chaqueta murmurando entre dientes. Se aflojó la pajarita y se dejó caer en la silla.

—Necesito un trago.

Glory miró a Lilly con ojos desorbitados y le hizo un gesto de barbilla señalando el sofá. Luego se acercó al aparador y le sirvió a Merrick un *whisky*. Lilly se fue al sofá y se sentó sobre sus propias manos tratando de aplacar el temblor.

Glory volvió a mirarla con gesto de preocupación y los labios apretados formando una línea dura y delgada. Lilly no sabía si con aquel gesto la estaba avisando para que se quedara callada o si escondía otra inquietud, pero de todos modos tenía planeado quedarse bien quieta y calladita. Merrick era como mamá. Si su intención era darle una lección, lo había conseguido. Glory le llevó la bebida, le puso un reposapiés delante y le quitó los zapatos.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —le preguntó—. ¿Tienes hambre?

Merrick pegó un trago y miró a Glory con cara divertida. Al principio, Lilly pensó que iba a darle las gracias o a darle un beso, pero en lugar de eso se levantó bruscamente y le tiró la bebida a la cara. Lilly pegó un salto en el sofá y se acurrucó en un rincón con el corazón latiéndole a mil por hora. Glory abrió la boca y parpadeó. Estaba en *shock*.

—Sí —le dijo Merrick con voz burlona—. Hay algo más que puedes hacer por mí. Empieza por dejar de decirme lo que tengo que hacer. —Puso el vaso vacío sobre el reposabrazos de su asiento, se levantó y se fue al dormitorio.

Todavía de rodillas y el *whisky* goteándole por el pelo y las mejillas, Glory miró a Lilly con una tristeza acentuada por el rímel descorrido. Agachó la cabeza y rompió a llorar desconsoladamente.

Tras aquel encierro, Merrick todavía mantuvo a Lilly prisionera

en su coche cama durante los siguientes tres días. Glory le traía agua del vestuario, comida de la cocina y ropa limpia de la que robaba Monday Man de los tendederos de las ciudades por las que iban pasando. Así hasta que Merrick la dejó salir, y porque había llegado el gran día de su actuación. Tras dejarla almorzar en la cocina, se la llevó consigo para que viera el gran cartel de lona que colgaba a la entrada de la carpa del espectáculo secundario anunciando su número. El señor Barlow —con sombrero de copa y esmoquin— y Alana —con un vestido de gasas azules— estaban allí, observando cómo el pintor daba los últimos retoques al gigantesco cartel. Merrick soltó un taco entre dientes cuando los vio.

Lilly alzó la vista. No sabía muy bien qué pensar. La habían pintado como si midiera tres metros de altura. En la imagen, aparecía con la barbilla alta y portando un báculo brillante, la mano pálida, como si fuera una versión blanca de la bruja de *La Bella Durmiente*. Estaba rodeada de una escena invernal, situada frente a una nave espacial glacial y un iglú. No entendía por qué el señor Barlow quería que la gente pensara que venía de otro planeta. ¿Cómo se suponía que debía actuar? ¿Y qué pasaría si todos descubrieran que estaban mintiendo? Pensó en preguntárselo a Merrick pero luego cambió de idea. Ya se lo preguntaría a Glory más tarde.

—Está perfecto, ¿verdad? —comentó el señor Barlow sin dirigirse a nadie en particular.

Alana permanecía a su lado, con el cuello y los dedos rezumando una ristra de collares y anillos. Enganchó un brazo con el otro y torció los labios rojos sin dejar de mirar el cartel.

—No sé, cariño. Parece un poco… No sé cómo decirlo… Apagado… Soso…

—No, no —atajó el señor Barlow—. Es justo lo que quería.

—Para mi espectáculo —dijo Merrick.

—Sí, justo lo que quería en mi cartel, en mi carpa, en mi circo —dijo el señor Barlow sin apartar la vista del cartel. Después masculló algo entre dientes, se giró sobre sus talones tomando a Alana del brazo y se fue balanceándose sobre su bastón de punta

plateada—. Vamos, cariño. Celebrémoslo con un poco de champán.

A Merrick le explotaba la cara de ira conforme lo veía alejarse. Cogió a Lilly del brazo y la arrastró hacia el vestuario de artistas del espectáculo secundario.

—Será mejor que lo hagas bien o lo pagarás caro.

A pocos minutos del comienzo del espectáculo de monstruos, Lilly se encontraba temblando en ropa interior frente a un espejo mientras Glory le ceñía a la cabeza una corona de diamantes falsos con unos alfileres blancos. Esparció unas perlas blancas por la melena recién lavada y peinada que le caía sobre los hombros como un velo de novia.

—Ahora mismo te traen el vestido —dijo Glory.

—¿Qué se supone que debo hacer? —dijo Lilly con los dientes castañeteando de miedo.

—Tú solo tienes que salir ahí y dejar que esos paletos de pueblo te miren. Nada más. Yo estaré entre bambalinas por si surgiera algo. Lo único que habrá entre nosotras será una cortina, así que si te surge cualquier cosa estaré allí en menos de dos segundos.

A Lilly se le pasó por la mente la idea de preguntarle por qué podría necesitar algo o a qué se refería con aquello de si le surgía algo, pero no halló el modo de expresarse. Miró su reflejo en el espejo recordando cómo debía respirar para no quedarse sin aliento. Todo era blanco o plateado: el cabello, las cuentas de perlas, la piel, la corona de la cabeza. Solo había color en sus ojos, como dos piedras azules en mitad de la nieve. Vio en el reflejo del espejo a una enana entrando en el vestidor. Llevaba unos zapatos de tacón alto en las manos y un vestido brillante colgado al hombro. Tenía el pelo tan blanco como el de Lilly, la cara regordeta y maquillada con tonos *beige* y rosa.

—Merrick me ha mandado traer esto —dijo mostrando los zapatos y el vestido—. Quiere que parezca más alta.

—Lilly, esta es Penelope Dupree, nuestra virtuosa costurera y extraordinaria artista.

Lilly trató de sonreírle pero le salió algo más parecido a un tic que a una sonrisa.

—Ah, sí —dijo Penelope—. He oído hablar de ti, Lilly Blackwood. La señora Benini, quien lleva la tienda de algodón de azúcar y conos de nieve junto a su marido Tony, quiere invitarte a cenar a su casa alguna tarde. Elizabeth Webb, la del puesto de churros, dice que puedes ir a jugar con sus hijos cuando quieras. Y *Madame* Zelda, también conocida como la señora Daisy Hubert de Queens, nuestra adivina gitana, dice que eres leo y que el futuro te tiene reservadas cosas maravillosas.

Lilly trató de sonreír y corresponder a tanta amabilidad, pero no supo qué decir. Aquella mujer, como todas las personas que había conocido en el circo, a excepción de Merrick, estaba siendo tan atenta, y en lo único en lo que ella podía pensar era en volver a casa con Abby.

Glory y Penelope la ayudaron a ponerse el vestido. Era plateado y blanco, con mangas largas, adornos de cuentas y una falda de aro ondulante. Glory le abrochó el vestido por la espalda mientras ella metía los pies en los zapatos agarrándose al tocador para mantener el equilibrio.

Nunca se había puesto tacones así que nada más enderezarse tropezó. Glory la cogió a tiempo por el brazo evitando que cayera.

—Ya te acostumbrarás —sonrió.

—A mí tampoco me gustan —dijo Penelope remangándose la falda y mostrándole los pies. Llevaba puestas unas sandalias por las que sobresalían unos dedos largos que más bien parecían garras, con las uñas pintadas de rojo.

Lilly enmudeció. No pensaba que Penelope pudiera llevar zapatos normales, ni mucho menos tacones. Penelope se echó a reír bajándose la falda y luego se arrodilló para arreglarle el dobladillo del vestido.

—Estás preciosa, como una princesa —dijo la enana poniéndose de pie.

Lilly se miró al espejo.

A pesar de que le sudaban las manos y parecía que tenía un saco de piedras en el estómago por los nervios, lo cierto es que tenía que reconocer que Penelope tenía razón. Parecía una princesa de cuento

de hadas. Pero, ¿qué pensaría la gente del pueblo cuando la vieran? —¿cómo es que los llamaba Glory? ¿Los paletos de pueblo? ¿Los lugareños?— con esa piel blanca y esa melena que parecía hecha de tela de araña ¿Se asustarían? ¿Les daría asco? ¿La odiarían como mamá y papá? Se tocó la punta de los dedos con los pulgares y empezó a contar —uno, dos, tres, cuatro, dos, tres, cuatro.

—Y recuerda —dijo Glory—. Estamos abiertos hasta la hora del espectáculo principal en la carpa central que dura dos horas, y cuando termina, hacemos otro pase para la gente que no llegó a tiempo para vemos durante el primero.

Lilly asintió y siguió a Glory. Salieron del vestuario y cruzaron la parte trasera del solar. Lilly intentaba respirar con normalidad y caminar sin torcerse los tobillos con aquellos tacones. Artistas y animales permanecían detrás de la carpa central, listos para el espectáculo. Mujeres en tutú y medias rosas, hombres con casacas rojas o leotardos y camisas con lazos dorados; payasos calvos de cara blanca y zapatones, bombachos y tirantes, sombreros de indigente y parches en los pantalones, pelos naranjas y rojos sobresaliendo en todas direcciones; mujeres y niñas con trajes de lentejuelas ensayando con sus corceles blancos, con plumas rosas y penachos blancos entre las orejas; caballos de tiro con los arneses atados a los vagones, bañando nerviosamente dentro de los enganches; llamas y cebras, domadores, leones y osos, monos en sus jaulas, jirafas de patas largas y elefantas con borlas en la cabeza. El chico del saludo también estaba allí, vestido de esmoquin, junto a la cría de elefante.

A pesar de los nervios, Lilly era incapaz de apartar los ojos de aquella escena. El sol reverberaba sobre el mar de joyas resplandecientes que parecía cubrir a todos y todo. Era como si aquella imagen hubiera salido de un libro y hubiera cobrado vida con tonos mil veces más brillantes y vividos. Entonces se dio cuenta de que el chico del esmoquin la estaba mirando y apartó la mirada. ¿Qué habría pensado al verla vestida como un princesa de camino al espectáculo secundario? ¿Que iba guapa? ¿O más bien que iba hecha un adefesio? ¿Por qué no podía ser como él y estar allí, con los artistas de élite, bellos y normales, admirados por lo que sabían

hacer, sin que nadie los juzgara por su aspecto?

—Vamos, Lilly —dijo Glory—. No podemos llegar tarde.

Lilly se agarró la falda por los lados y se concentró en caminar sin tropezar, dando un paso tras otro, y no solo por los tacones, sino porque mamá le había dicho que si la gente la viera alguna vez, se asustaría, y ahora Merrick iba a exhibirla para que pudiera verla el mundo entero. ¿Y si Glory y todos los demás le habían mentido? ¿Y si mamá estaba en lo cierto y era una abominación?

Siguió a Glory hacia la entrada trasera de la carpa del espectáculo de monstruos. Pasaron por una pasarela angosta y oscura que había detrás de una fila de cortinas de lona. Glory lo llamó «bambalinas». Hacía calor, olía a moho y hierba húmeda, y también a humo. Lilly entrecerró los ojos en medio de las tinieblas de aquel pasillo y luchó contra el impulso de salir corriendo. No quería estar allí. No quería actuar, ni ahora, ni nunca. Los tacones de los zapatos se hundían en la tierra blanda y tuvo que subirse el dobladillo del vestido para no pisárselo.

Glory se detuvo y corrió a un lado una de las cortinas, revelando un escenario elevado cubierto con una alfombra de flores. Había una mujer en el centro, con una barba negra, sentada en una silla. Llevaba una falda de piel de cebra y un sujetador enjoyado. Se había subido los bajos de la falda para dejar al descubierto los muslos peludos. Tenía las cejas espesas y frondosas, y una gruesa capa de pelos en los brazos y la espalda.

—Esta es mi amiga Hester —dijo Glory—, también conocida como la Mujer Mono.

Hester saludó agitando la mano peluda.

Lilly asintió y esbozó una sonrisa.

Detrás de la siguiente cortina había una mujer de pelo rizado, sin piernas, sentada en un pedestal. Llevaba un collar de perlas y una blusa rosa y ocupaba toda la superficie redonda de la mesa en la que estaba subida, como si fuera un jarrón demasiado grande o una lámpara. Se ayudó con los brazos para darse la vuelta y saludar, haciendo que el pedestal vibrase bajo ella. Lilly temió que se cayera.

Glory hizo las presentaciones.

—Esta es Dina, la Media Chica Viviente.

—Encantada —dijo Dina.

Lilly tragó saliva.

—Igualmente.

Tras la siguiente cortina estaba Aldo, el Hombre Lagarto, sin más ropa que unos pantalones cortos de color plateado tan ajustados que por lo menos debían ser dos tallas más pequeñas que la suya. Era delgado y tenía todo el cuerpo y la cabeza lampiña cubiertos de escamas marrones. Sonrió a Lilly y la saludó con dos dedos de la mano.

Y en la siguiente había una mujer con falda larga, sujetador verde y un velo blanco en la cabeza que se levantó al girarse para decir hola. Lilly dio un respingo y retrocedió un paso. Llevaba un bebé colgando del torso, en el centro de su cuerpo, con las piernas y los brazos fláccidos pendiendo, y la cabeza enterrada en lo más profundo del estómago.

—No te preocupes, no es real —susurró Glory—. El bebé es de goma. Está pegado a la piel. Esta es Belinda, la Mujer con Dos Cuerpos y Una Cabeza.

Lilly hizo una reverencia y trató de parecer amigable pero no podía dejar de mirar aquello. ¿Por qué razón querría Belinda transformarse en un monstruo aposta? ¿Quería que la gente le tuviera miedo? ¿Y si alguien intentaba encerrarla o cortarle el cuello? ¿O diseccionarla a cachitos para exhibirlos en tarros de cristal?

Cuando se despidieron de ella, le preguntó a Glory qué pasaría si los paletos descubrían que lo de Belinda era una farsa.

—Shhhh. —Glory bajó la voz—. Todos los números del espectáculo secundario son falsos pero no lo decimos en voz alta, ¿vale? Nunca. Lo llamamos caracterización o marcarse un Margante Clark.

—¿Un Margante Clark?

—No importa —le restó importancia—. Pronto aprenderás. Tú limítate a no hablar de ello, al menos no hasta que no domines la jerga.

—Pero ¿qué pasa si el bebé asusta a alguien? —susurró Lilly.

—La gente no pagaría si no quisiera ver cosas como esa —dijo Lilly riéndose entre dientes.

Lilly sacudió la cabeza con gesto de interrogación.

—En el espectáculo de monstruos está bien que la gente venga a ver lo que creen que no deberían estar mirando. No tienen por qué hacerlo y, de hecho, se supone que no tendrían que hacerlo, deberían mirar a otro lado. Pero gracias a Dios ese no es el caso, porque de lo contrario no tendríamos trabajo.

Lilly tenía que pensar sobre ello. Todavía no lo entendía, pero no importaba. Ahora mismo tenía cosas más importantes en las que pensar, como no echar las tripas.

Uno tras otro, Glory le fue presentado a los otros miembros del espectáculo de monstruos —Zurie el Chico Tortuga, Dolly la Gorda más Bella del Mundo, Mabel la Mujer de Cuatro Patas, Magnus el Hombre más Feo del Mundo, Spear el Esqueleto Viviente, Stubs el Hombre más Pequeño del Mundo, Brutus el Gigante de Texas, y Miles la Maravilla sin Brazos. Tras la tercera y última cortina estaban Ruby y Rosy, de espaldas la una de la otra. Llevaban puestas unas pelucas rubias y sendos vestidos de color lavanda a juego, unidos por la cadera, como si hubiesen cosido dos faldas para hacer una sola prenda.

—A Ruby y Rosy ya las conoces. Hoy son las Gemelas Siamesas.

Las gemelas saludaron.

—Hey, Lilly, ¡a por ellos, cariño! —dijeron al unísono.

Lilly no sabía a por quién se suponía que tenía que ir, pero sonrió de vuelta y correspondió al saludo con la mano. Glory dejó caer la cortina y siguieron andando.

—¿Qué son las Gemelas Siamesas? —preguntó Lilly.

—Son gemelas unidas de nacimiento por alguna parte del cuerpo, como la cadera, la espalda o la cabeza.

—Pero Ruby y Rose no están unidas —murmuró Lilly.

—Es que las siamesas son difíciles de encontrar.

—¿Así que se trata de otro Margante Clark?

—Así es. Aprendes rápido —sonrió Glory. Se detuvo frente a la

última cortina—. Bueno, este es tu sitio. No lo olvides, yo voy a estar ahí al lado.

—¿Dónde está Viktor? —preguntó Lilly—. Yo creía que él también formaba parte del espectáculo de monstruos.

—Viktor es la estrella principal de la carpa de las emociones extremas. Y en el Circo de los Hermanos Barlow eso significa que no es apto para el público sensible. —Bajó la voz—. Deberías ver las caracterizaciones que Merrick tiene allí. Fetos en tarros de cristal, una sirena falsa, un bebé demonio momificado en un pequeño ataúd, con sus cuernos y su cola. Las paletas se desmayan cuando lo ven.

Lilly estuvo a punto de preguntarle por los fetos, pero cambió de idea. Le resultaba difícil imaginar cosas más impactantes que las que acababa de conocer en primera persona. Pero ahora mismo, no le importaba. En cuestión de minutos, una multitud de personas entraría en la carpa para ver el espectáculo de monstruos y quedarse mirándola. Estaba a punto de averiguar la verdad. ¿Era un monstruo? ¿Le habían estado mintiendo sus padres? Lo único de lo que estaba segura es de que no sabía lo que iba a pasar. Glory abrió la cortina hacia un lado, sosteniéndola, mientras ella subía los escalones hacia el escenario.

Una vez arriba, Lilly se volvió buscando el rostro de Glory. El estómago le daba tumbos.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó.

—Jugar a los extraterrestres. Eres de otro planeta, ¿recuerdas? Quédate mirando a los paletos como si nunca hubieras visto nada igual en tu vida.

Lilly estuvo a punto de decirle que, en realidad, nunca había visto nada así en su vida, pero aquello era lo de menos en esos momentos.

—¿Doy vueltas o me quedo quieta?

—Puedes moverte, pero con aires de princesa, como si esos paletos de pueblo estuvieran por debajo de ti y no tuvieras tiempo para ellos. Si alguno intenta algo, grita y vengo corriendo.

—¿Qu… Qué quieres decir? ¿Qué podrían intentar?

—Nunca se sabe —dijo Glory encogiéndose de hombros—. Los paletos pueden ser muy raros. Pero no te preocupes, estarás bien. —Corrió la cortina dejándola a solas.

Lilly estaba hecha un manojo de nervios. Se colocó en el centro del escenario decorado con sábanas blancas, cintas de plata y purpurina, estrellas colgantes y montículos de algodón y fieltro blanco. Había una silla blanca y una mesa cubierta de perlas bajo una lámpara colgante de burbujas de cristal, muy parecida a la que sus padres tenían en el salón. Sintió un pinchazo en el corazón al acordarse de ellos. Parecía que había pasado una eternidad desde que había salido de su dormitorio atravesando Blackwood Manor. Y de todas las veces que había fantaseado con la idea de escapar y surcar el mundo, en ninguna de ellas se imaginó que acabaría así, en el espectáculo secundario de un circo.

El área destinada al público, frente al escenario, estaba vacía, a la espera de que los paletos la llenasen para verla. Lilly contempló aquel espacio turbio con el corazón en un puño. Le pareció gigantesco y oscuro, como una boca abierta hecha de hierba y lona que fuera a engullirla. Apartó la vista y contó las estrellas colgantes. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve.

La cortina que había tras ella se abrió provocándole un sobresalto. Era Glory, sonriéndole y señalándole una vara envuelta en cintas blancas y cuentas plateadas que había apoyada contra la pared.

—Casi se me olvidaba decírtelo. Vuestro cetro, mi reina.

Lilly cogió el báculo.

—Gracias —dijo haciéndole un gesto de agradecimiento con la cabeza.

A menos ya tenía algo en lo que apoyarse si se mareaba.

Se oyó un silbido en el exterior y alguien gritó «¡Puertas!».

—¡Allá vamos! —dijo Glory desapareciendo tras la cortina.

Se oyeron miles de pasos caminando y corriendo en estampida por el camino. Los niños reían, chillaban y gritaban. Los adultos los reñían y les decían que no corrieran. Uno de los hombres del circo, subido a una plataforma a la entrada de la carpa de los monstruos

empezó a animar a la multitud. Glory le había explicado que aquel hombre era llamado el Profesor, y que su trabajo consistía en atraer a los paletos para que entraran a ver el espectáculo, dándoles un breve aperitivo de lo que iban a encontrar dentro.

—Daaaaaaaamas y caballeeeeeeeeeros —gritó el Profesor—. ¡Pasen y vean las maravillas que tenemos esperándoles en el interior! El espectáculo principal empieza en una hora, ¡en una hora!, así que tienen suficiente para ver nuestro *show* y llegar después para coger un asiento en primera fila en la carpa principal. Hay tiempo de sobra para ver las rarezas y maravillas que tenemos aquí dentro. Pasen, pasen todos. Este es el espectáculo que estaban esperando, del que van a estar hablando toda la semana. Todos los fenómenos del mundo, de la vida misma, están aquí, amigos. La Media Chica que se ríe, habla y camina. Sus mentes no podrán creer lo que verán sus ojos. ¡No está entera, pero está aquí, y está viva! Pasen y vean a Zurie, el Chico Tortuga, con cabeza humana y cuerpo de tortuga. ¿Han oído hablar de Stubs, el Hombre más Pequeño del Mundo? ¿Y de Belinda, la Mujer con Dos Cuerpos y Una Cabeza? Están todos aquí, y están vivos, todos ellos, aquí dentro. ¿Ya han visto a Dolly, la Gorda más Bella del Mundo? ¡Ni se imaginan el tamaño que tienen sus muslos! Entren al mayor espectáculo del mundo por poco dinero. Pasen ahora. No tendrán que pagar nada más en el interior. Compren su entrada. Pueden quedarse todo el tiempo que quieran y marcharse cuando lo deseen. ¡Oh! ¡Esperen! ¡Hay algo más! ¡Casi se me olvida! Tenemos una exclusiva, amigos, y este es el único circo del mundo donde podrán verla. Tenemos a Lilly la Pequeña Princesa de Hielo de Otro Planeta. El propio Syd Barlow la capturó viva en los rincones más remotos de la tierra, y la tenemos aquí, dentro. ¡No se lo pierdan! ¡Estarán hablando de ello durante el resto de sus vidas, amigos!

Lilly oyó cómo se acercaban los lugareños, las voces excitadas, las risas y los gritos. Sus sombras reflejadas en las paredes de la carpa se fueron haciendo cada vez más grandes, anchas y oscuras, formando siluetas con sombreros y cabezas, globos y niños amontonándose los unos contra los otros compitiendo por el

espacio. A Lilly le sudaban las manos y le temblaban las piernas. Quería abandonar el escenario, salir de la carpa y correr sin parar hasta que no pudiera más. Se aferró al cetro y contó las costuras de la cortina que había tras el espacio destinado al público. Una, dos, tres, cuatro. Si pudiera escapar, ¿dónde iría? ¿Y qué haría cuando llegara? A lo mejor acababa muerta, como la hija de León. O a lo mejor Merrick mandaba a Viktor a buscarla. Cinco, seis, siete…

Afuera, el Profesor seguía vociferando.

—Eso es, amigos, pasen y vean. Mi buen amigo, aquí, les cobrarán la entrada y les darán el cambio si lo necesitan. Eso es, la cola es justo aquí. No hay prisa. Los monstruos no se van a ir a ningún lado. Estarán aquí, dentro de la carpa, y se quedarán hasta que puedan verlos a todos.

La cortina de la entrada se abrió y un rayo de sol se coló en el espacio destinado al público. Lilly no podía ver la puerta, pero supo que los lugareños estaban entrando en la carpa. El aire fue tornándose más escaso y cálido. Podía sentir la presencia de otros humanos, otros seres, otros cuerpos. Un millar de olores impregnaron el ambiente, todos al mismo tiempo —colonia, palomitas, sudor, humo de cigarrillos, cacahuetes tostados, perritos calientes, jabón, cuero, perfume, encaje. Era como si los lugareños estuvieran empujándola, tratado de asfixiarla, aun cuando no había nadie cerca del escenario. Su respiración se volvió irregular. Uno, dos, tres, cuatro. Al principio, los lugareños iban pasando por la carpa hablando y riendo. Luego, poco a poco, se fueron callando conforme iban viendo a los primeros monstruos. Las mujeres susurraban y jadeaban con sorpresa, los hombres hablaban en voz baja soltando risitas histéricas.

Lilly apretó los dientes y miró al frente, esperando ver aparecer a la primera persona. ¿Cuál sería su reacción cuando la vieran? ¿Retrocederían de miedo? ¿Se pondrían a llorar? ¿Se reirían? ¿Sentirían asco? ¿Saltarían al escenario para atacarla? ¿Sería capaz de quedarse quieta y dejarlos boquiabiertos sin gritar? ¿Y si no podía hacer lo que Merrick quería? Justo cuando creía que se iba a desmayar de terror, apareció una niña pequeña vestida con un suéter

descolorido cogida de la mano de su padre. Nada más ver a Lilly se soltó de la mano y se paró llevándose los dedos pálidos a la boca. Se acercó un poco más y observó a Lilly con sus ojos grandes y marrones. Lilly se armó de valor, esperando el momento en el que se echara a llorar o empezara a gritar. Se pasó la lengua por los dientes apretados. Uno, dos, tres, cuatro… Detrás del padre y la niña aparecieron otros lugareños apretujándose para pasar. Cientos de caras alzaban la vista hacia Lilly. Un mar de bocas se torcían, se movían, masticaban, sonreían, se extrañaban o reían. Miles de ojos la observaban y se entrecerraban, parpadeaban y se quedaban pasmados. A Lilly le empezó a sudar la frente y secársele la boca.

La niña pequeña dio otro paso hacia delante.

—Papá, ¿es una princesa de verdad?

—No, cariño —dijo él.

—Pero tiene una corona —dijo la niña.

—Eso no quiere decir nada. —El padre la agarró de la mano y siguieron su camino.

—Pero papá, quiero… —La voz de la niña se apagó.

Poco a poco, el primer grupo de lugareños fue marchándose mientras iban entrando otros. Algunos caminaban lentamente y otros pasaban rápido, como si se hubieran arrepentido de haber entrado al espectáculo de monstruos. La mayoría se detenía para estudiar a Lilly durante varios minutos antes de proseguir. Una madre con cara de espanto tapó los ojos del bebé que llevaba apoyado en la cadera y se negó a mirarla mientras el hombre que la acompañaba apuntaba hacia ella susurrando al oído de su hijo mayor.

—No tendrían que estar viendo estas cosas —siseó la madre.

—Deja de preocuparte —dijo el hombre—. Es divertido.

—Sí, bueno, lo que tú digas. No será tan divertido cuando se despierten con pesadillas luego.

El hombre puso los ojos en blanco y siguió andando.

Un chico pecoso se detuvo frente a ella durante un buen rato, observándola con ojos caídos y mascando chicle con la boca abierta. Lilly no sabía qué hacer o qué se suponía que estaba esperando aquel

chico. Trató de no mirarle pero era difícil ignorarle. Tuvieron que pasar tres grupos de lugareños antes de que decidiera marcharse y cuando por fin lo hizo, Lilly suspiró de alivio.

Durante un breve paréntesis en el flujo de curiosos, una pequeña anciana con sombrero de flores se paró en la esquina para que su escuálido perro negro se aliviara y toda la carpa se inundó con un horrible olor.

A Lilly se le empezaron a entumecer los pies y a dolerle las pantorrillas. Tenía la cabeza a punto de explotar de tanto apretar la mandíbula. Cuando la multitud empezó a flojear se le normalizaron los latidos del corazón y empezó a respirar mejor. La hierba del área del público estaba aplastada por los miles de pies que habían pasado por allí pisoteándola. Respiró hondo y dejó salir el aire lentamente, relajando los hombros. Por lo menos el primer pase ya había acabado. Y nadie había llorado ni se había muerto del asco ni había intentado cortarle el cuello. De repente, se oyó un chillido y el sonido de un cuerpo golpeando contra uno de los escenarios.

—¡Largo de aquí! —gritó alguien. Y luego—: ¿Estás bien, Dina?

Un chico se rio y otros tantos se unieron a él.

—Vamos, chicos, dejadla en paz —dijo una chica con risita tonta.

El ritmo de sus latidos volvió a dispararse. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué le había pasado a Dina la Media Chica Viviente? ¿Le habían hecho daño? Segundos más tarde, un grupo de adolescentes se apelotonaron en el área del público, riéndose y pegándose en broma en los brazos, mientras las chicas les reían la gracia. Llevaban vestidos de manga ancha y una de ellas llevaba una boina roja sobre los cabellos largos y rizados. Los chicos iban con pantalones de puño en los bajos y camisas finas. Sus ojos estaban vidriosos e inyectados en sangre, como los de papá cuando bebía demasiado *whisky*. En algún lugar se oía el llanto de una mujer. ¿Era Dina? ¿Qué le habían hecho los adolescentes? La chica de la boina roja se paró frente a Lilly.

—¡Por todos los demonios! —dijo—. Mira eso. ¿De verdad está hecha de hielo?

—Ni… —dijo uno chico—. Es pintura blanca.

—¿El pelo también? —preguntó la chica de la boina roja.

—Es una peluca —contestó el chico.

—Se supone que es de otro planeta —dijo otro.

—Qué tontería.

—Aun así… Es bonita —comentó una de las chicas.

—Yo creo que es horrenda —dijo la de la boina roja.

—Y también apesta —dijo otra arrugando la nariz.

—Parece un cadáver —dijo la de la boina roja.

—A lo mejor por eso apesta.

Las muchachas rompieron a reír y el primer chico se acercó al escenario.

—¿Estás viva, monstruo?

Lilly parpadeó. No sabía qué hacer. Empezaron a chorrearle gotas de sudor por el cuello y la espalda, y antes de saber lo que estaba pasando, el chico subió al escenario. Lilly retrocedió y se pisó los bajos con los tacones.

—¡Glory! —gritó.

—¿Eres real, monstruo? —preguntó el chico riéndose y tirándole del pelo.

La pared de cortina que había entre las plataformas se corrió hacia un lado y Glory irrumpió en el escenario con el rostro desencajado de furia.

—¡Aléjate de aquí! —gritó.

El chico bajó de un salto y se reunió con sus amigos, quienes se estaban riendo histéricamente. Pero en lugar de marcharse, se quedaron apostados en la pared de enfrente, burlándose de Glory y señalando a Lilly.

—¡Volved a vuestra cueva, monstruos de pacotilla! —gritó el que había subido al escenario.

—¡Eso, feos! —gritó la chica de la boina roja empezando a corear. Las otras no tardaron en unirse a ella.

—¡Monstruos! ¡Monstruos! ¡Monstruos! ¡Monstruos feos y estúpidos!

La cortina lateral que había entre escenario y escenario se abrió y

Rosy y Ruby asomaron la cabeza.

—¿Estás bien, Lilly? —dijo Rosy.

—¡Dejadla tranquila! —gritó Ruby a los adolescentes.

Los muchachos la ignoraron y siguieron riéndose y cantando a coro. El chico que había subido al escenario se acercó nuevamente al mismo, haciendo como si estuviera atándose los cordones de los zapatos. Al enderezarse lanzó a Lilly una extraña mirada cruel, todavía nerviosa, y le tiró un puñado de tierra que había cogido del suelo. El barro se estrelló contra el peto del vestido blanco mientras que los trozos de hierba aterrizaron en su cabello. Otro de los chicos se unió al ataque riéndose, pero en lugar de coger un montón de barro cogió una caca de perro y se la tiró a la cara. Le cayó un goterón desde el ojo hasta la nariz. Dejó caer el cetro y se quedó allí en medio, aturdida, con las manos en alto, los ojos y la boca cerrados, sin saber si debía correr o gritar. El hedor de la caca le produjo arcadas. La risa de los adolescentes cesó de súbito, y en el repentino silencio que siguió a aquel instante, una de las chicas dijo:

—Oh, Dios mío, ¿eso es caca de perro?

Lilly se quedó helada de terror. Mamá estaba en lo cierto, después de todo. Les producía asco. La odiaban. Pensaban que era una abominación. Una de las chicas rompió a reír de nuevo en solitario, casi asustada. Lilly abrió los ojos y retrocedió encogida por el disgusto y la vergüenza. Los otros se sumaron a aquella risa siniestra, las chicas ahogándola entre dientes, los chicos estallando en carcajadas, todos ellos burlándose de ella. Se rindió al escándalo de su alboroto, dejándose envolver, sin ser muy consciente de que Glory le estaba diciendo algo, intentando alcanzarla. Una avalancha de nostalgia desgarradora por el hogar perdido la invadió de arriba abajo provocando que un estrepitoso llanto brotara de la garganta. Se llevó las manos a la cara, y enseguida se dio cuenta de que lo único que estaba consiguiendo con eso era extenderse las heces por los ojos y las mejillas. Sintió arcadas y se tambaleó hacia atrás. Quería salir corriendo de la carpa para que dejaran de reírse de ella. Pero era como intentar correr a través de la maleza. Era como si el mundo se hubiera ralentizado a paso de tortuga. Hasta las risas

parecían oírse con más lentitud y profundidad. Empujó a Glory, se le enredaron los tacones en la falda y cayó de bruces sobre el escenario, estrellándose contra la maraña del vestido blanco, el barro y la mierda de perro. Los chicos se lanzaron encima de ella como una manada de lobos hambrientos, tirándole del pelo y de la ropa. Lilly se encogió y se tapó la cabeza con los brazos. Glory bajó del escenario con el cetro en la mano.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Dejadla!

Los adolescentes corrieron hacia el otro extremo de la carpa y Glory los persiguió enarbolando el cetro en el aire.

—¡Si os vuelvo a ver por aquí os mataré!

Hester la Mujer Mono y Aldo el Hombre Lagarto corrieron en su ayuda.

—¿Estás bien? —preguntó Hester agachándose para ayudarla.

Lilly solo sabía una cosa: tenía que salir de allí. Se puso de pie y corrió descalza hacia el extremo de la tienda por el que Glory y ella habían entrado, pero no fue capaz de dar pie con bola. Entonces dio la vuelta y salió disparada entre la multitud, empujando a los lugareños al pasar a izquierda y derecha, como Moisés cuando hizo que se abrieran las aguas del mar Rojo a su paso. Las mujeres se apartaban como si tuviera la peste, mientras los hombres las rodeaban con los brazos para protegerlas. Los niños gritaban de espanto. Y Lilly los veía a todos ellos tan hermosos y perfectos, bañados por la luz del sol y la normalidad de su mundo. Los vestidos perfectos, las caras rosadas, los cabellos rubios y castaños. Los odiaba y quería estar con ellos al mismo tiempo.

Alguien le puso la zancadilla haciéndola caer de rodillas sobre sus manos. Se puso a gatear por el suelo polvoriento, enfundada en su vestido blanco, con los pelos llenos de mierda colgándole por la cara. Las lágrimas de vergüenza y dolor le emborronaban la visión, y al final no pudo más, y todos sus sentidos se eclipsaron. Lilly se dejó caer sobre la tierra, respirando entrecortadamente, rindiéndose a los acontecimientos. Ya no le importaba nada. Vio aparecer ante sus ojos unas botas negras y brillantes. Miró hacia arriba con las últimas fuerzas que le quedaban.

—¿Qué demonios has hecho? —Era Merrick.

Antes de poder decir nada, la agarró del brazo y la sacó a rastras por la parte trasera del solar, entre las estacas y los anclajes de la carpa central, donde los artistas, animales y payasos aguardaban en fila a que empezara el espectáculo. Todos se giraron a mirarlos, las mujeres con tutú y medias rosas, los hombres con leotardos y casacas rojas, los payasos de cara blanca y las mujeres con trajes de lentejuelas. Todos estaban contemplándolos con suma curiosidad. Al final de aquella procesión, estaba el chico del esmoquin, sentado junto a un hombre vestido con ropa de faena, sujetando a la cría de elefante por una cuerda.

Lilly tropezó y volvió a caer. Se pegó un trompazo en la cabeza y el hombro izquierdo, acompañado por un golpe sordo. Durante un breve instante, allí tirada en el suelo, con la visión prácticamente nublada por una nube de polvo, vio al chico del esmoquin tirar la cuerda al suelo y tratar de acudir en su ayuda, con el rostro empañado de sorpresa y preocupación. Pero el hombre vestido con ropa de faena lo detuvo agarrándole por el hombro y haciéndole regresar con la cría de elefante. El chico se giró todavía para mirarla y volvió a ocupar su puesto en la cola, visiblemente molesto.

Merrick agarró a Lilly del pelo, tirando de ella para ponerla en pie, y se la llevó a rastras. Ella le clavó las uñas en las muñecas pero no pudo desasirse de él. En la carpa central empezó a tocar la banda, la entrada trasera se abrió y la gran fila de artistas circenses empezó a desfilar hacia el interior, recibida por los vítores y aplausos de una multitud de adoración.

CAPÍTULO 10

JULIA

AQUELLA TARDE, TRAS SU PRIMERA JORNADA COMPLETA como nueva dueña de Blackwood Manor, el viento arreciaba y la casa se había cubierto de oscuridad y frío, a pesar de que Claude había encendido la caldera. Pero nada más lejos del silencio. Los crujidos y chasquidos parecían provenir de todas partes, de cada travesaño, cada viga, cada tablón… Las cañerías daban golpes, los radiadores susurraban y los postigos azotaban las ventanas. Julia estaba sentada junto al fuego intentando entender los papeles del abogado, pero no podía concentrarse porque cada tres por dos creía oír ratas correteando por las paredes. Hizo todo lo posible por ignorar aquellos ruidos inquietantes y apartar de su mente las imágenes de una plaga de roedores, y estudiar las declaraciones de hechos e inversiones, la copia del testamento y últimas voluntades de sus padres, página tras página, con toda aquella palabrería y aquellos recibos de banco que la dejaron sin aliento. Sabía que sus padres tenían dinero, pero hasta ahora, no tenía ni idea de cuánto. La tranquilizó saber que podía seguir pagando a Claude y Fletcher para que la ayudaran con los caballos; que podría mandarle al pequeño Danny y su familia un cheque para que no tuviera que

buscar comida en el vertedero del callejón trasero de Al el Grande nunca más. A lo mejor hasta podía enviarle dinero a su antiguo novio Tom, en un sobre sin remite, por supuesto.

Ya había tomado la decisión de mantener la granja funcionando, y a ser posible, darle un aire fresco a Blackwood Manor. Tenía el dinero para hacerlo. Pero primero tenía que limpiar y ordenarlo todo. Había miles de objetos en cada rincón, demasiados recuerdos, demasiadas habitaciones, demasiados muebles, cajones y armarios y, sobre todo, demasiados escondrijos. Le iba a llevar semanas, cuando no meses, poner en orden todo aquello.

Su mente daba vueltas en todas direcciones, pensando mil cosas a la vez, y aun así, no podía dejar de pensar en los caballos y en el paseo que había dado con Fletcher hacía un rato. Cuando era pequeña, el vago olor a heno siempre le había resultado un aroma familiar, pero dentro del establo, era todavía más intenso y dulce de lo que imaginaba. La mezcla de fragancias con tintes de panadería, melaza y grano, y el olor almizclado de los caballos, hacía que el establo pareciera un lugar extrañamente cómodo y, para su sorpresa, bastante agradable.

Durante el paseo, Fletcher le había explicado que Blackwood Manor había criado caballos de raza pura sangre inglesa y quarter para competir en ferias de ganado y en las carreras, caballos que descendían de linajes famosos y dieron a su vez una gran descendencia. En los tiempos de máximo apogeo, según dijo, Blackwood Manor poseía ochenta cabezas criadas en la finca, incluyendo a su semental más famoso, Blue Venture. Julia no entendía nada de lo que le estaba contando, pero agradeció la intención de ayudarla a aprender. Lo que sí podía afirmar es que todos los caballos eran hermosos, a cada cual más hermoso, y que no podía creer que fueran de ella. Cuando llegaron al final del pasillo central, Fletcher entró en el último puesto de pesebres. La yegua que había dentro relinchó y giró el cuello hacia él con las aletas de la nariz excitadas. Era negra como la noche, con un pelaje brillante y una cola que llegaba al suelo. Asomada por encima de la puerta, Julia observó cómo olisqueaba la camisa y el pelo de Fletcher, quien

estaba acariciándole el cuello como si fuera un cachorro gigante. Fletcher se rio y le frotó los carrillos y el cuello con ambas manos. Estaba claro que se tenían cariño.

—Esta ese Bonnie Blue —dijo Fletcher—. Blue para los amigos. Es tu mayor productora y la yegua más valiosa de la granja.

La yegua irguió el cuello.

—¿Por qué no entras y le dices hola?

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Julia.

Fletcher miró alrededor como si estuviera buscando a más gente.

—No veo a nadie más. No te preocupes, es más mansa que un cordero.

Julia respiró hondo, abrió la cancela y entró en el establo. Deseaba acariciar a Bonnie Blue más que a nada en el mundo, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado cerca de un caballo y sintió miedo.

—Abre la palma de la mano, así —dijo Fletcher abriendo la suya para mostrarle cómo debía hacerlo.

Julia le tendió la palma abierta y Bonnie se acercó a olfatearla, y después restregó la cabeza contra el brazo de Fletcher.

—Creo que no le gusto —dijo Julia.

—Claro que le gustas, ¿verdad que sí, chica? Mira esto. —Dio un paso atrás colocándose frente a la yegua.

—Dame la patita, Blue.

Bonnie Blue levantó la pata delantera extendiéndola hacia Fletcher. Él la cogió del casco y se la estrechó como si fuera la pata de un perro.

—¡Guay! ¿Cómo le has enseñado a hacer eso? —dijo Julia sorprendida.

Soltó el casco de Blue y acarició a la yegua entre los ojos.

—Fácil. Es una yegua muy lista. Todos lo son. Pero Claude no estaría muy contento si supiera que ando por ahí enseñándoles trucos, así que será mejor que mantengamos el secreto entre tú y yo.

—Vale, pero ¿por qué iba a molestarle?

—Porque puede ser peligroso si no sabes lo que estás haciendo. ¿Por qué no la acaricias y os conocéis un poco mejor? Después de

todo, es tuya.

Julia le acarició el cuello y sonrió, inhalando el maravilloso aroma almizclado de la yegua. Su pelaje era tan resbaladizo y suave como le había parecido a primera vista. Blue dejó de frotarse contra Fletcher y miró a Julia con ojos curiosos. Luego acercó el hocico a la oreja de Julia y la olisqueó, pegando la nariz y los labios aterciopelados contra su piel. Le sopló en el cuello haciendo que se le moviera el cabello y provocándole un escalofrío. Entonces chocó la enorme cabeza contra su hombro. Julia se tambaleó.

—Ahí está. Ya tienes el sello de aprobación de Bonnie Blue —dijo Fletcher.

Julia sonrió y recorrió el pelaje de la yegua con sus dedos.

—Creo que nunca he visto un caballo más bonito.

—Es muy especial, te lo aseguro. Y sus potros son siempre perfectos. —Se puso junto a la yegua—. Ven, quiero que sientas algo. —Tomó la mano de Julia, la llevó hasta la barriga de Blue y apretó.

Julia sintió una patada. La barriga de la yegua se movió y rebotó una vez más, como una bola de goma.

—¿Qué ha sido eso? —dijo ella apartando la mano con gesto de sorpresa.

—El próximo potrillo de Blue. —Fletcher le guiñó un ojo—. Y tu primer potro.

Julia puso una sonrisa de oreja a oreja. Por un lado, eran demasiadas cosas al mismo tiempo, que si la casa, el establo, los caballos, el negocio, un nuevo potro. Pero por otro lado, era la cosa más maravillosa que había oído jamás. Aquel potrillo sería el primero en nacer bajo su patronazgo. Le pertenecería a ella, solo a ella, y a nadie más, ni tan siquiera a sus padres.

Sentada frente al fuego crepitante, rodeada de formularios legales y escuchando los crujidos y gruñidos de la casa, intentó imaginarse cuidando de la granja y tomando decisiones sobre los caballos. Era impresionante y terrorífico al mismo tiempo. Los terrenos de la casa eran un cosa, pero Blue y su cría y el resto de caballos eran criaturas vivas. ¿Cómo iba a poder con todo? ¿Y si

alguno enfermaba o caía herido y ella no sabía distinguir los síntomas? ¿O si Claude no avisaba a Fletcher a tiempo? La idea de que aquello era una especie de prueba por la que tenía que pasar le atravesó la mente. Tal vez madre quería probar de una vez por todas las cosas malas que podían pasar si no seguías las reglas. Pero lo que madre no sabía era que Julia iba a seguir las reglas, solo que esta vez iban a ser sus reglas.

Intentó apartar las preocupaciones de su mente y concentrarse en el papeleo, pero empezó a ver borroso y a sentir dolor de cabeza de tanto leer y tratar de encontrarle sentido a todo. Dejó los papeles y decidió explorar la casa. No sabía la hora que era pero el cielo se veía negro a través de las ventanas. El anillo de llaves de madre parecía llamarla desde el borde de la mesa que había junto al sofá, como un pergamino sellado con el poder de revelar secretos al desplegarse. Se levantó, cogió el llavero y caminó hacia el otro extremo de la casa, sabiendo que el primer lugar al que iría sería el despacho de su padre.

Recorrió el pasillo ajustándose el suéter, encendiendo las luces conforme iba avanzando. El suelo crujía bajo sus pies y la luz de los apliques parpadeaba sobre los suaves paneles de roble y las lámparas polvorientas que había sobre cada uno de los cuadros de perros y caballos. ¿Cuántas veces había caminado de puntillas por ese mismo pasillo tras uno de los tantos sermones de madre, con la esperanza de que su padre la dejara entrar en el despacho? ¿Cuántas veces le había oído tirar cosas y llorar tras aquellas puertas dobles? ¿Y cuántas veces quiso preguntarle cuál era el objeto de su tormento? ¿Cien? ¿Mil? Se detuvo frente al despacho y recorrió con los dedos las puertas de roble grabado con un escalofrío recorriéndole la espalda. ¿Qué iba a encontrar al otro lado? De repente sintió que volvía a ser una niña pequeña. Le temblaban las rodillas. Madre no aprobaría lo que estaba a punto de hacer, y por razones que no podía explicar, todavía sentía que estaba mal invadir el espacio de su padre. Tuvo que recordarse que sus progenitores estaban muertos y que Blackwood Manor le pertenecía ahora, junto a todo lo demás.

Palpó las llaves con los dedos, tratando de decidir con cuál de

ellas probaría primero. Eran todas tan diferentes. Seguramente madre quería que fuera así, para asegurarse de que era la única persona capaz de distinguir con qué llave abrir cada puerta, pero ahora mismo no servía de mucho. Julia deslizó una llave con un medallón circular grabado con la letra B y la introdujo en la cerradura haciéndola girar. Los engranajes crujieron al desbloquear los resortes. Julia empujó las puertas de madera suavemente y las bisagras crujieron al abrirse. La luz del pasillo cayó sobre el suelo de madera del despacho, revelando el borde polvoriento de una alfombra persa e iluminando una amplia área central. Permaneció inmóvil durante un buen rato. Tal vez podía esperar hasta mañana, cuando no estuviera tan cansada y abrumada. Pero tenía muchas cosas que hacer y demasiadas habitaciones que arreglar todavía y cuanto antes empezase, mejor. Respiró hondo, entró y encendió la lámpara del escritorio.

Una serie de estantes de caoba cubrían la pared del fondo. Montones de libros, mapas, papeles y carpetas se amontonaban aquí y allá. Había un mueble bar con botellas polvorientas de licor en uno de los extremos, y en el otro, un sofá tapizado de color verde, junto a un reloj de pared silencioso. Y tras el escritorio, el sillón de cuero marrón, descolorido y gastado, de su padre. Olía a cerrado y a moho, y al aroma agrio y rancio del humo de los puros y el *whisky* viejo. Salvo por el polvo, cualquiera diría que su padre había estado allí hasta el día de ayer.

Se quedó paralizada durante unos instantes. ¿Cómo iba a poder con todo? ¿Y por qué no se había deshecho madre de las cosas de padre tras su muerte? Una de las cosas que madre siempre le estaba reprochando a padre era su falta de voluntad para deshacerse de las cosas; le había advertido cientos de veces que llevara cuidado con los puros no fuera que con tanto papel y tanto libro le prendiera fuego la casa, y si había algo a lo que madre le tenía miedo, era al fuego. Le daba un ataque cada vez que padre quemaba hojas y hierba seca en el rincón habilitado para ello que había en el jardín. Siempre les estaba recordando, a Julia y a él, que los pecadores arderían en las llamas del Infierno. Así que no acababa de entender por qué no

había limpiado el despacho de padre, aunque solo fuera por evitar accidentes.

Pero ahora ya no había otra opción. Y había que empezar por alguna parte. A lo mejor madre lo había planeado todo, a modo de castigo por su parte de culpa en la muerte de padre. Respiró hondo y caminó lentamente alrededor del perímetro de la estancia, examinando la biblioteca y leyendo los títulos. Las estanterías sufrían bajo el peso de libros en tapa dura sobre la cría de caballos, enfermedades de los equinos, primeros auxilios, técnicas de entrenamiento hípico, términos veterinarios y carpetas apiladas etiquetadas con los nombres de Blue Venture, Presión's First Run, Dakota Point, Shy Dundee, Whiskey's Pride y Fame's Fortune. En otra sección descansaba la colección de trofeos, medallas, fotografías de caballos enmarcadas con cintas azules y rojas colgando de las esquinas del marco.

Julia echó un vistazo rápido a las últimas estanterías y sopló el polvo del gramófono. Abrió la tapa y vio que había un disco con la aguja detenida en medio de una pista, como si alguien lo hubiera apagado a mitad de canción. Leyó el título del disco: *Little White Lies. Por supuesto*, pensó, y volvió a cerrar la tapa. Posó su vista sobre el escritorio, cubierto por una gruesa película de polvo, y sobrevoló con la mirada el papel secante, las plumas, el portalápices, la lámpara verde de escritorio, y el cenicero ahogado en cenizas y colillas.

Fue hasta el mueble bar en busca de refuerzos. Un vaso de cristal conservaba todavía los restos de un líquido oscuro convertido en una masa espesa. Todas las botellas estaban prácticamente vacías pero había dos botellas de *brandy* sin abrir. Cogió una, le limpió el polvo con el suéter, la abrió y pegó un buen trago. Le quemó la garganta y el estómago. Justo lo que necesitaba. Tomó la botella y se sentó frente al escritorio, en el sillón de cuero, ignorando la nube de polvo que se levantó en el asiento. Y entonces vio la fotografía. Era la foto de estudiante de segundo año que le habían hecho para el anuario diez meses antes de la muerte de su padre. Parecía que habían pasado mil años desde el instituto. Cogió la fotografía, sopló el polvo y se mordió el labio tratando de reprimir un repentino acceso

de llanto. A diferencia de otros hogares en los que la gente tenía fotografías de la guardería, los cumpleaños, las bodas y las graduaciones adornando cada centímetro de pared, en Blackwood Manor no había nada de eso. Madre decía que las fotografías eran superficiales y banales. Nunca había comprado las fotos de la escuela para colgarlas por la casa; ni siquiera tenían cámara fotográfica. Pero de alguna manera, su padre había logrado hacerse con una copia de la foto del anuario escolar, y la tenía allí, sobre su mesa. Quitó el resto del polvo con manos trémulas y se ayudó con la manga del suéter para terminar de limpiar el cristal manchado por el paso del tiempo.

Observó la imagen con atención: la piel perfecta, los cabellos largos y rubios recogidos en una cola, y la expresión sombría. Cualquiera habría pensado que se trataba de una instantánea de una adolescente cualquiera teniendo un mal día. No había en aquella fotografía ningún signo de los momentos difíciles que había tenido que vivir en Blackwood Manor, ni de las burlas que había tenido que soportar porque madre no la dejaba vestirse a la moda. Pero Julia sí podía ver el rastro de aquella tristeza en sus ojos. Puso la fotografía bocabajo, parpadeó para contener las lágrimas, y abrió el cajón central del escritorio. Dentro había lo típico: lápices y bolígrafos, clips, gomas de borrar y sellos. Abrió un cajón lateral y encontró una pila de sobres sin usar, papel de cartas con el membrete de Blackwood Farm, y una caja de puros secos. El cajón de abajo estaba cerrado. Trató de abrirlo con las llaves de madre pero ninguna de ellas encajaba. El resto de cajones estaba lleno de papeles amontonados —invitaciones a diversos eventos, recibos, facturas y documentos legales—. Intentó encontrar la llave del cajón cerrado en los otros cajones pero no halló nada. Se levantó con frustración y miró alrededor. ¿Dónde estaba esa llave?

Justo en ese momento se oyó un trasiego de golpes procedentes del techo. Miró hacia arriba. Se oyó un golpe todavía más fuerte haciéndola saltar del sillón. Le siguió un ruido extraño, como de animales comiéndose los cables de las paredes del segundo piso. *Tengo que deshacerme de esas ratas*, pensó. Miró alrededor una vez

más. Suficiente por aquella noche. Estaba cansada y agobiada por todas las cosas que todavía debía solucionar y que pesaban sobre ella como si fuera por ahí arrastrando una condena de cadenas.

CAPÍTULO 11

LILLY

DESPUÉS DE QUE LILLY SE ESCAPARA DE LA CARPA DE LOS monstruos y echara a correr entre la multitud, Merrick la llevó a rastras al tren y la encerró en el baño para castigarla por haber dejado que los lugareños la vieran gratis. Con todo el cuerpo agitado y la cara y el pelo manchados de mierda de perro, vomitó en el lavabo, y después se sentó en el inodoro a llorar. El hedor era tan fétido que no podía dejar de sentir arcadas. Pasó una eternidad, o al menos eso le pareció a ella, hasta que oyó que se aproximaban unos pasos a toda prisa para abrirle la puerta. Era Glory.

—¡Oh Dios mío! —dijo—. ¿Estás bien?

Lilly se encogió de hombros y se levantó del inodoro con los ojos hinchados y ardiendo.

—¿Te ha puesto la mano encima?

Lilly negó con la cabeza.

—Ven —dijo Glory—, te ayudaré a limpiarte. Tengo unos cubos de agua ahí fuera.

Glory agarró un albornoz, una esponja, toallas y jabón, condujo a Lilly afuera y bordearon el vagón hacia la parte de atrás, donde nadie pudiera verlas. La ayudó a quitarse el vestido de princesa y le

pasó la esponja y la pastilla de jabón sin poder evitar mirarla con tristeza mientras la veía enjabonarse las manos y la cara.

—Siento lo que te ha pasado —dijo Glory—. Te juro que nunca he visto a los paletos ponerse así… Ha sido tan… Mezquino.

A Lilly se le hizo un nudo en la garganta y rompió a llorar.

—Soy yo —dijo—. Mamá tenía razón. Soy un monstruo.

—No —la contradijo Glory con voz firme—. No ha sido por ti. Han tirado a Dina del escenario y le han lanzado perritos calientes a medio comer a Belinda. Son solo un atajo de niñatos estúpidos sin oficio ni beneficio. Te juro que estar en el espectáculo secundario no es siempre así. Si lo fuera, yo no formaría parte de algo así.

Lilly no sabía qué decir. No importaba si el espectáculo secundario era siempre así o no. No quería volver a hacerlo, y el hecho de no poder decidir sobre ello la hacía sentir pesada y lenta, como si los brazos, las piernas y el corazón se hubieran transformado en piedra. Se lavó el pelo y se lo secó con una toalla, demasiado cansada como para pensar más allá de los próximos minutos.

Glory la ayudó a ponerse el albornoz y se agachó para ayudarla a remangarse.

—Siento no haberte podido proteger —dijo mirándola con lágrimas en los ojos—. Dije que lo haría y te fallé. Espero que sepas que me importas de verdad, y que a partir de ahora intentaré hacerlo mejor.

Lilly se mordió el labio y no dijo nada. Entre el impacto por lo que acababa de ocurrir en la carpa de monstruos y la forma en la que Glory la estaba mirando, sentía como si estuviera a punto de desaparecer en el aire, o desplomarse contra la hierba. Estaba sobrepasada por los acontecimientos y el cúmulo de emociones que bullía en su interior.

—Quiero irme a casa —dijo entre lágrimas e hipidos.

Glory extendió los brazos e intentó abrazarla. Al principio, Lilly vaciló, pero luego se arrojó en sus brazos en mitad de un mar de convulsiones. Glory la abrazó con fuerza y la meció.

—Todo va a salir bien, cariño. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Miles de sensaciones distintas, incluyendo sorpresa y alivio por el efecto calmante del abrazo de Glory, la invadieron en aquellos instantes. Le recordaba cuando abrazaba a su querida gata Abby, solo que aquel abrazo era más agradable y cálido, el doble de poderoso. Poco a poco, paró de temblar. Y aunque creía que no tenía fuerzas ni para seguir llorando, dejó que las lágrimas escaparan sin contención. Así que eso era lo que se sentía al abrazar a otra persona. Y a lo mejor, eso es lo que se sentía cuando alguien te amaba.

* * *

A la noche siguiente, Merrick insistió en que Lilly saliera con él a la plataforma exterior de su vagón a medida que el tren viajaba hacia el próximo destino. Se agarró a la barandilla muerta de miedo y temiendo por su vida, pues estaba convencida de que iba a empujarla, y eso que Glory le había asegurado una y otra vez que Merrick jamás se desharía de alguien por quien había pagado una buena suma de dinero. Al llegar a las afueras de la ciudad, Merrick señaló las casas con ventanas tapiadas y las colas de mendigos frente a las puertas de las iglesias. Se aseguró de que viera los carteles de CERRADO de los almacenes y los indigentes apostados a lo largo de las vías del tren, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, arremolinados alrededor de hogueras encendidas en cubos de basura.

—Ahí fuera, la gente se muere de hambre —dijo—. Así que harías bien en recordar lo afortunada que eres. Tres comidas seguras al día no son cualquier cosa, sino el motivo principal por el que la gente se une al circo hoy en día, con los tiempos que corren.

La mañana posterior al espectáculo en Massachusetts, durante el cual Lilly logró permanecer en el escenario sin salir corriendo de la carpa y sin que nadie le tirase nada, Merrick pidió un taxi para los tres. Cuando Lilly preguntó dónde iban Merrick dijo que quería enseñarle un lugar llamado Hospital Estatal Danvers. Lilly iba

montada en el asiento trasero del taxi sin prestar atención al hecho de que era la primera vez que viajaba en un automóvil. Estaba demasiado preocupada por saber por qué quería Merrick llevarla al hospital. ¿Iba a dejar que los médicos la examinasen a fondo para ver si era normal? ¿Iba a venderla a alguien para que la diseccionara y metiera los trozos de su cuerpo en tarros de cristal para exhibirlos? Miró a Glory con ojos de preocupación y las uñas apretadas con las palmas de las manos. Glory le acarició el brazo y le dijo que todo iría bien.

Veinte minutos más tarde llegaron a un edificio de piedra con pinta de castillo, con lo que parecían miles de ventanas y techos escalonados. Entraron por un conjunto de portones y una vez en el vestíbulo siguieron a una enfermera por un largo pasillo vacío y silencioso, excepto por el clac-clac de los zapatos blancos de la enfermera. Cuanto más se adentraban en el edificio, más preocupada estaba Lilly porque Merrick fuera a abandonarla allí. Acompasó sus pasos a los de la enfermera en un intento por calmarse, mientras iba contando cada paso. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Al llegar al final del primer pasillo oyó un leve murmullo, parecido al de un millón de voces hablando en la distancia, que empezó a hacerse cada vez más alto. Al llegar a una pasarela de puertas dobles de gran grosor rodeadas por tiras de goma, la enfermera se detuvo y la miró con una sonrisa simpática.

—Aquí el ambiente se pone un poco revoltoso, pero no te preocupes, no vas a quedarte en esta área. ¿Te parece bien si te llamo Lilly?

A Lilly se le salió el corazón del pecho y buscó a la desesperada el consuelo de Glory sin dejar de temblar.

—No hemos venido para eso —dijo Merrick a la enfermera—. Estamos buscando a un pariente.

—Oh. —La enfermera volvió a mirar a Lilly con un gesto de confusión escrito en el rostro—. Lo siento, creí que…

—Creyó usted mal —dijo Glory.

Lilly suspiró de alivio. Merrick no iba a abandonarla allí, menos

mal. La enfermera asintió y abrió la puerta. Antes de seguir avanzando Lilly se tuvo que tapar los oídos con las manos ante el escándalo de lamentos, lloros y alaridos que allí había. La habitación estaba llena de mujeres con batas grises, pelos revueltos y arañazos en las caras y las piernas. Algunas estaban atadas a la cama, y una de ellas no cesaba de pedir ayuda. La estancia olía a orín rancio y comida en mal estado. Los bichos correteaban por las paredes sin ventanas. Una mujer con la nariz sangrienta sonrió acercándose a ellos. Lilly se arrimó a Glory y bajó la cabeza con los ojos pegados a los pies de la enfermera.

Después de dejar atrás el terror de aquella habitación llena de ruidos, pasaron a través de un pasillo corto hacia otra zona, mucho más silenciosa, con mujeres encamadas mirando al techo, leyendo o hablando en pequeños grupos.

—¿Le suena alguna? —preguntó la enfermera.

—No —dijo Merrick sacudiendo la cabeza tras examinar la habitación.

Al cabo de un rato, ya de vuelta en el taxi de camino al tren, le preguntó a Lilly:

—¿Sabes por qué te he llevado allí?

Lilly, que estaba acurrucada junto a Glory en el asiento trasero, intentando olvidar lo que había visto, negó con la cabeza.

—Porque quiero que sepas que si tratas de escapar, acabarás muriéndote de hambre, no tendrás un techo donde vivir, y la policía te mandará a un lugar como ese, o peor. Es lo primero que debes recordar. Lo segundo que debes tener bien presente es que yo siempre visito orfanatos y hospitales en busca de un buen número. Kristi el Cabeza de Alfiler salió del sanatorio de Waverly Hills de Kentucky, y a Aldo el Hombre Lagarto le descubrí en el Willard State, así que si me pones las cosas difíciles y no haces lo que se te dice, no tendré ningún problema en internarte en uno de esos sitios. Será tan fácil como quitarle el caramelo a un niño.

Lilly se limitó a mirar por la ventana sin decir nada. Estaba lloviendo a cántaros, los borrones verdes y marrones de los árboles y los postes eléctricos pasaban a toda velocidad por el cristal. Las

nubes bajas y pesadas semejaban cenizas en el cielo. Trató de contar los árboles a lo largo del camino pero no podía ver nada a través de las lágrimas. El mundo no era como ella había imaginado. Daría cualquier cosa por volver a su habitación en el ático, incluso si eso significaba tener que vérselas con mamá. Un arrebato de nostalgia la atravesó con tanta fuerza que estuvo a punto de gritar.

Entrada la noche, con Merrick roncando en la cama, Glory y Lilly estaban sentadas en el sofá hablando de la visita al hospital.

—Tiene razón —dijo Glory—. Estás mucho mejor con nosotros aunque a veces esta no sea la vida más fácil. Aquí en el circo tienes por lo menos un techo bajo el que guarecerte cuando llega la noche y tres comidas al día, podrás ver mundo, recorrer el país y hacer amigos. Y lo más importante, serás tratada como una persona —dijo esto con una sonrisa que parecía forzada y triste.

A Lilly le agradaba que Glory intentara hacerla sentir mejor, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquellas mujeres de bata gris. Iba a tener pesadillas con el hospital, eso seguro. ¿Qué tipo de lugar era ese? ¿Qué le pasaba a esas mujeres?

—Danvers es un asilo para gente loca. Ya sabes, personas que no conocen la diferencia entre lo que es real y lo que no lo es. Pero también hay personas que han sido enviadas a allí porque sus familias se las querían quitar de encima, como mi hermano Viktor, por ejemplo. La verdad es que mis padres le llevaron a un sitio peor.

—¿Por qué? ¿Está loco?

—No, qué va —dijo Glory negando con la cabeza y jugueteando con las pelusas de su falda—. Mis padres lo abandonaron cuando tenía cinco años porque la gente cree que cuando una persona tiene un aspecto diferente por fuera, también es diferente por dentro, pero las dos sabemos que eso no es así, ¿verdad?

Lilly asintió.

A partir de aquella tarde, después de mostrarle las colas frente a las iglesias, los mendigos, Danvers State y asegurarse de que entendía lo que le pasaría si no se portaba bien, Merrick la dejaba salir a pasear

por el circo cuando acababan los espectáculos, cerraban los carritos y se vaciaban las carpas, pero solo si el tren no estaba preparándose para salir hacia la próxima estación, y siempre y cuando estuviera lo suficientemente lejos del pueblo para evitar que los lugareños la vieran gratis. Glory pensaba que aquel era el mejor momento para hacer amigos nuevos porque cuando acababa el trabajo todo el mundo estaba deseando dar rienda suelta a la diversión y pasarlo bien. Tal vez podría ir a ver a la señora Benini, o pedirle a Penelope que le presentara a los hijos de Elizabeth Webb, pero Lilly tenía otros planes. Quería ir a ver las carpas de los animales, o como Merrick y Glory decían, la casa de fieras.

En su primera noche de libertad, después de que Merrick y Glory cogieran un taxi para dar una vuelta por algún club de la ciudad, salió del coche cama con un vestido plisado y unos zapatos Mary Jane negros —una de las tantas prendas de ropa que Monday Man le había conseguido—. El sol caía sobre el cielo de agosto, coloreando las nubes de púrpura, rosa y naranja, y en la distancia lucían ya las primeras cinco estrellas de la noche. Los grillos cantaban a lo lejos, la hierba seca rodeaba el solar de tierra, y las siluetas oscuras de los pájaros revoloteaban a través de la atenuada noche. Era extraño y un poco escalofriante estar allí fuera sin Glory o Merrick así que necesitó quedarse cerca del vagón durante unos minutos para armarse de valor.

Enfrente del tren de los vecinos había cuatro hombres vestidos con polos y pantalones ajustados poniendo una mesa y unas sillas mientras una rubia guapa traía una baraja de cartas y dos botellas de líquido marrón con pinta de *whisky*. Otra mujer llamó desde una ventana abierta para preguntar cuántos vasos iban a necesitar. Los hombres y la mujer eran delgados, bellos y gráciles, como las bailarinas sobre las que Lilly solía leer en sus libros. Glory le había explicado que eran trapecistas.

Cuando reunió el suficiente valor, empezó a caminar a lo largo del tren dejando atrás la seguridad de su vagón. Pasó por delante de los trapecistas y otro coche de pasajeros y se detuvo a acariciar tres cabras que andaban mordisqueando los hierbajos que rodeaban un

poste de teléfono. ¿Eran las cabras del vagón donde Merrick la había tenido encerrada en una jaula? ¿La habían oído gritar y llorar? Una de las cabras alzó la cabeza y restregó el morro contra su cadera antes de volver a ocuparse con los hierbajos. Otra vino a mordisquearle los bajos de la falda meneando la colita. La tercera le olisqueó los zapatos, los calcetines y las piernas, y después le chupó la mano con su lengua rasposa. Era como si le estuvieran diciendo, sí, sabemos quién eres.

Glory le había dicho que las cabras podían salir a pasear por el solar cuando el circo estaba cerrado porque, de acuerdo al señor Barlow, daban buena suerte. También le contó que la gente del circo creía que el color verde y silbar en la carpa del vestuario daban mal suerte, un pájaro volando dentro de la carpa principal era signo de que iba a morir un artista, y los trapecistas y los funambulistas cosían cruces a sus trajes para protegerse de las caídas. Lilly se preguntó que pensaría mamá del uso que los artistas circenses daban a las cruces. Ella decía que la gente estaba en la tierra para servir a Dios, no al contrario. Así que ¿cómo era posible que los artistas creyeran que él podía protegerles?

Pensar en mamá le daba dolor de estómago, así que la apartó de su mente, acarició a las cabras y siguió la marcha. Miles de sonidos diferentes salían flotando desde las ventanillas de los trenes hasta desvanecerse y disolverse todos juntos —una vocecita en la radio, alguien cantando, gente discutiendo, una harmónica, un hombre berreando, un perro ladrando, tintineo de monedas, risa, aplausos, gritos triunfantes.

A lo lejos de las vías oyó una canción aguda que parecía proceder de la puerta de entrada de uno de los vagones de carga, la música más alta que Lilly había oído en su vida. Disminuyó el paso. ¿Había alguien celebrando una fiesta? Dolly la Gorda más Bella del Mundo y Penelope la Enana Camarina estaban sentadas sobre unos cajones de madera frente al vagón de carga, riendo y abanicándose con abanicos de papel. Dina la Media Chica Viviente estaba allí también. Llevaba una cinta del pelo y una blusa de lentejuelas, estaba fumándose un cigarrillo en lo alto de un barril de vino

volcado y hablando con Spear el Esqueleto Viviente. Ruby y Rose reían y bailaban con Aldo el Lagarto y dos enanos, bebiendo de botellas marrones. Las gemelas llevaban unos collares largos de cuentas, faldas hawaianas y nada más, con el pecho al aire y las tetas oscilando arriba y abajo al ritmo de la música. Lilly bajó la mirada y aceleró el paso con la esperanza de pasar desapercibida.

Un grupo de hombres con ropa sucia apiñados a cierta distancia del tren, fumaban y se pasaban las botellas. Dentro de otro de los vagones, un enanito cantaba y tocaba una guitarra en miniatura mientras Hester la Mujer Mono reía y contemplaba cómo Magnus el Hombre más Feo del Mundo intentaba enseñarle a su perro cómo hacerse el muerto. Stubs el Hombre más Pequeño del Mundo estaba sentado en el regazo de Belinda la Mujer con Dos Cuerpos y Una Cabeza con un libro entre las manitas. Hester, que vio a Lilly, la llamó para que se uniera a ellos. Ella sonrió, se disculpó negando con la cabeza y siguió andando.

Prefería estar con los animales antes que con las personas. No podía describir cómo se sentía con ellos ni por qué sentía un deseo tan fuerte por verlos y ni siquiera podía entenderse a sí misma, pero aquel era el motivo por el que había encontrado el suficiente coraje para aventurarse por sí sola en aquel paseo por primera vez. Tal vez se veía abocada a ellos porque entendía lo que era estar encerrado y sin posibilidad de controlar sus vidas.

Tal vez era porque su gata era la única que nunca la había defraudado. O a lo mejor su amor por los animales era parte de cómo era, como la forma en la que su pie izquierdo se torcía ligeramente al andar, o la forma de sus dedos largos y delgados, y el color de su piel blanca como la nieve. Fuera cual fuese la causa, ver a la cría de elefante y a los otros animales era lo único que le importaba en aquel momento.

Cuando por fin llegó a la carpa de animales disminuyó el paso con repentina inseguridad. ¿Y si la reñían por estar allí? ¿La echarían? Pero luego se acordó de que todo el mundo había acabado de trabajar por aquel día, estaban descansando para estar listos al día siguiente, y relajándose en sus vagones y tiendas abiertas, sentados a

la fresca, aliviando el calor. Con suerte, no habría nadie en la casa de fieras a esa hora.

Respiró hondo y se deslizó por el extremo de la cortina ocultándose entre las sombras. Al otro lado de la carpa, los elefantes se atisbaban en grandes formas grises, como oscuras montañas sobre un lienzo. Enfrente de los elefantes se hallaban las cebras, los caballos y las jirafas, cercados por una valla hecha de cuerdas bajas, durmiendo o mascando heno. Los camellos y las llamas estaban tumbados sobre una cama circular de paja en el centro de la carpa. Los leones, chimpancés y osos estaban enjaulados en cajas alineadas a lo largo de una pared. El fuerte aroma agridulce a heno y estiércol impregnaba el aire, y el único sonido que se oía era el de los animales masticando, bufando, moviéndose y arrastrándose.

Con todos los sentidos en máxima alerta, Lilly se deslizó lentamente a través del pasillo que conducía a los elefantes, caminando tan suave y silenciosamente como pudo hasta llegar a donde estaba el primero de ellos. Se hizo hacia atrás para contemplar a la colosal criatura. El animal la miró con sus ojos ámbar, y dejó escapar un estrepitoso sonido desde lo más profundo de su garganta, como el ronroneo de un gato titánico. Su piel era moteada y gris, arrugada y plisada desde lo alto de la cabeza hasta las enormes patas y pezuñas como plataformas. Tenía la uñas del tamaño de una patata. Le corrían unas franjas verdes por las orejas y las rodillas, como el moho de los barrotes de la ventana de su habitación. Le sobresalían pelos negros por la trompa. Las orejas, en lo alto, parecían gruesas y rugosas, para luego ir haciéndose cada vez más delgadas en la parte de abajo, como si estuvieran hechas de hojarasca.

Lo único que había entre Lilly y el elefante era una soga colgando enfrente del establo. Tenía la pata atada a una pesada cadena que a su vez estaba atada una gruesa estaca clavada en el suelo. Mirando a aquella bestia poderosa se sintió de nuevo invadida por la vieja sensación de estar encerrada entre las cuatro paredes de su cuarto, y echó de menos su casa. La sensación era tan fuerte que a punto estuvo de desfallecer sobre sus rodillas. Era casi como si

pudiera sentir la miseria del elefante, como le pasó con el león, solo que esta vez lo que sentía era ternura. ¿Era posible que aquel poderoso animal se preocupara por la gente, incluso después de haberlo encerrado, atado con cuerdas y cadenas y obligado a actuar? Los ojos de Lilly se humedecieron. Quería entrar en el establo y confortar al elefante, acariciar su cabeza y explicarle que entendía qué se sentía al ser prisionero y, a pesar de eso, seguir amando aún a quien te hacía sufrir, pero no se atrevió.

Fue hasta el establo del segundo elefante, que parecía más grande que el anterior, y estaba medio dormido, con los párpados caídos y los ojos casi cerrados. Siguió andando y se detuvo frente a la mamá elefanta, tumbada en la paja sobre su costado. La cría estaba junto a ella cogiendo una pila de heno con la pequeña trompa. Lilly ahogó un bufido de sorpresa llevándose la mano a la boca. ¡Era mucho más bonita de cerca! Cuando la vio levantó la trompa, el cordón umbilical bailándole en la barriguita.

Lilly sonrió y le tendió la mano esperando que se acercara, pero tenía una cadena alrededor de la pata y no podía avanzar. De repente, la madre se sobresaltó, poniéndose en pie, y brincó a sus pies en un abrir y cerrar de ojos. Lilly retrocedió de un salto con el corazón desbocado.

—¡Eh! —gritó una voz, y al punto un muchacho se dejó caer sobre la paja entre las enormes patazas de la madre.

Era el chico que había visto el primer día con la cría de elefante, el mismo que la había saludado con la mano, y el que quiso correr en su ayuda cuando Merrick se la llevó a rastras del espectáculo de monstruos. El muchacho anduvo a cuatro patas y cuando vio a Lilly abrió los ojos como platos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Lilly sintió el calor ascendiendo por sus mejillas. Pensó en salir corriendo pero estaba fascinada con los elefantes y no quería irse. Antes de que pudiera decidir qué hacer, la cría de elefante volvió a dirigirse a ella. La madre la detuvo con la trompa sin perder de vista a Lilly y tratando de mantener a la cría tras ella. Parecía la misma elefanta a la que habían estado intentando adiestrar antes. El chico

salió de debajo de la madre elefanta y puso la mano en su gigantesca y arrugada pata.

—Tranquila, Pepper. Vuelve atrás.

Pepper retrocedió refunfuñando con un vibrante sonido emergiendo de su garganta. Luego bajó la cabeza y se aseguró de que la cría estaba bien, examinándole las orejas, las patas y la barriguita con su trompa.

—Eso es —dijo el chico—. Quieta, chica. —Acarició la pata de Pepper, y se dirigió hacia Lilly frunciendo el ceño y sacudiéndose la paja de la ropa—. ¿Qué estás haciendo aquí? —volvió a preguntar, esta vez con menos irritación.

Lilly tragó saliva y buscó las palabras apropiadas. ¿La metería en problemas o sería amable con ella? A lo mejor se estaba arrepintiendo de haberla saludado ahora que la había visto de cerca.

—Yo… Yo solo quería ver a los elefantes —dijo.

Él se puso las manos en las caderas.

—Son animales salvajes, lo sabes, ¿no? Pueden ser peligrosos. No puedes venir aquí así porque sí cuando te venga en gana.

—Lo siento —dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

—Espera —la llamó.

Ella se dio la vuelta y, para su sorpresa, vio que él estaba sonriendo.

—Creí que habías venido a ver a los elefantes.

Lilly sonrió débilmente con gran alivio.

—¿Quieres verlos de cerca?

Lilly asintió.

—Vale, venga. Pasa por debajo de las cuerdas.

Así lo hizo, con una ráfaga de estremecimiento, emoción y nervios soplándole en el cuerpo. Una vez dentro, se quedó cerca de la cuerda.

—Esta es Pepper —dijo el chico acariciando la pierna de la elefanta—. Tiene cinco toneladas de puro talento. —Le hizo un gesto a Lilly para que se acercara—. Pepper, aquí hay alguien que quiere conocerte. —Pepper se inclinó hacia Lilly con la cría entre sus piernas y las orejas moviéndose hacia delante y atrás. Luego se

dirigió a Lilly—: Dale la mano.

Lilly le tendió la mano y Pepper la alcanzó con la trompa y acarició el interior de su palma con la naricilla. Lilly apenas podía creer lo que estaba sucediendo. El corazón le latía de emoción. Pepper le olisqueó los dedos como si estuviera intentando averiguar si era de confianza. Luego levantó la trompa, pasó zumbando por la cabeza de Lilly y le bufó en la mejilla. La pequeña rio en un temblor, intentando estarse quieta. Entonces Pepper le agarró el pulgar con la trompa, meneándolo, y Lilly se rio.

—Le gustas —dijo el chico.

Lilly enmudeció, sin dejar de sonreír.

—Adivina cuántos años tiene —dijo él.

—¿Diez? —preguntó Lilly encogiéndose de hombros.

—No, tiene treinta y cuatro.

Pepper soltó el pulgar de Lilly y abrió la boca esbozando algo muy parecido a una sonrisa. La cría salió de entre sus patas y Pepper empezó a balancearse al ritmo de su trompa. El chico animó a la cría a moverse hacia delante y le dijo a Lilly que se acercara. La niña miró a Pepper y dudó, seguía sin estar muy segura.

—No te preocupes —dijo él—. Confían en mí. Mi padre es el jefe de los elefantes, el supervisor de los paquidermos. Sabe herrar, guiar un equipo de diez caballos, montar lonas y hacer de payaso si hace falta, pero sobre todo, cuida de los toros. Les da de comer, les da de beber, cuida que no tengan heridas y enfermedades, y también ayuda al domador y al veterinario.

—¿Paquidermos? —preguntó Lilly enarcando las cejas—. ¿Tu padre cuida de los toros también? No sabía que había vacas en el circo.

—No —estalló en carcajadas—. No esa clase de toros. Me refiero a los elefantes. Los llamamos toros, da igual si son macho o hembra.

—Oh —dijo Lilly. Tenía que pensar sobre eso. Se acercó a la cría y posó suavemente la mano sobre su amplia cabecita. Los pelitos negros de su frente se erizaron como un cepillo de púas. El corazón de Lilly se inundó de asombro y placer, y de un sentimiento

muy parecido a la alegría, también. Le dolían las mejillas de tanto reírse. Jamás habría pensado que tendría la oportunidad de tocar a un elefante auténtico, vivo, real, y mucho menos una cría.

—Este es JoJo —dijo el chico.

La cría enroscó la trompa alrededor del brazo de Lilly atrayéndola hacia sí. Lilly volvió a reir.

—Guau —dijo el chico—. ¡De verdad que le gustas mucho!

Lilly tocó la oreja de JoJo con la mano que tenía libre, impresionada por la calidez y suavidad de aquella piel espesa. El muchacho le frotó las sienes y la frente.

—Les gusta que les acaricien aquí —dijo—. Y en la trompa.

Lilly frotó la trompa de JoJo, todavía enroscada en su brazo, y le acarició entre los ojos.

—Muy bien, JoJo —dijo él—. Ya está bien. Suéltala.

La cría desenroscó la trompa y se acopló bajo su madre frotando las orejas contra las patas de su progenitora. Lilly no podía apartar la mirada.

—Ven —dijo el muchacho—. Te presentaré a los otros.

Se agachó para deslizarse por debajo de las cuerdas e ir a ver el siguiente elefante. Lilly le seguía.

—Esta es Petunia, tiene veinticuatro años. Y esa otra de allí es Flossie, la tía de JoJo. A sus sesenta y tres años es la más vieja del grupo, y la más grande. El señor Barlow dice que es siete centímetros más alta que Jumbo. Y yo soy Cole —sonrió.

—Yo soy Lilly —dijo bajando la mirada y mirándose los zapatos.

—Encantado de conocerte, Lilly. —Arrumbó unas pilas de heno junto a Flossie y le acarició la trompa.

¿Qué estará pensando?, se preguntó. *¿Va a preguntarme por qué soy tan blanca y cómo he acabado en el circo?*

—Bueno y cómo es que… —probó a decir ella—. ¿Qué hacías echado aquí sobre la paja con Pepper y JoJo?

—Me gusta estar con ellos. Me ayuda a pensar mejor. A veces mi padre me deja quedarme a dormir en el vagón de carga con ellos.

—¿Y no te pisan? —preguntó Lilly abriendo los ojos como

platos.

—Qué va, están acostumbrados a mí.

—Qué suerte tienes. —Se deslizó bajo la cuerda para acercarse a Flossie—. Ojalá no…

—¿No qué?

—Ojalá no tuvieran que estar encadenados.

—Lo sé —dijo Cole con un halo de lástima—. Pero papá dice que es por su propio bien. —Se apostó debajo de Flossie para acariciarle la barriga—. Si estuvieran por ahí sueltos y causaran problemas, quién sabe lo que podría pasar. Podrían resultar heridos. La gente a veces no soporta que los animales se comporten como animales todo el tiempo.

Lilly sintió un fulgor de tristeza y frío en el pecho. Mamá decía que los barrotes de la ventana de su habitación eran por su propio bien, también, y Merrick decía que si escapaba, podría acabar herida debido al color de su piel. Y qué culpa tenía ella de ser así. Parece que tenía más cosas en común con los animales del circo que con la gente, y lo cierto es que podía sentir su sufrimiento.

—Puedes venir a ver los elefantes cuando yo esté aquí, si quieres —dijo Cole—. Tú solo cuida de que el señor Barlow y los domadores no te pillen y ya está.

Lilly no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿De verdad?

—Claro, pero no te acerques a los otros animales porque no he estado mucho tiempo con ellos y no me fío mucho de algunos, ¿vale?

Tenía ganas de dar brincos de lo feliz que estaba, y se alegró de que él todavía estuviera ocupado acariciando a Flossie y no se diera cuenta.

—Muchas gracias.

En ese mismo instante, alguien entró en la casa de fieras apartando la cortina de entrada a su paso.

—¡Oye! —gritó un hombre al tiempo que caminaba hacia ella con cara de enfado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Cole se apartó de Flossie, salió por debajo de las cuerdas y se

paró en mitad del pasillo.

—No pasa nada, papá —dijo—. Es mi amiga.

Lilly sintió un extraño revuelo en el estómago. Cole la había llamado su amiga. Y también le había dicho que podía ir a pasar el rato con los elefantes. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

CAPÍTULO 12

JULIA

AL DÍA SIGUIENTE DE ENTRAR AL DESPACHO Y ENCONTRAR el cajón cerrado y la fotografía del anuario del instituto encima del escritorio de su padre, Julia subió a la tercera planta con la esperanza de hallar el acceso al ático. Tenía que averiguar por dónde se estaban colando las ratas antes de que la plaga fuera a peor. Con las llaves de madre colgadas al cinto, corrió por las escaleras como no había hecho desde que era pequeña, cuando solía saltar arriba y abajo intentando ver cuántas veces podía hacerlo antes de que madre la pillara y la regañara por olvidar que la tercera planta estaba totalmente prohibida.

Salvo por la gruesa capa de polvo y las telarañas que colgaban de las molduras superiores y las lámparas del techo, la tercera planta ofrecía el mismo aspecto que la segunda, con una red de pasillos de madera con alfombras, apliques de latón y puertas cerradas. Empezó a caminar por el pasillo principal asomándose a cada una de las habitaciones mudas, sin poder quitarse de encima la sensación de estar en un hotel abandonado. Todas ellas, estrechas y angostas, guardaban la misma línea, con sus dobles ventanas, la cama de caoba, el vestidor de espejo, el edredón cubierto de polvo, y la

lámpara Tiffany roja y blanca en la mesita de noche.

No recordaba haber recibido visitas, y tampoco recordaba haber visto a sus padres en compañía de nadie. La verdad es que desconocía la historia de Blackwood, si había pertenecido a la familia antes de pasar a ser propiedad de sus padres, o la fecha en la que se construyó. De niña no se preocupaba por aquellas cosas. Pero ahora era fácil imaginar la época en la que la mansión acogía banquetes y fiestas en el comedor y el jardín de césped delantero, con parejas bailando y bebiendo antes de subir las escaleras, abrazados, para hacer el amor en aquellas mismas camas, o para discutir, reír y llorar en la intimidad de las habitaciones de la tercera planta. Imaginó amantes encontrándose en secreto, parejas discutiendo, hombres aprovechándose de mujeres, borrachos arrastrados a la cama, mujeres llorando en las sillas junto a las ventanas, hombres jugando a las cartas y fumando. Era muy probable que alguna persona, o más de una, hubiese muerto allí. A lo mejor las ratas no eran las únicas que hacían ruidos por las noches. ¿Y si Blackwood Manor estaba infestado de fantasmas? La idea le produjo un escalofrío.

Apartó los pensamientos morbosos de su mente y caminó hasta el final de cada pasillo buscando la forma de subir al ático. Si había ratas, aquel sería el lugar más idóneo para esconderse. Buscó otra puerta, alguna escalera, pero no halló nada. Examinó los techos en busca de un trampilla. Nada. No tenía sentido. ¿Cómo subían sus padres al ático? Creyendo que habría pasado algo por alto, volvió a echar un vistazo en todas y cada una de las habitaciones.

Entonces, en el dormitorio que había al final del pasillo, se dio cuenta de que había dos armarios en lugar de uno. Se precipitó hasta él pero luego aflojó la marcha. ¿Y si se encontraba con un auténtico nido de ratas en el ático? ¿O un desván lleno de murciélagos? Abrió la primera puerta con una extraña mezcla de miedo y emoción bullendo en su interior. Era un armario vacío excepto por un par de zapatos de cordoneras de hombre. Abrió la segunda puerta lentamente, y la luz de la habitación desveló un espacio estrecho, del tamaño de un cuarto de baño o un vestidor, decorado con

revestimiento de madera y papel pintado de flor de lis, y un desorden de cajas de zapatos y sombreros arrumbadas contra la pared. Abrió la puerta del todo y dejó escapar un chillido.

Había una mujer desnuda y sin cabeza en la esquina, levemente oscurecida por el efecto de las sombras.

Entonces se dio cuenta de su error y se echó a reír llevándose los dedos a la boca. Era un maniquí de modista. Entró en la habitación y tiró de la cadena de una bombilla desnuda que iluminó la habitación con una luz grisácea. A diferencia de los techos de dos metros y medio del resto de la casa, el de aquella pequeña habitación no llegaba a los dos metros. Y si estiraba los brazos a lo ancho podía tocar las paredes de ambos extremos al mismo tiempo. Al fondo, junto al maniquí, había una mesa artesanal con patas y garras de león bajo un tapiz de tela con bordados de una cabaña de piedra rodeada de lirios. La razón por la que a alguien se le ocurrió colgar semejante tapiz en una habitación tan pequeña estaba más allá de su entendimiento. Se llevó las manos a las caderas y echó un vistazo alrededor. ¿Para qué usarían aquella habitación? Hacía más fresco allí que en el resto de la casa pero era difícil saber por qué. Podría tratarse de un reservado o un vestuario. Casi parecía un cuarto secreto, pero un cuarto secreto ¿para qué? Quién sabe.

Cogió uno de los sombrereros y sopló la capa de polvo de la superficie. Estaba a punto de abrirlo cuando oyó que la llamaban abajo. Debía tratarse de Claude o Fletcher pero no podía estar segura a ciencia cierta. Apagó la luz, abandonó la habitación, cerró la puerta y corrió hacia las escaleras.

Se detuvo en el primer escalón, sorprendida de ver a Claude en la casa. Había subido hasta la segunda planta buscándola y tenía el rostro desencajado.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia.

—Perdón por aparecer así, sin avisar —dijo como si le faltara el aire—. He tocado a la puerta pero no respondía nadie.

—Estaba en una de las habitaciones. ¿Qué sucede?

—Tenemos que llamar a Fletcher. Se ha puesto de parto una yegua.

—El teléfono está en la cocina —dijo mientras bajaba las escaleras.

Claude corrió escaleras abajo con Julia detrás de él. Entró en la cocina y se fue directo hacia el teléfono del mostrador junto a la puerta de la despensa. No pudo evitar darse cuenta de que Claude sabía exactamente dónde encontrarlo. Marcó el teléfono y aguardó con la gorra apretada en el puño y la cara enrojecida por el viento.

—Bonnie Blue tiene problemas —comentó sin decir hola ni anunciar de quién se trataba.

Julia respiró agudamente y corrió hacia el vestíbulo a calzarse las botas y ponerse una chaqueta.

—Vale —dijo Claude, y colgó el teléfono. Se puso el sombrero y marchó hacia la puerta.

—¿Va a venir? —preguntó Julia.

—Está a media hora de camino —dijo Claude—. No sé si llegará a tiempo. —Abrió la puerta y se fue.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —preguntó Julia siguiendo los pasos de Claude.

Claude no dijo nada y se limitó a correr por el césped. Julia trató de seguirle el ritmo.

Empezó a nevar.

En el establo, Bonnie Blue yacía sobre la paja con el cuello y los costados mojados por el sudor. Los otros caballos torcían el pescuezo, relinchaban y daban coces contra los pesebres, sintiendo que algo iba mal. Julia se quedó en la entrada de la cabina de Bonnie Blue y vio cómo Claude trataba sin éxito de calmar las convulsiones que recorría las extremidades de la yegua.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó.

—No —dijo Claude. Apartó con su pie la paja que había alrededor y levantó la cola de la yegua. Por allí asomaba una pezuña pequeña atascada, con el aspecto del puño de un niño envuelto en plástico blanco.

—¿Qué le pasa?

—El parto se está alargando demasiado —dijo Claude—. El potro ya debería haber salido y Blue se está debilitando. He tratado de comprobar si el potro está en mala posición, pero no sabría decirlo. Es muy grande.

Julia apenas podía respirar. Si aquella preciosa yegua y su potrillo morían no iba a poder soportarlo. No solo porque Blue y su bebé eran ahora responsabilidad suya y ya sentía una conexión especial con ellos, sino porque los caballos siempre le habían parecido fuertes y majestuosos, como si estuvieran hechos para vivir para siempre. Ver morir a un caballo, una yegua preñada, sería una tragedia de la que no estaba segura si podría recuperarse. Y si esta iba a ser su iniciación al negocio de la granja de caballos de Blackwood Manor, tal vez lo mejor era renunciar ahora que todavía estaba a tiempo.

—¿Puedo entrar?

—Es tu establo —dijo Claude.

Entró en el establo y pisó cuidadosamente para no dañar a Blue. Se puso de rodillas junto a su cabeza.

—Shhh —dijo—. Todo va a salir bien. —Sus dedos la acariciaron con delicadeza. Le apartó el copete de los ojos y acarició su frente lentamente en un intento por distraerla del dolor. Blue movió ligeramente la cabeza en dirección a Julia y relinchó suavemente. A Julia se le congestionaron los ojos y se le hizo un nudo en la garganta. Era como si Blue la hubiera reconocido.

Claude paseaba por el establo de una lado para otro, con los puños apretados, levantando la cola de Blue cada pocos minutos. Julia parpadeó para contener el llanto y siguió acariciando la frente y las orejas de Blue, hablándole dulcemente. De vez en cuando Blue cerraba los ojos y su respiración se volvía casi imperceptible, haciendo que Julia perdiera el aliento.

Al cabo de lo que pareció durar una eternidad, la puerta del establo se abrió pegando un portazo y Fletcher corrió por el pasillo.

—¿Qué pasa? —dijo con la lengua fuera.

—Creo que el potro es demasiado grande. O eso, o algo peor —dijo Claude.

Fletcher entró en el cubículo, se remangó las mangas y se agachó

para tocar la barriga del animal. Luego fue hacia atrás, se puso de rodillas y apartó la cola.

—Una de las patas delanteras del potro está mal colocada. —Tiró de la pezuña y volvió a soltarla con dedos resbaladizos—. Está bien, Blue —dijo con voz tranquilizadora—. Todo va a salir bien. Aguanta un poco más. —Lentamente, metió la mano por la vagina de la yegua, esperó un segundo, y empujó hasta meter prácticamente el codo entero. Blue se puso rígida y gruñó—. Sujeta las patas traseras —le dijo a Claude. Claude se puso en posición y Fletcher miró seriamente a Julia—. ¿Crees que podrías sujetarle la cabeza?

Julia asintió.

—Mete la mano entre las crines y sujeta firmemente su cuello —dijo Fletcher—. Esto va a ser doloroso, y seguramente intente levantarse, pero necesitamos mantenerla tumbada. No te preocupes, no vamos a hacerle daño.

Julia se arrodilló junto al cuello de Blue.

—¿Listos? —preguntó Fletcher.

—Sí —dijo Claude.

Julia asintió de nuevo. Le empezó a sudar la frente.

Fletcher empujó su brazo todavía más hacia el interior y el cuerpo de Blue se retorció emitiendo un gemido de queja y dolor.

—Ya está —susurró Julia sujetándole el cuello con ambas manos —. Te vas a poner bien. Estamos intentando ayudarte.

Fletcher hizo una mueca y avanzó un poco más con su brazo.

—¡Lo tengo! —exclamó tras un instante que pareció larguísimo, tirando lentamente del feto.

Blue se puso rígida y bufó estrepitosamente con las fosas nasales dilatadas. Fletcher fue sacando el brazo poco a poco. Llevaba agarrada la segunda pezuña del potro. De súbito, Blue se quedó sin fuerzas, totalmente exhausta.

—Soltadla —ordenó Fletcher a Julia y a Claude.

Julia levantó las manos y Claude liberó las patas traseras de la yegua. Todavía sujetando la pezuña, Fletcher agarró la primera con la otra mano y tiró hacia atrás.

—¡Vamos, Blue, empuja! —gritó.

El vientre de Blue se contrajo, levantó la cabeza y empujó al tiempo que Fletcher tiraba del potro. Las pezuñas y patas delanteras del potro asomaron hasta las rodillas. Claude rompió la bolsa blanca que las envolvía y la apartó para que Fletcher pudiera tener mejor agarre. Entonces asomó la cabeza del potro y Blue volvió a quedarse floja. Fletcher siguió tirando mientras Claude le limpiaba aquella masa blanca de los ojos y la boca.

—Vamos, Blue —susurró Julia—. Puedes hacerlo.

Blue movió la cabeza, contrajo el estómago y Fletcher pudo finalmente sacar al potro. Fo dejó suelto y Claude le quitó el resto del saco. El potro húmedo yacía en la paja, con los costados palpitando arriba y abajo, la cabeza echada, el cuello fláccido. Era del mismo color negro aceitoso que su madre, pero con las patas perfectamente blancas hasta las rodillitas, como si llevara calcetines. Fe sobresalían las costillas, parecía medio muerto de hambre y no se movía. Julia tragó saliva y se arrodilló sobre la paja, convencida de que el potro se estaba muriendo.

Bonnie Blue y su cría yacían cola con cola, inmóviles, salvo por la rápida respiración entrecortada que azotaba sus cuerpos. A Julia le latía el corazón en el cerebro, como si las venas estuvieran a punto de explotarle. Sentía que no podía respirar, ni hablar, ni moverse. ¿Cómo era posible que aquello estuviera pasando? ¿Cómo podían aquellos hermosos caballos, una madre y su cría recién nacida, estar muriéndose? Y encima, para horror suyo, Claude y Fletcher permanecían impávidos. Si ser la dueña de Blackwood Farm era eso, no quería formar parte de ello.

Fletcher abrió las piernas de la potrilla para comprobar algo.

—Es una potrilla —dijo.

Julia le miró a la espera de recibir malas noticias, sorprendida por el hecho de que Fletcher pudiera ser tan despegado. Era veterinario, estaba entrenado para curar y salvar animales heridos. ¿Qué hacía ahí parado, sin más? Y entonces sucedió algo increíble: la potrilla rodó sobre su barriga y levantó la cabeza, estirando las patitas. Pero incluso si lograba sobrevivir, ¿cómo iba a ser capaz de levantarse con aquellas patas tan delgaduchas y huesudas? Parecía

imposible. La cabeza de la potrilla se tambaleó como la de un anciano en el lecho de muerte echando un último vistazo al mundo. Julia no podía soportarlo. Miró a Blue, que todavía yacía tumbada sobre su costado con los ojos cerrados. *Dios mío, tú también no*. Las lágrimas ardientes empezaron a resbalar por sus mejillas.

Blue levantó la cabeza, rodó sobre la barriga y estiró las patas bajo su cría. La potrilla levantó la cabecita un poquito más, miró a su madre y se movió lentamente y con gran esfuerzo hacia ella. Blue se giró y relinchó. La potrilla se acercó más con mayor fuerza. Julia vio entonces esa mirada en sus ojos, esa misma mirada que tantas veces había visto entre madres e hijas, esa mirada que encendía sus rostros con la luz del afecto, el cariño y el amor incondicional. Sintió que la emoción se instalaba en su pecho.

—Bueno, señorita Blackwood —dijo Fletcher sonriéndole—. ¿Cómo se va a llamar tu nueva potrilla?

Hasta Claude estaba sonriendo.

Julia se llevó una mano a la boca para contener el llanto. Milagrosamente, Blue y su potrilla iban a salir adelante.

CAPÍTULO 13

LILLY

1937

LILLY DESCANSABA EN EL CATRE DEL SOFOCANTE VAGÓN, contemplando la oscuridad y escuchando los murmullos y ronquidos de sueño profundo de las otras mujeres del espectáculo secundario. Estaba echada encima de las sábanas, con el camisón subido hasta los muslos y los largos cabellos arremolinados por encima de la cabeza sobre la almohada. El tren había parado hacía unas horas y ya llevaba el suficiente tiempo en el circo como para saber que el olor a beicon, huevos, patatas fritas y café significaba que el escuadrón volador —la primera sección del tren que llegaba a la ciudad— ya había montado la carpa de la cocina y los peones ya estaban también dedicándose a sus menesteres. El padre de Cole —su nombre era Hank— y el resto de trabajadores de la casa de fieras estaban dando heno y pienso a los animales, y los cocineros estaban preparándose para servir la primera comida del día —a base de carne, verduras, harina, leche, azúcar y mantequilla traídos a primera hora de la mañana— a los cientos de trabajadores y artistas empleados por el Circo de los Hermanos Barlow, el Espectáculo

más Asombroso de la Tierra.

A pesar de que el interior del coche cama era como estar dentro de un horno y su colchón de pelo de caballo estaba lleno de bultos, se sentía profundamente agradecida por ambas cosas. Llevaba cuatro años compartiendo aquel vagón con las otras mujeres, todo gracias a Glory, porque cuando Lilly cumplió los doce años, Glory puso a Merrick contra la espada y la pared: o la dejaba mudarse o le abandonaba. Lilly sabía que lo hacía para protegerla pero jamás pensó que funcionaría. Al principio Glory trató de convencer a Merrick de que se trataba de una cuestión de intimidad, pero a aquellas alturas, Lilly ya llevaba dos años escuchándolos en la habitación, hablando, discutiendo y riendo. La primera vez que los oyó tener relaciones sexuales se tapó con la almohada y se echó a llorar porque creía que Merrick le estaba haciendo algo malo a Glory y ella estaba demasiado aterrorizada como para hacer algo al respecto. Pero luego ella salió del dormitorio a la mañana siguiente y al ver la cara de preocupación que tenía Lilly, le dijo que habían estado jugando a una cosa, asegurándole que se encontraba totalmente bien. Y un día Lilly los pilló desnudos y Glory le dio «la charla» de los pájaros y las abejas. A partir de aquel día Lilly se tapó con la almohada cada noche, por si acaso. Así que cuando Glory trasladó a Merrick su preocupación por si Lilly los pillaba haciendo algo «inapropiado» él se partió de la risa, claro. Ya era demasiado tarde para eso.

Pero cuando Glory hizo las maletas y se plantó en la puerta con lágrimas en los ojos, Merrick sorprendió a todo el mundo al dejar que Lilly se mudase. Todavía seguía sin perderla de vista —amenazándola con mandarla lejos si la cagaba, tratándola como una posesión en lugar de como a una persona— pero por lo menos ya no era la víctima regular de sus maltratos físicos.

Cuando vivía con él, la más mínima falta o palabra equivocada eran motivo suficiente como para sacarle de sus casillas y ponerse a pegarle bofetadas y, a veces, también puñetazos. Lilly intentó convencer a Glory para que le dejara y huyeran juntas, pero por alguna razón, ella siempre se negaba. La mitad del circo decía que

Glory estaba con Merrick porque creía que podía cambiarle; la otra mitad decía que era porque había salvado a su hermano Viktor de pasar toda una vida en el asilo.

Después de mudarse, Lilly le preguntaba a Glory casi todos los días si se encontraba bien. A veces Glory parecía feliz y se comportaba como tal, y otras veces parecía triste y distante, y cuando eso sucedía, llevaba más maquillaje del habitual, o se peinaba de un modo distinto para ocultar los moratones. Lilly acabó dándose cuenta de que Glory amaba a Merrick a pesar del modo en que la trataba. Y desafortunadamente, Lilly sabía lo que era amar a quien abusaba de ti. Incluso después de todo lo que papá y mamá le habían hecho, saber que nunca habían correspondido al amor que ella les tenía todavía le partía el corazón.

La gente no tardaría en levantarse y el resto de artistas del vagón —Dolly la Gorda más Bella del Mundo, CeeCee la Encantadora de Serpientes, Hester la Mujer Mono y Penelope la Enana Cantarína — estarían saltando de la cama y preguntándose la una a la otra en qué ciudad estaban. Después de todo, no era fácil de recordar, considerando que el Circo de los Hermanos Barlow hacía veinticinco mil kilómetros y ciento cincuenta espectáculos cada temporada.

Lilly estaba segura de dos cosas. Que estaban en algún lugar de Pensilvania y que cuando Merrick volviera de explorar nuevos lugares, iría a pedirle cuentas. Incluso ahora, que ya llevaba seis años con él y era una de sus estrellas principales, se quedaba con todo el dinero que ganaba gracias a ella. Era su jefe y tutor legal, y tres comidas al día y un lugar donde dormir era todo lo que le debía. Le había pedido mil veces que le pagara como al resto de artistas, pero él siempre le recordaba que podía deshacerse de ella con la misma facilidad con la que la había adquirido.

Cuando se enterase de que había mandado a paseo a una fila entera de lugareños —o paletos, como ahora los llamaba— se la iba a armar buena. Y eso es algo que no podías hacer. No podías

meterte entre él y la recaudación, especialmente cuando eras uno de sus números principales —la Médium Albina— ni podías romper la regla de oro: «El espectáculo debe continuar».

A Merrick se le ocurrió la idea de La Médium Albina después de convencer al señor Barlow de que los paletos estaban más interesados en Dina la Media Chica Viviente y Mabel la Mujer de Cuatro Patas que en la Pequeña Princesa de Hielo de Otro Planeta. Y a Alana le gustó tanto el concepto que quiso ayudar con el número y persuadió al señor Barlow para que diera a Lilly su propia tienda.

Al principio Lilly pensó que ser la Médium Albina sería mejor que estar en el espectáculo de monstruos, donde los paletos se quedaban mirándola, la molestaban y la escupían, los críos gritaban de miedo, y las ancianitas intentaban darle bastonazos. Pequeños y adultos le tiraban palomitas, cacahuetes y manzanas de caramelo a medio comer, riéndose al ver cómo trataba de esquivar los proyectiles, estallando en carcajadas cuando lograban darle. Y cuando Merrick la ponía en la entrada para encandilar a los paletos y convencerlos de que entraran al espectáculo, las mujeres le tocaban la cara, los borrachos le tocaban las tetas y los adolescentes le tiraban del pelo. Más de uno intentó arrancárselo.

Pero después de estar unas semanas haciendo de médium llegó a odiar el hecho de que la gente de veras se creía que tenía poderes, y se sentía muy mal al ver cómo los paletos se dejaban el dinero ganado con el sudor de su frente con la esperanza de saber algo de un familiar fallecido, hablar con los muertos, establecer comunicación con el más allá. Algunas personas estaban tan desesperadas que pagaban con joyas o lo que parecía ser el último dólar que les quedaba. Sí, había muchos números falsos en el espectáculos secundario —el Bebé Demonio, la Sirena Fee Gee, la Mujer con Dos Cabezas— pero eso no la hacía sentir mejor. Ver un día tras otro aquellos incontables rostros apenados, todos ellos mirándola con esperanza y entusiasmo, rezando por saber algo de sus muertos, madres, padres, amantes, hijos era demasiado para ella.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que el primer paleto

despistado había venido a la tienda de la Médium Albina para preguntarle por algún ser querido fallecido? ¿Dos años? ¿Tres? Parecía que habían pasado cien años. Pensar en ello, en aquel momento, mientras yacía en el catre, a solas con sus pensamientos, le produjo una intensa angustia en el corazón. Luchó contra aquel sentimiento hasta desbancarlo. En la vida era mejor no sentir nada.

Y aun así. Aun así… Ella no era insensible. Se sentía como uno de aquellos leones o elefantes, un animal enjaulado obligado a actuar. Solía realizar su número coincidiendo con el horario del espectáculo secundario, pero la fila era cada vez más larga, y algunos paletos preferían perderse parte del espectáculo principal con tal de verla, así que ahora tenía la tienda abierta todo el día, desde la apertura de puertas hasta que echaban el último telón, con dos breves intermedios para descansar y comer. Y al final de la larga jornada de trabajo y con las emociones gastadas, lo único que la hacía sentir mejor era pasar el rato en la casa de fieras.

Si le hubieran dado a elegir, habría preferido ponerse a las órdenes de Hank y cuidar a los elefantes, barriendo los establos, llenando los cubos con agua y pienso, haciéndoles carantoñas y acariciándoles la trompa —tal vez la única muestra de cariño que podían encontrar en el circo—. Los domadores y artistas se jactaban de amar a los animales, pero tan pronto como acababa el espectáculo los llevaban de vuelta a sus establos y jaulas y se olvidaban de ellos hasta la próxima función. A los animales no les faltaba comida y refugio, eso sí, y tenían a un veterinario que cuidaba todo el tiempo de que no estuvieran enfermos o heridos, pero Lilly y Cole eran los únicos que les hablaban, jugaban con ellos y les daban una buena dosis de caricias extra. Y lo hacían todas las noches.

La noche anterior, en la casa de fieras, cuando le dijo a Cole que había echado a los paletos de la fila, él le rogó que se escondiera en su vagón hasta que a Merrick se le pasara el cabreo, pero ella se negó. No era justo que se implicara. Era su mejor amigo y todos lo sabían y aceptaban, tal vez porque eran tan solo unos niños la primera vez que se conocieron, pero eso significaba que si Merrick no la encontraba en su vagón, el primer lugar al que iría a buscarla

sería el vagón de Cole. Ahora tenía miedo y casi se arrepentía de haber rechazado la oferta de su amigo, pero al menos le habría tenido a él para protegerla.

Parte de ella esperaba que nadie le fuera con el cuento a Cole, pero no era tan ingenua. Si alguien se atreviera a ocultarle aquella información se la cargaría. Y luego estaba Viktor, cuya lealtad a Merrick era inquebrantable, por muy mal que tratase a su hermana Glory. Durante todos aquellos años todo el mundo le había advertido de no difamar a Merrick delante de Viktor ni hacer nada que pudiera afectar a su amo. Se preguntó si Viktor sería el primero en contarle a Merrick lo que había hecho. Las otras mujeres dijeron que no podían culparla por cerrar la tienda, pero ellas no eran Merrick. A él no le iba a dar igual.

Ahora que lo pensaba, apenas podía creer lo que había pasado. Para engañar a los paletos que aguardaban en la cola para verla, Alana iba con una libreta donde escribía el nombre del ser querido fallecido con el que deseaban hablar, bajo la apariencia de una garantía de devolución de dinero. Solo lo hacía con unos cuantos cada vez, porque la zona de espera junto a la tienda de la Médium Albina solo tenía espacio para diez personas. Pero sin que los paletos lo supieran, Alana escribía los nombres dos veces, una en la libreta y otra en un trozo de papel que se escondía en el bolsillo. Y si el paleto estaba marcado —un paleto marcado era aquel que tenía la billetera bien gorda y a quien el vendedor de boletos señalaba dándole una amistosa palmada en la espalda que le dejaba una marca de tiza—, quedaba anotada en el papel también para que Lilly se lo trabajara en mayor profundidad y consiguiera un cargo extra por un servicio especial. Tras escoltar a diez paletos hasta el área de espera de la tienda, Alana transfería la lista a Merrick, quien a su vez le pasaba los nombres a Lilly, uno por uno. A veces, cuando Merrick no estaba, León, el anciano que la había encontrado encerrada en la jaula de animales años atrás, ocupaba su puesto.

El interior de la tienda de la Médium Albina estaba decorado con cortinas rojas y negras, cuentas brillantes, espejos y pañuelos oscuros. La única luz procedía de tres velas encendidas sobre sus

candelabros plateados. Había una mesa antigua en el centro con dos sillas a cada lado —un elaborado trono labrado para Lilly—, y una silla con respaldo de mimbre para el paleto de tumo. Pierre —un enano que solía trabajar como payaso hasta que se rompió la pelvis durante el número del «bebé en un edificio ardiendo»— se escondía dentro del armario con puertas corredizas para hacer palmas, silbar o tocar la harmónica o la pandereta sin ser visto. A veces salía de su escondite para tocar a los paletos con guantes de lana, producir un efecto de luz resplandeciente o de objeto en movimiento en la oscuridad, ondeando un pañuelo atado al extremo de un palo y cosas así. Otras veces, el «bebé espíritu» —un fantasma de peluche escondido debajo de la superficie de la mesa y adherido a un palo que Lilly accionaba con el pie— respondía desde el inframundo cuando era convocado. Y cuando Lilly miraba la bola de cristal que había en el centro de la mesa y le pedía al espíritu que hiciera sonar una campana, Pierre hacía sonar una campanilla desde el interior del armario.

Era una buena trampa y la creencia de que la Médium Albina era auténtica corría como la pólvora. Pero cada vez que Pierre hacía sonar la campana o tocaba la pandereta, cada vez que Lilly transmitía un mensaje del más allá y las expresiones faciales de duelo de la persona cambiaban pasando de la tristeza al asombro, de la duda a la gratitud, se le clavaba un horrible sentimiento de culpa en la garganta. Era mentira, todo era mentira. Y ver el rostro manchado de lágrimas de los paletos le rompía el corazón.

Ya era tarde cuando el día anterior acudió a su tienda un tipo que actuaba raro, con las manos metidas en los bolsillos, una bufanda de lana tapándole la boca y el sombrero enfundado hasta las cejas. Al principio, Lilly pensó que llevar bufanda en verano era un poco extraño pero luego recordó haber hecho sesiones espiritistas con sujetos más bizarros, como aquella mujer en bañador, la anciana con ropas de gitana o aquella que se presentó con un disfraz de gallina. Había visto a muchos hombres con falda, pequeñajos con orejas de gato, y muchachos con pendientes en las orejas. Ya nada podía sorprenderle.

Hizo un gesto al hombre para que se sentara y pensó en lo poco que la bufanda servía para esconder el aliento a alcohol que destilaba su respiración. Luego, como un animal bien entrenado, empezó la perorata en voz baja.

—Hola. Bienvenido. Antes de empezar, déjeme contarle un poco sobre mí. He estado comunicándome con los muertos desde los cuatro años, hasta que me di cuenta de que necesitaba compartir mi don. Los mensajes del más allá pueden llegar en forma de música, voces u otros sonidos. Lo que me gustaría que hiciera es que cerrara los ojos y pensara en la persona de la que le gustaría saber. Entretanto, intentaré conectar con el mundo espiritual, y luego le haré algunas preguntas, que deberá contestar con sí o no. ¿Está listo para empezar?

El hombre se quedó mirándola sin decir nada. La luz de las velas titiló en sus ojos inyectados en sangre.

—¿Hay alguna persona en especial de la que le gustaría saber hoy? —preguntó.

—Sí —murmuró el hombre moviéndose en su silla.

—Bien —dijo—. Por favor, piense en esa persona mientras yo me concentro…

—Estoy buscando a mi hija.

A Lilly se le encendieron las alarmas. León le había dicho que el siguiente nombre de la lista era Barbara, la esposa muerta del paleto. Su mente trató de urdir un nuevo plan. Si lo había entendido mal o León había mezclado los nombres se iba a armar un follón de los grandes.

—Entiendo —dijo—. Siento su pérdida. Quizá podríamos empezar por…

—No está muerta.

Lilly frunció el ceño, confundida.

—Bien —dijo—. Um… Entiende que yo estoy aquí para contactar con los seres queridos fallecidos, ¿verdad? ¿Está seguro de que esta es la tienda la que quería entrar?

—Estoy en la tienda que tengo que estar —asintió—. El nombre de mi hija es Lilly.

Lilly se quedó sin respiración. ¿Qué demonios estaba pasando? Estudió los ojos de aquel hombre tratando de mantener la calma. Él le sostuvo la mirada. Abrió la boca con la intención de preguntarle quién era y qué quería pero luego se dijo a sí misma que había cientos de chicas en el mundo llamadas Lilly.

—Ya veo —dijo—. ¿Está perdida? ¿Se escapó de casa?

El hombre negó con la cabeza.

—He venido aquí a decirle que lo siento. No tenía ni idea de lo que su madre iba a hacer.

Lilly dio un respingo. No. No *puede ser*.

—Por favor —dijo repentinamente aturdida—. Cierre los ojos y trataré de…

—Quiero que sepa que me alegra que por lo menos saliera ahí fuera y espero que sea feliz.

Lilly se apoyó en el respaldo con el corazón a punto de explotarle. No sabía qué decir. Debía ser una coincidencia. Tenía que serlo. Entonces el hombre se quitó la bufanda y Lilly se levantó de la silla de un salto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gritó.

Su padre se puso en pie y caminó hacia ella. Su rostro se perfilaba delgado y pálido a la luz de las velas.

—He venido a verte.

Durante un breve segundo, llegó a preguntarse si acaso se trataba de un fantasma. Tal vez murió realmente después de que mamá la sacara del ático. Tal vez mamá había dicho la verdad cuando dijo que tenía un pie en la tumba. Se apartó de él, sobrecogida, retrocediendo hasta chocar contra la pared de la tienda.

—¿Qué quieres?

—Quiero que sepas que lo siento, y que todavía te quiero.

Lilly se llevó el puño al estómago agitado.

—Te estuve esperando. Pensé que vendrías a buscarme.

—Lo sé —dijo él bajando la cabeza y con la mirada seria—. Y no te culpo si me odias. Pero lo hice lo mejor que pude.

—¿Intentaste encontrarme? —preguntó Lilly con lágrimas en los ojos.

Él negó con la cabeza.

—Tu madre no me habría permitido volver a llevarte a casa.

Lilly se agarró la falda con los puños e hizo un esfuerzo por mantener la voz firme.

—¿Cómo pudiste escucharla después de lo que me hizo?

Apretó los labios sin dejar de mirarla pero no dijo nada.

—Eras mi padre. Se suponía que tenías que protegerme.

—Lo sé, y lo siento. Tu madre me obligó a…

Lilly no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué clase de padre permite que su esposa encierre a su hija y la venda al circo?

—¿Que te obligó a qué? —dijo con voz furiosa—. ¿Elegirla a ella por encima de mí?

—¿Qué pasa? ¿Estás bien, Lilly? —preguntó Pierre saliendo de la parte trasera del armario.

Lilly se secó las lágrimas, confusa, furiosa y disgustada consigo misma por haber llorando. Su padre no merecía saber la forma en la que todo aquello le estaba afectando.

—Sí, estoy bien.

—Creo que debería marcharse, señor —dijo Pierre con voz firme.

—Solo quiero hablar con ella —dijo su padre—. Quiero explicarle…

—No —interrumpió Lilly—. No vas a explicarme nada. Ya tuviste tu oportunidad. Pasan seis años, ¿y vienes *ahora* a buscarme? ¿Para qué? ¿Para limpiar tu conciencia? Ya es demasiado tarde para eso. —Señaló la salida con su dedo—. Tiene razón, debes marcharte. Ya no te necesito.

—Lilly, por favor. Yo…

—¡Fuera! —gritó Lilly.

Él se quedó todavía unos instantes escrutando su rostro con tristeza y luego bajó los hombros y salió de la tienda. Nada más marcharse, Lilly cayó sobre sus rodillas y enterró el rostro entre las manos, manos retorciéndose en convulsiones.

—¿Estás bien? —preguntó Pierre poniéndole la mano en el hombro.

Ella sacudió la cabeza.

—Cierra.

—¿Qué?

—Que se acabó la función. No puedo ver a nadie más por hoy.

—¿Estás segura? A Merrick le va a dar algo. Quién sabe de lo que es capaz.

—No me importa lo que haga —dijo ella con las sienes palpitándole y la cara cubierta de sudor y lágrimas—. Sea lo que sea, no creo que duela más que esto.

Y ahí estaba ahora, tumbada en el catre, esperando a ver lo que haría Merrick cuando se enterase de que había cerrado el chiringuito a mitad de función con una fila de paletos aguardando para verla, y que los había echado a todos, desde el primero hasta el último. Pierre tenía razón; a saber por dónde podría salir Merrick. Trató de mantener la calma contando los listones del techo. Uno, dos, tres, cuatro. No fue de mucha ayuda.

Se puso de lado intentando decidir si debía contarle lo que había pasado a Merrick antes de que lo hiciera cualquier otro. Tal vez si se lo explicaba lo entendiera. A lo mejor hasta se alegraba cuando le dijera que había echado a su padre. Después de todo, comprar un niño a una madre no podía ser legal. Podía mentir y decirle que su padre quería saber quién era y llamar a la policía. La puerta del vagón se abrió bruscamente golpeando contra la pared. Las otras mujeres se asustaron y se sentaron en la cama.

—¡Todo el mundo fuera! —bramó Merrick.

Las mujeres se columpiaron sobre sus piernas en los catres, se pusieron sus respectivas batas por encima de los camisones y metieron los pies en las pantuflas. Con los rulos en el pelo, Dolly la Gorda más Bella del Mundo empezó a impulsarse arriba y abajo intentando levantarse. Hester acudió en su ayuda agarrándola del brazo. Lilly se bajó del catre, se puso el albornoz, ayudó a Hester con Dolly y siguió a las mujeres hacia la salida.

—Tú no —le dijo apuntándole con la fusta.

Lilly se detuvo con el estómago encogido.

—Lo siento. Apareció mi padre y… No fui capaz de recobrar la compostura.

Las mujeres salieron del vagón y se quedaron todavía en el umbral con gesto de miedo y preocupación.

—Tu padre está muerto —dijo Merrick mirándole fijamente.

—No. —Negó con la cabeza—. Mi madre no dijo la verdad. Ha venido a buscarme. Quería saber quién eras y ha dicho que iba a llamar a la policía.

—No te creo. Si es cierto que ha venido a buscarte, ¿dónde está? ¿Por qué sigues aquí?

—Le dije que quería quedarme y se marchó —dijo Lilly temblando de miedo.

—Por supuesto. Él tampoco te quiere. —Cerró de un portazo y caminó hacia ella con el rostro rojo de ira—. Pero me importa una mierda quien venga. ¡Como si viene el papa de Roma a la tienda! ¡No se echa a los clientes que pagan por verte!

—Lo siento. No volverá a suceder. Lo prometo.

Merrick se detuvo y por un instante ella creyó que solo quería asustarla, pero luego le pegó con la fusta en el brazo desnudo, quemándole la carne y el músculo, tal que si le hubieran pegado con un atizador de hierro al rojo vivo. Le salió un moratón rojo en mitad de la piel blanca, como una mancha de sangre fresca. Se llevó la mano a la herida y apretó los dientes con la firme determinación de no llorar. Él volvió a levantar la fusta y Lilly corrió hacia el otro extremo del vagón, pero Merrick le dio alcance.

Atrapada y sin escapatoria, se giró hacia él y gritó:

—¡Vamos, pégame todo lo que quieras! No vas a matarme, ¿verdad? ¡Tú jamás matarías a la gallina de los huevos de oro!

Él se detuvo durante unos instantes, como si estuviera considerando lo que acababa de decir, pero luego levantó la fusta, apretó los dientes y le pegó una y otra vez, y cada golpe era más fuerte que el anterior. Lilly se encogió en posición fetal tratando de protegerse, pero no sirvió de mucho. La fusta la atizaba por las manos, los brazos y los hombros, como una brasa ardiente sobre la

piel. En algún lugar de su mente agradeció haberse puesto el albornoz porque de no haberlo hecho, aquel camisón sin mangas la habría convertido en una diana mucho más vulnerable. Entonces se abrió la puerta del vagón y Merrick se giró con gran sobresalto, como si se hubiera abierto movida por el efecto de una fuerza sobrenatural. Puso los ojos como platos y se quedó con la boca abierta. Lilly levantó la vista para ver qué estaba pasando. Viktor cogió a Merrick y lo levantó en el aire haciendo que su cabeza casi rozara el techo.

—¿Qué coño estás haciendo? —rugió Merrick luchando por deshacerse de él.

Detrás de Viktor se encontraban Glory y el señor Barlow, escoltado por sus gorilas y con el rostro desencajado por la rabia y el miedo.

—Si le dejas marcas o la dejas tullida, ¿para qué nos sirve? No podríamos ni usarla en el espectáculo de chochitos. —Le hizo una señal a Viktor para que le soltara. Viktor obedeció.

Merrick se estiró la camisa y lanzó a Viktor una mirada de acero.

—¿Qué? ¿Ahora estás de su parte?

—Lo siento, jefe —dijo Viktor—. Glory dijo que tenías problemas.

—Puedo arreglármelas solo —dijo Merrick atusándose el cabello —. Además, Lilly trabaja para mí, ¿recuerdas?

—En mi tienda, en mi circo —dijo el señor Barlow—. Come mi comida, duerme en mi tren. Yo diría que es más propiedad mía que tuya.

Merrick lo fulminó con la mirada. Respiraba estrepitosamente y tenía la mandíbula contraída. Por primera vez, parecía haberse quedado mudo. Miró a Lilly de reojo como si estuviera tratando de decidir si seguía pegándole o no.

—¡La próxima vez que eches a otro paleto te vas a trabajar ahí *detrás*, al espectáculo de chochitos! —Y salió echando chispas del vagón, maldiciendo entre dientes.

Viktor, el señor Barlow y sus gorilas también se fueron.

Lilly se desplomó en la esquina con los hombros y la espalda

doloridos. Sentía como si la fusta le hubiera abierto la piel.

Glory la ayudó a incorporarse.

—Ese maldito hijo de puta —dijo—. En cuanto me he enterado de que venía para acá se lo he dicho a Viktor. Nunca he visto a Merrick tan cabreado. El señor Barlow nos ha visto correr y se ha venido también.

Lilly se apartó el pelo de la cara.

—¿Quién te ha dicho lo que ha pasado?

—No sé —dijo Glory encogiéndose de hombros.

En aquel momento entró Cole y corrió hacia Lilly.

—¿Estás bien? —la envolvió con un brazo y la ayudó a sentarse en el catre más cercano.

—Sí.

—La llevaré a la casa de fieras —le dijo a Glory—. Allí tenemos ungüento para las heridas.

Glory asintió y ayudó a Lilly a volver a ponerse en pie. Juntos, ella y Cole, la condujeron hasta la puerta. Cole bajó de un saltó y la ayudó a bajar, pero en lugar de dejarla sobre el suelo la cogió en brazos. Lilly le rodeó por el cuello y dejó descansar la cabeza sobre su pecho, oyendo cómo los latidos de su corazón palpitaban con fuerza contra su oreja. Cruzaron el lote pasando por delante de Petunia y Flossie, dejando atrás a los trabajadores y jornaleros levantando lonas, ensamblando *stands*, intentando asegurar las estacas de las tiendas. Algunos se paraban para ver a Cole y Lilly pasar, probablemente preguntándose si estaba borracha o muerta.

Tras hartarse de mirar volvían a lo suyo sin mediar palabra. Habían visto muchas cosas raras en el circo, y sabían mejor que nadie que lo mejor era no meter las narices en los asuntos de los artistas.

En la casa de fieras, Cole tumbó a Lilly sobre una manta limpia dentro del establo de Pepper y fue a por el ungüento. Pepper bajó la trompa y husmeó el cuerpo de la chica como si estuviera tratando de averiguar qué era lo que andaba mal. Emitió un débil lamento, casi se podría decir que la elefanta lloró. JoJo estaba en el establo de al lado porque ya había crecido tanto que no podía compartir espacio

con su madre. Sacó la trompa por delante de su pesebre y olisqueó el aire.

Lilly se sentó y acarició la trompa de Pepper.

—Estaré bien —dijo—. No te preocupes.

Cole regresó con el ungüento y se arrodilló junto a ella. Ella se bajó el albornoz descubriéndose los hombros y se sacó las mangas. Él le embadurnó los moratones rojos lenta y cuidadosamente. Lilly apretó los dientes intentando no llorar.

—Por lo menos no te ha abierto la piel —dijo Cole examinándole las heridas del cuello y la cara.

Lilly se acordó de que iba desnuda bajo el camisón y el rubor le atizó las mejillas. Pensó en cómo la había llevado en brazos por el camino y se preguntó si sus tetas habían estado agitándose contra su pecho. Cole se puso detrás de ella para untarle el ungüento por los hombros y la espalda, desatándole los lazos y metiendo los dedos por dentro de camisón.

—Oye, oye —dijo Lilly apartándose.

—¿Qué? —preguntó él.

—Que… Que no llevo nada…

—Estoy buscándote las heridas, no intentando verte el culo. Somos prácticamente hermanos, por Dios santo.

Lilly suspiró y le dejó mirar. Le ardían las mejillas solo de pensar que podía estar mirando más abajo de lo preciso. No era solo pensar que pudiera verle el trasero, sino habérselo comentado lo que la hacía sentirse una auténtica idiota. Él le apartó el camisón y le aplicó el ungüento. A pesar del dolor y la vergüenza, el tacto cálido de sus manos contra su espalda era agradable.

—Creo que ya está —dijo—, a menos que sientas dolor en algún sitio más que se me haya podido escapar.

Ella sacudió la cabeza, se subió el albornoz y metió los brazos en las mangas. El ungüento se pegó a la tela pero daba igual. No quería quedarse allí medio desnuda más tiempo del necesario.

—Gracias —dijo—. Ya me siento mejor.

Cole tapó el ungüento y se limpió las manos en la manta.

—De nada, pero ojalá te hubieras quedado anoche en mi vagón,

así Merrick no habría tenido la más mínima posibilidad de ponerle la mano encima.

—Lo sé —dijo ella—. Tienes razón.

—Claro que tengo razón —sonrió débilmente—. Yo siempre tengo razón. En caso de que todavía no te hayas dado cuenta, soy la persona más lista que conoces.

Ella sonrió. Él siempre sabía cómo hacerla reír.

—¿Qué crees que pasará ahora? —Cole se puso serio esta vez.

—Las aguas volverán a su cauce y todo volverá a ser como antes —dijo Lilly encogiéndose de hombros—. Merrick jamás cerraría su mayor atracción.

—Sí, ya, pero tenemos que hallar la forma de librarte de ese cabrón.

—Buena idea —dijo ella—. Y como eres la persona más lista que conozco, ¿por qué no tramas un plan? —Estaba intentando hacer un chiste pero Cole la contemplaba sumamente serio y pensativo.

CAPÍTULO 14

JULIA

AL DÍA SIGUIENTE DE QUE BONNIE BLUE ALUMBRARA AL NUEVO potro, Julia se despertó con un propósito. Abrió los ojos pero permaneció echada, inmóvil, intentando averiguar qué era lo que la había sacado del sueño profundo. Por un instante, creyó hallarse todavía en su habitación de la licorería. Luego reconoció las cortinas rojas bordadas y los parteluces de Blackwood Manor y recordó que estaba en casa. Había estado soñando con ratas, habitaciones secretas y mujeres sin cabeza. Pero la había despertado otra cosa.

Ahí fuera, el mundo amanecía gris, y el aire de la habitación se sentía frío en su cara. Estudió la luz de la madrugada y trató de adivinar qué era lo que había de diferente en ella. A través de las ventanas, las tres ramas de costumbre ofrecían un aspecto brumoso y la casa parecía más silenciosa de lo normal. Demasiado. Entonces se dio cuenta de que la caldera no estaba encendida. Tenía las puntas de los dedos de las manos y los pies helados, y la punta de la nariz también. Podía ver el vaho de su propia respiración. Se incorporó de inmediato para subirse las mantas hasta el cuello. La habitación estaba congelada.

Saltó de la cama, se puso el nórdico alrededor de los hombros y se acercó a la ventana. El suelo parecía de cubitos de hielo bajo sus pies. Una gruesa capa de hielo cubría el cristal de la ventana ofreciendo una vista borrosa —árboles y edificios como manchas chisporroteadas sobre un manto blanco.

Todavía tiritando, tiró el edredón sobre la cama, se vistió a toda prisa y corrió por el pasillo oscuro. La casa parecía una congelador. Accionó un interruptor. No ocurrió nada.

—Mierda —dijo.

Se había ido la luz, por eso no funcionaba la caldera. Escrutando a duras penas el camino en medio de la semioscuridad, llegó al salón y encendió un fuego en la chimenea. En la cocina, prendió los fogones de la estufa de leña, abrió la puerta trasera y miró hacia el establo.

Una gruesa capa de hielo se había incrustado en el paisaje cubriéndolo todo —la nieve tapaba la grama, los árboles, las vallas, los postes de teléfono y sus cables, el establo y los edificios aledaños —. Las ramas rotas y astilladas manchaban el manto de nieve a lo largo del jardín y los cables eléctricos oscilaban como movidos por una corriente eléctrica. En los bosques que cruzaban los campos, las ramas de los árboles chasqueaban rompiéndose contra el suelo, como si un centenar de cazadores se hubieran puesto a disparar sus armas aleatoriamente. Julia nunca había visto ni oído nada igual. Anduvo unos pasos más para echar un vistazo por los alrededores y el parral del puente de la pasarela de entrada se quebró cayendo a sus pies, sonando como el hielo.

Julia se quedó sin aliento. Volvió sobre sus pasos, fue a la cocina y probó a llamar por teléfono. La línea estaba cortada. ¿Qué debía hacer? ¿Y los caballos? ¿Estaban bien? ¿Aparecería Claude para hacerse cargo de ellos? La mayoría de los caballos podía pasar sin comida y agua durante varias horas, pero ¿y Blue y su cría? ¿Podrían aguantar con este frío?

Fue al salón, se sentó en el sofá frente al fuego, se pasó la manta de croché sobre los hombros y trató de pensar. Si Claude y Fletcher no aparecían en las próximas horas tendría que ir al establo ella. No

había otra opción. No podía abandonar los caballos a su suerte, especialmente a Blue y su potrilla, a quien había bautizado como Samantha Blue. Ahora eran responsabilidad suya y si les pasaba cualquier cosa jamás podría perdonárselo.

Sin poder dejar de temblar y sin estar muy segura de si era por los nervios o el frío, fue escaleras arriba y se puso otro suéter más, bajó a la cocina, preparó unos huevos y té, y se sentó a la mesa a comérselos, con la manta de croché sobre los hombros. Después se acurrucó en el sofá y aguardó, comprobando la hora cada diez minutos, asomándose a la puerta del vestíbulo para ver si veía la camioneta de Claude aparcada a la entrada del establo, pero nada, que no aparecía.

A mediodía, el chasquido de las ramas ya había disminuido, pero ni Claude ni Fletcher habían dado señales de vida para comprobar que los caballos estaban bien. Encontró una linterna en un cajón de la cocina y subió al dormitorio de sus padres para buscar ropa de abrigo. Con suerte encontraría un par de pantalones de franela de su padre y el grueso abrigo que usaba para ir al establo, a no ser que madre se hubiera deshecho de ellos.

El dormitorio de sus padres estaba en la lista de habitaciones a las que no se le permitía entrar cuando era pequeña, así que solo lo había visto dos veces: una cuando les tocó llorando a la puerta porque se encontraba enferma, y otra noche en mitad de una gran tormenta de truenos que hizo retumbar la casa entera. En ambas ocasiones, madre la había escoltado de vuelta a su dormitorio, negándose a dejarla entrar en la suya. Y ahora no podía evitar preguntarse por qué.

Después de dos intentos, por fin dio con la llave apropiada, abrió la cerradura y entró en el dormitorio. Tenía la misma pinta que el resto de habitaciones de Blackwood Manor: la cama, los vestidores, el armario de caoba tallado con hojas, guirnaldas de flores y cabezas de león; los postes de la cama con dosel eran tan grandes como árboles, con pináculos de mármol y columnas aflautadas; las lámparas brocadas con flecos de borlas en las mesillas de noche, pinturas religiosas y crucifijos adornando las paredes. Julia se acordó

de aquella noche de tormenta: madre le abrió la puerta y la luz de un relámpago parpadeó sobre el retrato que asomaba por detrás de sus hombros —Jesús en la cruz, con los párpados entornados y la cabeza ladeada, la sangre brotando de la herida abierta en su costado—. Después de aquella noche Julia tuvo pesadillas durante semanas. Y jamás volvió a entrar en la habitación de sus padres, por muy enferma que se encontrase.

Extrañamente, el resto de habitaciones de la casa —o por lo menos aquellas a las que Julia tenía permitido el acceso— estaban libres de imágenes religiosas y cruces. Y lo que era más raro todavía, madre y padre habían acordado que las áreas comunes, donde ocasionalmente recibían algún cliente, estarían libres de motivos religiosos. Padre decía que no quería la casa llena de motivos espirituales porque no deseaba imponer la religión a nadie, pero Julia siempre había notado su impaciencia —casi rayando el resentimiento— respecto a las creencias de madre, especialmente durante las raras ocasiones en las que madre sacaba el tema de alguna lección de la Biblia o rezaba a la hora de la cena. Al principio le seguía la corriente; luego entornaba los ojos y cambiaba de tema. Por razones que Julia nunca llegó a entender, era lo único con lo que su padre se rebelaba en contra de madre, y lo único en lo que su esposa claudicaba.

Ahora, Julia no podía decidir si aquel dormitorio había pertenecido a un fanático religioso o al dueño de un burdel.

Todo, salvo los muebles, era de color rojo —el papel de las paredes, las cortinas, las alfombras, las fundas de las almohadas, los faldones de la cama, el edredón. A lo mejor lo habían decorado así para que hiciera juego con la sangre de Cristo. Tal vez el rojo era el color favorito de madre, si es que acaso tenía algo favorito.

Julia sacudió la cabeza en un intento de aclararse las ideas y se fue directa al armario. ¿A quién le importaba que el dormitorio estuviera decorado de color rojo? Tan pronto como pudiera, pensaba deshacerse de todo. Los caballos la necesitaban. Por suerte, el armario no estaba cerrado con llave. Alumbró el interior con la linterna. Vestidos, visones, pantalones y chaquetas colgaban

pulcramente en fila, como si acabaran de ponerlos allí. Sorprendida por el hecho de estar encontrando más cosas de padre, corrió las ropas por la barra de perchas hasta que dio con el abrigo que estaba buscando. Lo sacó, lo lanzó sobre la cama y abrió los cajones del vestidor de caballeros en busca de unos pantalones y un jersey grueso. El rastro del olor a crema de afeitar de su padre brotaba de las camisetas de interior escrupulosamente plegadas y los pañuelos con monogramas.

Todavía podía ver a padre volviendo del establo, colgando la gorra y el abrigo en el vestíbulo, quitándose las botas, estirando los pies cansados. Solía observarle en silencio, esperando a que él notara su presencia. Cuánto había deseado que le preguntara cómo le había ido el día, o que le contara algo sobre el suyo. Pero todas las noches eran iguales. Primero se lavaba las manos en el aseo que había junto al recibidor; luego le acariciaba la cabeza y caminaba fatigosamente hacia el comedor para servirse un trago de *whisky* o *brandy*. Nada de «¿Qué tal el colegio?» o «¿Qué has hecho hoy?». Hasta el último día de su vida, nunca se tomó la molestia de averiguar quién era ni qué le importaba. Y eso le rompía el corazón.

Sí, aún podía verlo, sentado a la mesa, esperando a que madre apareciera con la cena y su mirada de acero. Se acordó del día que madre le dijo que volviera a salir para aparcar el viejo tractor detrás del establo para que los que pasaran por allí solo pudieran ver el nuevo; aquella vez que descubrió que padre había vendido un potro por quinientos dólares por debajo de su valor a unos amigos; o cuando quiso presentar cargos contra uno de esos «miserables zánganos vagabundos» por robarle el agua a un caballo —«transmiten enfermedades», dijo—. Padre se levantó sin decir palabra a rellenarse el vaso y dejó que madre siguiera con la cháchara mientras Julia se comía la cena en silencio. A veces se sentía invisible.

En el segundo cajón del armario de ropa de caballero encontró una pila de jerséis de lana. Escogió el más grueso, lo lanzó a la cama junto a la chaqueta y abrió el último cajón de abajo. Dentro estaban los pantalones de franela que padre se ponía para ir al establo en

invierno. Los fue sacando y sosteniendo en alto para ver cuál de ellos podría ponerse sin que se le cayeran. Con el último par salió también una página de periódico amarillenta. Cayó volando y se coló por debajo del armario, como soplada por una brisa invisible. Se agachó para cogerla, llenándose la mano de pelusas y telarañas. Luego la deslizó suavemente hacia el exterior y se puso en pie para leerla.

Entonces vio el libro que había al fondo del cajón de los pantalones.

Tenía una cubierta de cuero plana y una hebilla de latón para mantenerlo cerrado, como un registro o un diario. Julia dejó el periódico, cogió el libro del cajón y pasó la mano por la piel seca. Le corrió un escalofrío por la espina dorsal. ¿Qué sería? *¿Y por qué lo tenía escondido en el vestidor?*

Respiró profundamente y abrió el libro por la primera página. Era la letra de padre:

> *Hemos enterrado a nuestra primogénita. Que descanse en paz. Que Dios se lleve su alma al cielo. Y que Dios nos perdone por lo que hemos hecho.*

Julia se quedó sin aliento. «¿Nuestra primogénita?». «¿Que Dios nos perdone por lo que hemos hecho?». ¿De qué estaba hablando su padre? Nunca le mencionaron nada sobre una hermana. ¿Y qué demonios habían hecho?

Pasó la página rápidamente y leyó la siguiente entrada.

> *No puedo hallar las palabras. Es muy difícil. Lo único que puedo hacer ahora es suplicar el perdón de Dios.*

¿Perdón? —dijo Julia en la habitación silenciosa—. ¿Perdón por qué? ¿Qué hicisteis? —Pasó de página, desesperada por seguir leyendo.

Algún día escribiré la verdad. Ahora no. Hoy no. Todavía es demasiado pronto, demasiado doloroso.

Pasó las páginas. El resto del diario estaba vacío. Releyó las primeras entradas, soltó un gruñido y volvió a dejar el libro en el cajón. Le cabeza le iba a cien por hora. Estaba confundida. Se puso en pie y miró alrededor, súbitamente sobrepasada por la sensación de que estaba en una película de serie B. Tenía una hermana, una hermana que murió. Y su padre se culpaba a sí mismo y a madre por algo que tenía que ver con su muerte. Parecía imposible. Increíble. Y aun así. Aun así… Tal vez esa era la razón por la que sus padres eran tan infelices. A lo mejor por eso rezaba madre y bebía padre. Por eso actuaban como si nunca hubiera existido, para evitar meterse en problemas, y ese era el motivo por el que nunca la miraban, porque les recordaba a su hermana muerta.

Se restregó la cara con las manos. Dios mío, ¿qué otros secretos guardaba Blackwood Manor? ¿Cuántas mentiras le habían contado? Cogió las ropas de padre y dejó el dormitorio. Fueran cuales fueran los pecados que habían cometido en el pasado, tendrían que esperar. Ahora mismo, los caballos —*sus* caballos— la necesitaban.

CAPÍTULO 15

LILLY

UNA SEMANA DESPUÉS DE QUE EL PADRE DE LILLY APARECIERA en la tienda de la Médium Albina y Merrick le pegara con la fusta, el Circo de los Hermanos Barlow plantó sus carpas cerca de una ciudad granjera a las afueras de Des Moines. Los rumores entre los artistas decían que era la semana más calurosa de la historia en la capital de Iowa, y que no se podía respirar el aire. Cuando Lilly pasó por la casa de fieras de camino al vestuario antes de la primera función del día, vio que las lonas estaban enrolladas y que Cole y su padre estaban llevando cubos de agua a las jaulas. Ríos de sudor caían por sus caras rojas, y el calor hacía que se les pegaran las camisas al pecho.

Abrevar a los animales era cosa de los peones, así como hacer la ronda con el vagón del agua para llenar las cisternas de los vagones de los artistas, regar el suelo para que no se levantara polvo, rellenar las garrafas, y lavar a los elefantes con las mangueras. Entró a ver qué estaba pasando. Los grandes felinos jadeaban más fuerte y rápido de lo normal, y las moscas pululaban alrededor de los caballos, los chimpancés y los osos.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Cole.

El señor Barlow se niega a traer más agua así que estamos acarreando toda la que podemos de un estanque cercano.

Lilly quería abrazarle. Una de las cosas que más le gustaban de él era lo mucho que se preocupaba por los animales.

—Te ayudaré en cuanto acabe.

—Gracias —dijo. Se secó el sudor con la manga de la camisa y rellenó el agua de la jaula de los osos—. Pero entre mi padre, Dante, León y yo creo que podemos arreglárnoslas.

—¿Seguro?

Él asintió.

—Vas a acabar muy fatigada después de pasarte todo el día en la tienda, con el calor que va a hacer ahí dentro. Me aseguraré de que te lleven un cubo de agua extra al vestuario cuando cierres durante el descanso.

—Gracias —dijo—. Y yo vendré por aquí más tarde por si acaso todavía necesitáis ayuda.

Media hora más tarde, se sentaba frente al tocador del vestuario de mujeres, abanicándose y recogiéndose el pelo mientras Dolly la Gorda más Bella del Mundo se abrochaba los cierres de su gargantilla de perlas de seis vueltas. La gargantilla y los pendientes de perlas eran de bisutería, diseñados para conjuntar con los pasadores de perlas del pelo, pero Merrick le estaba recordando a cada momento que no los perdiera ni los rompiera. Dolly terminó de ponerse el collar, se dejó caer sobre una silla y se pasó el brazo regordete por la cara para limpiarse el sudor.

—Dios bendito, estoy sudando como un puta en una iglesia —dijo.

Merrick abrió la cortina de la carpa y asomó la cabeza.

—¡Muévete, Lilly, los paletos se están impacientando! ¡Tenemos que abrir!

—Ya voy —suspiró Lilly.

Se miró en el espejo para ver cómo llevaba el pelo y las joyas. Como siempre, Glory se había superado. Le había hecho un recogido liso en lo alto y había dejado caer unos mechones rizados a los lados, y el resto colgaba en tirabuzones por la espalda. El vestido

blanco de raso y satén aumentaba la ilusión de criatura etérea venida de otro mundo. Se secó el sudor de la frente con un pañuelo, se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Gracias por la ayuda, Dolly —dijo.

—De nada. ¡A por ellos! —contestó Dolly despidiéndose con un gesto de la mano.

Lilly siguió a Merrick por la parte trasera del solar en dirección a la tienda de la Médium Albina. Al pasar por el final del camino, cerca de la marquesina del espectáculo de monstruos, se fijó en un figura vestida de negro, sentada en la plataforma de la entrada, con un saco en la cabeza.

—¿Es un nuevo número? —preguntó.

—Sí, el señor Barlow piensa que el Profesor hará que a la gente le pique la curiosidad si dice que vamos a descubrir a un monstruo fuera de cartel en la carpa de las emociones extremas, por un recargo extra, por supuesto.

—¿De qué va a ir?

—Mitad y mitad, ni una cosa ni la otra…

—¿Quieres decir mitad hombre, mitad mujer?

—¡Eso es! Una farsa tan grande como un billete de tres dólares, igual que tú.

Lilly pensó durante un breve instante si fingir ser mitad hombre mitad mujer sería más fácil que mentir a la gente sobre sus seres queridos fallecidos. Claro que un número de aquellas características requería mostrar tus partes íntimas a los paletos, y Lilly no sería capaz de hacer algo así. Entró en su tienda y tomó asiento. Merrick se aseguró de que Pierre lo tuviera todo listo dentro del armario, echó un vistazo para ver si el «bebé espíritu» de debajo de la mesa funcionaba correctamente y salió a esperar a que Alana llegase con la primera lista de nombres.

Poco después se abrieron las puertas, alguien corrió la cortina y entró el primer paleto. Lilly se pasó las siguientes horas fingiendo hablar con los muertos mientras Pierre hacía sonar la campana o tocaba la harmónica o la pandereta dentro del armario. A mediodía la tienda era un auténtico horno y le caían churretes de sudor por la

espalda. En el descanso para comer fue al vestuario, se quitó la ropa y se refrescó con un cubo de agua fresca. Nota mental: darle las gracias a Cole por el agua. Después del descanso, entró un hombre con barba y gorra de repartidor de periódicos, camisa blanca y corbatín. Tomó asiento y posó las manos sobre su regazo. Sonreía con aires de superioridad, como si estuviera reprimiendo reírse a carcajada limpia. Lilly se puso tensa. Presentía que iba a tener problemas. La mayoría de los paletos que iban a verla tenían pinta de asustados, nerviosos o de tener el corazón destrozado. Nunca había visto entrar a uno tan feliz.

—Vaya si hace calor hoy —dijo el hombre con voz gutural—. Y por lo que he oído todavía se va a tirar unos días así.

—Sí, hace calor —dijo ella. Se aclaró la voz y empezó con la cháchara de siempre—. Hola. Bienvenido. Antes de empezar, déjeme explicarle brevemente lo que hago. Llevo comunicándome con los muertos desde los cuatro años, hasta que me di cuenta de que necesitaba compartir mi don. Me gustaría que cerrara los ojos y pensara en la persona de la que le gustaría saber. Mientras lo hace, intentaré contactar con el mundo de los espíritus. Le haré algunas preguntas que usted deberá contestar con un sí o un no. ¿Está listo?

El hombre sonrió y permaneció sin decir nada. Se inclinó hacia delante lentamente y las llamas de las velas parpadearon en sus ojos azul cobalto. Lilly bajó la mirada intentando ocultar una sonrisa. Reconocería los ojos de su mejor amigo en cualquier parte. Era Cole, con una barba falsa y la ropa de otra persona.

—¿Qué estás haciendo aquí? —murmuró. Después, y para disimular con Pierre, dijo—: ¿Hay alguien especial con quien le gustaría contactar?

Cole se mordió los labios pensando qué debía responder. Lilly temió que hubiera olvidado el nombre que le dio a Alana mientras esperaba en la fila.

—Sí, tengo la esperanza de poder hablar con un primo lejano de tercera generación que era muy importante para mí y le echo mucho de menos —dijo en voz demasiado alta. Después susurró—: Hay un estanque tras la arboleda que hay en el prado al otro lado del tren.

Esta noche voy a llevar a los elefantes a que se refresquen un poco. ¿Te apuntas?

Lilly mantuvo la charada respirando con tranquilidad cuidando que Pierre no sospechara nada.

—Por favor, cierre los ojos. Empecemos. —Hizo una larga pausa y, procurando no reír, dijo con voz seria—: Hay alguien aquí… Alguien que tiene un mensaje para usted. No sé, no estoy segura, pero parece pariente suyo, no un pariente cercano, pero… Ustedes dos eran buenos amigos. ¿Le suena de algo?

—Sí —dijo Cole.

—Puedo sentir su presencia. Es muy fuerte —dijo—. Seas quien seas, te invitamos a unirte a nosotros —añadió en voz más alta—. No queremos hacerte daño. Te profesamos el máximo respeto a ti y a cualquier otro espíritu que pueda encontrarse contigo. Por favor, danos una señal de que andas cerca de nosotros. ¿Podrías producir algún ruido para hacernos saber que estás aquí?

Pierre dio tres golpes dentro del armario.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Cole.

—Una señal del otro lado —dijo Lilly apretando los labios para ahogar la risa—. Un momento, un momento. Estoy recibiendo un nombre. ¿Frank? ¿Fred? No, no… Es Ferdinand. ¿Reconoce ese nombre?

—Sí. ¡Es mi primo! —exclamó guiñándole un ojo.

Lilly sonrió.

—Ferdinand quiere que sepas que oye tus llamados, pero debes tener cuidado. ¿Tiene algo de sentido lo que estoy diciéndole?

—Sí. ¿Qué más quiere decirme?

—Shh… —Lilly cerró los ojos—. Deme un momento.

—Muy bien.

—Dice algo sobre el sitio de siempre. Algo a medianoche. —Abrió los ojos—. ¿Entiende?

—¡Sí! —dijo Cole.

—Quiere saber si a usted le parece bien.

—Desde luego. Me parece muy pero que muy bien —dijo Cole con una sonrisa iluminándole la cara.

A la noche, cuando cerraron las puertas y el último paleto se fue, y después de que los payasos se quitaran el último rastro de pintura de la cara y los animales volvieran a sus jaulas, todos se reunieron frente al tren para celebrar el cumpleaños de Dina la Media Chica Viviente. El aire de la noche cargaba el peso de la humedad, y la luna creciente dibujaba sombras alargadas desde la arboleda, oscureciendo las tiendas y los vagones, formando figuras fantasmales.

La señora Benini, copropietaria de los puestos de conos de nieve y algodón de azúcar hizo una tarta de cumpleaños de fresa, y *Madame* Zelda, la adivina gitana, trajo aguardiente casero de manzana. Rosy y Ruby decoraron una jaima con pañuelos, mesas y cojines para sentarse, y Magnus el Hombre más Feo del Mundo ayudó a Brutus el Gigante de Texas a colgar farolillos entre los árboles. Normalmente, los artistas de élite de la carpa central, no se mezclaban con los del espectáculo secundario ni acudían a sus fiestas, pero Lilly convenció a Cole para que viniera.

—¡Hola todo el mundo! Este es mi amigo Cole. Por favor, tratadle bien —vociferó Lilly entre la multitud.

—Sabemos quién es —dijo Aldo el Hombre Lagarto acercándose a trompicones y tendiéndole la mano. Le brillaban los ojos—. Aquí siempre es bienvenido. —Le estrechó la mano vigorosamente, balanceándola hacia arriba y abajo al tiempo que oscilaba sobre sus piernas de borracho—. ¿Verdad?

Los invitados de la fiesta silbaron y rieron. Cole sonrió, poniendo la mano en el hombro de Aldo para ayudarle a mantener el equilibrio. Glory le guiñó un ojo a Lilly y esta se ruborizó. Aldo se apoyó en Belinda la Mujer con Dos Cuerpos y Una Cabeza y ambos se tambalearon. Rosy y Ruby fueron empujando a Cole hasta mezclarlo entre la multitud y Lilly, que los seguía, no podía creer lo feliz que se sentía.

Cuando se acabaron la tarta, alguien trajo un tocadiscos y los peones montaron una pista de baile frente a las rampas de los vagones de carga. Las botellas pasaban de mano en mano y el aguardiente volaba, así que Lilly no tardó en sentir que la cabeza se

le iba. Se apartó bajo un árbol para respirar un poco de aire fresco y recuperar el aliento. Cole fue a buscarla.

—¿Estás bien?

—Sí, pero creo que he bebido demasiado aguardiente.

—Yo también —se rio Cole—. ¡Está potente!

Lilly rodeó el árbol y se sentó al otro lado apoyándose contra la corteza. Cole se sentó junto a ella. Ambos permanecieron en silencio durante un rato, hasta que Lilly empezó a preguntarle si todavía pensaba llevar a los elefantes al estanque, y oyeron el gemido de una mujer. Lilly y Cole se levantaron mirándose con gesto de alarma. La mujer volvió a quejarse y, seguidamente, se oyó el gruñido de un hombre. Cole y Lilly caminaron hacia el lugar de donde parecía provenir el sonido. Se detuvieron al ver a un hombre entre las piernas abiertas de una mujer, con los pantalones bajados, las nalgas escamosas moviéndose hacia arriba y abajo, tumbados sobre la hierba. Eran Aldo y Belinda.

Lilly se llevó la mano a la boca y ahogó una carcajada. Volvieron a la fiesta. Magnus el Hombre más Feo del Mundo iba cargando a una Dina medio inconsciente hacia el tren, y Rosy y Ruby estaban tumbadas sobre los cojines junto a Brutus el Gigante de Texas, alternándose para besarle y acariciándole el pecho. En el tocadiscos sonaba «The Way You Look Tonight» de Fred Astaire, pero la pista de baile estaba vacía, menos por Penelope la Enana Cantarína y Stubs el Hombre más Pequeño del Mundo, que bailaban lentamente con sus cabezas apoyadas en el hombro del otro.

—Parece que la fiesta se está acabando —dijo Cole.

Justo en ese momento, pasaron por su lado derecho unos cascos corriendo desbocadamente, y un hombre gritó:

—¡Cuidado!

Dos cebras corrían directas hacia Cole y Lilly, seguidas por tres hombres con fustas. Cole se interpuso en el camino de las cebras y levantó los brazos para indicarles que aminorasen la marcha. La primera cebra viró bruscamente hacia un lado y se detuvo entre el tren y la jaima. La segunda, que la seguía por la retaguardia, se chocó contra la primera entre relinchos y coces, cascos y colas

ondeando al aire. La primera cebra golpeó a la segunda en el cuello, y esta se giró y le coceó la cabeza con los cascos traseros. La primera se retiró, frenética, y galopó en dirección a Lilly y Cole. Los hombres atraparon a la segunda cebra echándole el lazo. Trató de escapar pero lograron sujetarla, no sin luchar contra la fuerza del animal, hasta ponerle el cabestro.

Lilly corrió en dirección a la cebra que venía hacia ellos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Cole.

Lilly le ignoró. Cortó el paso de la cebra impidiendo que entrara en el solar y abrió los brazos.

—Para, para —dijo—. Tranquila, tranquila.

La cebra aminoró el galope y echó a trotar, y después simplemente se puso a andar, hasta que finalmente se detuvo frente a Lilly, con la cabeza alta, sacudiendo las orejas. Los hombres que estaban sujetando a la otra cebra se quedaron pasmados. Lilly sintió que Cole se acercaba hacia ella por detrás. Extendió la mano hacia el animal con la palma abierta.

—Vamos, no voy a hacerte daño —dijo con voz suave. La cebra agachó la cabeza y le olfateó la mano. Podía sentir el tacto del hocico aterciopelado en su piel. Con extremado cuidado y delicadeza, avanzó un paso y le acarició la frente.

—Oye, Lilly —murmuró Cole tras ella—. Aléjate de la cebra antes de que…

—Shhh… —Lilly lo decía tanto por Cole como por la cebra—. Quédate justo ahí. Todo va a salir bien.

Acarició la cabeza del animal hasta que se rindió ante ella inclinando la cabeza, totalmente relajado. Parpadeó como si fuera a quedarse durmiendo, y Lilly se acercó todavía más para acariciarle, hundiendo los dedos en el pelaje blanco y negro. Al cabo de un rato en el que la cebra parecía estar en trance, se detuvo y comenzó a caminar en dirección a la casa de fieras. La cebra alzó la cabeza y la siguió sin despegar el hocico de su espalda. Los hombres ocupados con la otra cebra aguardaron para dejarla pasar, y posteriormente la siguieron a una distancia segura. Cole también iba tras ellos. Cuando llegaron a la casa de fieras, Lilly condujo a la cebra al

interior de su establo. Tras propinarle una larga caricia, salió del cubículo y cerró la puerta. Cole contemplaba la escena boquiabierto.

—Se trata de un semental, lo sabías, ¿no? —le dijo.

Ella se encogió de hombros.

—No, lo único que sé es que ese pobre animal estaba herido y asustado.

—Jesús, Lilly, podría haberte hecho daño.

—Estoy bien.

Los hombres metieron a la otra cebra unos puestos más allá y se acercaron hasta Lilly y Cole.

—¿Cómo demonios lo has hecho? —dijo uno. Era poco más alto que Cole, con el pelo ondulado y espalda ancha. Lilly le reconoció, a él y a los otros acróbatas, una *troupe* llamada los Hermanos Voladores Zoppe. Normalmente eran de los que no le habría dado a Lilly ni la hora, ni a ella ni a ningún otro del espectáculo de monstruos.

—Nunca he visto nada igual —dijo otro de los hermanos.

—¿Cómo es que se os han escapado? —les preguntó Cole.

—El señor Barlow quiere que incorporemos caballos o cebras en nuestro número —dijo el del pelo rizado—. Y habíamos salido a ver qué se nos ocurría.

—Sin el permiso y la ayuda del director ecuestre —dijo Cole. No era una pregunta.

—Creímos que podríamos apañárnoslas —dijo el tercero de los hermanos.

—Bueno, trabajar sin un domador es el primer error que habéis cometido. El segundo, y el peor de todos, es tratar de hacer cualquier cosa con dos sementales. Podríais haberos matado.

—No sabíamos que eran sementales —habló el tercero nuevamente.

—Es obvio —dijo Cole—. La próxima vez, pedid permiso al director ecuestre y os asignará un domador para que os ayude. No quisiera que ninguno de vosotros, ni las cebras, salierais heridos.

Lilly podía ver lo enfadado que estaba Cole, pero aun estando sumamente cabreado, estaba siendo extraordinariamente amable.

—Tal vez la chica podría ayudarnos —dijo el hermano del pelo ondulado apuntando con la barbilla hacia Lilly.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Lilly visiblemente sorprendida.

—Porque en mis más de veinte años en el circo nunca había visto a un animal reaccionar de la forma en la que esa cebra lo ha hecho contigo.

—Es cierto —dijo Cole—. Y menos un semental. La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo peligrosos que pueden llegar a ser. Mi padre supo inculcarme el máximo respeto por ellos al contarme como le partieron el cuello a una mujer. Murió en el acto. Y tú te has acercado a uno como si estuvieras acercándote a un cachorrillo.

—No sabía a lo que me estaba enfrentando. He tenido suerte —dijo Lilly encogiéndose de hombros.

—Quién sabe lo que podría haber pasado si no hubieras distraído a ese animal —dijo el del pelo rizado—. Y el señor Barlow nos habría matado si se hubiera enterado. —Tendió la mano hacia Lilly—. Gracias por ayudamos.

—De nada —correspondió Lilly estrechándole la mano con una sonrisa.

Más tarde, cuando todo el mundo estaba ya durmiendo, Lilly se recogió el pelo en un moño, se puso un vestido abotonado de manga corta, agarró un par de sandalias y salió del coche cama mirando alrededor para asegurarse de que nadie la veía. Algunas ventanillas estaban abiertas, y en el solar, las paredes de lona estaban enrolladas. Los peones y trabajadores se habían salido a dormir afuera, sobre el suelo, buscando algo de frescor. En algún lugar estaba sonando un vals, bajito y lejano. La brisa cálida le acarició los brazos desnudos y un fino brillo de sudor se escapaba de su frente conforme se apuraba de camino a la casa de fieras, sin saber muy bien si era debido al calor o a la emoción.

Al entrar en la carpa de animales, los establos estaban vacíos y Cole no estaba por ninguna parte. Se deslizó por debajo de la pared trasera y miró alrededor. Más allá de la arboleda, en lo alto de la colina, había un establo con gablete, en cuyo tejado de metal se reflejaba la luz de la luna, dando la impresión de que estaba cubierto

de nieve. Cole dijo que iba a llevar a los elefantes al estanque de una granja que había justo por allí, así que caminó en aquella dirección. Cuando estuvo cerca de la arboleda, observó el parpadeo sutil de un amasijo de sombras moviéndose lentamente junto al borde del prado.

Los elefantes.

—¿Cole? —le llamó gritando todo lo que pudo.

—Por aquí —dijo él.

Se apresuró a seguir su voz, caminando tan rápido como pudo entre la oscuridad tenuemente iluminada por la luz de la luna. Tropezó contra unos matorrales y recordó la primera vez que salió al exterior, siguiendo a su madre a través del campo en dirección al circo, si tener la más remota idea de a dónde iba ni que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Esta vez, sin embargo, sí que sabía exactamente dónde iba. Sacudió la cabeza para desterrar los recuerdos del pasado. No quería pensar en cosas tristes. Además, pensar en el pasado no iba a cambiar su futuro. No había otro lugar donde poder estar, salvo allí, con Cole y los elefantes.

Pepper, Petunia y Flossie agarraban ramas, cortezas y hojas con sus trompas, emitiendo un ruido grave y contenido al masticar y tragar. JoJo, el más grande de todos, corría en torpes círculos alrededor de ellas, encantado por aquella inédita sensación de libertad. Cole aguardaba bajo los árboles.

—Pensaba que habíamos quedado en la tienda —dijo ella.

—No estaba seguro de que fueras a venir. Además, sabía que nos encontrarías.

—Ya te dije que vendría.

—¿Sí? No sabía si eras tú la que me lo dijiste o mi primo Ferdinand.

—Jaja. —Lilly le pegó un puñetazo de broma en el hombro—. Muy gracioso. Vale, ya basta de chorradas. ¿Dónde está ese estanque?

Cole rio y la condujo a lo largo de una línea de árboles hasta una amplia puerta que daba a otro prado. Los elefantes iban tras ellos. Agarró el candado, desató la cadena y abrió la puerta.

—Cuando estemos todos dentro, cierra —le dijo—. Antes he visto vacas por el prado, así que lleva cuidado por dónde pisas.

Cole fue el primero en entrar, seguido por la procesión de elefantes. Primero Flossie, luego Pepper, después JoJo y finalmente Petunia. Al ver aquellas moles de cuerpos oscuros pasar frente a ella, apenas rozándole —con sus enormes patazas moviéndose lenta pero firmemente, sus colas largas y nudosas oscilando a uno y otro lado, sus orejotas flexibles abanicando el aire— no pudo contener la emoción. Después de seis años viendo aquellas criaturas casi a diario todavía se sentía abrumada por su belleza y tamaño. Y esa noche ni siquiera estaban encadenados, no había ninguna cuerda sujetándolos, ni ninguna pared encerrándolos. Era como si estuviera siendo testigo de un desfile de dioses, reacios a compartir los secretos del mundo con ella porque no se lo merecía.

Cuando pasaron todos los elefantes, cerró la puerta y corrió hasta alcanzar a Cole. En la distancia, la luz de la luna reflejaba la suave superficie del estaque de la granja, confiriéndole un aspecto de cristal. Los elefantes bufaban y gruñían al andar, emitiendo ruidos sordos, aplastando la hierba sonoramente, haciendo retumbar la tierra con sus enormes patas.

—¿Qué crees que se están diciendo los unos a los otros? —preguntó ella.

—Creo que están disfrutando. Parece como si estuvieran sintiendo curiosidad y felicidad al mismo tiempo, y un poco con el alma en vilo.

—Pero confían en ti.

—También confían en ti.

—¿Tú crees?

—Sí, tienes mano con ellos. Siempre lo he creído, pero después de lo que te he visto hacer esta noche con la cebra, estoy empezando a pensar que de veras tienes un don con los animales.

Lilly sonrió. Aquella idea la hacía feliz.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para que nadie pudiera verlos desde el tren, Cole apuntó con el haz de luz del candil y condujo a Lilly y a los elefantes por un terraplén ladera abajo, a las

faldas del estanque rodeado de hierba, juncos y piedras planas. Más allá del estanque, la tierra se alzaba lo bastante alto como para mantenerlos ocultos de cualquiera que pudiera asomarse por las ventanas de la casa de la granja.

—¿Es seguro? —preguntó ella.

—Fui a nadar esta mañana. Es profundo de aguas claras, creo que se alimenta de un arroyo —asintió Cole dejando el candil sobre una roca.

Los elefantes mayores no dudaron ni un segundo. Flossie, Petunia y Pepper aplastaron los juncos a su paso y vadearon el estanque metiendo las trompas en el agua y duchándose de arriba abajo. Una capa de polvo y suciedad empezó a resbalar desde lo alto de sus espaldas, cubriendo la superficie con una fina película marrón. JoJo metió las patas delanteras pero todavía dudaba. Las mayores se fueron metiendo cada vez más adentro, hasta que el agua les llegó casi por los ojos, dibujando con sus jorobas una suerte de paisaje de islas montañosas. Flossie y Petunia se zambulleron bajo el agua dejando únicamente a la vista la punta de sus trompas asomando por encima de la superficie. Pepper levantó la suya y sopló lanzando una ducha de agua marrón sobre su cabeza y espalda. Luego resopló en dirección a JoJo, como si le estuviera llamando para que se animara a entrar en el agua él también. JoJo se movió hacia ella y cuando el agua le mojó la barriga se puso de rodillas y se zambulló. Anduvo unos metros más, eyectando agua por la trompa, como si fuera un espray.

Lilly y Cole se echaron a reír, extasiados por el espectáculo. Posteriormente, se hizo un silencio entre ambos, mientras observaban aquellas magníficas bestias en el estaque, chapoteando, nadando y revolcándose en el agua. Podía palparse la alegría de los elefantes en el aire, del mismo modo que se palpaba la humedad, y Lilly se sentía la persona más afortunada de la tierra. Estaba con su mejor amigo, presenciando la magnificencia de aquellas gloriosas criaturas comportándose como los animales salvajes que habían nacido para ser. Después de todo lo que había pasado, jamás soñó que sería posible sentir tanta felicidad, y a pesar de que ella no había

elegido unirse al circo y nunca tuvo otra opción, no cambiaría aquel momento por nada del mundo.

Cole se quitó los zapatos y empezó a desabotonarse la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lilly.

—Ir a nadar.

—Estás loco.

—Bueno, es que yo también tengo calor —dijo sonriendo y quitándose la camisa.

Lilly apartó la mirada cuando empezó a desabrocharse el cinturón, buscó una roca plana y fue a sentarse. Arrancó un tallo de hierba y se puso a desmenuzarlo distraídamente. Había visto a muchos hombres —monstruos, payasos y artistas— desvestidos, pero la idea de ver a Cole en ropa interior la hacía sentir incómoda.

Las otras mujeres del espectáculo secundario siempre estaban bromeando con los rasgos perfectos de Lilly y la gran complexión física y muscular de Cole, y la bonita pareja que harían juntos, y los hermosos bebés con cabello de ángel que podían nacer de su unión. Lilly las mandaba callar y decía que ella no veía a Cole de aquella manera. Era su mejor amigo y nada más. Pero eso no era del todo cierto. No estaba muy segura de lo que sentía por él ni cuándo empezó a sentirlo, pero algo había cambiado, y no sabía qué hacer. Llevaban seis años siendo los mejores amigos, pero él no estaba enamorado de ella. No era más que una chica albina de quince años que trabajaba en el espectáculo secundario, mientras que Cole, a sus dieciocho años, era el artista principal del espectáculo de elefantes. Podía estar con quien quisiera: la trapecista Natasha, que era de su misma edad, o Chloe, la funambulista. Eran chicas hermosas de figura perfecta, tenían la piel suave, rosada, el pelo brillante, y llevaban esos trajes tan chulos cubiertos de plumas y joyas relucientes. Se había fijado en cómo miraban a Cole cuando él no se daba cuenta, examinándole de arriba abajo y murmurando a sus espaldas, preguntándose por qué pasaba tanto tiempo con aquel monstruito albino en lugar de prestarles atención a ellas. Lilly también se lo preguntaba.

—¿Vienes o qué? —preguntó él.

—No —sonrió ella alzando la vista.

La luz del candil alumbró su pecho desnudo, los hombros musculosos, el tono rosado de sus mejillas. Lilly apartó la mirada y volvió a fijar la vista en la hierba, arrancando otro tallo.

—Venga, no seas gallina. Hace más calor que en el inframundo esta noche.

—No soy ninguna gallina. Es que… Es que no me he traído el bañador —se excusó.

—¿Desde cuándo tienes un bañador? —preguntó él enarcando una ceja.

Lilly sonrió. Sabía perfectamente bien que no tenía bañador, y antes de que pudiera verlo venir, Cole se precipitó sobre ella, la agarró por los hombros y se la llevó a rastras al agua. Ella se puso a chillar pero luego se llevó la mano a la boca. ¿Y si los oían?

—¡Suéltame! —dijo sin elevar demasiado la voz. Trató de zafarse de él, pero no hubo manera. Era demasiado fuerte.

—¡Te voy a meter dentro! —rio él—. ¡Directa al agua!

—¡Vale, para! —dijo—. Me voy a meter. Deja que me quite las sandalias por lo menos.

Cole la dejó en la orilla y se puso derecho.

—Si entras con el vestido te vas a hundir y se te va a enrollar en las piernas, además. Será mejor que te lo quites también.

Se quitó las sandalias y las lanzó cerca de la roca en la que había estado sentada. Tenía unas ganas tremendas de refrescarse y jugar en el estanque con Cole y los elefantes, pero la verdad es que no había nadado en su vida, y la idea de hacerlo en ropa interior delante de Cole tampoco es que la volviera loca. Se había cambiado delante de otros hombres y mujeres en el vestuario, pero esto era diferente.

La imagen de ambos desnudos se coló en su mente y, de inmediato, sintió mariposas en el estómago. Se dio la vuelta para desabrocharse el cinturón y se sacó el vestido por la cabeza dando las gracias por no haberse puesto también las medias largas. Se quedó de pie durante un momento, con el vestido enrollado en las manos, apretado contra el sujetador. Respiró hondo y se giró hacia Cole con el corazón palpitándole en los oídos.

Pero, sorprendentemente, Cole ya no estaba ahí, sino que había echado a correr hacia el estanque, y sus largas piernas ya cortaban el agua. Lilly dejó salir el aire de sus pulmones y se quedó viendo cómo su amigo se zambullía desapareciendo de la superficie. JoJo fue hacia él con la boca abierta, simulando una sonrisa. Cole emergió y trepó por la espalda de JoJo. La piel bronceada parecía todavía más oscura ahora que estaba húmeda. Lilly se miró los brazos. Eran como dos palos blancos, las extremidades de un esqueleto. Desplegó el vestido y volvió a ponérselo.

—¿Qué haces? —dijo Cole—. Pensaba que ibas a meterte. ¡Está buenísima! —Se bajó de la espalda de JoJo y nadó hacia la orilla.

—No sé nadar —dijo.

—No pasa nada. Yo te enseño. —Salió del agua y la tomó de la mano.

Lilly dudó antes de decidirse a dejar caer el vestido sobre la hierba y seguirle al estanque. El agua estaba fría. Cogió aire y se encogió los hombros. Sintió los guijarros y el fango metiéndosele entre los dedos de los pies. Cole la llevó más lejos, riendo.

—Tranquila, ya verás como te acostumbras enseguida.

Cuando el agua le llegó por la cintura, le pidió que se echara sobre sus brazos, remara con las manos y moviera con los pies al mismo tiempo. Ella se inclinó pero cuando el pecho y el estómago entraron en contacto con el agua se quedó sin aliento. Parecía de hielo en contraste con el calor de su piel. Cole sonrió y esperó pacientemente. Tras un minuto, reunió el coraje para volver a tumbarse sobre sus brazos, y esta vez parecía que ya no estaba tan fría. Él la sostenía mientras ella movía los pies y los brazos, intentando seguir sus instrucciones lo mejor posible.

—Lo estás haciendo genial —dijo.

Lilly metió la cabeza bajo el agua accidentalmente y tragó un buen puñado de agua. Se incorporó sobre sus pies tosiendo y secándose la cara.

—¿Estás bien?

—Es más difícil de lo que pensaba —dijo asintiendo una vez recuperado el aliento.

—Es cuestión de práctica. Espera, quiero probar una cosa. —Fue hacia los elefantes, que estaban a remojo en el centro del estanque, como peñascos sumergidos.

—Pepper, ven —llamó.

Pepper se movió hacia él como flotando. Cole señaló a Lilly. La elefanta nadó en dirección a ella y salió por el borde del estanque con el agua chorreándole por todo el cuerpo, como un submarino emergiendo desde las profundidades.

—Hola, bonita —la saludó Lilly acariciándole la trompa.

Pepper la enrolló con su trompa por la cintura y la levantó en el aire. Lilly soltó un gemido entrecortado de placer y apoyó la mano en la frente del animal buscando mantener el equilibrio. Pepper la alzó por encima de la cabeza y se la echó a la espalda. La cara de Cole era un cuadro de estupefacción.

—¿Le has dado la orden de subida? —preguntó el muchacho.

—No —contestó ella—. Iba a hacerlo pero se me ha adelantado.

—¡Es impresionante! Nunca la he visto hacer nada sin que se le ordene.

—A lo mejor le gusto —sonrió Lilly.

—Ya lo creo.

Cole nadó hacia Petunia y trepó a su espalda. La condujo al centro del estanque. Pepper los seguía. Lilly se agarró de las orejas, balanceándose de un lado a otro, con el agua mojándole las piernas y la cintura. Se sentía a salvo porque, de alguna manera, sabía que Pepper era consciente de sus limitaciones. JoJo y Flossie se unieron a ellos. La luz de la luna reverberaba en las ondeantes olas conforme aquellas magníficas bestias grises se aventuraban graciosamente a través del estanque, una detrás de la otra, en su propio desfile privado. Solo se oían los gruñidos y bufidos de los elefantes, y el agua chasqueando contra sus cuerpos.

Cole sonrió a Lilly por encima del hombro pero no dijo nada. Lilly se sentía como si hubiera muerto y estuviera en el paraíso. Tenía el corazón a punto de estallar de felicidad y sobrecogimiento. Ni en un millón de años habría imaginado que llegaría a cruzar un estanque a lomos de un elefante. Aquello era un sueño.

Cole llevó a Petunia hacia la otra orilla, y al llegar a un punto en el que el agua era poco profunda, se apeó. Lilly le imitó, solo que Cole ya estaba allí esperando para cogerla.

—Ven, quiero probar una cosa —le dijo tomándola de la mano y llevándola por la ribera—. Pepper, ven. —La elefanta obedeció y salió del estanque. Cole se detuvo en una roca musgosa y Pepper se detuvo junto a él—. Quieta —ordenó.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Lilly. Se escurrió el agua del pelo y miró alrededor buscando su vestido. Una vez lo encontró, desplegó los extremos intentando averiguar cuál era la parte de arriba y cuál era la parte de abajo.

—Deja eso ahora —dijo Cole—. Necesito que vengas aquí.

—¿Qué quieres? —preguntó Lilly dejando caer el vestido y acudiendo junto a él.

—Ponte delante de Pepper y dale la orden «Atrás». —Colocó a Lilly delante del animal.

—¿Por qué? ¿Qué estás tratando de…?

—Tú sígueme la corriente, ¿vale?

Lilly se encogió de hombros, miró a Pepper y pronunció la orden:

—Atrás.

Pepper retrocedió.

—Ahora di «Camina» —dijo Cole.

—Camina —dijo Lilly, y Pepper echó a andar hacia delante.

Cole sonrió.

—Ahora dile que se ponga a dos patas.

—¿Para qué? No entiendo el propósito de decirle lo que tiene que hacer. Es una elefanta de circo, conoce todos los comandos de orden.

—Ponerse a dos patas es incómodo para los elefantes. El domador de Pepper y yo tenemos serias dificultades para conseguir que lo haga. La mayoría de las veces pasa de nosotros.

Lilly se quedó mirando a Pepper. No quería pedirle que hiciera nada. Además, no debía estar allí, en aquel campo perdido en mitad de Iowa. Se suponía que debía estar en libertad, recorriendo las

selvas y las junglas, no atada a un poste, viajando por todo el país encerrada en un vagón de carga, escenificando trucos en una carpa llena de paletos. Cada vez que estaba con los elefantes sentía su tristeza como propia. No solo la de Pepper, sino también la de Flossie y Petunia, y también la de JoJo, aunque el pobre no tuviera ni idea de lo que se estaba perdiendo.

Incluso allí, bajo la tenue luz de la luna, podía ver las cicatrices de las argollas en la cabeza y los hombros de Pepper. Podía ver los habones en los tobillos a causa de las cadenas. Podía ver el dolor grabado en aquella inteligente mirada de ámbar. Y a pesar de que aquella visión le producía la sensación de tener una bola de plomo en el corazón, sabía que no había nada que pudiera hacer, más allá de mostrarse amable y bondadosa con ellos, siempre que fuera posible.

—No quiero que haga nada que le duela —se quejó Lilly.

—No le duele, pero es difícil, como si nos dijeran a nosotros que hiciéramos el pino o nos apoyáramos sobre nuestras cabezas.

Lilly suspiró. Siempre y cuando no infligiera daño a Pepper, tampoco había nada de malo en seguirle el juego a Cole. Y luego la elefanta podría volver a nadar. Abrió la boca para decirle que se pusiera a dos patas, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, Pepper se plantó frente a ella.

—¡Me cago en la leche! —exclamó Cole boquiabierto—. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Cómo he hecho qué?

—No te he oído darle la orden.

—¿Cómo le digo que baje?

Antes de que Cole pudiera responder, Pepper volvió a posarse sobre sus cuatro patas.

—¡Es increíble! Haría cualquier cosa por ti. Es como si pudiera leerte la mente o algo así. —Cole no podía dejar de sonreír. Llamó a Flossie. La elefanta salió del estanque y aguardó frente a ellos—. Dile que se eche.

—No quiero. —Negó con la cabeza—. No me gusta hacer que actúen. Volvamos al estanque. Lo estábamos pasando bien.

—Solo una vez más, por favor —suplicó Cole—. Y luego paramos.

Lilly le dijo a Flossie que se tumbara y esta se arrodilló y posteriormente se tumbó sobre un costado.

—¡Lo sabía! —gritó Cole.

—¿Sabías qué?

—Flossie odia tumbarse. No sé qué es ni cómo funciona, pero después de lo que hiciste con esa cebra y ahora con estos elefantes, no me cabe la menor duda de que tienes un don. Es auténtico. Y cuando se lo mostremos al señor Barlow no tendrás que volver a ser la Médium Albina nunca más.

Lilly torció el gesto. No tenía ningún don. Le caía bien a los elefantes y confiaban en ella. Solo eso. Su gata, Abby, solía actuar de la misma manera. Hacía lo que Lilly le decía únicamente porque la quería y confiaban la una en la otra. Tal vez la gente no daba suficiente crédito a los animales. Eran más listos y tenían más sentimientos de lo que las personas se pensaban.

—Estás loco. Además, el señor Barlow ya tiene un domador de elefantes.

—Sí, pero ya sabes qué métodos tiene que emplear, con cadenas, cuerdas y argollas.

Lilly hundió el dedo gordo del pie en la hierba intentando aclarar sus sentimientos. No creía poseer ningún don, pero a lo mejor podía hacer que la vida de los elefantes fuera un poco más fácil al permitirles actuar sin necesidad de pegarles y torturarlos.

—Vale, digamos que estás en lo cierto. ¿Cómo vamos a convencer al señor Barlow? ¿Y qué hay de Merrick?

—No te preocupes, eso déjamelo a mí.

Y antes de que Lilly pudiera saber qué estaba pasando, Cole estaba delante de ella, tomándola de los hombros con sus manos cálidas, atrayéndola hacia sí y besándola en los labios. Al principio se resistió, sin saber muy bien si aquel beso era fruto de la emoción o… Él la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho desnudo. Los vientres se tocaron, piel con piel, y una extraña sensación revoloteó por su pelvis con la fuerza de un volcán. Él la besó con más ímpetu y

ella le devolvió el beso, derritiéndose en sus brazos.

Aquello.

Aquello era lo que más deseaba en el mundo. Oyó a Pepper y Flossie entrando nuevamente en el lago, chapoteando en el agua. El bálsamo de la noche le acarició la piel a medida que Cole le metía las manos por debajo de los tirantes del sujetador. Se quedaron desnudos, frente a frente, abrazándose sobre la roca musgosa, y Cole se inclinó sobre ella. Lilly tembló y él la miró a los ojos, como pidiéndole permiso para volver a besarla. Siempre había querido saber a qué se refería Glory cuando decía que el deseo era algo poderoso. Ahora ya lo sabía.

Atrajo a Cole hacia sí y le besó con la boca abierta. Él gimió y le besó los labios, el cuello, los pechos y el vientre. Ella tembló y arqueó la espalda. Él subió para besarle el cuello otra vez, y ella le enlazó los brazos alrededor de su cabeza. Hicieron el amor bajo las estrellas, mientras los elefantes retozaban y nadaban en el estanque, disfrutando de su propia noche de libertad.

CAPÍTULO 16

JULIA

TRAS HALLAR EL DIARIO DE SU PADRE, EL DÍA POSTERIOR A la tormenta de hielo, Julia se echó el abrigo sobre los jerséis y unos pantalones encima de los que ya llevaba puestos. Se puso dos pares de calcetines extra y las botas de madre, y luego salió cuidadosamente por la puerta del vestíbulo. Usando el atizador de la chimenea para romper el hielo, fue logrando atravesar el jardín en dirección al establo, caminando con el cuerpo encorvado, como una anciana apoyada en un bastón, intentando no resbalarse y caer. Cualquiera que la hubiera visto, con aquellas ropas holgadas, los guantes de hombre, las botas de goma, el pelo colgando por debajo de la gorra, habría pensado que era una de esas indigentes locas salida de algún vertedero.

Los crujidos y chasquidos de las ramas de los árboles al quebrarse resonaban como un eco desde los bosques que cruzaban los campos vacíos, como disparos al azar, aunque no con tanta frecuencia como al amanecer. A mitad de camino, miró hacia la arboleda que había más allá del pastizal más cercano. Nada rompía la superficie del hielo y la nieve. En la parte posterior de la propiedad, una ristra de matojos y árboles de hoja perenne

sucumbían aplastados bajo el peso de la nieve, como monjes encapuchados de blanco que estuvieran rezando.

De súbito, la quietud fue interrumpida por un fuerte zumbido, parecido al rugido de una corriente de agua. Tras ella, un gran crujido rompió el aire, como si hubieran estallado miles de ventanas. Se giró dando un brinco y miró hacia la casa con el corazón saliéndosele del pecho. Al principio no vio nada. Luego se dio cuenta de cuál era el origen del ruido. Había una gran capa de hielo resbalando por el techo, cayendo sobre la puerta del vestíbulo y estrellándose contra el suelo, los maceteros y los escalones.

De haber estado allí al salir por la puerta, el hielo la habría aplastado. Alzó la vista hacia el escarpado techo de la casa y el establo. Si había de entrar a echar un vistazo a los caballos, más le valía tomar precauciones y no quedarse mirando las musarañas, si no quería sucumbir bajo una avalancha de hielo.

Al llegar al establo, golpeó la puerta de la oficina con el atizador para romper el hielo, dándose toda la prisa posible, no fuera a ser que la pillara otra avalancha allí. Después de unos cuantos golpes, por fin consiguió romper el hielo. Asió la manivela pero la puerta no se abría. La golpeó con el hombro varias veces hasta que el hielo que había depositado alrededor del marco se desprendió y la puerta se abrió. Rascó el resto del hielo y entró en la oficina. Incluso dentro del establo podía verse el aliento congelado en el aire. Se imaginó a Samantha Blue temblando de frío, con los mocos congelados. Se movió con rapidez por la parte principal del establo. Los caballos se asomaron por encima de los cubículos y relincharon al ver que se trataba de ella. La cuna de heno estaba vacía y una espesa capa de hielo cubría los abrevaderos. Corrió con el corazón en un puño por el centro del pasillo hacia el establo de Bonnie Blue, la única que no se había asomado a mirar. ¿Por qué?

Cuando llegó se quedó sin sangre. Bonnie Blue estaba tirada en la paja. Samantha estaba junto a ella, acurrucada en su vientre. Julia contuvo el aliento y miró a ver si estaban respirando. No se movían. Demasiado tarde. Se llevó la mano enguantada a la boca en un intento de reprimir la angustia. Entonces Blue levantó la cabeza y

parpadeó. Samantha Blue se despertó, alzó su cabecita y volvió a dejarse caer sobre el vientre materno, como si estuviera demasiado cansada para ponerse en pie. Julia dejó escapar un suspiro de alivio y el ritmo atronador de su corazón bajó las revoluciones. Samantha hizo un esfuerzo por incorporarse sobre sus patas entumecidas y patosas, como un cachorro de madera. Bonnie Blue se puso en pie, sacudiéndose la paja de las crines. Relinchó y se acercó a la puerta del establo.

Julia abrió la puerta y entró. Lo primero que hizo fue sonreírles, acariciarlas y propinarles un beso. Posteriormente golpeó el abrevadero con el atizador para romper el hielo. Blue empezó a beber inmediatamente, mientras Samantha mordisqueaba el bolsillo de su abrigo. Julia le rascó entre las orejas, le dio otro beso y fue a por heno. Los otros caballos empezaron a relinchar y removerse dentro de sus establos.

—No os preocupéis. Ya voy.

Cogió una bala de heno de las que había apiladas en el pajar de la escalera y trató de romper las cuerdas con las manos, pero estaban fuertemente anudadas. Arrastró la bala hasta el pasillo, la sujetó con el pie, y tiró de la cuerda de una esquina con ambas manos. Había visto a Claude hacerlo así, pero era más difícil de lo que parecía. Al final la cuerda se soltó y la bala se abrió. Tiró de la otra cuerda y la bala se desplegó en varios trozos, como una baraja de naipes. Cogió las láminas de heno y las fue desmenuzando por los pesebres. Después rompió el hielo de todos y cada uno de los abrevaderos y los caballos empezaron a comer y beber de inmediato, empujándola suavemente con sus hocicos en gesto de agradecimiento, acariciándole el cuello y soplándole tras las orejas. Recordó que Fletcher le había dicho que los caballos generaban calor al comer heno, rompió diez balas más y las dividió entre los caballos. Al acabar, se quedó en el centro del pasillo y echó un vistazo alrededor. Por fin había logrado aclimatarse. Por primera vez en su vida, se sintió amada y necesitada.

—Sois míos —les dijo a los caballos—. Y os prometo que de ahora en adelante voy a hacer todo cuanto esté en mi mano por

cuidar de vosotros.

Afuera se oyó el motor de un vehículo aproximándose desde la distancia. Julia fue a la oficina, rascó un trozo de hielo de la ventana y miró a través del cristal. La camioneta desaceleró al entrar por el camino del establo hasta detenerse en la entrada. El conductor se bajó del vehículo. Era Claude. Caminó con dificultad por el hielo intentando mantener el equilibrio con los brazos extendidos. Julia le abrió la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —dijo.

Traía el entrecejo fruncido y la cara roja de frío. Julia no sabría decir si estaba preocupado o simplemente enfadado.

—He venido a ocuparme de los caballos —lo dijo con orgullo y sin poder ocultar una sonrisa dibujándose en los labios, porque a pesar del gesto de amargado de Claude, había cuidado de los caballos ella sólita.

Claude emitió un sonido gutural de indignación y entró al establo. Julia fue tras sus pasos.

—Están bien —dijo ella intentando sonar segura de sí misma—. He roto el hielo de los abrevaderos y les he puesto de comer. Pero gracias por venir.

—Solo estoy haciendo mi trabajo. —Se fue directo al establo de Bonnie Blue y miró por encima de la puerta. Julia se asomó también. Blue mascaba heno a boca llena mientras Samantha mamaba meneando la cola como un perrillo.

—¿Sabes cuándo volverá la electricidad? —preguntó Julia.

—No.

—¿Debería preocuparme por si las cañerías se congelan?

—Si crees que preocuparse sirve de algo…

Julia torció el gesto. ¿Por qué tenía que ser tan irascible? Estaba empezando a preguntarse si siempre había sido un hombre tan parco en palabras, o si acaso tenía algo en contra de ella.

—¿Hay algo que podamos hacer para evitar que suceda?

Claude entró al establo y cerró la puerta tras de sí y comprobó el estado del cordón umbilical de Samantha.

—Esperar a que mejore el tiempo.

Julia se cruzó de brazos. Aunque él no estaba dispuesto a ser amable, al menos ella intentaría sonsacarle algo de información.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Claude pasó su mano por el lomo de Blue.

—¿Qué?

—¿Trabajabas para mis padres cuando nació mi hermana?

Claude se estiró sin apartar la mirada de los caballos, pero Julia notó que se estaba resistiendo. Era un movimiento mínimo, como un espasmo muscular imperceptible. Otra persona no lo habría notado, pero ella sí. El capataz se escondió bajo el cuello de Blue.

—Estuve veintisiete años trabajando para tus padres.

—Así que sabes lo de mi hermana.

Claude salió del establo, cerró la puerta y echó a andar por el pasillo.

—Oí que la señora Blackwood había perdido un bebé años atrás.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó? —preguntó Julia.

—No sé —contestó Claude. Entró en la oficina, cogió una botella de yodo del botiquín y regresó al establo de Blue.

Julia fue con él.

—Pero algo tienes que saber. Fletcher me dijo que mi padre y tú erais amigos.

Claude entró en el establo de Blue, se arrodilló y puso un poco de yodo en el obligo de Samantha.

—¿Ah, sí? —Tapó el bote de yodo, se incorporó y miró a Julia a los ojos por primera vez desde que había llegado—. Mira, trabajé para el señor y la señora Blackwood mucho tiempo, pero tengo la norma de no meterme en los asuntos personales de mis jefes. —Bajó la vista y abrió la puerta del establo, casi empujándola al salir—. Y eso te incluye a ti. —Se dirigió al cuarto de aperos.

Julia fue con él.

—Es que yo creía que…

Claude paró en seco y se giró hacia ella.

—Si quieres ayudar con los caballos me parece estupendo. Son tuyos. No puedo decirte nada, pero tengo que encargarme de Blue y la pequeña potrilla, ponerles paja fresca y hacer mil cosas. No tengo

tiempo para chismes.

Julia se puso roja. De repente, se sintió muy tonta, ahí en medio, con el abrigo de su padre y aquellas botas demasiado grandes. Hasta los guantes le estaban grandes. Se sentía como una niña jugando a vestirse de mayor. Escrutó el rostro de Claude, intentando pensar en algo que decir. Sus ojos reflejaban cautela. No iba a llegar a ninguna parte con él. O por lo menos, no aquel día. Primero tendría que ganarse su confianza.

—Muy bien —dijo—. Quiero ayudar.

Claude cogió un cabestro del cuarto de aperos, regresó al establo y trató de ponérselo a Samantha. Al principio se resistió, meneando la cabeza y moviéndose hacia atrás, bailando sobre sus finas y larguiruchas patitas sobre la paja. Luego le pasó un brazo alrededor de los hombros y le encasquetó el cabestro.

—Eso es —dijo con voz suave—. Nadie va a hacerte daño. ¿Ves? Es solo un cabestro. —Movió el cabestro sobre sus orejas y mejillas como acariciándola con él.

Sorprendentemente, sonaba amable y cariñoso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Julia con voz queda.

—Enseñándole que no debe tener miedo del cabestro. Debe acostumbrarse a sentirlo. —Continuó frotándolo por el rostro de Samantha mientras Blue los observaba sin dejar de mascar heno, totalmente despreocupada.

Al cabo de unos minutos, Samantha le dejó deslizar totalmente el cabestro y abrocharle la hebilla. Una vez puesto, Claude la soltó. Samantha sacudió la cabeza y brincó varias veces. Luego metió el hocico bajo el vientre de su madre y empezó a mamar. Claude amarró unas riendas al cabestro de Bonnie Blue, pidió a Julia que abriera la puerta y condujo a la yegua fuera del establo. Samantha los iba siguiendo con sus cascos pequeñitos haciendo clop clop sobre el suelo de cemento. Tras colocar a Blue y su potrilla en otro establo, cogió una carretilla y una horqueta y se las pasó a Julia.

—Tal vez lo mejor sea aprender cómo funcionan las cosas desde abajo —dijo.

Julia tomó la horquilla y empezó a trabajar rastrillando el establo

de Blue. Si para ganarse la confianza de Claude y sacarle información tenía que empezar desde abajo, aquel iba a ser el establo más limpio que hubiera visto en su vida.

CAPÍTULO 17

LILLY

DOS DÍAS DESPUÉS DE LLEVAR A LOS ELEFANTES A NADAR al estanque de la granja, Lilly estaba frente a Pepper en mitad del escenario de la carpa principal mientras Cole observaba a unos metros de distancia en el hipódromo. El señor Barlow aguardaba junto a él, chupando un grueso cigarro, con el rostro desencajado por la irritación. A su lado estaba Hank, portando un gancho, por si las moscas.

—Será mejor que esto no sea una pérdida de tiempo —dijo el señor Barlow.

—No lo será —dijo Cole—. Solo necesitamos unos minutos, eso es todo. —Miró a Lilly y le hizo un gesto—. Adelante.

Lilly respiró hondo y miró a Pepper a los ojos, intentando concentrarse en lo que quería pedirle que hiciera sin hablar. Si todo salía según lo planeado, podría dejar de ser la Médium Albina. Trabajaría con Cole y los elefantes y, con suerte, ya no habría que usar más ganchos, ni argollas. Pepper parecía aburrida y un poco confundida. Lilly abrió la boca y a punto estuvo de pronunciar una orden, pero luego se lo pensó mejor y optó por acariciarle la trompa.

—No me dejes mal, bonita —susurró—. Esto es por las dos.

Pepper emitió un sonido profundo y vibrante desde lo más profundo de su garganta, olisqueó el cuello y el pelo de Lilly y le dio un beso con la punta de su trompa, tras lo cual, empezó a balancearse.

—Muy bien, ya he visto bastante —dijo el señor Barlow—. A la elefanta le cae bien, ¿y qué? —Hizo ademán de marcharse.

—No, espere —dijo Cole—. Mire.

Lilly retrocedió a la posición inicial y dijo:

—Sube.

Pepper cesó el balanceo y se puso a dos patas.

—Sobre tu cabeza —dijo Lilly.

Pepper se puso bocabajo apoyándose sobre su cabeza y patas delanteras, manteniendo las patas traseras en el aire. Lilly miró de reojo al señor Barlow para ver su reacción, pero su rostro era inescrutable. Cole y Hank, por su parte, no podían dejar de sonreír como dos tontos.

—Abajo —dijo Lilly.

Pepper bajó las patas, se arrodilló y se echó sobre un costado. Lilly dio un paso adelante y la ordenó levantarse.

—Arriba.

Pepper se reincorporó, enrolló la trompa alrededor de Lilly y la subió graciosamente sobre su cabeza, colocándosela encima del cuello. Lilly sonrió y levantó un brazo en el aire, imitando a los grandes artistas. Cole y Hank rompieron en aplausos.

Justo entonces, el domador de elefantes apareció en la arena. Parecía muy enfadado.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué estáis haciendo con mi elefante?

—Creo que te refieres a *mi* elefante —corrigió el señor Barlow —. Pero yo también quiero saber qué estamos haciendo aquí, exactamente. —Miró a Cole.

Cole se quedó mirando al señor Barlow como si estuviera frente al hombro más tonto de la tierra.

—¿No ha visto lo que acaba de suceder? —Apuntó al escenario con el brazo. Lilly tiene un don. Nueve de cada diez veces, Pepper

se niega a ponerse bocabajo sobre su cabeza, pero lo hace cada vez que Lilly se lo pide. Los elefantes la obedecen como a nadie. Nunca he visto nada igual. ¡Si las saca usted a escenario juntas serán la atracción estrella!

El señor Barlow se sacó el puro de la boca.

—Lilly ya es una atracción estrella. Y los elefantes también. Así que ¿por qué iba a combinar dos atracciones estrella para quedarme solamente con una pudiendo tener dos? Eso no es tener mano para los negocios, chico. Pero supongo que esa es la razón por la que yo soy el dueño de este circo, y tú no. —Agitó el brazo en el aire con gesto despectivo—. Y ahora saca de aquí a ese elefante, vuelve a llevarlo a la casa de fieras, y déjate de tonterías. Tenemos función en dos horas.

Lilly se apeó de Pepper y permaneció junto a ella, sorprendida por lo hondo de su pesar. Sabía que el señor Barlow nunca la dejaría actuar con los elefantes, pero Cole estaba tan seguro de su plan, que había empezado a creérselo. Ahora tenía que asumir el hecho de que jamás podría dejar de ser la Médium Albina.

El rostro de Cole se tiñó de enfado y frustración.

—Si Lilly es una de sus atracciones estrella, tal vez Merrick debiera empezar a pagarle.

El gesto del señor Barlow se torció con una sombra de disgusto.

—Mientras Merrick me pague mi parte, me importa una mierda lo que haga. —Miró a Hank—: Me sorprende que te hayas prestado a formar parte de esto.

—Él no tiene nada que ver. Solo le dije que trajera a Pepper aquí, nada más. No le expliqué por qué —dijo Cole.

—Basta ya —masculló el señor Barlow—. Este circo lleva veinte años funcionando perfectamente, sin la ayuda de ningún mocoso sabelotodo como tú. ¡Y ahora regresad al trabajo si no queréis que os despida a todos! —Volvió a ponerse el puro en la boca y se fue de la carpa.

Lilly miró a Cole, se encogió de hombros y ahogó un par de lágrimas.

CAPÍTULO 18

JULIA

LA TARDE SIGUIENTE A LA TORMENTA DE HIELO, DESPUÉS de acabar con los caballos y que Claude se fuera a su casa, cogió una lámpara de aceite y se adentró en el despacho de padre en busca de información sobre su difunta hermana. La electricidad todavía estaba cortada, las ramas recubiertas de hielo temblaban al otro lado de los cristales, traqueteando las unas contras las otras como un montón de huesecillos. Pero a pesar de estar viendo el vaho que producía al respirar del frío que hacía en aquella estancia, y del cansancio que sentía después de haberse pasado media jornada limpiando establos, no podía ignorar el fuego que la necesidad por saber la verdad había prendido en su interior.

Colocó la lámpara en el escritorio, abrió el cajón central y buscó en el interior tratando de dar con la llave que debía abrir el compartimento que estaba cerrado. Tenía que estar ahí, por alguna parte. Palpó por las esquinas del fondo pero se halló con las manos vacías; trató de abrir la cerradura con un alfiler sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, y deslizó un abrecartas por la rendija del marco consiguiendo únicamente partirlo en dos nada más intentarlo.

—¡Mierda! —siseó. Dejó el abrecartas y se examinó los nudillos.

Se los había raspado dejándoselos en carne viva. Por si no tuviera bastante con las ampollas que le habían salido en las palmas de las manos de tanto meter la pala en el estiércol, ahora también tenía raspones en los nudillos. Maldijo para sus adentros, se cubrió los nudillos heridos con la otra mano intentando calmar el dolor palpitante, y buscó cuidadosamente entre los papeles del resto de cajones. Los cogió uno por uno, acercándolos a la lámpara, entrecerrando los ojos en un esfuerzo por leer la fina impresión de las letras. Se trataba de correspondencia de negocios, recetas indescifrables de médicos, talonarios, facturas y recibos. Nada significativo.

Se levantó con frustración y miró alrededor, como si la repuesta estuviera allí, oculta en algún lugar. La luz de la lámpara parpadeó en las paredes y las estanterías, reflejando su llama sobre los trofeos y los marcos de fotografía. Examinó los títulos de los libros y, empezando por el primero, los fue abriendo uno por uno, pasando las hojas, para devolverlos nuevamente a su sitio. Las páginas polvorientas la hicieron estornudar. Iba rápido, no quería enfriarse, y estaba ansiosa por encontrar la dichosa llave, o quién sabe, tal vez alguna pista más sobre su hermana y lo que sus padres habían hecho. Junto a un buen número de volúmenes relacionados con la cría de caballos y medicina veterinaria, también había novelas, colecciones de poemas, libros de referencia y enciclopedias caducas.

Se subió a un taburete para alcanzar un conjunto de seis libros antiguos con las tapas de piel erosionadas que había entre dos reposalibros con forma de elefante. Tenían más polvo que los otros, y las páginas eran más finas y amarillentas. Al coger el cuarto, se sorprendió al notar que prácticamente no pesaba nada, a pesar de tener la misma forma y tamaño que los otros cinco. Bajó del taburete, abrió el libro y soltó un gemido de sorpresa.

Habían recortado y vaciado el centro del libro para que sirviera de caja, y en el hueco había un montoncito de papeles de periódicos antiguos, recortes y papeles. Se llevó el libro al escritorio y se sentó, temblando por adelantado. Se sopló las manos para calentárselas primero, tomó uno de los recortes y lo desdobló con sumo cuidado

para no rasgar el papel.

El titular del artículo decía: EL CIRCO VIENE A LANGHORNE, PENNSYLVANIA. Bajo el titular se veían fotos granuladas en blanco y negro con dos hombres de esmoquin y dos mujeres con vestidos de gala sujetando cuatro caballos blancos por las bridas. En medio de los caballos, un hombre con sombrero de copa y chaqueta de pingüino sonreía a la cámara.

Julia examinó el artículo detenidamente. ¿Por qué sintió su padre la necesidad de esconder un artículo sobre el circo? Cogió el siguiente objeto. Era una entrada de El Circo de los Hermanos Barlow. Volvió a mirarlo. Se trataba del mismo circo.

El siguiente recorte destacaba una fotografía de lo que parecía ser una preciosa mujer de pelo blanco vestida igualmente de blanco. Lucía una gargantilla en el cuello y llevaba el pelo peinado hacia atrás con pasadores de perlas. Tenía la mirada perdida y los labios apretados, como si estuviera tratando de no llorar. El pie de foto decía: LA MÉDIUM ALBINA. Otro artículo anunciaba que el circo venía a Saratoga, Nueva York, y ahí estaba de nuevo aquella mujer, sentada en la trompa de un elefante, esta vez sonriendo, con un brazo enjoyado extendido hacia el aire y los pies con bailarinas apuntando hacia abajo. Había más artículos y entradas de diferentes ciudades, Nueva York, Pennsylvania, Vermont, Connecticut, todas de el Circo de los Hermanos Barlow.

La mente de Julia se puso a cavilar a toda máquina. Su padre nunca la había llevado al circo. ¿De dónde había sacado todas esas entradas? ¿Por qué estaba tan interesado en aquel circo en particular? ¿Y por qué sentía que debía esconder todo aquel material, los recortes de periódico, los boletos? ¿Y por qué la mayoría de los artículos que había guardado tenían que ver con la albina? ¿Coincidencia? ¿Tenían un lío? ¿Por eso iba tanto al circo? ¿Por eso bebía, porque no podían estar juntos? ¿Fue aquella transgresión, sumada a la pérdida de su primera hija, el motivo que subyacía tras la miseria de madre?

Julia volvió a dejar los recortes y las entradas en el interior del libro en un estremecimiento de confusión. Quería quedarse en el

despacho y seguir buscando nuevas pistas, así como la llave del cajón cerrado, pero hacía demasiado frío. Tenía que volver a la chimenea. No solo eso, sino que además no había comido nada desde la hora del desayuno, y le crujían las tripas de hambre. Dejó el libro en el escritorio, agarró la lámpara y salió del despacho.

En el salón, se arrodilló frente al fuego, intentando entrar en calor, y se quedó mirando las llamas, pensando, pensando… La desesperación se instaló debajo de sus costillas. Tenía que averiguar más cosas: sobre su hermana muerta; sobre los secretos de padre; sobre sus padres, sobre todo, sobre lo que habían hecho. El fuego crepitaba lanzando pavesas al aire, perdiéndose por la chimenea en una columna de humo gris, hipnotizándola.

Tocaron tres veces a la puerta y se sobresaltó. Se puso de pie. ¿Quién podría ser a aquella hora y con aquel tiempo? Claude se había ido hacía horas. A lo mejor se le había averiado el coche a alguien que necesitaba usar su teléfono. Otros tres golpes, esta vez más fuertes e insistentes. Atravesó el salón de un brinco y se detuvo en seco frente a la puerta. Si fuera alguien que necesitara su ayuda, estaría en la puerta principal, y no frente a la entrada de servicio. Y estaba sola en la casa, a más de dos kilómetros de distancia del vecino más cercano. Apagó la lámpara de un soplo y aguardó a ver si se cansaban de tocar y se iban.

—¿Julia? —Era la voz de Fletcher.

Julia dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Ya voy! —gritó, sintiéndose un poco ridícula.

Volvió a prender la llama de la lámpara, fue al vestíbulo y le abrió la puerta. Él se apresuró a entrar y se restregó las botas en el felpudo, con el rostro rojo de frío medio oculto por una gorra de aviador de piel. Olía a invierno y a heno, a colonia de aromas silvestres. El corazón de Julia se levantó de alegría por el mero hecho de ver un rostro conocido.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? ¿Has pasado por el establo? ¿Va todo bien?

—Los caballos están bien, pero quería asegurarme de que tú también lo estabas.

—Estoy bien, gracias —sonrió—. Tengo un poco de frío, pero bien.

—¿Tienes el fuego encendido?

—Sí.

Fletcher tensó los hombros y enterró las manos enguantadas con ímpetu en los bolsillos de su abrigo.

—Brrrrrr. Hace un frío que pela ahí fuera. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Traer leña? ¿Comprobar los grifos?

—¿Comprobar los grifos? —preguntó ella con gesto de extrañeza—. ¿Por qué?

—Bueno, deberías abrirlos y dejarlos goteando para que las cañerías no se congelen.

—Claude no me ha dicho nada.

—Te lo dije. No habla mucho —sonrió.

—Lo sé, pero mira que le pregunté específicamente sobre qué podía hacer para evitar que las cañerías se congelaran. —Por un instante, consideró brevemente la idea de preguntarle si sabía algo de su hermana muerta, pero luego se acordó de que había entrado a trabajar en Blackwood Manor apenas unos meses antes de la muerte de padre—. Menos mal que por lo menos vino a ocuparse de los caballos.

—Siempre podrás confiar en Claude para eso. —Se quitó los guantes, fue a la cocina, abrió el grifo lo justo para que goteara, y luego se giró hacia ella y se quedó mirándola.

—¿Qué?

—¿Vas a enseñarme dónde están los otros grifos?

Pensó en enseñarle los grifos de los ocho baños, pero luego cambió de idea. Si lo único que había que hacer era abrirlos para que gotearan, podía hacerlo ella misma.

—No te preocupes, yo lo haré.

—Como quieras —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Qué hay de la leña? ¿Tienes suficiente?

—Creo que sí.

—Intenta no abrir la nevera demasiado. Así te durará más la comida.

—Muy bien —dijo ella dirigiendo su mirada hacia la nevera.

—Aunque claro, también puedes colocarla en los escalones de la entrada. Hace suficiente frío ahí fuera.

—¿La nevera? No creo que pueda levantarla —rio.

—Ese es bueno —sonrió. Volvió a ponerse los guantes y caminó hacia la puerta—. Bueno, supongo que debería irme. La carretera está fatal.

Pensó en pedirle que se quedara un rato pero luego temió que creyera que estaba flirteando con él. Además, podía estar casado. Nada más abrirle la puerta, se dio cuenta de que no quería estar sola. Las palabras salieron de su boca casi sin su permiso.

—¿Quieres pasar y entrar en calor antes de irte? Hay comida, por si tienes hambre, y *brandy*.

—El *brandy* está bien —sonrió.

—Vale. —Cogió dos vasos de zumo—. No sé dónde están las copas de *brandy*.

—No te preocupes. Soy veterinario, ¿recuerdas? Yo si tengo sed bebo aunque sea de un abrevadero.

—¡Puaj! —Puso cara de asco.

—Oye, pues deberías probarlo, no te creas. Es especialmente bueno cuando llevas sentado bajo el sol varios días. Te da un aporte extra de energía.

Julia sacudió la cabeza riéndose de camino al salón. El fuego se estaba apagando. Dejó los vasos en la mesa de café frente al sofá.

—¿Te importaría ir a por unos leños mientras voy a por el *brandy*?

—Claro que no.

Fue al despacho a por el *brandy*, sorprendida consigo misma por lo feliz que le hacía tener visita. Después de la tormenta, la preocupación por los caballos, descubrir que tuvo una hermana y los misteriosos hallazgos que había hecho en el despacho de su padre, tal vez lo mejor era distraerse con algo de compañía y darle un respiro a su mente. Al regresar al sofá pilló a Fletcher recostándose como si hubiera vivido allí toda su vida, relajado y disfrutando del fuego, con una pierna cruzada sobre la otra.

—Es viejo, pero debería estar bueno —sonrió mostrándole la botella.

—Bueno, supongo que vas a averiguarlo, ¿no? —dijo él.

Llenó los vasos por la mitad, le pasó uno, y se sentó a su lado. Él pegó un trago e hizo guiños.

—¿Asqueroso?

—No, no, está bien.

—Pues tu cara no dice lo mismo.

—Tengo que confesarte algo. No soy muy buen bebedor de *brandy* que digamos. Yo soy de espíritu cervecero.

—Entonces ¿por qué…?

—Porque en una noche como esta lo que pide el cuerpo es un *brandy*. —Vació el vaso, lo dejó sobre la mesa y tragó, intentando no hacer guiños—. Y tenías pinta de necesitar algo de compañía.

Julia se puso roja y apartó la mirada, volviéndose hacia el fuego. ¿Por qué estaba siempre dando por sentado lo que ella necesitaba?

—¿Quieres otro?

—No, gracias. —Se inclinó hacia delante apoyando los codos en las rodillas y contempló el fuego.

Julia pegó un sorbo y le miró por el rabillo del ojo, preguntándose por qué habría accedido a quedarse. Se diría que había aceptado la invitación a tomarse un *brandy* solo para poder pasar tiempo junto a ella. Pero eso era imposible. Él era un veterinario con estudios universitarios y ella ni siquiera llegó a graduarse en el instituto. Alguien tan apuesto y dotado tenía que tener novia a la fuerza, o prometida, o esposa. A lo mejor hasta tenía un par de niños y un perro. Sacudió la cabeza tratando de pensar racionalmente. Había venido a comprobar que los caballos estuvieran bien y había aceptado la invitación porque era un hombre amable y educado. Nada más. Para ser totalmente sincera, lo cierto era que se sentía agradecida por haber conocido a alguien amable en Blackwood Manor. Tal vez él estaba en lo cierto, y era verdad que necesitaba compañía.

A pesar de que había tomado la decisión de no preguntarle si sabía algo sobre sus padres y su hermana, cambió de opinión. A la

gente amable le gustaba ayudar a los demás, y ella necesitaba ayuda, qué duda cabía. A lo mejor había oído algo —si no por boca de Claude, de alguna otra persona—. Después de todo, conocía a los granjeros de la zona, y a la gente le encantaba hablar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué si soy soltero? Sí —sonrió.

Julia volvió a ruborizarse.

—Eso no era lo que iba a decir.

—¿Cómo es posible que no esté casado? —Levantó las manos como si estuviera a punto de confesar un crimen—. Supongo que todavía no he encontrado a la persona apropiada. Lleva tiempo encontrar a una mujer que pueda apreciar a alguien como yo. Soy atractivo, encantador, bien educado. ¿Quién podría resistirse a un tipo que lleva las botas llenas de mierda y mete las manos por la vagina de una vaca? —Se apoyó nuevamente, pasó el brazo por el respaldo del sofá, y le lanzó una sonrisa burlona—. ¿Y tú? ¿Eres soltera, o tengo que pelearme con alguien por tu amor?

No podía contestar. Se había olvidado de respirar, como si ya no hubiera forma de soltar el aire después de haberlo cogido. Tuvo la sensación de que habían intimado demasiado. Ninguno de los dos se movió. Él la miró con desconcierto y luego, su expresión se fue volviendo más seria. Ella sintió que se deshacía bajo su mirada escrutadora. Se puso de pie, cogió los vasos y enfiló hacia la cocina.

—Creo que deberías irte —dijo—. Es tarde y necesito dormir un poco. Gracias por tu ayuda.

Él se levantó y la siguió hacia la cocina.

—No hay problema —dijo con tono de desconcierto.

Julia dejó los vasos en el fregadero y le abrió la puerta.

—Volveré mañana para revisar las cañerías.

—Muy bien, te veo mañana entonces. Gracias otra vez.

—Buenas noches —sonrió de un modo extraño y se perdió en la noche fría.

Una vez se hubo marchado, se apoyó contra el mostrador e intentó aclarar la mente. No tenía ni idea de si Fletcher se estaba haciendo el gracioso o… Y de repente, se sintió como una

quinceañera enamorada, con las manos sudorosas y las rodillas flojas. Pero eso no podía ser. Acababa de conocerle. Ni siquiera sabía si podía confiar en él. Demonios, después de todo lo que había pasado, no podía confiar en nadie.

CAPÍTULO 19

LILLY

TRES SEMANAS DESPUÉS DE QUE COLE INTENTARA CONVENCEr al señor Barlow de que pusiera a Lilly a actuar con los elefantes, el Circo de los Hermanos Barlow llegó a una ciudad a las afueras de Nueva York en pleno fin de semana del 4 de julio. Jamás habían actuado en un lugar tan grande, y tanto el señor Barlow como Merrick iban de un lado para otro ladrando órdenes sin parar.

Glory estaba en el vestuario terminando de peinar a Lilly y de ayudarla con la gargantilla.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Glory—. El señor Barlow dice que no podemos permitimos ningún error si queremos que nos dejen volver a actuar aquí el año que viene.

—No, pero cuanto más grande es el sitio, a más gente tengo que mentirle.

—Lo sé, pero piensa que aunque no sea verdad, al menos haces felices a los paletos que se van de aquí creyendo que han hablado con sus seres queridos.

—Es justo lo que trato de decirme a mí misma. Pero ¿qué pasará cuando todo el mundo descubra que no soy más que una farsa?

—Tienes que dejar de preocuparte con tanta antelación. Es una

pérdida de tiempo y no ayuda a cambiar las cosas.

—Vamos, Lilly —dijo Merrick asomándose por la cortina de la tienda.

Lilly se levantó, abrazó a Glory y se fue con Merrick.

Durante las próximas horas, desfilarían por la tienda de la Médium Albina todo el espectro de paletos habidos y por haber, desde aquellos que buscaban contactar con sus madres fallecidas, hasta las ancianitas desesperadas por saber algo de sus gatos muertos. Cuando Pierre maulló desde el interior del armario y la anciana de cabellos grises que había sentada frente a ella sonrió, a Lilly le entraron ganas de llorar, pero hasta que no se presentó la ocasión de trabajar con los elefantes, no se había dado cuenta de lo harta que estaba de aquel bolo. Y en el fondo de su corazón sabía que algún día cometería un error y alguien la señalaría destapando el fraude, y ya nadie querría pagar para verla.

La anciana de cabellos grises se marchó y Merrick le pasó dos nombres en lugar de uno, como solía hacer, porque el siguiente paleto deseaba contactar con dos familiares muertos. Tan pronto como Merrick se fue, entró un grandullón de aspecto hosco, con chaqueta de piel y mono vaquero. Debía rondar la cuarentena, el rostro mugriento con barba de tres días, el pelo despeinado y desprendiendo olor a cerveza y cigarrillos. Se dejó caer en el asiento, frente a Lilly, con el ceño fruncido, inclinándose hacia delante, los codos apoyados cobre la mesa, como si fuera a echar un pulso con el enemigo.

Lilly tragó saliva. De repente, se le había quedado la boca seca.

—Hola. Bienvenido. Antes de empezar, déjeme explicarle brevemente lo que hago. Llevo comunicándome con los muertos desde los cuatro años, hasta que me di cuenta de que necesitaba compartir mi don. Me gustaría que cerrara los ojos y pensara en la persona de la que le gustaría saber. Mientras lo hace, intentaré contactar con el mundo de los espíritus. Le haré algunas preguntas que usted deberá contestar con un sí o un no. ¿Está listo?

—John —dijo el hombre.

—¿Ese es su nombre o de la persona con la que desea contactar?

—preguntó Lilly en un parpadeo de confusión.

—El mío.

—Muy bien, John. Por favor, relájese, cierre los ojos, y piense en la persona con la que le gustaría contactar.

—No pienso hacer nada de eso —dijo John.

Lilly se puso tensa. *Ya estamos*, pensó, *el primer paleto difícil del día*.

—Lo siento, tal vez no lo ha entendido bien. ¿Le gustaría contarme algo de usted? A lo mejor eso podría…

—Perdí a mi esposa e hijo en un accidente de tráfico, hace un año. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

—No —negó Lilly sacudiendo la cabeza—, no lo sabía, pero siento mucho su pérdida. Debe ser extremadamente difícil para usted. Si me da una oportunidad, puedo intentar contactar con ellos.

—Fue culpa mía porque iba borracho, y llevo intentando pedirles perdón desde entonces —dijo del hombre clavando la mirada acuosa en ella—. He ido a ver a toda clase de personas que aseguraban que podían contactar con mi esposa y mi chico, que podían hacer que se manifestaran en la habitación para que yo pudiera pedirles perdón. Eso es lo único que necesito. Tan solo quiero decirles que lo siento. —Tenía el rostro desencajado por el dolor.

—Entiendo —dijo—. ¿Por qué no tratamos de ver si puedo ayudar? —Cerró los ojos y aguardó unos segundos antes de proseguir, con la culpa revolviéndole el estómago. La agonía del rostro de John ardió en su memoria junto a la de otros miles de paletos a los que había engañado haciéndoles creer que podía hablar con los espíritus del otro lado—. Veo la figura de una mujer. Era muy guapa. Creo que se llamaba Lisa… No, espere… Lynette.

—Déjalo ya —dijo John con voz dura.

—¿Disculpe? —dijo Lilly abriendo los ojos.

—He dicho que lo dejes.

—Perdone, no lo entiendo. ¿Hay algo que va mal? A veces se necesita un poco de tiempo para…

—Sí, hay algo que va mal —interrumpió John mirándola

fijamente—. Eres una farsante, como todos los demás. Médiums, guías espirituales, espiritistas… ¡Sois todos unos malditos farsantes! —escupió las palabras como si fueran veneno.

—Lo siento —volvió a decir—. Pero…

—Solo quiero saber una cosa… ¿Qué clase de persona coge el dinero de un pobre trabajador y le miente a la cara sobre un pariente fallecido?

—Yo… —Sacudió la cabeza—. Yo… No… Pero si me deja…

John se puso en pie bruscamente y golpeó la mesa con los puños, haciendo saltar los candelabros y la bombilla.

—¡No me mientas! —gritó con el pecho inflamado, expandiéndose y contrayéndose—. ¡Sabía que esto era una trampa!

Lilly se levantó de la silla y retrocedió temblando de miedo.

—Escuche, John. Si se calma, puedo devolverle su dinero…

John salió hecho una furia hacia el armario dispuesto a abrir la puerta, pero al notar resistencia, atravesó la madera con los puños, agarró a Pierre de la pechera y lo sacó a rastras.

—¿Quién es este? —gritó.

—¡Suéltame! —gritó Pierre intentando pegarle puñetazos en el estómago, pero sus brazos eran demasiado cortos, y no llegaba. Jonh le levantó en el aire y lo sacudió como un muñeco de trapo.

—¡No! —aulló Lilly—. ¡No es culpa suya!

Justo entonces, la cortina trasera se abrió y Merrick entró como un rayo precipitándose sobre John, echándole un brazo al cuello e intentando tumbarle sobre el suelo. Pierre se escabulló en un rincón con la cara más blanca que la leche. John logró zafarse de Merrick. Le dio la vuelta y le pegó un puñetazo. Encontró un punto de apoyo, se puso en pie y volcó la mesa de un manotazo. Las velas salieron despedidas y la bombilla de cristal se rompió en mil pedazos contra el suelo. El «bebé espíritu» sin piernas osciló arriba y abajo desde el gancho de madera del que pendía debajo de la superficie de la mesa, con los brazos de relleno colgando de la cabeza de hilo. Pierre apartó las velas de un puntapié, y Merrick agarró a John por los hombros. El tipo, que era casi el doble de grande que Merrick, se deshizo de este, le empujó contra el suelo y le apuñeteó la cara.

Luego se levantó y arrancó las cortinas, las estrellas colgantes y los espejos. Merrick gruñía en el suelo, retorciéndose de dolor sobre el costado.

—¡Pare! —dijo Lilly—. ¡Por favor, John! ¡Pare!

John bramó como un loco y rasgó una de las lonas de la pared provocando que el techo casi cayera desplomado. Luego arrancó la lona de la entrada dejando al descubierto el interior de la tienda ante la fila de paletos que aguardaban su turno. Una mujer resolló de miedo retrocediendo unos pasos y varios hombres se pusieron delante de ella para protegerla.

John lanzó una mirada salvaje a la multitud con los trozos de lona y cortinas que había arrancado entre sus manos.

—¡Os están robando el dinero! —gritó—. ¡Es una farsa!

A la gente se le caía la boca al suelo, confusa, conmocionada, con el rostro desencajado por la furia. Varios hombres agitaron los puños en el aire exigiendo que se les devolviera el dinero, mientras que otros tantos refunfuñaban entre ellos.

Merrick hizo esfuerzos por incorporarse ayudándose de las manos.

—Oigan, atiendan… —dijo con la sangre chorreándole por la nariz—. ¿Es que no ven que este hombre está borracho? ¡Y en una reunión familiar, nada menos! ¡No sabe lo que dice!

—Entonces ¿por qué le estáis preguntando a la gente los nombres de las personas con las que quieren hablar antes de entrar? —gritó una mujer joven desde la multitud.

—¡Sí! —gritó otro hombre—. ¿Para qué?

—Como garantía de devolución del dinero, ya se lo hemos explicado —se justificó Merrick apuntando hacia Alana, que se encontraba entre la tienda y los paletos, apretando la libreta de notas contra el pecho, con el rostro desencajado y vuelto ceniza—. Ella es la única que ve los nombres. También guardamos registro de cada espíritu con el que la Médium Albina logra contactar porque estamos tratando de batir el récord mundial. Y cuando salga publicado en los periódicos, sabrán que fue gracias a ustedes y a sus seres queridos fallecidos. ¡Sus familias serás famosas!

—¡Monsergas! —gritó un hombre.

—¡Mientes! —gritó otro.

—¡Y tanto que miente! —exclamó John. Caminó fatigosamente hacia el armario y sacó el guante de peluche—. ¿Veis esto? Es con lo que ese enano de ahí te conmueve mientras la albina te dice que está sintiendo una presencia. —Sacó la harmónica, la campana y la pandereta y las tiró al suelo—. ¿Veis? ¡Está todo amañado!

Merrick arremetió contra John con la fuerza de un ariete y lo empujó contra el armario. John se estampó en un amasijo de madera astillada, brazos y piernas. Los paletos se acercaron para ver la acción en primera línea, mirando embobados y poniéndose de puntillas para ver sobre las cabezas de los demás. Varios hombres se aproximaron golpeándose la mano con el puño. Lilly se apartó de ellos con el corazón desbocado. Le costaba respirar. Quería salir corriendo pero no había ningún lugar al que ir. Merrick, Alana, Pierre y ella estaban rodeados. John sacudió la cabeza, salió a rastras del armario aplastado y se puso en pie.

—¡Hijos de la gran puta! —gritó uno de los paletos—. ¡Quiero que me devuelvan el dinero!

—¡Yo también! —gritó una mujer.

La algarabía de gritos y enfado se extendieron por la multitud. Finalmente, los gorilas del señor Barlow se hicieron hueco entre la gente y entraron en la tienda hechos una furia. Normalmente, los gorilas solían calmar a los clientes insatisfechos ofreciéndoles entradas gratis para el espectáculo principal o —si el cliente problemático era hombre—, dándoles pases gratuitos para el *show* especial que tenía lugar detrás de los vagones de equipaje, al que solo se podía acceder por el boca oreja. Pero a veces no les quedaba más remedio que usar la fuerza bruta. Aquella era una de esas veces.

Al principio, John confundió a los gorilas con paletos furiosos que querían aplacarle, sin más, pero cuando cargaron contra él abrió los ojos como platos mirando a todas partes en busca de una escapatoria. Antes de que pudiera tener siquiera la oportunidad de salir corriendo, uno de los gorilas le agarró de la muñeca, se la retorció detrás de la espalda, le enrolló un brazo musculoso

alrededor del cuello y le sacó a rastras de la tienda. John escupió y clavó las uñas en el brazo pero no podía escapar. El otro gorila permanecía de brazos cruzados, estratégicamente situado entre Lilly y la multitud, mirando a los paletos con actitud desafiante, advirtiéndoles con la mirada de que no se atrevieran a meterse de por medio. Merrick alzó las manos nuevamente y habló a la muchedumbre.

—Muy bien, amigos, no pasa nada. Ya nos hemos librado de ese pesado. Si ya habían pagado para ver a la Médium Albina les devolveremos el dinero. Ya no atenderá a nadie más por hoy. Y a todos los demás, por favor, circulen. Aquí no hay nada que ver.

Los paletos que habían pagado refunfuñaron mientras se dirigían hacia Alana, empujándose unos a otros para amontonarse en la fila de las devoluciones. El resto era reacio a marcharse por temor a perderse algo.

—Vamos, vamos, circulen —dijo Merrick moviendo el brazo el aire.

El señor Barlow se hizo paso entre los rezagados.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó a Merrick.

—Un imbécil la ha desenmascarado. Los paletos lo han oído todo —dijo en voz baja volviéndose de espaldas al público.

—¡Jesús! —exclamó el señor Barlow—. ¿Y ella qué ha hecho?

—Yo no he hecho nada —se apresuró Lilly a contestar—. Ese paleto ya venía con la intención de armarla antes de entrar en mi tienda.

—¿Por qué? —preguntó el señor Barlow.

—Porque creía de antemano que yo era una farsante.

Algunas mujeres que esperaban en la cola de las devoluciones oyeron lo que Lilly dijo y se pusieron a cotillear ocultando la boca tras sus manos.

—Cierra el pico, puta idiota —la riñó Merrick.

—Me da igual —dijo—. Estoy harta de mentirle a la gente. Ya no puedo más.

—Me importa una mierda. Tú harás lo que yo te diga. De no ser por mí, estarías todavía encerrada en el ático de tus padres, te

habrías vuelto loca. Te salvé el puto culo y, por lo tanto, me perteneces. —Hizo una pausa para mirarla, desafiándola a contestar si se atrevía.

Lilly guardó silencio. Era inútil.

Merrick le hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Vuelve al tren y quédate allí. Volverás a trabajar en cuanto arreglemos la tienda.

El señor Barlow echó un vistazo a la colección de paletos enfadados.

—Ya es tarde para eso. Se ha corrido la voz de que es una farsa y esas cosas se extienden como la pólvora —dijo el señor Barlow—. Cuando la poli se entere la cosa se va a poner caliente —maldijo entre dientes y apretó los puños—. ¡Y en la mejor plaza que hemos tenido hasta ahora! —Señaló a Merrick con la mirada incendiada de furia—. Será mejor que se te ocurra otro número para ella. Mientras tanto, puedes recuperar tus pérdidas poniéndola a trabajar para Josephine en el *show* de chochitos.

CAPÍTULO 20

JULIA

DOS DÍAS DESPUÉS DE LA TORMENTA DE NIEVE Y DE LA VISITA por sorpresa de Fletcher, el tiempo mejoró y el hielo empezó a derretirse. El agua goteaba sobre el suelo empapado y la nieve caía desde los tejados y los edificios en bloques húmedos y gigantes. Las estalactitas goteaban desde las ramas de los árboles y los cables del tendido, y pedazos de hierba verde y piedra húmeda empezaron a hacerse visibles bajo el campo de hielo traslúcido. La electricidad había vuelto y la caldera resucitó en el sótano de la mansión Blackwood. La casa volvió a la vida en cuanto empezó a calentarse.

Julia se echó un suéter por encima y contempló la escena húmeda desde la ventana de la cocina, sorbiendo una taza caliente de té con miel. Allá en el establo, alguien estaba aparcando una camioneta con remolque de caballos. Al principio creyó que se trataba de la camioneta de Fletcher, pero luego vio que del vehículo bajaba un hombre al que nunca había visto. El tipo fue directo a la oficina.

Fletcher se había pasado el día anterior para revisar las cañerías, tal y como dijo que haría, pero solo se había quedado durante unos minutos. Le estaba esperando un cliente en otra granja y no podía

llegar tarde. Fue educado pero mantuvo un trato formal todo el rato, y Julia no sabía qué decirle salvo darle las gracias. Pensó en disculparse, pero ¿por qué? No lo tenía muy claro. ¿Por el extraño intercambio de palabras que habían tenido? ¿Por haberle pedido que se marchara tan pronto? ¿Por haberle mandado de vuelta al camino cubierto de hielo después de haber sido lo suficientemente amable como para invitarle a pasar? Fue él quien decidió aventurarse hacia Blackwood Manor en una noche tan peligrosa. Ella no le había pedido que viniera. Y no estaba obligada a mantenerle a salvo ni mucho menos. Además, incluso si hubiera querido que se quedara, por motivos de seguridad, por supuesto, lo último que necesitaba es que Claude pensara que había algo entre ellos. Pero, aun así, no podía soportar la idea de que él pudiera haberse molestado con ella.

En el establo, el hombre salió de la oficina, volvió a la camioneta y aparcó el tráiler frente a la puerta principal, tras lo cual bajó del vehículo y regresó otra vez a la oficina. Julia frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando? Claude no había mencionado que estuvieran esperando recibir ningún caballo, ni tampoco que fueran a vender uno. Y tampoco tomaría esa decisión sin preguntarle a ella. ¿O sí? Se quedó pegada a la ventana, paralizada por la indecisión. No sabía si ir hasta allí y preguntar, o esperar y ver qué sucedía. Y en mitad de aquel debate interior y antes de que pudiera decidirse, el hombre se subió a la camioneta y se marchó. Claude dejó salir a algunos de los caballos por el potrero. Los animales corrían, coceaban y rodaban por la nieve, disfrutando de la libertad tras el encierro sufrido a causa de la tormenta. Bonnie Blue salió corriendo del establo y galopó alrededor del perímetro de la valla con la cabeza alta y las aletas de la nariz dilatadas. Parecía desesperada, relinchando y llamando, esperando que alguien respondiera.

A Julia se le paró el corazón.

¿Dónde estaba Samantha?

Dejó la taza en el mostrador con tanta fuerza que a punto estuvo de romperla. Corrió al vestíbulo, se puso las botas y la chaqueta a la

velocidad del rayo y voló hacia el establo. Si le había pasado algo a Samantha… No quería ni pensarlo. Cruzó el jardín esquivando los trozos de hielo y los charcos hasta llegar al establo. Abrió la puerta de la oficina de par en par y se plantó en mitad del pasillo buscando frenéticamente a Claude. Estaba echando paja en uno de los establos.

—¿Dónde está Samantha? —dijo con la voz quebrada por el miedo—. ¡He visto a Bonnie Blue ahí sola y está fuera de sí!

Claude dejó de repartir paja y la miró con gesto confundido.

—Está con una yegua nodriza.

—¿Por qué? ¡Blue está loca! —Los latidos de su corazón se fueron relajando, pero solo un poco.

Claude le brindó una mirada severa, como si ella ya debiera conocer la respuesta.

—Blue es una de nuestras mejores yeguas. Necesitamos que vuelva a criar lo antes posible.

—¿Y qué tiene eso que ver con apartarla de Samantha?

—Necesitamos que deje de amamantar a Samantha para que Blue vuelva a entrar en celo.

—Pero solo tiene tres días. ¡Es demasiado pequeña para apartarla de su madre!

—Así es como se hacen las cosas. Blue lo superará. Siempre lo hace —dijo Claude encogiéndose de hombros.

Un arrebato de dolor y enfado le subió por el pecho. Sabía que cuando trabajabas con animales a veces tenías que tomar decisiones duras, pero apartar a una potrilla de tres días de su madre era ridículo y cruel. Estaba tan colérica que, por primera vez en su vida, sentía que no le importaba ni lo que Claude ni lo que nadie más pudiera pensar. Los caballos eran suyos ahora y había jurado cuidar de ellos.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Ahí —dijo Claude indicando con la barbilla—, con la yegua nodriza que parió anoche.

—Explícame qué es una yegua nodriza como si fuera una alumna de primer curso.

—Una yegua nodriza —empezó Claude con gesto de irritación — es un caballo que acaba de parir y, por lo tanto, tiene leche. Usamos a las yeguas nodrizas para amamantar a otros potros, potros valiosos económicamente hablando, como la potrilla Samantha.

—Así que la yegua nodriza lo que hace es amamantar a dos crías.

—No, solo la de Blue.

—¿Y qué hay del potro de la yegua nodriza? ¿Dónde está? —preguntó Julia frunciendo el ceño.

Claude reanudó su tarea y se puso a repartir paja.

—¿Dónde está? Dímelo.

—A esos potros los llevamos a subasta. —La miró con gesto inexpresivo.

—¿Por eso ha venido la camioneta? ¿Para llevarse al potro de la yegua nodriza?

Claude asintió.

—Así que apartas a la potrilla de tres días de Blue y se la das a una yegua nodriza, pero no sin antes apartar también al recién nacido de esta para subastarlo. ¿Lo he entendido bien?

Claude se quitó los guantes y le lanzó una mirada dura.

—Cuanto antes aprendas que los potros de las madres nodrizas son productos destinados a la industria farmacéutica y las carreras de caballos, mejor. Algunas granjas dejan que los potros de las madres nodrizas se mueran de hambre, los golpean hasta la muerte, o los venden a la industria cárnica y peletera. Aquí no hacemos eso.

—¿Ah, no? ¿Y cómo sabes que ese potro que van a subastar no va a acabar transformado en un chaqueta de piel, o en una hamburguesa de caballo?

—No lo sé.

—Ve a por él —dijo Julia apretando los puños sobre las caderas.

—¿Perdona? —Claude la estaba mirando boquiabierto.

—Quiero que vuelvas a poner a Samantha con su madre, y que vayas a recuperar el potro de la yegua nodriza.

—Disculpa, pero así no es como se hacen las cosas, señorita Blackwood —suspiró ruidosamente sacudiendo la cabeza—. Esto es

un negocio, no un lugar para corazones sensibles.

—Bueno, resulta que ahora la dueña soy yo y voy a hacer las cosas a mi manera. Se acabó eso de apartar a las crías de sus madres y de mandar a los recién nacidos a subasta.

—Esto va de hacer dinero. Criamos caballos de carreras y ejemplares de exposición para concursos, no mascotas de corral —dijo tensando la espalda y la mandíbula.

—Me da igual. He visto las cuentas y tenemos dinero de sobra. Y mientras yo esté al cargo, no vamos a separar a las crías de sus madres. Tendremos que pensar otra manera de hacer que las cosas funcionen.

—¿Qué está pasando aquí? —Era Fletcher, que acababa de entrar en el establo.

—Pregúntale a ella —contestó Claude saliendo del establo y sacudiendo los guantes hecho una furia. Cruzó por la puerta abierta del establo, se metió en la camioneta, pegó un portazo al cerrar la puerta del vehículo y salió derrapando, disparando una ráfaga de perdigones de grava con los neumáticos traseros.

—¿A dónde va con tanta prisa? —preguntó Fletcher enarcando las cejas.

A pesar de la convicción que tenía sobre el hecho de estar haciendo lo correcto, Julia estaba al borde de las lágrimas. Le flaqueaban las rodillas y el bajón de adrenalina posterior al momento de tensión la había dejado sin fuerzas para nada.

—A por el potro de la madre nodriza —dijo tratando de mantener una postura firme pero con tono de máximo cansancio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no quiero que aparten a los potros de sus madres ni que los manden a subasta. Nunca.

Fletcher se cruzó de brazos apoyándose contra la pared con gesto sombrío.

—Está bien, pero eso significa que tendrá que pasar más tiempo entre cría y cría, y que tendremos menos potros para vender.

—Me da igual. Blackwood Farm se las está apañando perfectamente bien con el tema de las cuentas, y si en el futuro

tenemos que arreglárnoslas con menos, ya lo pensaremos cuando llegue el momento. Pero me niego a hacer dinero de esta manera. Ahora, por favor, si eres tan amable, ¿podrías ayudarme a volver a poner a Samantha junto a su madre?

Fletcher la estudió durante unos instantes y se puso un par de guantes. A Julia le pareció entrever la huella de una sonrisa en su rostro.

—Por supuesto, señorita Blackwood.

Ella se dio la vuelta y caminó por el pasillo en dirección opuesta.

—Hey, ¿dónde vas? —dijo él—. Creía que querías que te ayudase con Samantha.

—Hazlo tú —alzó la voz por encima del hombro—. Tengo que limpiar el establo de Bonnie. —Entró al cubículo de la yegua y se puso a trabajar.

La verdad es que necesitaba estar sola. La idea de imaginarse a los potros siendo apartados de sus madres, arrancados sin previo aviso de su entorno, forzados a morir de hambre, a padecer castigos y torturas, o acabando convertidos en carne de cañón para la industria cárnica, le partía el corazón. Imaginó a Blue y a la yegua nodriza, asustadas y desesperadas, preguntándose por qué les habían quitado a sus crías, y las lágrimas vinieron a sus ojos. Casi podía sentir aquel inmenso y horrible dolor en su pecho, el terror y la angustia de sus mentes. Qué más daba si eran animales. Las yeguas también tenían instinto maternal. Lo había visto en los ojos de Bonnie cuando parió a su potrilla, cómo la miraba. Eso era amor a primera vista. Su madre jamás la había mirado así. Había estudiado las interacciones entre madres e hijas, y era capaz de reconocer el amor incondicional cuando lo veía. Entonces cruzó por su mente otro pensamiento.

¿Cuántos potros habían sido apartados de sus madres en Blackwood Manor Horse Farm? ¿Cuántos corazones de caballos se habían roto por la avaricia de sus padres? ¿Cómo podía alguien ser tan desalmado, año tras año? ¿Qué clase de personas eran sus padres?

CAPÍTULO 21

LILLY

LLEVABA UN VESTIDO DE SEDA BLANCO, ZAPATOS DE TACÓN, guantes de satín y una bufanda de plumas blancas a juego, y estaba de pie frente al espejo rojo del vestuario del *show* de chochitos sin poder dejar de temblar, y eso que estaban por lo menos a más de treinta grados en el exterior, y que en el interior de la tienda hacía mucho más calor todavía. No había comido nada en todo el día y tenía el estómago revuelto por los nervios y la bilis. Tras ella, varias mujeres medio desnudas se limpiaban el carmín rojo de los labios, se limpiaban la cara con toallitas y se quitaban las borlas de los pezones. Ya habían terminado por aquella noche, y ahora le tocaba el tumo al acto final del *show* de chochitos —Lilly Blackwood—. Y todo lo que podía intentar hacer era tratar de no vomitar.

Antes, Josephine había insistido en que Rosy y Ruby añadieran algo de color al rostro de Lilly, así que Ruby se esmeró en maquillarle la cara y los labios mientras Rosy le rizaba las pestañas, le hacía la raya y le ponía sombra de ojos.

—¿Qué piensa Cole de que el señor Barlow te haya puesto en el espectáculo de chochitos? —preguntó Ruby. Metió la brocha en el frasco de colorete y le pegó unos brochazos en las mejillas.

—Hizo un agujero en un vagón de carga. Le dio un puñetazo. De poco se rompe la mano —contestó Lilly.

—Dios mío —dijo Ruby—. ¿Le has dicho que es solo hasta que a Merrick se le ocurra algo?

Lilly asintió. Se le estaba haciendo un nudo en la garganta. Había tratado de explicarle a Cole que no importaba quién la fuera a ver desnuda, porque ella era todavía la misma chica que un día conoció en la casa de fieras. Era la misma que se había escapado del coche cama en mitad de la noche para seguirle a los prados y hacer el amor con él bajo las estrellas. Ya bastante duro era saber que tendría que verse forzada a aparecer desnuda sobre el escenario, pero la idea de perder a Cole era peor. No era un mojigato ni mucho menos, pero ¿qué iba a pensar después de que ella se exhibiera de aquella manera?

—¿Y? —se interesó Rosy—. ¿Qué ha dicho?

—Que necesitaba estar a solas. Y luego se marchó. —Los ojos de Lilly se encharcaron de lágrimas.

—Joder —dijo Ruby. Puso algunos pañuelos de papel en las esquinas de sus ojos para evitar que se le corriera el rímel—. Bueno, no puede enfadarse contigo por eso. Tú no tienes la culpa de nada.

Lilly se encogió de hombros.

—¿Sabes, Lilly? —intervino Rosy—. A algunos hombres les excita pensar que otros hombres se comen con los ojos a sus mujeres. —Guiñó un ojo y sonrió traviesamente.

—Sí —dijo Ruby—. Por algún motivo, la idea de salir con una chica del *show* de chochitos les enciende la maquinaria, ya sabes… Les pone a mil. Por si acaso no te habías dado cuenta, prácticamente todos los hombres solteros de por aquí van detrás de nosotras.

—Eso es verdad —dijo Rosy—. Y algunos que no están solteros también. —Las gemelas rieron alegremente.

Lilly las amó por intentar hacerla sentir mejor, pero no estaba funcionando.

—Yo solo quiero a uno.

Ruby cogió otro pañuelo de papel.

—No llores, cariño. Volverá, ya verás.

Cuando las gemelas terminaron de maquillarla Lilly se vio hecha un payaso, pero no tuvo corazón de decirles nada. Además, tampoco le importaba. Así la audiencia también pensaría que era un adefesio y su carrera como *show girl* acabaría antes de empezar.

En aquel momento, allí, sentada frente al espejo, empezó a cavilar sobre la forma de sabotear el acto sin que la pillasen pero no se le ocurrió nada. Se suponía que ya debía estar en la tienda del *show* de chochitos, aguardando en una de las alas. Se levantó en dirección a la puerta. Tal vez podría salir corriendo. Pero los gorilas del señor Barlow montaban guardia afuera, protegiendo a las chicas y vigilando que ningún paleto se colara sin pagar o se asomara por las cortinas para ver algo gratis.

A lo largo del estrecho pasillo, la tienda del *show* de chochitos resplandecía con la fuerza del color rojo. Las siluetas de Ruby y Rosy danzaban contoneándose por el escenario. Los tambores y las trompetas tocaban una música *sexy*, y los hombres jaleaban pidiendo que las gemelas se lo quitaran todo. A medida que la música sonaba, los hombres se iban alborotando más y más.

—¿Estás lista? —le preguntó un gorila.

Se armó de valor y caminó hacia delante sin poder dejar de temblar. El gorila la escoltó hasta la tienda de chochitos y apartó la cortina hacia un lado para dejarla pasar. Se tragó el ácido de la garganta, entró, y continuó por un pasillo corto y sombrío hacia las alas del escenario, donde había tres cajones volcados, dos con cojines y uno repleto de ceniceros, vasos y botellas de licor. Echó un vistazo desde la parte posterior de las cortinas y se puso roja solo de ver a las gemelas contoneándose por la plataforma en tanga y sujetador de encaje, bajo la fila de luces rojas iluminando el colorete de sus rostros. Bailaban y se movían al unísono, como todo lo que hacían. Se detuvieron brevemente para inclinarse hacia delante, meneando los hombros y tocándose los pechos con las manos. Los hombres voceaban y rugían como locos.

—¡Enseñadnos lo que tenéis! —gritó un hombre.

Las gemelas se tensaron, pusieron morritos con fingida modestia y agitaron sus dedos índices de un lado a otro. En el redoble de

tambores se pusieron frente a frente mientras se bajaban los tirantes del sujetador. Guiñaron a la audiencia, rotaron de puntillas, y se inclinaron nuevamente hacia ellos dejando que las copas sueltas de sus sostenes se inflaran hacia delante.

—¡Venga! —gritó otro hombre—. ¡He pagado una buena suma por esto!

Las gemelas se encogieron de hombros, se dieron la vuelta y se llevaron la mano a la espalda para desabrocharse los sujetadores. Con una sincronicidad pasmosa, miraron por encima del hombro y guiñaron el ojo al tiempo que los sostenes caían sobre el suelo.

—¡Eso es! —gritó uno.

—¡Eso es!

—¡Date la vuelta, cariño!

Las gemelas se giraron cubriéndose el pecho con las manos, abrieron los labios pintados de rojo en una mueca de sorpresa, y apartaron las manos dejando caer los pechos. Los hombres aullaron de placer.

—¡Señor, ten piedad!

—¡Jesús!

Las gemelas hicieron otro pequeño baile rápido, luego escenificaron una reverencia y salieron corriendo del escenario, sonriendo y soplándole besos a los paletos. Los hombres silbaron y rieron gozosamente. El corazón y el cuello de Lilly se incendiaron con una extraña mezcla de vergüenza y temor. Era la siguiente y no creía que pudiera hacerlo. En el lado opuesto del escenario se encontraba Josephine, paseando tranquilamente tras la cortina y pidiendo un fuerte aplauso para Ruby y Rose. Los hombres vociferaron y aplaudieron. Las hermanas bajaron los escalones del escenario, entraron al ala y se detuvieron junto a Lilly riendo y sin respiración.

—Estás preciosa —dijo Ruby.

—Como una estrella de cine —dijo Rosy.

—Creo que me estoy poniendo mala —dijo Lilly. Estaba empezando a sentirse mareada.

Josephine subió al escenario para entretener a los hombres.

—Es vuestra noche de suerte, amigos, porque hemos guardado lo mejor para el final. Esta noche vais a ver algo que jamás olvidaréis, algo que os dejará impresionados y de lo que no podréis dejar de hablar durante las próximas semanas. Esta chica es tan especial, muchachos, que debemos pediros que los que queráis verla paguéis otro cuarto extra por quedaros. No puedo deciros más, salvo que es nuestra última estrella de la noche y no creo que queráis perdérosla. Solo tenéis que darle el cuarto de dólar a ese amigo de ahí, y él os dejará quedaros al último número. Eso es. Un cuarto de dólar y podréis ver algo de lo que estaréis hablando el resto de vuestras vidas.

—Escucha —dijo Rosy—. La primera vez es la más dura, pero cuando veas a esos hombres convertirse en muchachitos a tus pies, te empezará a gustar.

—Lo dudo mucho —dijo Lilly.

—Tú acuérdate de lo que te hemos enseñado —dijo Rosy—. Empieza con un pavoneo lento y *sexy*, y asegúrate de sonreír.

—Y juega con tu pelo un poco —dijo Ruby.

Lilly asintió, incapaz de hablar.

—¡Y ahora —anunció Josephine al público—, nuestra hermosa, deslumbrante, angelical, la *virginal Miss* Lilly Blackwood!

Lilly se quedó petrificada, incapaz de poner un pie delante del otro. El pálpito que le golpeaba las sienes no la dejaba oír nada. Josephine sonrió como una loba, extendiendo el brazo y aguardando a que subiera los escalones. Lilly empezó a perder la visión y el suelo empezó a moverse bajo sus pies.

—Vamos, Lilly —dijo Ruby—. Puedes hacerlo.

—Deprisa —dijo Rosy—. Dale un trago antes de que salga corriendo.

Ruby agarró una botella de *whisky* del cajón volcado y, antes de que Lilly pudiera protestar, se lo amorró y le ordenó que bebiera. Lilly pegó un buen trago. El alcohol le quemó la garganta y le abrasó el pecho, pero daba igual, porque si aquello le ayudaba a pasar el mal rato, estaba dispuesta a beberse la botella entera. Pegó unos cuantos tragos más, apartó la botella y tosió. Nunca le había

faltado su ración de alcohol en aquellos años, pero jamás había bebido con el estómago vacío. Podía notarlo serpenteando a través de sus venas, calentándole los brazos y las piernas.

—Ahí estás… —dijo Ruby—. Con eso matarás los nervios. Venga, vamos.

—Yo… No… —tartamudeó—. No puedo hacerlo.

—Pero tienes que hacerlo —dijo Rosy—. Ya sabes lo que pasará con Merrick si no.

—Venga —la animó Ruby—. Demuéstrales a todos que eres más fuerte de lo que piensan. Tú puedes con esto y con lo que te echen.

Lilly consideró durante unos instantes si no sería mejor que Merrick le pegara una paliza. Cualquier cosa antes de quedarse en cueros delante de una muchedumbre de borrachos. Pero luego recordó lo que Merrick le había dicho sobre entretener a los paletos detrás del vagón de equipaje y cambió de idea. Eso podría llegar a ser mucho peor que todo lo demás. La razón, la lógica y el juicio se liberaron en su interior, también dentro de su pecho, soltándole los pulmones y el corazón. Su respiración parecía no tener fondo, no sabía muy bien si por el *whisky* o por un repentino ataque de indiferencia, pero algo la empujó hacia el escenario. Iba medio riéndose, preguntándose cuál sería la reacción de los hombres al ver el color de su piel. A lo mejor salían corriendo de la tienda difundiendo el rumor de que los hermanos Barlow tenían a un asqueroso monstruo en el *show* de las chicas. Con suerte aquella sería la última vez que tendría que hacer aquello.

Sujetándose el dobladillo del vestido de noche, subió los escalones sin confiar demasiado en la estabilidad de sus piernas, Josephine le guiñó un ojo y la dejó a solas en el escenario. La música empezó a sonar y Lilly respiró hondo y se puso en primer plano.

Hubo una ingesta colectiva de respiraciones acompañada por un sorprendente silencio. Los hombres que estaban de pie se sentaron en sus sillas y los que estaban sentados abrieron los ojos como platos y se quedaron boquiabiertos. Lilly estaba en lo cierto. Los paletos no querían pagar dinero para ver a un monstruo quitándose la ropa.

Querían rubias pechugonas, pelirrojas seductoras, morenas voluptuosas, y no un fantasma con el pelo lleno de telas de araña. Una sensación de alivio la recorrió por entero. Después de todo, no tendría que desnudarse.

Pero entonces los hombres empezaron a silbar y dar palmas, y Lilly vio su gozo en un pozo. Miró nerviosamente a Ruby y a Rosy, que la estaban contemplando desde las alas de los flancos. Ruby sonreía y le hacía un movimiento circular con el dedo. Lilly se dio la vuelta, dándole la espalda al público, y a pesar de que trató de mantenerse firme, lo cierto es que no pudo dejar que un bulto de terror invadiera su mente. Merrick y el señor Barlow la habían forzado a estar ahí arriba, delante de un grupo de hombres que en algún momento podían llegar a resultar peligrosos y hacerle daño en su afán por verla desnuda. Y resulta que tenía que desvestirse y exhibirse delante de ellos.

Habían pasado años desde que las palabras de mamá habían resonado por última vez en sus oídos, pero ahora volvían de nuevo a su mente, como una pesadilla recurrente de su juventud, llamándola abominación y diciéndole que era un grave pecado exponer aquel cuerpo desnudo ante nadie, ni siquiera ante sí misma. Y de repente se dio cuenta de cuánto la habían engañado, de cuántas posibilidades de tener una vida normal le habían arrebatado, y lloró por dentro, mudamente. Su único pensamiento era salir corriendo, salir del escenario y huir de la tienda. El *whisky* se sublevó dentro de su estómago y de inmediato supo que iba a ponerse mala. Se pisó el vestido al darse la vuelta y casi perdió el equilibrio. Logró mantenerse en pie únicamente para correr hacia los escalones tapándose la boca con la mano.

Alguien del público empezó a reírse. Se unió otro. Y luego otro, hasta que la multitud se revolvió en una algarabía de gritos de enfado y tacos.

—¿Es un broma?

—¡Sacad a ese monstruo del escenario!

—¡Quiero que me devuelvan el dinero!

Una caja vacía de palomitas le golpeó la cabeza. Levantó el brazo

para protegerse de los proyectiles voladores hasta alcanzar los escalones y bajarlos a toda prisa. Una vez abajo, se tiró a cuatro patas y vomitó sobre la hierba plana con las greñas colgándole sobre los ojos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ruby.

—¿Estás bien? —preguntó Rosy arrodillándose junto a ella.

Las gemelas la ayudaron a levantarse y Josephine volvió al escenario para calmar a la agitada multitud. Mareada y desorientada, Lilly se liberó de las gemelas únicamente para salir dando tropezones por el ala. Creyó oír a Josephine llamar a las gemelas para que volvieran al escenario.

Se desplomó nada más llegar al vestuario, en medio de un terremoto de convulsiones e intentando coger algo de aire. No pudo levantarse hasta pasado un minuto. Caminó dificultosamente hacia el espejo y se quitó el pintalabios de la boca con manos temblorosas. Haciendo más esfuerzos de los necesarios, se limpió la máscara de maquillaje derretida de alrededor de los ojos y las mejillas. Había hecho un montón de cosas para sobrevivir durante los últimos seis años, pero se negaba a quitarse la ropa delante de una sala llena de hombres. No podía. Que no. Y si Merrick y el señor Barlow pensaban que podían obligarla a prostituirse con los paletos detrás de los vagones de equipaje, se escaparía. No había otra elección. Ya intentaría apañárselas en el mundo real, o unirse a otro circo, quién sabe. Igual, si se lo rogaba, Cole podía irse con ella también.

Por el reflejo del espejo vio que la cortina se abría y entraba Merrick. Iba hecho una furia. Se levantó del taburete y retrocedió. Pasara lo que pasara, ella tenía la conciencia tranquila.

—¿Quién te has creído que eres? —gritó Merrick con el rostro rojo de rabia—. ¿Te piensas que puedes hacer lo que te dé la gana?

—Estaba enferma —se excusó—. Las gemelas me dieron *whisky y*…

—¡Me importa una mierda, como si te estás muriendo! Has convertido a Josephine y a todo el Circo de los Hermanos Barlow en el hazmerreír de todo el estado de Nueva York. —Se encaminó hacia ella y la agarró del brazo—. Te advertí lo que pasaría si no

hacías lo que se te pedía. ¡Te vas directa a la parte de atrás de los vagones de equipaje con el resto de putas!

—No. No puedes obligarme a hacerlo. ¡Y no lo haré!

Merrick apretó los dientes y la arrastró hacia la parte trasera de la tienda.

—Claro que puedo, ¡y yo seré tu primer cliente!

La tiró sobre una pila de baúles y se tiró sobre ella. Se le salieron los zapatos de tacón y, por un momento, sintió los dedos desnudos de los pies rozando las puntas rasposas de sus botas. La sacudió con fuerza hasta aplacarla contra el suelo. Lilly trató de zafarse pero él le aplastó la cara, girándola frente a la suya, presionando su boca húmeda sobre la de ella. Lilly apretó los labios y trató de liberarse por todos los medios, pero él la envolvió en sus brazos con una fuerza brutal. El aliento de Merrick hedía a *whisky* y a caries. Debía haber pocas cosas más asquerosas en el mundo. Lilly se retorció como pudo y le propinó un rodillazo en la entrepierna.

Merrick gruñó de dolor y aflojó un poco, para luego darle un bofetón en toda la cara y hundirla todavía más con un gruñido de furia. Ella aterrizó sobre su espalda y se arrastró forzosamente sobre sus rodillas tratando de escapar, pero antes de que pudiera incorporarse y salir corriendo, él la agarró de las piernas arrastrándola hacia sí, volteándola y sujetándola contra el suelo.

—¡Suéltame! —gritó empujando contra su pecho.

Lilly le golpeó la cabeza, viendo como los pequeños puños colisionaban contra su mandíbula dura como una roca, su cuello musculoso y sus sienes de granito. Él la agarró por los brazos logrando inmovilizarla, con la cara roja por el esfuerzo.

Ella todavía se resistió, retorciéndose, intentando volver a asestarle un rodillazo en la entrepierna, pero no podía mover las piernas. Merrick le subió el vestido de seda y le desgarró las bragas con la misma facilidad que si estuvieran hechas de papel de fumar. Se desabrochó los pantalones y se abrió paso entre sus piernas.

—Tú a mí no me dices qué hacer. Estoy harto de decírtelo. ¡Eres mía! ¡Y te lo voy a meter en la cabeza de una vez por todas!

Lilly se revolvió debajo de él, usando cada gramo de fuerza que

le quedaba para empujarlo hacia atrás y quitárselo de encima, pero no había forma. La tenía aplastada con todo su peso, el doble del suyo, clavada al suelo, como una polilla bajo una roca. Apenas podía respirar. Giró la cabeza, cerró los ojos y se dejó ir como si fuera una moneda que alguien hubiera lanzado al fondo de un lago, lejos de aquello, lejos de él, lejos de lo que le estaba haciendo. Vio un agujero negro y desapareció dentro de él, viajando al fondo de su alma, a un lugar diminuto y secreto que parecía abrirse para ella. Era el único sitio en el que podía permanecer segura y protegida, incluso cuando la gente se burlaba de ella en el espectáculo de los monstruos. Allí estaba, expuesta, vulnerable, en un momento demorado, como un rastro de humo negro, y después… Nada. Dejó escapar un chillido agudo, como el de un animal herido y moribundo, hasta sentir el sabor de la sangre en la parte posterior de su garganta.

De repente Merrick se detuvo y la miró como si no tuviera idea de quién era, con el rostro ido de alguien a quien acaban de exorcizarle un demonio. Entonces, con un gruñido fuerte y grave de dolor y sorpresa, se tambaleó hacia la izquierda y cayó con todo el peso de su cuerpo muerto sobre el suelo. Tras él estaba Cole, con uno de aquellos ganchos de elefante entre las manos. Había aporreado a Merrick en la cabeza con él. El recién abierto espacio muerto del centro de su alma empezó a mudar de forma y a cambiar, marchitándose, cerrándose, endureciéndose y petrificándose.

Cole la levantó del suelo y la sacó de la tienda.

—Te vas a poner bien —dijo—. Ya te tengo.

Ella se apoyó contra su hombro y cerró los ojos con los dientes castañeteando de miedo.

—Lo siento tanto, Lilly. —La besó en la frente—. Jamás debería haber dejado que lo hicieras. Debería haberte protegido. —Su voz sonaba estrangulada, como si no tuviera fuerzas para hablar —. Espero haber matado a ese cabrón.

—No digas eso —dijo ella alzando la mirada hacia él. El señor Barlow te echaría.

—Me da igual.

No volvieron a hablar durante el trayecto. La llevó a la parte trasera del solar. Por encima del tejado fantasmal de la carpa central, por encima de las banderas amarillas y naranjas y las luces rojas, una pizca de estrellas parpadeaba en el cielo. El circo estaba a punto de cerrar y la jovial música del final flotaba en el aire de la noche. Las risas y los gritos resonaban en la distancia conforme los paletos se dirigían a la salida, haciendo paradas de última hora en los carritos, los puestos y los espectáculos secundarios, apurando el último segundo que les quedaba antes de regresar al mundo ordinario.

Llegaron al vagón de Lilly y Cole pasó de largo.

—¿Dónde me llevas?

—A partir de ahora te quedas conmigo. Has acabado con el puto Merrick y con el maldito espectáculo secundario.

CAPÍTULO 22

JULIA

DESPUÉS DE DECIRLE A CLAUDE Y FLETCHER QUE NO apartarían más potros de sus madres en Blackwood Manor Horse Farm, cogió un vaso de *brandy* del escritorio de su padre y se dispuso a reanudar la búsqueda de la llave perdida y a encontrar nuevas pistas sobre su hermana muerta. Limpió el polvo del tocadiscos, lo encendió y puso la aguja al principio de «Little White Lies». La vieja musiquilla se dispersó por toda la estancia y Julia se quedó helada. De súbito, volvía a ser una niña pequeña, oyendo a su padre sollozar entre los acordes, y la voz de madre ordenándole que se apartara de la puerta. Sabía que si se giraba le vería, vería a padre sentado frente al escritorio, con la mano aferrada a un vaso de *whisky*, los ojos negros humedecidos por las lágrimas. Apagó el tocadiscos, pegó un tragó de *brandy* y se volvió. El sillón del escritorio estaba vacío.

Tras otro largo trago de *brandy*, se sentó al escritorio y volvió a hurgar bajo el cajón central, no hiera a ser que la llave estuviera pegada a la madera. Pero no. Se puso a cuatro patas y miró bajo la mesa. Había telarañas colgando de las esquinas y montones de polvo saliendo despedidos por el soplo de su respiración. Ahí tampoco

había ninguna llave. Buscó en los jarrones polvorientos, buscó debajo de los trofeos, debajo del reloj de aniversario, en todas partes. Apartó las fotos de caballos y los certificados, buscó hasta en el interior de los marcos. Buscó debajo de las alfombras, dentro de los focos de las lámparas, debajo de los alféizares de las ventanas, exploró las juntas del suelo por si había alguna suelta. Nada. Sintiéndose derrotada, volvió a sentarse al escritorio y trató de pensar con la barbilla apoyada en las manos. *Si yo quisiera esconder una llave*, se preguntó, *¿dónde lo haría?* No se le ocurrió nada.

Suspiró y pescó la foto del anuario que su padre tenía enmarcada sobre el escritorio. Todavía le costaba creer que su padre lo tuviera en su escritorio. Tras examinarlo más de cerca, se dio cuenta de que la foto se había deslizado hacia abajo levemente, dejando entrever el borde de lo que parecía ser otra foto. Deslizó el borde con la uña, abrió los bordes metálicos que la sujetaban y sacó una delgada pieza de cartón. Tal y como había sospechado, se trataba de otra foto, oculta bajo la primera. Le llevó un buen rato reconocerla, pero al hacerlo, se quedó boquiabierta.

Madre sonreía a la cámara, vistiendo una blusa blanca y un collar con una cruz de plata. Llevaba el pelo recogido hacia atrás con una diadema, y el resto de mechones ondulados cayendo suavemente sobre sus hombros. Debía tener unos dieciocho o veinte años en esa foto, a lo sumo. Aparentemente, madre no siempre había estado en contra de las fotos. Imaginársela así, joven, como la estaba viendo ahora, siempre le había resultado difícil, pero ahí tenía la prueba de que Coralline Blackwood fue una vez una chica fresca y jovial, vibrante y bella. Aun así, le resultaba extremadamente difícil conectar aquella sonrisa amplia y genuina con la de madre. Nunca la había visto sonreír así.

¿Qué había cambiado? ¿Fue por la pérdida de su primera hija que se convirtió en la mujer que Julia recordaba? ¿O fue por culpa de la aventura amorosa, obsesión o lo que fuera que su marido tenía con aquella albina del circo? ¿Y por qué había tapado su padre aquella foto poniendo la suya encima?

Posó ambas fotografías sobre el escritorio, madre e hija, una

junto a la otra. La forma de sus rostros y figuras era prácticamente idéntica, el arco de las cejas, incluso ese ojo ligeramente más bajo que el otro. Nunca se había dado cuenta de cuánto se parecían. Podrían haber sido la misma persona en diferentes eras. Así que todas aquellas fantasías que Julia había tenido en las que ella provenía de una familia diferente, eran eso, únicamente fantasías. No podía negar que era hija de Coralline Blackwood.

Con miles de preguntas bullendo todavía en su interior, se dispuso a devolver las fotos a su sitio, y entonces se detuvo al ver que había una pequeña llave pegada en el interior del cartón que contenía la foto de madre, justo debajo. Se le salió el corazón del pecho mientras se afanaba por despegar el ansiado objeto, meterlo en la cerradura del cajón y… Encajaba. Giró la llave. Abrió. Contuvo el aliento y abrió el cajón. Había una refinada cajita de madera perfectamente colocada en el centro, en contraste con el caos del resto de objetos que se amontonaban por el escritorio. La cogió con manos temblorosas y la puso sobre el papel secante, aliviada al comprobar que no tenía cerradura.

Abrió la tapa y encontró una bolsita de terciopelo con cierre de cordón y una funda de piel de cámara fotográfica. Pescó la bolsita y la abrió. Dentro había un collar de perlas, pendientes a juego y un cepillo de plata envueltos en papel de periódico. Miró los restos de cabello del cepillo. *¿Serán de…? ¿Es posible…?*

Sacó la cámara de la funda y la puso sobre el escritorio. La hebilla estaba rota y el cuero quebradizo tenía un tacto de arenilla contra sus dedos. Manejó la cámara cuidadosamente y vio que en el interior de la funda había un nombre grabado: Lilly.

¿Era el nombre de la amante de padre? Y si era ella, ¿por qué tenía sus cosas?

Había una pequeña pieza de cartón en el fondo de la caja. La tomó entre sus dedos y la desplegó, provocando que unas virutas azules y rojas de pintura cayeran por los flecos de un póster del Circo de los Hermanos Barlow. Dos payasos sonreían saludando con la mano a unos elefantes erguidos sobre sus patas traseras. Llevaban a una chica con vestido blanco de noche sentada en

volandas sobre sus trompas enroscadas, sonriendo con el brazo extendido en el aire. Parecía la misma mujer de los recortes de periódicos que había encontrado días atrás.

Julia cogió la cámara y la sostuvo en las manos. Era una Kodak de esmalte plateado y negro con tres perillas redondas en la parte superior. A pesar de que era un trasto viejo, parecía nueva. Abrió el lente, miró a través del objetivo y apretó el nivel de exposición. La cámara hizo clic y el obturador se cerró. Giró la perilla de avance.

La cámara tenía un carrete dentro.

* * *

La mañana siguiente al descubrimiento de la cámara, Julia se levantó con un terrible dolor de cabeza. Aquel segundo vaso de *brandy* había sido una mala idea. Además, no todos los días te enterabas de que tenías una hermana muerta y de que tu padre tenía una amante albina. Eso sin mencionar el motivo por el que su padre necesitaba obtener el perdón por algo que tenía que ver con tu hermana muerta. El mundo en el que había creído hasta ahora se estaba derrumbando a su alrededor. El batiburrillo de emociones le estaba revolviendo el estómago como si tuviera una gripe estomacal —acervada por un incontenible temblor de rodillas y un deseo irrefrenable de vomitar—. Si ser la dueña de Blackwood Manor la iba a hacer sentir así de por vida, a lo mejor no estaba hecha para aquel trabajo.

El cielo plomizo entraba a través de la ventana reflejándose en el marco de su mente. Las nubes de lluvia colgaban como olas grises por encima de las copa de los árboles, listas para abrirse e inundar la tierra en cualquier momento. Si por ella fuera, se habría quedado en la cama todo el día. Pero había demasiadas cosas que hacer. Demasiadas cosas que resolver. Salió de debajo del cálido edredón, se aseó, se vistió y fue abajo. Se tomó una taza rápida de té, se echó la cámara con su funda al bolso, pescó el abrigo y el sombrero del

vestíbulo y encaminó sus pasos hacia el establo. Con suerte, Claude podría llevarla a algún sitio, por muy enfadado que estuviera por lo de los potros. La idea de ir a solas con él en la camioneta resultaba tan fascinante como mascar serrín, pero ¿de qué otro modo podía ir a la ciudad? Además, quería preguntarle mil cosas, como por ejemplo, si sabía algo de la cámara. Si estaban dentro del vehículo, no podía marcharse y dejarla con la palabra en la boca.

A mitad de camino vio a Fletcher salir del establo en dirección a ella, sonriendo. *¿Cómo puede estar tan contento en un día tan asqueroso?*, se preguntó. Julia forzó una sonrisa y siguió andando.

—Hey —dijo él deteniéndose.

—Buenos días —saludó ella.

—Iba en dirección a la casa para hablar contigo —dijo él sin dejar de seguirla.

—¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Me gustaría enseñarte algo.

No le hizo falta mirarle a la cara, sabía que estaba sonriendo. Podía oír la risa en el tono de su voz. *¿Qué le pasa? ¿Por qué está siempre tan feliz? Es frustrante*.

—¿Qué?

—Ven a mi camioneta y lo ves.

—¿Puede esperar? Tengo que hacer unos recados en la ciudad y necesito pedirle a Claude que me lleve.

—Solo será un segundo —dijo—. Además, tú eres la jefa, y necesito tu visto bueno. Tan solo te pido que eches un vistazo rápido y después yo mismo te llevo a la ciudad.

Se detuvo para mirarle en medio de un suspiro. Ir a la ciudad con él era mucho mejor que ir con Claude y, además, tampoco le apetecía mucho agobiar a Claude con preguntas. Si se ponía de mal talante, era capaz de decirle cuatro cosas de las que luego podría arrepentirse, y tampoco era plan. A lo mejor para cuando volviera de la ciudad se sentía más valiente y tenía mejor aspecto.

—Está bien. ¿Qué quieres que vea?

La sonrisa de Fletcher se hizo todavía más amplia.

—Estupendo —dijo—. Sígueme.

La condujo a través del prado hacia un remolque de caballos enganchado a su camioneta. Por el camino, pasaron por delante de Claude, que estaba arreglando una puerta junto a la entrada del establo y alzó la vista al verlos cruzar por allí, para volver a agachar la vista y concentrarse en lo que estaba haciendo. Julia contrajo la mandíbula, con un nudo de pavor retorciéndole el estómago. En su cabeza, era una tía dura, pero en el fondo odiaba que alguien pudiera sentirse molesto con ella, incluso alguien tan cascarrabias como Claude. Y si todavía estaba enfadado por lo de los potrillos seguramente no estaría de humor para hablar de nada.

Siguió a Fletcher por el lado del remolque y lo rodearon hasta situarse en la parte trasera. Julia estaba deseando terminar para poder ir a la ciudad y encontrar un lugar donde poder revelar el carrete de fotos de aquella cámara. A lo mejor aquel material podía ayudar a resolver algunas de sus dudas. Fletcher dejó caer la rampa y le hizo un gesto para que le siguiera arriba. Todavía tenía aquella sonrisa imborrable en la cara, pero se le notaba un poco tenso, con una línea de inseguridad cruzándole la expresión de los ojos que Julia nunca había visto hasta ahora. Normalmente solía moverse por el establo como si fuera el amo del corral, como esos imbéciles que solían reírse de ella en el colegio. Verle así la hizo sentir nerviosa. No creía poder enfrentarse a más sorpresas en lo que le quedaba de día. Trató de infundirse valor a sí misma, ascendió por la rampa, entró en el remolque y… Soltó un jadeo entrecortado de sorpresa.

Echado sobre una cama de paja amarilla, había un potrillo recién nacido de color carbón. El animal alzó la cabeza y parpadeó al mirarla. Trató de ponerse en pie sobre las patas enclenques y apuntó con el hocico a la puerta.

Julia sonrió y le acarició la cabecita peluda, olvidándose de Claude, de su hermana muerta y del carrete de la cámara.

—¿Es el potro de la yegua nodriza? —preguntó—. Creía que Claude lo había traído de vuelta anoche.

—Lo hizo. Este ha nacido esta mañana temprano en la granja Thompson. La madre lo ha rechazado.

—¿Y eso? —preguntó Julia.

—A veces pasa. —Fletcher se encogió de hombros—. No se sabe por qué. Era su primera cría.

Miró la carita dulce del potro huérfano y sintió una conexión instantánea con el animal, amonestándose a sí misma por haber sido tan egoísta con sus propios problemas hasta el punto de casi negarse a ver lo que Fletcher tenía que enseñarle.

—Pero ¿cómo va a sobrevivir sin su madre?

—Tenía la esperanza de que pudieras cuidar de él —dijo acariciando el cuello del potro.

—¿Yo? —preguntó Julia abriendo los ojos como platos—. Yo no sé nada de…

—Te ayudaré.

—No sé, podría hacer algo mal. Podría enfermar por mi culpa, y tengo tanto lío con la casa que…

—Después de lo que hiciste ayer, diciéndole a Claude que no ibas a permitir que apartaran a ningún potro más de sus madres, pensé que no te importaría que trajera a este pequeñín. Era eso o la subasta. Y sus posibilidades de sobrevivir no eran muchas con la segunda opción.

Respiró hondo y miró al recién nacido. No tenía ni idea de lo que significaba cuidar de un potro, pero no podía dejar que mandaran a aquella criatura al mercado de subastas.

—¿Y tú? ¿Por qué no te haces cargo de él? —le preguntó a Fletcher.

—Yo estoy todos los días en la carretera de aquí para allá. Una cría como esta necesita alimentarse cada dos horas durante la primera semana, y después de eso cada cuatro o seis horas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Esta muchachita empezará a sentir interés por la comida sólida en unas cuantas semanas, pero todavía tendrás que darle biberón durante un tiempo.

—¿Esta muchachita?

—Sí, es una potrilla.

Estudió la mirada inocente de aquel ser. No tenía otra opción. Tenía que cuidar de aquella pobre cosita.

—Vale.

—Vale, ¿qué?

—Que cuidaré de ella.

Fletcher sonrió y desenganchó la puerta del remolque.

—Estupendo, vamos a llevarla al establo. He cogido algo de leche fresca de vaca de camino aquí, pero hay que rebajarla con un poco de agua.

—¿Ya te habías traído la leche y todo? ¿Y si hubiera dicho que no?

—Sabía que no te negarías.

—Le guiñó un ojo.

La potrilla retrocedió, asustada por las extrañas visiones y sonidos que Fletcher y Julia estaban escenificando. Julia se deslizó rampa abajo. Fletcher se fue hacia el fondo del remolque y acarició a la cría por el cuello y las orejas. Cuanto más la frotaba, más le buscaba ella, como un perro anhelando que le hicieran la fiesta. En un momento dado, él se estiró, chasqueó con la lengua y salió del remolque. La potrilla le siguió por la rampa, intentando mantener el equilibrio sobre sus patas larguiruchas y tambaleantes, y prosiguió la marcha hacia el establo, todo el rato pegada a su espalda, con la colita en alto.

Julia también se unió a la procesión y Claude se volvió para contemplarlos pasar con gesto de mal café. Aun así, forzó una sonrisa, saludó a Fletcher, asintió una vez, y volvió a la faena. La potrilla se detuvo a medio camino para girarse hacia atrás y esperar a que Julia los alcanzara, y cuando esta lo hizo, brincó y coceó con una pata trasera en el aire, como si estuviera feliz de que ella estuviera allí. Se quedó junto a Julia durante el resto del camino hacia el establo, y a la joven se le humedecieron los ojos de la emoción.

Tal vez eran imaginaciones suyas, pero diría que aquel caballito ya la amaba.

Dejó el bolso en la oficina y ayudó a Fletcher a colocar a la potrilla en uno de los establos vacíos. Él llenó un biberón con leche rebajada con agua y le mostró a Julia cómo debía alimentarla. Ella se puso a darle el biberón y él se quedó mirándola con las manos en las

caderas y cara de estar satisfecho. Julia no dejaba de sonreír como una boba, viendo a la potra chupar, sorber y succionar de la tetina.

—Tienes un don natural —dijo Fletcher.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Te ha echado el ojo enseguida.

Claude fue al establo y se asomó a la puerta…

—¿De qué va todo esto?

—He traído a esta potrilla de la granja Thompson. Su madre la ha rechazado —explicó Fletcher.

—¿Ahora también recogemos saldos? —Las palabras de Claude sonaron duras.

—Le gusta Julia —dijo Fletcher.

Claude sacudió la cabeza con gesto negativo y se fue mascullando entre dientes. Julia miró a Fletcher levantando las cejas.

—No te preocupes —dijo él—. Se le pasará.

—No sé. Primero dije que no quería que apartaran a más potros de sus madres, y ahora esto. Creo que no vamos a llevarnos bien nunca.

—No está acostumbrado a los cambios, eso es todo. Tu madre… Perdón, la señora Blackwood dijo que le costó algo de tiempo conseguir que le hiciera caso tras la muerte de tu padre. Y ahora llegas tú y resulta que estás al mando, y él se ha pasado los últimos años dirigiendo esto por su cuenta, así que dale un respiro. Es un poco tosco y maniático para sus cosas, pero se avendrá a razones.

Julia escrutó el rostro de Fletcher, tratando de imaginárselo teniendo una charla a corazón abierto con madre. Tal vez sabía más de Blackwood Manor y de sus padres de lo que ella creía.

—¿Confiaba mucho en ti mi madre?

—¡Ah, no! —estalló en carcajadas—. Lo sé porque estaba todo el día gritando y maldiciendo a Claude por no hacerle caso.

—Esa ya se parece más a la señora Blackwood que yo conocí —sonrió Julia—. ¿Crees que serviría de algo si yo también me pusiera a soltar tacos?

—No —volvió a reír—. Creo que estás haciéndolo muy bien. Has sabido encontrar un perfecto equilibro a la hora de respetar su

experiencia dejando claro al mismo tiempo que tú eres la nueva jefa.

—Gracias —dijo ella—. No tienes ni idea de cuánto necesitaba oír eso.

—De nada.

Las palabras de Fletcher apuntalaron su confianza en sí misma, pero sabía que aquella sensación le iba a durar poco. Tal vez debería preguntarle a Claude por la cámara en aquel preciso momento, antes de perder el recién ganado valor.

—Toma el biberón un momento, ¿vale? Enseguida vuelvo.

Fletcher tomó el relevo y ella salió del establo, se encaminó a la oficina y sacó la cámara y la funda del bolso. Halló a Claude trabajando cerca del altillo de paja, arponeando balas de heno con un gancho de mano y amontonándolo en una pila. Ella permaneció en el pasillo y se aclaró la voz para llamar su atención. Claude miró por encima del hombro para ver quién era, pero no dijo nada.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella.

Él levantó una bala de heno y la colocó entre las otras.

—Tú mandas.

Sacó la cámara de la funda y la alzó para mostrársela.

—¿La habías visto antes?

Claude dejó lo que estaba haciendo, se quitó la gorra, se secó el sudor de la frente y examinó la cámara. Luego volvió a ponerse la gorra y dijo:

—No.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —dijo ensartando otra bala y poniéndola en la cima del montón.

—¿No sabes de quién puede ser?

Claude negó con la cabeza.

—Verás, la he encontrado dentro de un cajón cerrado con llave en el despacho de mi padre. Nunca la había visto y no recuerdo que mis padres tuvieran una cámara.

—Es que no nos hacía falta. Tenían fotógrafos profesionales para los caballos.

—¿Y no te parece un poco raro? —preguntó ella haciendo una

mueca—. Por no tener no tenían ni retratos de familia, ni se molestaron jamás en hacerle una foto a su hija, pero luego resulta que sí podían pagar a fotógrafos profesionales para los caballos.

—Cada uno… —dijo Claude encogiéndose de hombros.

Se quedó mirándole unos instantes, sin estar muy segura de si debía presionarle más. Decidió ir a por todas. Total, ¿qué tenía que perder? Ya había logrado caerle mal o sea que…

—¿Qué me dices de Lilly? ¿Mencionó mi familia alguna vez ese nombre?

Claude se quedó petrificado durante una fracción de segundo. Cualquier otro no se habría dado cuenta, pero Julia lo notó. Entonces se inclinó hacia delante, ensartó otra bala de heno y la apiló en su sitio.

—No.

—¿Cómo se llamaba mi hermana?

—No lo sé.

—¿Y el Circo de los Hermanos Barlow? ¿Has oído hablar alguna vez de ese circo?

—No me suena de nada. —Negó con la cabeza.

Julia abrió la boca para hacer otra pregunta pero luego cambió de idea. No iba a llegar a ninguna parte con él. Así no. A lo mejor cuando revelara el carrete y comprobara si las fotos resolvían el misterio, podía volver al establo con los recortes de periódicos y las otras cosas que había encontrado. A lo mejor entonces, y solo a lo mejor, él empezaba a entender que aquello de querer saber la verdad iba en serio.

—Si llegaras a recordar algo, ¿me lo dirás, por favor?

—Claro.

Dejó escapar un suspiro y volvió al establo de la nueva potrilla. Fletcher salía con el biberón vacío en una mano y la cría yacía dormida sobre el heno.

—Tiene que volver a comer dentro de dos horas. Cuando volvamos de la ciudad te enseñaré cuánta agua hay que poner en la leche.

Julia asintió, brevemente tentada por la idea de contárselo todo.

Se sentía sola con aquel asunto y sentía que necesitaba hablarlo con alguien. Tal vez a madre se le había escapado algo delante de él mientras estuvo trabajando para ella. Pero descartó la idea. No tenía evidencias concretas que apoyasen sus descabelladas teorías, solo una ristra de presentimientos, mensajes crípticos en un diario, unas entradas ocultas y artículos sobre un circo y una mujer albina, un cepillo lleno de pelo blanco, y un cajón cerrado con llave con una cámara de fotos dentro. Sonaba absurdo. Y lo último que necesitaba era que Fletcher, la única persona dispuesta a ayudarla en aquel momento de su vida, pensara que estaba loca de remate.

Ya en la camioneta de Fletcher de camino a la ciudad sonaba «Love Me Tender» en la radio mientras Julia miraba a través de la ventanilla intentando ordenar las piezas del puzle en su cabeza, si es que acaso todo aquello tenía conexión alguna entre sí. ¿Qué habían hecho sus padres para necesitar el perdón de Dios? ¿Cómo murió su hermana? ¿Quién era la albina, y qué tenía que ver con su familia? ¿Quién era Lilly? ¿Su hermana? ¿La amante de su padre? ¿Cómo habían afectado los secretos de su padre —fueran los que fueran— a su relación con madre? ¿Y cómo había afectado la muerte de su hermana a su relación con sus padres? ¿Tenían miedo de intimar demasiado, miedo de amarla por si la perdían a ella también? No, no… Había algo que se le escapaba.

Descompuso las piezas de sus pensamientos por millonésima vez, tratando de averiguar por qué se sintió siempre tan necesitada de amor. ¿Por qué no la querían? Se acordó de la potrilla de patas largas dormida sobre la paja en el establo, rechazada por su madre, a saber por qué desconocidas razones. Esa potrilla y ella estaban emparentadas espiritualmente. Tal vez por eso se la había quedado, y por eso se le llenaban los ojos de lágrimas al saber que ya se amaban incondicionalmente.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Fletcher apagando la radio y sacándola de su trance.

—Solo estaba soñando despierta —contestó ella parpadeando e intentando sonreír.

—Estamos llegando a la ciudad. ¿Dónde quieres ir?

—Necesito revelar un carrete de fotos.

—Vale, podemos dejarlo en la droguería. ¿Algo más?

—Me gustaría ir a por algunas cosas al supermercado, si tenemos tiempo.

—Muy bien. —Tamborileó con los dedos en el volante al ritmo de la canción que sonaba en la radio.

—¿Sabes cuánto tardarán en revelar el carrete?

—No estoy seguro. —Sacudió la cabeza—. ¿A qué has estado tomándole fotos?

—A nada. —La pregunta la pilló desprevenida.

—Pues qué aburrido —rio—. Recuérdame ponerte cualquier excusa cuando quieras aburrirme enseñándome tus fotos.

—No quiero decir eso. —Se agarró el dedo pulgar, sin saber si debía decirle la verdad, sabiendo al mismo tiempo que acabaría contándoselo—. He encontrado una vieja cámara fotográfica en la casa.

—¡Oh! ¡Un misterio! —dijo sonriendo y abriendo los ojos.

—*Es* un misterio —puntualizó ella. Su tono de voz sonó más áspero de lo que habría querido.

A él le desapareció la sonrisa de la cara y volvió a centrar su atención en la carretera.

—Lo pillo.

—Perdona, es que… Mis padres eran un poco… Extraños… Y difíciles… Estoy intentando responder algunas preguntas que llevo haciéndome toda la vida.

—No, no, soy yo el que lo siente. No quería hurgar en la herida. Se nota que estás pasando por un momento difícil, pero no quería fisgonear, de verdad. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, por favor, dímelo.

Julia se mordió el labio y volvió la vista hacia la ventanilla. Estaba siendo tan amable con ella… Pero no se sentía con ánimo para darle explicaciones. Todavía no. Y ni siquiera sabía por dónde empezar. Además, no dejaba de ser un extraño. Muy apuesto, muy amable, sí, pero un extraño al fin y al cabo. Menos mal que no insistió.

Después de dejar el carrete en la droguería, Fletcher se pasó por la ferretería mientras ella compraba unas cosas del supermercado. Cuando regresaron unas horas más tarde, la potrilla ya estaba despierta y hambrienta, y Claude estaba en el establo con Bonnie Blue y Samantha. Julia y Fletcher se pararon para ver cómo estaban.

—¿Va todo bien? —preguntó Fletcher a Claude.

—Como nuevas —dijo Claude—. Estoy comprobando que todo va bien ahí abajo… Samantha está mamando mucho. La va a dejar seca.

—Será mejor que le des a Blue una ración extra de pienso —dijo Fletcher.

—Eso hago.

Fletcher miró a Julia encogiéndose de hombros y se dirigió al establo de la nueva potrilla.

—¿Siempre es tan gruñón? ¿O solo desde que he llegado yo?

—No sé qué mosca le ha picado últimamente. Quiero decir, siempre ha sido un hombre muy centrado en su trabajo, pero jamás se había puesto tan temperamental conmigo.

—Es por culpa mía.

—No, no lo es. Ya te he dicho que no le gustan los cambios.

—No quiero decir eso…

—¿A qué te refieres?

—Sabe algo, algo que no quiere decirme.

—¿Sobre qué?

—Sobre mis padres.

—¿Qué pasa con ellos?

—No estoy segura. Pero voy a averiguarlo.

Julia pasó la semana siguiente alimentando a la potrilla huérfana —le había puesto Molly— cada dos horas. Cogía su cuerpecillo tambaleante y huesudo y lo abrazaba contra su pecho como Fletcher le había enseñado a hacerlo —rodeándola por entero, para que Molly creyera que podría cargarla siempre, sin importar lo que creciera—. Luego le iba levantando las patas, una por una, para que

se fuera acostumbrando cuando tuvieran que recortarle los cascos. Entre toma y toma Julia pasaba tiempo con los otros caballos y limpiando los establos.

Fuera cual fuera la sección del establo en la que ella estuviera trabajando, Claude siempre se ponía en el lado contrario.

Se portaba civilizada y educadamente, pero era obvio que evitaba entablar toda conversación. Julia se fue del establo con tiempo suficiente para ducharse, cambiarse y comer algo, pero su máxima prioridad era cuidar de Molly. Todo lo demás, la casa, las preguntas sobre su hermana muerta, y cualquier otro secreto que sus padres hubieran podido estar escondiendo, tendría que esperar. Hacia el final de la segunda semana, Molly empezó a mordisquear heno y a jugar con Samantha y los otros potros en el potrero, y Julia estaba que explotaba de orgullo.

Al lunes siguiente, Julia estaba limpiando el establo de Molly cuando Fletcher entró con un sobre amarillo.

—He pasado por la droguería.

Julia se quitó los guantes sin más dilación, le arrancó el sobre de las manos, abrió la puerta del establo y a cambio le pasó la horqueta.

—De nada —dijo Fletcher apartándose de su camino.

Julia caminó a toda prisa por el pasillo en dirección a la puerta aferrándose al sobre con la mano.

—Perdona —dijo ella sin girarse apenas—. Gracias.

Diez minutos más tarde, estaba en la mesa de la cocina, el sobre sobre el tapete, ella sentada delante. Los nervios daban tumbos en su estómago. ¿Y si en las fotos aparecía su padre en brazos de otra mujer? ¿Serían acaso de su hermana muerta? Mira que si se trataba de un registro fotográfico que sus padres le habían hecho a su hermana según el diario de su padre… O a lo mejor solo eran fotos de caballos y ella estaba sufriendo por nada. No, eso no tenía ningún sentido. Si fueran fotos de caballos, la cámara no habría estado guardada bajo llave. Respiró hondo, tomó el sobre entre sus manos y lo abrió.

La primera imagen en blanco y negro mostraba una carpa de circo rodeada de vagones y caballos de carga enganchados a carretas

cargadas de postes y cuerdas. La segunda foto era de una feria circense, con multitud de personas tocándose hombro con hombro entre una fila de carteles que anunciaban un espectáculo secundario y una línea de puestos en los que podía leerse: ALGODÓN DE AZÚCAR, CARAMELOS BLANDOS, Y MANZANAS DE CARAMELO. Las mujeres y chicas iban con ropa ligera de verano, y los hombres y chicos llevaban camisas blancas, sombreros de paja y gorras de visera. Al fondo se veía una torre de agua. El ambiente parecía estar lleno de polvo. La escena granulada le recordó a las de las fotos antiguas de los libros de historia del instituto. Entornó los ojos para leer las palabras de la carpa principal que se vislumbraba en la distancia: GRAN ESPECTÁCULO y ENTRADA PRINCIPAL.

La siguiente foto mostraba el interior de una enorme carpa central de tres pistas, con postes altos, cordajes y escaleras a derecha e izquierda que partían desde el cielo y llegaban hasta el techo de lona, como mástiles colosales de un barco gigante. Miles de personas llenaban las gradas, y por uno de los pasillos del graderío se apreciaba la imagen congelada de un hombre de traje azul que portaba enganchada al cuello una bandeja, como si fuera la chica de los cigarrillos. Cuatro elefantes yacían recostados de medio lado en el centro de la pista, y las cebras, llamas y camellos les rodeaban formando un círculo. Hombres con trajes oscuros armados con bastones se hallaban junto a ellos, manteniéndolos a raya. Había uno que parecía el director del circo, vestido con chaqueta y sombrero de copa, situado cerca del centro de la pista, dándole la espalda a la cámara, con un brazo extendido en el aire.

Había otra instantánea tomada en el interior de la carpa principal, esta vez con las gradas vacías y una reunión informal de artistas posando aquí y allá en grupos separados. Seis hombres con uniformes de banda de música con sus clarinetes, tubas, trompas y trombones; un grupo de payasos compuesto de manos, niños y adultos con la cara pintada de blanco, ropas anchas, pelucas de calvo, collares de volantes, capirotes, uniformes de policía, y sombreros de bombero; cuatro mujeres pálidas con faldas hawaianas,

collares de flores y tops de bikini; una fila de chicas con vestidos largos cogiéndose la falda de lentejuelas como si fueran alas de hada.

La siguiente fotografía mostraba un grupo de artistas del espectáculo de monstruos: un hombre que no llevaba nada puesto salvo unos pantalones cortos y unos calcetines, la piel agrietada cubierta de escamas oscuras; una mujer gorda embutida de pies a cabeza en un vestido de seda como si fuera un bolso de cierre ajustable; un gigante con sombrero vaquero; varios enanos y enanas en esmoquin y traje de fiesta; una mujer sin brazos ni piernas encima de un pedestal; un hombre tan delgado como un esqueleto; una mujer con todo el cuerpo tatuado.

La quinta instantánea era de una chica de rostro pálido con leotardos y zapatillas de *ballet* en medio de dos elefantes. Uno de ellos parecía que había sido pintado de blanco; parecía la albina del artículo que Julia había encontrado unos días atrás. El pelo rizado le llegaba por la cintura y la piel de porcelana parecía perfecta. Con una mano en la trompa del elefante, miraba a la cámara, sonriendo suave y alegremente. Si Julia estaba en lo cierto y aquella mujer era la amante de su padre, no le extrañaba que estuviera perdidamente enamorado de ella. Verla en aquella fotografía, y no en la del póster de circo que había visto en el recorte granulado del periódico, no era lo mismo. Aquí se la veía en todo su esplendor, era deslumbrante, tenía una belleza casi etérea, con una mirada profunda y conmovedora, y una cara con forma de corazón.

La siguiente fotografía era de la misma mujer albina con un vestido de lazo y un hombre de traje y corbata. Estaban rodeados por los artistas de las otras fotos, alzando botellas y vasos y sonriendo a la cámara. Parecía que el hombre y la mujer se estaban besando —ella estaba de puntillas e iban cogidos de la mano— pero no estaba segura porque el gigante que había tras ellos estaba jugando a ocultarles el rostro tras un sombrero de paja. Julia entrecerró los ojos y trató de examinar si aquel hombre le resultaba familiar. No sabría decir.

Con la esperanza de que la próxima foto mostrara sus rostros, contuvo el aliento, casi esperando encontrarse con el rostro de su

padre girándose para mirarla. Pero era otro grupo de artistas, equilibristas de la cuerda, muchachas bonitas montando a caballo, niños disfrazados de payasos y vaqueros, muchachas tocando los tambores en trajes marineros muy cortos. La última fotografía era la mujer albina, pero esta vez llevaba un rollizo bebé de pelo blanco en su regazo. Iba vestida de diario, con ropa normal, y el bebé, que debía tener unos tres meses, se estaba riendo y sujetando un peluche de elefante entre sus manitas regordetas.

Julia se quedó sin aliento.

Parecía el mismo peluche de elefante que había en la estantería de su antiguo dormitorio.

Salió como alma que lleva el diablo hacia su habitación, cogió el peluche de elefante polvoriento de la estantería, corrió de nuevo abajo y puso la foto y el peluche sobre la mesa, uno al lado del otro. Los elefantes eran idénticos, de pies a cabeza, los ojos de botón, la cola trenzada hecha de hilo. Trató de recordar de dónde lo había sacado pero no se acordaba. Hasta donde podía hacer memoria, había sido uno de sus juguetes favoritos, y madre siempre se aseguraba de que lo tuviera en la cama junto a ella cada noche. Podrían haberlo comprado en un circo pero parecía hecho a mano.

Con un millón de preguntas bulléndole en la cabeza, cogió las fotos y regresó al despacho, abrió el póster del circo y miró a la mujer que aparecía montada sobre el elefante. Tenían que ser la misma. Se arrodilló en el suelo extendiendo los recortes sobre la alfombra. Cuando encontró lo que buscaba —el recorte de la Médium Albina— se llevó una mano a la boca al liarse cuenta de lo que ponía en la primera frase del artículo. El nombre de la Médium Albina era Lilly, el mismo nombre que había escrito en el interior de la funda de la cámara de fotos. Trató de poner en orden sus ideas pero no podía pensar con claridad. ¿La había llevado su padre al circo cuando era un bebé para que la conociera su amante y ya de paso había comprado el peluche allí? ¿O acaso el bebé del regazo de Lilly era en realidad el de su hermana muerta? Si la cámara pertenecía a Lilly, ¿cómo era que la tenía su padre en el despacho? ¿Y por qué padre no había revelado las fotos?

CAPÍTULO 23

LILLY

DESPUÉS DE GOLPEAR A MERRICK EN LA CABEZA CON EL gancho de elefantes por haber atacado a Lilly en el vestuario del *show* de chochitos, Cole se llevó a Lilly a su coche cama y la tumbó cuidadosamente sobre el sofá. Lilly trató de taparse uniendo como pudo las piezas desgarradas del vestido, sin dejar de temblar, y enterró el rostro en la almohada, con los músculos de las piernas y los brazos partidos de dolor, la parte interior de los muslos llena de arañazos y heridas. Se sentía las mejillas calientes e inflamadas. Cole la ayudó a ponerse una de sus camisas de manga larga, le puso una manta sobre los hombros y se sentó junto a ella en el borde del sofá para limpiarle la sangre del labio partido con un pañuelo.

—No debía haber venido aquí —dijo Lilly con voz temblorosa —. Cuando encuentren a Merrick, el señor Barlow y sus gorilas van a ir a por mí y este será el primer lugar al que vengan a buscarme. Debería esconderme en la casa de fieras.

Cole negó con la cabeza.

—Si te escondes, parecerás culpable, y tú no has hecho nada malo. ¿Y qué pasará si te encuentran allí sola? ¿Crees que van a ser amables contigo?

—No, pero si Merrick está muerto no quiero que te veas implicado en este desastre.

—Si está en el otro barrio, no voy a dejar que te carguen el muerto por haber matado a un hijo de puta. Yo soy el que le he dado el golpe en la cabeza, y volvería a hacerlo otra vez si le pillara intentando… —La furia brillaba en sus ojos y apartó la mirada.

—Shhhh —dijo ella—. No pasa nada. —Puso una mano en su mejilla obligándole a mirarla de nuevo—. Me has salvado. Estoy bien.

Él tomó su mano entre las suyas y la miró con ojos llenos de dolor.

—Cuando vengan aquí van a ver… Verán lo que te ha hecho Merrick.

—¿Cómo sabías…? —Empezó a llorar—. ¿Cómo sabías que tenía problemas?

—Cuando me enteré de que habías salido corriendo del escenario, supe que Merrick se iba a poner hecho una furia. Intenté encontrarte antes que él, pero… ¡Lo siento, Lilly! —Le apartó un mechón de la frente con suma delicadeza—. Lo siento por todo.

En ese momento Hank salió de su habitación arrastrando los pies con la cara somnolienta y el pelo revuelto.

—¿Cole? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

Antes de que pudiera contestar, los gorilas del señor Barlow irrumpieron en el coche cama.

Al cabo de un rato, Lilly y Cole estaban dentro del vagón del señor Barlow con los gorilas escoltando la salida. El señor Barlow estaba sentado a la mesa, fumándose un puro, con el ceño fruncido, mientras Alana sorbía café en el sofá, con las piernas desnudas cruzadas, meneando un pie arriba y abajo. Chi-Chi se había enroscado en el recodo del brazo de Lilly y le estaba acariciando el cuello con el hocico. Lilly le acariciaba las orejas evitando el contacto visual con el señor Barlow y con Merrick, quien estaba sentado a la mesa junto a él, sujetando una bolsa de hielo contra su

cabeza. Además de las marcas de la cara y de los muslos magullados, podía sentir cada tirón muscular en su cuello, cada ardor en las venas bajo su piel. Hasta ahora, no se había dado cuenta de cuánto deseaba ver muerto a Merrick. Le aliviaba saber que Cole no le había matado, porque así no tendría que cargar las culpas por su asesinato, pero por otra parte, le angustiaba que todavía estuviera vivo.

—¡Me importa una mierda! —gritó el señor Barlow a Cole—. Si quieres que esté contigo en el espectáculo de elefantes tendrás que comprársela a Merrick.

—¡De lo contrario estás cometiendo un secuestro! —dijo Merrick.

Cole miró a Merrick con ojos de odio.

—¿Y qué piensas hacer al respecto, pedazo de mierda?

—¡Silencio los dos! —dijo el señor Barlow—. Yo soy juez y jurado en este circo, ¡y lo sabéis!

—Eso es verdad —dijo Merrick alzando el mentón. Hizo un gesto de dolor, y recolocó la bolsa de hielo en su cabeza—. ¿Cuál es el castigo por asalto?

—¿Y el castigo por intento de violación? —escupió Cole.

Merrick sonrió con los labios cortados y sangrientos.

—No era una violación, era un entrenamiento. Alguien tenía que prepararla para su siguiente trabajo.

Cole le embistió clavándole las manos, con el rostro desencajado por la cólera. Los gorilas le agarraron, apartándole de Merrick.

El señor Barlow pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Te he dicho que cierres el puto pico y me dejes arreglar esto, Merrick!

Merrick refunfuñó entre dientes.

—¿Qué es eso? —dijo el señor Barlow—. ¿Tienes algo que decir? Dilo bien alto que podamos oírlo todos.

—He dicho que ella me pertenece —dijo Merrick. Miró a Cole —. Así que a menos que no quieras que te arresten por asalto y secuestro, y que tu novia aquí presente no salde su deuda entreteniendo a los paletos detrás de los vagones de equipaje, será

mejor que pagues.

—No —dijo Cole—. No pienso pagar por mi esposa.

Lilly dejó de acariciar a Chi-Chi y alzó la mirada.

El señor Barlow se quedó blanco.

—¿De qué demonios estás hablando, chico?

—Tan pronto como Lilly se recupere vamos a casarnos —dijo Cole—. Dijiste que los elefantes eran tu atracción estrella. Si intentas impedir que me case con Lilly me iré, y ya sabes que JoJo no hace caso a nadie si no es a mí. Y si yo me voy, mi padre se va. Los hermanos Ringling le hicieron una oferta hace meses porque saben que es el mejor con los elefantes en cientos de kilómetros a la redonda, pero no aceptó porque no quería abandonar a los animales y también porque sabía que yo no querría irme sin Lilly.

—A los otros artistas no les va a gustar nada que te cases con una del espectáculo secundario —dijo Alana.

—No tienen ningún problema con Lilly —dijo Cole—, y si lo tuvieran, no me importaría.

El señor Barlow se encogió de hombros y miró a Merrick.

—No puedo evitar que se casen. Esto es un negocio, no una dictadura. Se rebelarían contra mí.

Merrick se puso en pie y estampó la bolsa de hielo contra el suelo y esta se rompió haciendo que los trozos de hielo se desperdigaran por todas partes. Chi-Chi enterró la cabeza debajo del brazo de Lilly.

—¡Ella es de mi propiedad! —gritó Merrick—. Pagué mucho por ella.

—¡Y bien que lo has amortizado! —dijo Cole—. No le has pagado un solo céntimo en seis años.

—¡Porque ha sido un grano en el culo desde el primer día! —dijo Merrick.

—¡Mentira! Ella…

—¡Todo el mundo a callar! —dijo el señor Barlow. Se llevó las manos a las sienes como si le fuera a estallar la cabeza—. No quiero oír ni una palabra más de ninguno de los dos. —Miró a Cole—: Adelante, cásate con ella y ponía en el espectáculo de elefantes. Pero

te lo advierto, ha jodido todos los números en los que ha estado alguna vez, así que como algo salga mal y la venta de entradas baje, acabáis con la cabeza en una bandeja. —Se dirigió a Merrick—: Tiene razón, ya has sacado bastante pasta a costa de Lilly. A otra cosa, mariposa. Ella es empleada de mi circo ahora, y yo no poseo a ninguno de mis empleados.

Lilly no podía creer lo que estaba oyendo. Allí estaba, con un traje de noche hecho trizas, la cara hinchada, el maquillaje corrido, los músculos doloridos y magullados, y lo único que podía hacer era tratar de no llorar de felicidad.

Una semana más tarde, Lilly y Cole se estaban casando en algún lugar de Luisiana, debajo de un gigantesco sauce cerca de un arroyo de aguas lentas. Glory, Ruby y Rosy llevaron jarrones llenos de velas de ramas cubiertas de musgo, los peones arrastraron los bancos del circo hasta allí y los artistas del gran espectáculo y del espectáculo secundario acudieron para reunirse por igual y ser testigos de la unión. La banda del circo tocó la marcha nupcial y el Hombre más Alto del Mundo —que resultó ser ministro de la Iglesia— ofició la ceremonia. Hester, la Mujer Mona, le había prestado a Lilly el vestido de novia que llevaba guardando desde los catorce años —un sencillo vestido blanco con corpiño de cuentas, desmangado, y falda de volantes— y Cole llevaba su mejor esmoquin de director ecuestre. Todos los invitados llevaban sus mejores galas, desde esmóquines y uniformes de banda hasta vestidos de fiesta, vestidos de charlestón, tutús, y faldas hawaianas. Tras la ceremonia, Lilly y Cole atravesaron los vagones de camino a la próxima parada, aceptando las felicitaciones y ofertas de comida y bebida que les iban haciendo. Después los acompañaron en rebaño hasta un coche cama privado —jubilosamente cedido para la ocasión por el señor y la señora Benini, propietarios del puesto de conos de nieve y algodón de azúcar— y los dejaron a solas. A medianoche, Lilly vacía entre los fuertes brazos de Cole, asombrada por el giro tan bueno que había dado su vida.

Si mamá no la hubiera vendido al circo jamás habría conocido a Cole. Y justo ahora, en aquel momento, estaba tan contenta y agradecida, que el perdón casi parecía posible, como una joya aguardando a que la cogiera. Pero entonces recordó todo el dolor que había sufrido, y toda idea de compasión abandonó su mente. Algunas heridas eran demasiado profundas. Lo que sus padres le habían hecho, encerrándola en el ático durante diez años y vendiéndola al circo era imperdonable. Además, tampoco es que mamá hubiera aparecido por allí pidiendo perdón. Ella no creía que hubiera hecho nada malo. Lilly se preguntó qué pensaría mamá si pudiera verla ahora, amada por sus amigos, felizmente casada, y a punto de trabajar con los elefantes en la carpa del gran espectáculo. ¿Estaría orgullosa de ella, o su odio era tan hondo que eclipsaba cualquier cosa buena?

Durante las siguientes semanas, Cole y Lilly trabajaron en el número de los elefantes en el interior de un pista de ensayos que montaban en la parte posterior de cada parada. El señor Barlow pasaba todos los días para ver cómo iban y parecía encantado con sus progresos. Pepper, en especial, parecía leer la mente de Lilly. Ya la viera caminar o correr, la seguía a todas partes con la trompa levantada y la boca abierta en una mueca de sonrisa. Si Lilly levantaba el pie, Pepper hacía lo mismo. Sin necesidad de hablar ni de darle instrucción alguna, la elefanta se ponía a dos patas o cogía a Lilly con su trompa con sumo cuidado y la montaba a su cuello detrás de las orejas. Y Lilly era más feliz de lo que jamás pensó que fuera posible ser. Pero a veces notaba que Merrick andaba por allí espiando desde la esquina de una tienda cercana, con el rostro apretado y la rabia irradiándole desde todos los poros de su piel como el calor que irradia un desierto. Aquella sensación la hacía sentir inquieta.

Finalmente, llegó el gran día en el que Lilly hizo su primera aparición en la carpa principal. Vestida con leotardos blancos y falda de vuelo decorada con cristales plateados y cuentas, el pelo recogido en un moño suelto, caminó con pose firme hacia la carpa central con las zapatillas de *ballet* en las manos. Cole había salido del vagón

antes para ayudar a su padre a llevar los elefantes, y los otros artistas y animales ya estaban aguardando en fila a la entrada de la arena, esperando a ser convocados por la estridente llamada del silbato del señor Barlow que anunciaba el inicio del gran desfile.

Buscó a Cole en la fila con un amasijo de nervios en el estómago. Los otros elefantes estaban allí, pero Cole y Pepper no aparecían por ninguna parte. Corrió a preguntar a Hank qué estaba pasando. Él hombre iba a contestar pero justo entonces miró por encima del hombro de ella y señaló:

—Ahí vienen.

Lilly se giró, ansiosa y emocionada al mismo tiempo. Pero cuando vio a Cole y Pepper se llevó una gran decepción. Algo iba mal. Pepper estaba más blanca que una sábana y Cole tenía muy mala cara. Se apresuró hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Qué le pasa?

—No le pasa nada —dijo Cole—. El señor Barlow ha hecho nuevos pósteres anunciándote a ti con una elefanta albina…

Lilly se quedó boquiabierta.

—Pero ¿cómo…?

—Cal blanca.

Los ojos de Pepper estaban irritados y humedecidos por la pintura.

—Pobre cosita —dijo Lilly acariciándole a trompa suavemente —. ¿Cómo ha podido?

El señor Barlow enfiló hacia ellos sonriendo con su sombrero de copa, sus pantalones de montar y su chaqueta roja.

—¡Tenemos el aforo completo! —dijo el señor Barlow—. Gracias a esta preciosa elefanta y a ti. ¡Ale, poneos en la fila! Recuerda tan solo una cosa: mantenía lejos de los niños, no queremos que ninguno acabe aplastado, por mucha lata que den.

Lilly quería decirle algo sobre la pintura blanca pero empezar a discutir antes de su primera función solo conseguiría ponerla más nerviosa. Se puso las zapatillas de *ballet* y Pepper se la subió al cuello. Empezaron a desfilar detrás de JoJo, Flossie y Petunia. Un equipo de percherones negros con vagones de leones enganchados se

puso a danzar de un lado a otro conforme iban pasando; y los payasos los contemplaban con los ojos abiertos como platos de sus caras pintadas. Los otros artistas los miraban estupefactos. Cole se subió a JoJo y le indició a Lilly que guiara a Pepper junto a ellos, y así lo hizo.

—Ya está —dijo Cole—. ¿Estás lista?

—Estoy aterrorizada —confesó ella—. ¿Y si…?

—Lo harás bien —interrumpió él—. Lo has ensayado miles de veces. Tú tranquilízate, porque si te pones nerviosa Pepper se dará cuenta.

El silbato del señor Barlow emitió un chillido en el interior de la carpa, la banda empezó a tocar, y el gran desfile empezó a moverse hacia delante. Lilly respiró hondo y se aferró al cabecero de Pepper con suavidad. Con Hank caminando junto a ellos en caso de que algo fuera mal, Lilly, Pepper, Cole y JoJo entraron en el interior de la carpa central frente a Flossie y Petunia. Lilly, que nunca había estado allí durante la función, apenas podía creer cuánta gente había apiñada en las gradas. Los rayos del sol filtraban la luz a través de los anillos de la carpa y el techo de lona, iluminando miles de caras y cabezas, sombreros y manos. Cuando el público vio a Pepper y a Lilly hubo un corte de respiración colectivo. Todo el mundo aplaudió ampliamente mirándolas con gesto de asombro.

A medida que el desfile iba dando la vuelta al hipódromo, Lilly iba sonriendo y saludando a la audiencia, con cada uno de los sentidos en estado de alerta, la piel cosquilleándole con una extraña mezcla de euforia, descreimiento y miedo. Los trapecistas y equilibristas de la cuerda, las chicas del charlestón y los domadores de leones, los acróbatas y zancudos, todos ellos, pasaron pavoneándose mientras los juglares hacían malabarismos y los payasos pasaban y bailaban y se gastaban bromas entre sí. Parecía como si aquel desfile fuera un reflejo de sus propios pensamientos y sentimientos, un centenar de piezas coloridas saltando en un revoltijo, haciendo imposible saber hacia dónde mirar ni qué pensar.

De vez en cuando miraba a Cole para tranquilizarse, y él siempre le guiñaba un ojo. En una ocasión le había dicho que, como

artista circense de tercera generación, se sentía entusiasmado por aquella tradición familiar, y que para él aquellas luces del espectáculo eran lo más brillante, y que la pista le tiraba más que cualquier otra cosa de este mundo. Lo único que le interesaba en esta vida era actuar. Y ahora le entendía. La excitación del público era como una corriente eléctrica recorriéndole todo el cuerpo, y en vez de tener miedo a hacer el ridículo, lo que sentías allí era la pura adoración de los paletos. ¿Quién no querría ser la chica del traje de reflejos deslumbrantes montada en un hermoso elefante?

Después del desfile y de los números de cada uno, le tocaba a ella. La habían reservado para el final. Era su primera función, tanto para ella como para Pepper. Dos payasos acudieron cargando un pedestal rojo cubierto de estrellas y lo colocaron en el centro del escenario. El señor Barlow llamó la atención del público para que guardaran silencio y hacer un anuncio especial.

—¡Damaaaaaaaaaas y caballeroooooooooooos! —gritó con voz profunda—. ¡Ha llegado el momento de ver el número que todos ustedes estaban esperando! ¡El número que han visto en los anuncios de los carteles, amigos, ese por que arriesgué mi propia vida en la jungla de Tailandia, ese que le contaréis a vuestros nietos que visteis una vez! ¡Déjenme presentarles, en exclusiva, en primicia, y en la que será su primera actuación, aquí, esta noche, en el Circo de los Hermanos Barlow, a Lilly la Princesa Albina de Siam y su Elefanta Albina, Pepper! —Levantó el brazo y miro hacia atrás.

Lilly tragó saliva y miró a Cole, que estaba de pie junto a Pepper. Cole le guiñó un ojo y asintió con la cabeza. Lilly frotó los pies contra los costados de Pepper y la guio hacia delante, pasando por delante de los trapecistas que iban abandonando el hipódromo tras su actuación. Cuando Pepper y ella entraron en la carpa, levantó un brazo y, a pesar de los nervios, sonrió al público. La banda empezó a tocar «Jungle Queen» mientras Pepper la llevaba a cuestas hasta el centro de la pista, con la trompa enroscada en un saludo. La elefanta alzó a Lilly en el aire y la puso en el pedestal. La multitud aplaudía y silbaba.

Lilly levantó los brazos en forma de V y se dirigió a cada sección

del graderío con una sonrisa pegada a la cara. Entonces saltó del pedestal y se puso frente a Pepper, quien aguardaba pacientemente. Lilly hizo una inclinación de cabeza y Pepper se puso a dos patas bramando sonoramente. Los paletos rieron y aplaudieron.

A continuación, hizo un gesto hacia abajo con su mano y Pepper se puso a cuatro patas. Entonces volvió a hacer una inclinación de cabeza apuntando al suelo y Pepper se acercó hacia delante, y se puso cabeza abajo. Lilly sonrió con estilo y extendió el brazo invitando a la audiencia a rendir adoración a la elefanta. Vitorearon y rugieron con aplausos. Seguidamente, Lilly se tiró al suelo frente a la trompa de Pepper, justo debajo de sus cuartos traseros, y poco a poco, la multitud fue quedando en silencio y sin aliento, anticipando la tragedia.

Con sumo cuidado, Pepper dejó caer los cuartos traseros y fue agachándose hasta que la mole de su cuerpo cubrió a Lilly por entero, dejando únicamente visible la cabeza. Las mujeres jadearon y le taparon los ojos a sus hijos. Pepper esperó un momento, y luego se sentó y posó su pata delantera sobre el cráneo de Lilly. Una ráfaga de chillidos estalló entre el público. Pepper levantó la trompa triunfal y, al punto, y con suma delicadeza, levantó la pata. Lilly se levantó, saludó al público y, sonriendo a placer, acarició la barriga de la elefanta. Sintió la pintura dura y seca y, por un instante terrible, pensó que la había arrancado al acariciarla. Sin dejar de sonreír, echó un vistazo y suspiró de alivio al ver que todavía seguía en su sitio.

Saltó hacia el otro lado de la pista y miró ligeramente por encima de su hombro como esperando que Pepper la siguiera.

Pero Pepper se dejó caer sobre las rodillas y rodó sobre su costado como si fuera a echarse la siesta. El director de la banda hizo un gesto de batuta y empezaron a tocar una nana, y la multitud estalló en risas. Lilly se llevó las manos a la cadera y fue a por Lilly fingiendo estar frustrada. Pepper yacía en el suelo inmóvil como una piedra. Lilly se encogió de hombros, trepó por encima de Pepper, y se echó a dormir sobre ella, con la cabeza apoyada sobre sus manos, los ojos cerrados. La nana siguió sonando y el público se quedó en silencio. Entonces, Lilly se desperezó en un bostezo impostado,

haciendo que los paletos volvieran a reír. Se puso en pie, sacudió la cabeza, caminó sobre el costado de Pepper, saltó desde su cuello y empezó a caminar.

Pepper se incorporó y cogió a Lilly por la cintura con su t rompa. Lilly abrió la boca en una mueca de sorpresa. La gente chasqueaba nerviosamente, sin saber a ciencia cierta si aquello formaba parte del espectáculo. Pepper se puso en pie, sin soltar a Lilly, y la empujó hacia delante. Ella se llevó las manos a la boca fingiendo estar asustada. La banda empezó a tocar una pieza rápida que acabó derivando en un vals. Pepper la soltó y Lilly se paseó por allí, sonriendo y bailando alrededor del perímetro de la pista, moviendo los brazos al ritmo de la música. Pepper la iba siguiendo, con la cabeza y la trompa oscilando de un lado a otro. La audiencia reía y aplaudía.

Lilly dio otra vuelta a la pista bailando, y luego condujo a Pepper hacia el pedestal y se subió mientras la elefanta inclinaba la mole de su cuerpo. Lilly se subió a lomos de ella y se colocó en su cuello, de pie, con las rodillas ligeramente dobladas y los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Pepper se puso totalmente de pie y dio un paseo alrededor de la pista con la t rompa en alto mientras Lilly sonreía y lanzaba besos al público. Vio a Cole por el rabillo del ojo, contemplándola desde la parte trasera, con una sonrisa de oreja a oreja enyesada a la cara. Tras unas cuantas vueltas por la pista, Pepper volvió al pedestal y aguardó a que se deslizara.

Todo el mundo aplaudía y se ponía de pie, pero Lilly levantó un dedo para hacerles saber que todavía había más. Hubo un redoble de tambores. Levantó los brazos mirando a Pepper y asintió. La elefanta se puso a dos patas y Lilly bajó los brazos. Entonces Pepper se inclinó hacia delante, enrolló la boca en la cabeza de la muchacha y la levantó del pedestal. La multitud se quedó sin aliento y un mujer pegó un chillido. Lilly extendió los brazos con las palmas bocarriba para que todo el mundo supiera que aquello formaba parte del acto, y los paletos se volvieron locos.

Con Lilly colgando todavía de su boca, Pepper subió al pedestal y se quedó allí arqueando la espalda y juntando las cuatro patas.

Enrolló la trompa alrededor de Lilly como si fuera un columpio y la liberó de su boca. La joven dejó colgar un brazo, sonrió, y apuntó con los dedos. La elefanta levantó la trompa manteniendo a Lilly en el aire y se puso a dos patas. El público estalló en gritos de júbilo.

Finalmente, se colocó a Lilly sobre la cabeza, bajó del pedestal, y se fue de la carpa principal entre vítores y ovaciones del público en pie.

CAPÍTULO 24

JULIA

JULIA NO PODÍA DORMIR PENSANDO EN LAS FOTOGRAFÍAS reveladas de la cámara de fotos que había encontrado en el cajón del escritorio de su padre. El viento azotaba las contraventanas y retumbaba en los alféizares. Las tres ramas de siempre golpeaban contra los cristales, y juraría que estaba volviendo a oír ratas en la casa, correteando a través de las paredes y dando tumbos por los techos. Los inquietantes sonidos parecían el eco de los pensamientos de su mente, estallando, brincando y retumbando dentro de su cráneo.

¿Por qué tenía padre las cosas de Lilly guardadas en su escritorio? ¿Quién era el bebé de la fotografía? ¿Era ella o era el de su hermana muerta? Resultaba un poco difícil saber si se parecía a madre tanto como ella, pero también podía ser fruto de un *affaire*, y por lo tanto, su hermanastra. ¿Sería posible que aquellos viajes de negocios que padre hacía para comprar y vender caballos no fueran más que una tapadera para encontrarse con Lilly y su otra hija? ¿Por eso eran tan desdichados sus padres? Pero ¿qué diablos habían hecho para necesitar perdón? Y lo más importante, ¿cómo iba a hacer que las piezas de aquel puzle encajaran? ¿Cómo iba a descubrir

la verdad? Cuando por fin se quedó dormida, después de las tres de la madrugada, soñó con payasos, elefantes y espectáculos de monstruos.

Al día siguiente, una lluvia intensa bañaba árboles y edificios, convirtiendo el suelo de la finca en un desastre de barro. Julia se echó una toquilla de lana sobre la cabeza y se encaminó hacia el establo para preguntarle a Claude si sabía cómo se entraba en el ático. Tenía que hacer algo con aquellas ratas antes de que se multiplicaran, y el ático parecía el lugar más lógico por donde empezar a atacar la plaga. Para cuando llegó a la oficina ya tenía los pantalones y el pelo totalmente empapados, y deseó haber esperado a que la lluvia arreciara antes de salir de casa. Encontró a Claude agachado en el interior de uno de los establos, limpiándole el casco a un caballo.

—¿Sabes cómo se accede al ático? No hago más que oír ratas y necesito averiguar por dónde se están colando y dónde están anidando.

—Ni idea. Nunca he estado ahí arriba.

—No encuentro la escalera o la trampilla por ninguna parte. ¿No crees que es un poco raro?

Claude se encogió de hombros y siguió trabajando.

—¿Podrías venir a la casa conmigo y ayudarme a buscar? ¿Tal vez poner algunas trampas?

—Ahora mismo tengo lío.

—Lo sé, pero ven cuando hayas acabado, ¿vale?

—Hoy no puedo. Tengo que quitar las ramas rotas del jardín antes de que vuelva a caer una tormenta —dijo Claude mientras cogía otro casco de la pata delantera del caballo.

—¿Qué dices? ¡Si está lloviendo a cántaros!

—Entonces aprovecharé para ponerme al día con el papeleo atrasado.

Julia dejó caer los hombros y suspiró. Estaba intentando ser amable pero su paciencia tenía un límite.

—¿Estás enfadado conmigo por algún motivo, aparte de por lo de hacer que trajeras al potro de vuelta con su madre y por lo de

adoptar a la potrilla huérfana que Fletcher trajo el otro día? Sé que no es así como habéis estado haciendo las cosas por aquí pero…

—No.

—Entonces ¿por qué no me hablas? ¿Por qué no me miras? ¿Por qué parece que es pedirte demasiado que me ayudes a entrar en el ático?

Dejó la pata del caballo, se estiró y la miró con una expresión vacía de emoción.

—Tan solo estoy intentando hacer mi trabajo, señorita Blackwood.

—Bueno, pues parece que estés enfadado conmigo, o evitándome, o… Yo qué sé. —Lanzó las manos al aire—. ¿Estás enfadado porque estoy aquí? Sé que no te gustan los cambios y que yo soy demasiado joven para ser tu jefa, y admito que tengo un montón de cosas que aprender pero…

Claude sacudió la cabeza con la boca apretada en una línea delgada.

—¿Entonces qué es? —insistió ella—. Parecías estar bien cuando llegué, pero luego cambiaste de actitud. ¿He dicho algo malo?

—No —contestó mirándola fijamente, inflexible y resoluto.

No podía evitar tener el presentimiento de que le estaba ocultando algo. Tal vez sabía lo de la amante de su padre, o lo que quiera que fuese que sus padres le hicieron a su hermana. A lo mejor guardaba la distancia porque no quería que le hiciera preguntas. ¿Por qué si no evitaba hablar con ella a toda costa?

Entonces la asaltó otra idea que le cortó el aliento. *Oh, Dios, a lo mejor madre y él eran amantes*.

—¿Creías que mi madre te iba a dejar la granja? —Y lo dijo así, de sopetón, sin detenerse a pensar en sus palabras.

—Haré como que no he oído eso —contestó Claude contrayendo la mandíbula y con las sienes palpitando a toda máquina.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. Pero es que ya no sé qué más hacer. ¿Cómo puedo demostrar que soy buena persona? A

lo mejor tendría que rendirme. —Se dio la vuelta y empezó a marcharse—. Da igual, le diré a Fletcher que me ayude.

—¿Señorita Blackwood? —la llamó Claude.

Julia se giró con la esperanza de que hubiera cambiado de idea.

—¿Sí?

—El veneno para las ratas está encima de la repisa del cuarto de aperos.

—Vale —dijo ella desinflada por la decepción—. Gracias.

Pensó en decirle que antes de usar el veneno necesitaba averiguar dónde estaban las ratas pero no valía la pena. No había necesidad de irritarle más. Dejó el establo y regresó a la casa enfrentándose a las ráfagas de lluvia que le iban golpeando la cara como si fueran miles de perdigones. Tal vez el desprecio de Claude hacia ella era más simple de lo que ella imaginaba. Seguramente, a base de trabajar durante veintisiete años para sus padres, había acabado volviéndose como ellos. Fuera lo que fuese, tenían que aprender a llevarse bien antes de que las cosas se salieran de madre.

Colgó el abrigo húmedo en el recibidor, se quitó la ropa mojada, se puso ropa seca, cogió una linterna de uno de los cajones de la cocina y subió a la tercera planta con la firme determinación de encontrar una forma de acceder al ático. A lo mejor el otro día se había pasado por alto la puerta de entrada sin darse cuenta. Después de todo, había tantas habitaciones, puertas y armarios… Esta vez buscó en cada aseo, cada dormitorio; palpó las paredes y tocó el fondo de los armarios; examinó los techos en busca de trampillas y… No encontró nada.

En la última habitación al fondo del pasillo principal, entró en una pequeña estancia y empujó la cadena de una bombilla desnuda. Dejó la linterna en la mesa de patas de garras de león y empujó los sombrereros para dejar libres las paredes. Entonces se detuvo, azotada por un súbito sentimiento de incomodidad. El maniquí descabezado parecía estar contemplándola, juzgándola por andar husmeando en la casa. Casi se sentía como si madre estuviera escrutándola desde el más allá. Antes de seguir, sacó el maniquí de la habitación y lo cubrió con una sábana. Entró nuevamente en la

habitación y pasó los dedos por la madera para ver si había pasado por alto la junta de alguna puertecilla, a pesar de que aquel parecía un lugar de lo más extraño para poner un acceso al ático, especialmente en una mansión tan grande como Blackwood Manor, porque a juzgar por las dimensiones de la casa, el ático tenía que ser enorme, y aquella habitación era tan diminuta y accesoria…

Más determinada que nunca, se puso de puntillas y palpó las paredes superiores. Las esquinas y los bordes del techo eran sólidos y gruesos al tacto. Presionó la mano sobre la superficie, moviéndola hacia el centro, donde el tapiz colgaba sobre la mesa de patas se garra.

Y entonces lo vio.

El más imperceptible de los movimientos.

El tapiz se movió ligeramente.

Pasó la mano por el borde. Estaba frío, como si un aliento de hielo lo hubiera congelado.

Cogió la mesa de garras de león y la apartó de la pared. Pesaba más de lo que pensaba, pero un repentino subidón de adrenalina la hizo moverla sin esfuerzo. La linterna se cayó al suelo, pero Julia la ignoró y agarró el tapiz tirando de él hacia abajo, luchando contra la tentación de arrancarlo de la pared. Le sorprendió al comprobar que la varilla estaba clavada a la madera en lugar de estar fijada con corchetes. Se dio cuenta de que había una cuerda entre la varilla y la parte superior del tapiz, pendiendo junto a una de las anillas. Era del mismo color rojo que el del papel pintado, y de no ser porque estaba tratando de quitar la varilla, jamás la habría visto. Levantó la parte de abajo del tapiz, encontró el cabo de la cuerda, y tiró. El tapiz se enrolló hacia arriba como una ventana ciega.

Julia soltó un gemido de sorpresa.

Había una puerta en la pared.

CAPÍTULO 25

LILLY

HABÍAN PASADO CUATRO MESES DESDE SU PRIMERA APARICIÓN con Pepper en la carpa principal. Lilly y Cole estaban en el vagón del señor Barlow, con una mano protectora apoyada en el vientre. Merrick estaba sentado en un taburete junto al mostrador de la cocina, mirándola y escupiendo tabaco en el fregadero.

—¿Qué quieres decir con que no puede trabajar? —bramó el señor Barlow—. Estamos haciendo más caja que nunca. ¡No puede dejarlo ahora! —Golpeó la mesa con la mano haciendo que los vasos temblaran y casi rozando la botella de *bourbon*.

—No lo deja —trató de explicar Cole—. Simplemente necesita…

—Estamos a punto de entrar en la temporada baja —interrumpió Lilly—. Volveré a estar lista para trabajar de nuevo el próximo verano.

—Y a mí qué coño me importa en qué temporada estamos —dijo el señor Barlow—. Perderemos ingresos sin ti y ese elefante.

—Me niego a poner en peligro la vida de mi esposa y del bebé que lleva dentro —dijo Cole—. Además, si llegara a pasarle algo, te quedarías sin tu dichoso acto.

—¿Alguna posibilidad de que el niño nazca albino? —se interesó Merrick.

Cole y Lilly le ignoraron.

El señor Barlow se recostó en su silla con el rostro teñido por una oscuridad más negra que la de una tormenta.

—Qué hijo de puta… Sabía que era demasiado bueno para ser verdad —se estaba dirigiendo a Cole—. ¿No puedes sustituirla, al menos? Podemos pintarte de blanco.

—No funcionará —dijo Cole sacudiendo la cabeza—. Pepper solo hace cosas por Lilly, jamás lo haría por mí.

—Si estáis abiertos a sugerencias —terció Lilly—, yo tengo una idea. ¿Por qué no le decís a la gente que la Elefanta Albina está actuando en Europa? Más adelante, cuando llegue la primavera, la gente se tirará en manada para ver lo que se han estado perdiendo.

El señor Barlow dio un trago largo de *bourbon*, soltó el vaso dando un golpe sobre la mesa, y la miró.

—Por los clavos de Cristo, no sé cómo te las apañas para reventar cada uno de los números en los que has estado participando desde que llegaste al circo. Estoy empezando a preguntarme si merece la pena seguir contando contigo.

—Si ella se marcha, yo también —dijo Cole—. Y mi padre también —añadió.

—No pienso pagarle hasta que regrese al trabajo —dijo el señor Barlow.

—Empezó usted a pagarme hace dos meses, y debo añadir que no mucho, teniendo en cuenta la multitud de personas que han venido a verme.

—Oye, oye, jovencita —dijo el señor Barlow—. En primer lugar, no has dejado de dar problemas desde el día que llegaste, y en segundo lugar, no pienso pagarte hasta que vuelvas al trabajo montada sobre esa elefanta.

—Sí —le apoyó Merrick—. No podemos tener a una albina en la taquilla o vendiendo algodón de azúcar. Espantaría a los niños —sonrió, divertido de sí mismo, con una pelota de tabaco en la mejilla.

—Cierra el pico, Merrick —dijo Cole—. Esto no es asunto

tuyo.

—Podríamos ponerla de vuelta en el espectáculo de monstruos y decirle a todo el mundo que va a dar a luz a un alienígena.

—De eso nada —dijo Lilly.

—Puede ayudamos a mi padre y a mí a cuidar a los elefantes —sugirió Cole—. Algo es algo.

—Que no pienso pagarle.

—Vale —accedió Lilly—. Pero si Pepper y yo somos todavía la atracción estrella para cuando volvamos, quiero parte de los beneficios.

Al señor Barlow se le dispararon las cejas y empezó a temblarle el canto del bigote. Lilly pensó que se iba a poner a gritar como un energúmeno o que iba a levantarse y abofetearla, pero lo que hizo fue romper a reír tan fuerte que se puso más colorado que un tomate.

—Oh, Lilly —dijo—. Querida, ese es bueno. Aquí estás, diciéndome que no podrás trabajar en una temporada, y que además me vas a pedir beneficios de una o más funciones si tú eres la estrella. —Se llevó una mano a la barriga como si estuviera tratando de contenerse a sí mismo.

—Eso sí que no tiene precio. —Merrick se rio con él.

El señor Barlow apoyó la espalda en el respaldo de la silla, chasqueó y se secó las lágrimas de los ojos.

—Hacía tiempo que no oía nada tan gracioso, lo admito.

—Así es como trabajan en el circo de los hermanos Ringling y Baley —dijo Cole.

—Tenéis suerte de que no me deshaga de vosotros ahora mismo, así que ni hablemos de pagaros más —gritó poniéndose en un pie, poseído por un ataque de furia, con el fuego incendiando su mirada —. ¿Tenéis idea de cuántos circos quebraron el año pasado? ¡No! ¿Verdad? Y tú, Lilly, no quiero volver a hablar contigo hasta que estés lista para actuar. ¡Justo lo que necesitábamos aquí, otra boca a la que alimentar a costa de mi bolsillo! ¡Largo de mi vagón!

CAPÍTULO 26

JULIA

JULIA PERMANECÍA DE PIE, INMÓVIL, ATURDIDA, MIRANDO LA puerta escondida dentro de aquella pequeña habitación de la tercera planta de Blackwood Manor. Estaba tan impresionada que no podía reaccionar. La puerta era más pequeña de lo normal. Debía medir alrededor de un metro y medio de alto, y el papel pintado de la parte superior, así como el revestimiento de madera de la parte inferior hacían juego con el resto de la pared. Hasta el pestillo y el candado habían sido pintados de rojo para que combinasen con el resto. ¿Por qué se tomaría alguien tantas molestias ocultando aquella puerta? ¿Se trataba de la entrada al ático o era otra cosa?

Agarró el candado y volvió a sentir un pinchazo de decepción en el corazón. ¿Dónde estaba la llave?

Probó con las llaves del anillo de madre. Ninguna abría. Tiró del candado con la esperanza de que estuviera roto y abierto. Nada, que no se abría. Empujó la puerta con ambas manos para comprobar hasta qué punto estaba cerrada a cal y canto. Oyó un sonido. Miró bajo la superficie de la mesa, pensando que tal vez la llave podía estar allí pegada. No hubo suerte. Palpó el interior del cajón forrado de terciopelo de la mesa. Nada, que no la encontraba. Se quedó allí,

de pie, en medio de la habitación, descorazonada, mirando alrededor, buscando, buscando… Tal vez había un trozo suelto de revestimiento o un compartimento secreto en alguna parte. Volvió a mirar el tapiz enrollado como una alfombra bajo la varilla.

La llave estaba colgando de un gancho colgado a la varilla, oculto detrás de una de sus anillas.

—Tiene que ser una broma —se dijo a sí misma.

Cogió la llave del gancho y la metió en el candado. Encajaba. La giró y desbloqueó el pestillo. El corazón le martilleaba dentro del pecho. Quitó el candado del pestillo y abrió la puerta. Una ráfaga de aroma a rancio le abofeteó la cara, como si la casa estuviera exhalando por fin, tras décadas de haber estado aguantando la respiración.

Se quedó sorprendida al ver que detrás había otra puertecita incluso más pequeña que la anterior, como si fuera una entrada para niños. El borde superior colgaba algo por debajo del marco de la puerta, mientras que el borde inferior se alzaba por encima del suelo varios centímetros. En contraste al papel pintado y el revestimiento de la puerta exterior, tan brillantes, la madera podrida y agusanada estaba rodeada de tres aperturas, y la argamasa debajo del umbral deformado se había agrietado y desprendido, revelando una serie de cráteres picados de yeso sucio. El suelo estaba cruzado por rayas negras de alquitrán, como si fueran manchas de cera derretida. Aquella entrada le recordó a Julia a la de las casas abandonadas, o esos escondites en los que se refugiaban los judíos de las fotos en blanco y negro de la Segunda Guerra Mundial. Sintió un escalofrío de estremecimiento. ¿Había estado esa puerta allí durante todo el tiempo que ella pasó viviendo en la casa? A lo mejor había alguien viviendo realmente detrás de las paredes, y no las ratas precisamente.

La luz débil de la habitación que servía de preámbulo, caía sobre la ruta mugrienta de la entrada en lo que parecía ser un escalón. Cogió la linterna, la encendió y alumbró hacia la puerta. La luz desveló trozos de papel amarillento pendiendo de la escalera como colgajos de piel seca, parches rotos de torno y yeso. Parecía un espacio muy estrecho, y el hueco entre los escalones permanecía

oculto por un manto de oscuridad.

Estaba paralizada y con el corazón desbocado. Tal vez debería esperar y pedirle luego a Fletcher que subiera con ella. Pronto anochecería y, al día siguiente, a plena luz del día, podían subir juntos, porque, ¿y si se lo encontraba todo infestado de ratas? También podía pasarle que se le quedara el pie enganchado al hundirse en el suelo podrido, como un oso atrapado en un cepo. Tardarían días en encontrarla.

Luego recordó que le había comentado a Claude lo de las ratas en el ático. Si desaparecía, sabría dónde ir a buscarla. Además, ya no podía esperar a mañana. Tenía que saber qué había detrás de aquella puerta oculta. La curiosidad mató al gato, pensó, al tiempo que daba el primer paso en la fría oscuridad de aquella entrada.

Se abrió paso por los escalones, subiéndolos cuidadosamente, uno detrás de otro. Las telarañas se aferraban a sus brazos y a su cara. Olía a cerrado y a humedad y, en todo caso, faltaba el aire. El yeso y la pintura seca crepitaban bajo sus zapatos. Iba subiendo, moviéndose lentamente y alumbrando cada peldaño agusanado, comprobando que la madera no estuviera podrida o rota. A mitad de camino se mareó y tuvo que detenerse. Se apoyó en la pared, tratando de enfundarse valor, y se dio cuenta de que lo que le pasaba era que estaba aguantando la respiración. Inhaló profundamente varias veces, y reanudó la marcha. Casi arriba, alumbró hacia el techo. El círculo de luz desveló una serie de tablones de madera y vigas rústicas alzándose sobre ella como las entrañas de una vieja embarcación.

El ático.

Llegó hasta el último escalón y repartió el haz de luz por doquier. El ático era más grande de lo que había imaginado, y en un día lluvioso, como aquel, reinaba la oscuridad, con la magnitud del amplio espacio colgando entre las sombras. Las ventanas eran pocas, separadas entre sí, y con capas de marcas de agua y moho. El silencio era tan vasto que podía oír la respiración de la casa, cómo crepitaba, cómo se movía, y el sonido de la lluvia filtrándose por las canaletas atascadas de hojas secas. Salvo por las estrechas pasarelas

serpenteadas por telas de araña y los polvorientos montones de trastos típicos de un ático —baúles, vestidores, espejos, armarios, marcos vacíos y retratos borrosos, libros, vajillas de porcelana, cajas y otro maniquí sin cabeza— cada centímetro de espacio estaba ocupado.

No era de extrañar que hubiera ratas. Aquello era el paraíso de los roedores. Pero ¿lograría averiguar alguna vez por dónde se colaban, con todo el agobio que ya llevaba encima, intentando encontrar alguna pista sobre su hermana muerta y los misteriosos pecados que sus padres habían estado ocultando?

Suspiró y empezó a caminar por la estrecha pasarela, comprobando la firmeza del suelo conforme iba pisando. Chirriaba y crujía, pero parecía seguro. Los cuadros de paisajes y retratos desteñidos colgaban de alambres oxidados en la pared del extremo opuesto del ático, con los marcos torcidos a la virulé. Se acercó hasta ellos y, una vez allí… Se detuvo en seco. Había otra puerta en la pared, a unos treinta centímetros del suelo.

—Pero ¿qué diablos…? —dijo en voz alta.

Esta vez, sin embargo, no tuvo que buscar la llave porque estaba colgando de un gancho junto al marco. Abrió la cerradura, corrió el pestillo y las bisagras crujieron hacia el interior. Respiró profundamente y se adentró a través de un alto umbral hacia aquella otra parte del ático que, sorprendentemente, estaba totalmente vacío, excepto por una estantería y dos sillas de mimbre.

Y entonces… Vio una tercera puerta.

CAPÍTULO 27

LILLY

FUERA DEL COCHE CAMA HACÍA UN SOL ABRASADOR Y EL aire se sentía pesado. El paisaje era plano hasta donde la vista podía alcanzar, y el solar estaba cubierto de hierba seca de color heno. Los peones montaban las carpas de campaña, rodeados por un estrépito de rampas metálicas, gritos, tacos, y tormentas de cascos de caballos retumbando en el aire. Estaban en Broken Arrow, Oklahoma, y si Lilly estaba en lo cierto, habían pasado irnos dos años desde su primera aparición en público con Pepper por aquellas tierras.

Después de nacer su hija Phoebe Llilian Holt, la voz de que la Princesa Albina y su Elefanta habían vuelto de Europa no tardó en correr como la pólvora, y la multitud que solía apiñarse a las puertas del circo se vio multiplicada. El señor Barlow estaba feliz. Todo el mundo lo estaba. El dinero entrante era más del que jamás habían recaudado, y aquello lo compensaba todo. Solían actuar en un lugar distinto cuatro o cinco noches a la semana y, por primera vez, Lilly tenía un sueldo fijo, así que Cole y ella por fin tenían su propio coche cama. Además, Lilly había logrado convencer a Glory para dejar a Merrick de una vez por todas, renunciando asimismo al espectáculo de monstruos, y cuidando a Phoebe cuando ellos no

podían hacerse cargo por estar trabajando.

Aquel día, Lilly estaba sentada en el rectángulo de luz solar que entraba por la ventanilla del coche cama, mirando a su hija de doce meses, quien yacía dormida en la mullida cuna.

Durante el embarazo, Lilly había albergado en lo más profundo de sus miedos, el temor de que el bebé pudiera llegar a nacer con algún tipo de malformación, albinismo o cualquier otra cosa. Había tenido la gran suerte de enamorarse y casarse, pero ¿tendría la fortuna de tener un bebé sano y normal? Cada día que pasaba, esperando a que llegara el momento del parto, estaba más y más segura de que solo podría tener una de las dos cosas, pero jamás ambas. Nunca imaginó que podría ser tan feliz, sin mencionar la dicha que aquella bizarra vida circense a la que había sido forzada le proporcionaba. ¿Era posible que una persona pudiera ser bendecida dos veces con tanta suerte? Entonces nació Phoebe, con aquellos delicados ricitos dorados cubriéndole la cabecita, un bebé perfectamente normal, con la piel rosada, y los ojos de color azul cobalto, como los de Cole, dos ópalos brillando sobre las mejillas regordetas. Y como no podía creerlo, se despertó en mitad de la noche con un ataque de pánico, aterrorizada por la idea de que nada de aquello era real.

Tras el nacimiento de Phoebe, Cole compró una cámara de fotos con una funda roja, y empezó a llenar las paredes del vagón con fotos —Phoebe sentada con Lilly sobre Pepper, Phoebe con la cara pintada como los payasos, Phoebe llevada a caballito por Brutus el Gigante de Texas, Phoebe tomando el sol sobre una manta con Cole—. El día de su primer cumpleaños, Lilly le hizo a Phoebe un elefante de peluche amarillo y rosa, con ojos de botones y una cola de hilo azul. Era el juguete favorito de la pequeña, y dormía junto a él.

Lilly la miraba dormir. Ojalá pudiera saltarse la actuación de la tarde. La jornada se auguraba incluso más calurosa que el día anterior, y quería que Phoebe disfrutara jugando con un baño refrescante. No quería perderse ni un solo segundo de la vida de su hija, pero sabía que no tenía otra opción. En cuanto Glory

apareciera, cosa que sucedería en cuestión de minutos, para cuidar a la niña, a Lilly no le quedaría más remedio que ir a los vestuarios y prepararse para actuar. Después de todo, el espectáculo debía continuar.

A la tarde, mientras los animales y artistas hacían cola detrás de la carpa principal antes del gran desfile, el aire parecía saturado con un brillo espeluznante verduzco y amarillento. Las nubes distantes negreaban a medida que el viento se iba levantando. Las banderas ondeaban frenéticamente, las tiendas se agitaban en mitad de violentas sacudidas, y las cuerdas ondulaban a diestra y siniestra. Los monos gimoteaban, las hienas aullaban y los felinos, normalmente aletargados, rugían y gruñían, paseando nerviosamente por la jaula de un lado a otro.

Los caballos relinchaban y bailaban sin descanso dentro de sus enganches mientras los conductores sujetaban las riendas con firmeza tratando de calmarlos. Los domadores hacían todo lo que podían por mantener a los animales bajo control, sin mucho éxito. Incluso a Pepper le costaba estarse quieta. Lilly le pedía que se calmara pero tenía que estar recolocándose a cada movimiento suyo. Cole se bajó de JoJo, le sacó de la fila y lo puso a dar vueltas en círculos para distraerle. Hank intentaba calmar a Flossie y Petunia acariciándoles las patas y rascándoles la trompa. No era que los animales se inquietaran cuando hacía mal tiempo, pero Lilly nunca los había visto comportarse de aquella manera.

—¿Qué crees que los está exasperando? —le preguntó a Hank.

—Presienten que se avecina una tormenta. Oírlos rugir y gruñir así, soltando semejantes alaridos, te hace sentir algo raro en la boca del estomago, ¿verdad?

Lilly asintió.

—¿Te refieres a una de esas tormentas de truenos?

—Como mínimo —contestó Hank oteando el horizonte—. Pero a mí me huele a tornado.

—¿Tan mal crees que se va poner la cosa? —preguntó Lilly.

—Ya lo creo. Me acuerdo, hace años, que en Hutchinson, Kansas, nos cogió uno de esos. Jamás olvidaré cómo olía el aire.

Nadie nos avisó, pero todos vimos aquella nube de tonos verduzcos y negros, con su cola de embudo, dirigiéndose hacia nosotros.

—¿Qué hicisteis?

—Los peones se afanaron en agrupar los enseres sueltos y lo ataron todo con cuerdas y cadenas. Cubrimos los vagones de los animales y dejamos todas las lonas planas sobre el suelo, clavando cada poste. Unos segundos más tarde, el tornado ya estaba sobre nosotros, cruzando por el centro del solar, arrasando con todo. Pero bueno, tuvimos suerte, porque nadie salió herido y no hubo pérdidas que lamentar.

Lilly ajustó el cabestró de Pepper.

—Tal vez debería volver al vagón y asegurarme de que Phoebe…

—Estará bien —dijo Hank—. Si hay tormenta, el sitio más seguro en el que puede estar es el vagón, y no aquí fuera.

Lilly apretó los labios y miró el cielo, con la preocupación pegada a las entrañas.

El señor Barlow apareció caminando por la fila, gritando órdenes con el rostro sombrío y pensativo. Uno de los leones sacó la pata por los barrotes y le pegó con una garra. Afortunadamente llevaba un mitón en la zarpa. El señor Barlow se giró, ultrajado, y se hartó a golpear los barrotes con su fusta. El león rugió y se tiró de nuevo hacia él. Soltó una sarta de palabrotas e improperios mientras le daba a la jaula otra tunda de palos, y luego se fue a la carpa principal.

Cole trajo a JoJo de vuelta a la fila y se subió a lomos del elefante.

—Tu padre piensa que se avecina un tornado —le dijo Lilly.

El rostro de Cole adquirió un tono de preocupación, pero antes de que pudiera decir nada, se oyó el pitido del silbato del señor Barlow en el interior de la carpa y dio comienzo el desfile. Mientras la banda tocaba la gran marcha, la carpa no dejaba de retorcerse, con el amplio techo y las paredes de lona inflándose arriba y abajo, de un lado a otro, como un pañuelo de papel gigantesco. La mayoría de los paletos eran ajenos a lo que estaba sucediendo, sumidos en su

distracción, aplaudiendo fascinados por la vuelta alrededor del hipódromo de los payasos, las cebras y los elefantes. Pero algunos de ellos miraban hacia arriba frunciendo el ceño.

Cuando Pepper y Lilly se encontraban a medio camino, al otro lado del hipódromo, estalló un fuerte redoble de gotas de lluvia en el techo. Al principio, el sonido apenas era audible por encima de la música, pero luego empezó a diluviar y los disparos de lluvia que caían sobre la lona sonaban como centenares de cascos de caballos al galope. La luz que entraba desde el exterior cobró un tono plomizo y el techo de lona se volvió negro. Lilly miró a Cole, intentando mantener a raya el pánico que afloraba en su pecho. Él asintió una vez con la cabeza, como queriéndole decir que todo estaba bien, y ella se forzó a sí misma para seguir sonriendo y saludando al público. En ese momento, vio algo moverse a la altura de los anillos de paja y casi se le paró el corazón.

Eran tres pájaros que habían entrado volando en picado hacia el interior de la tienda, y ahora se estaban dedicando a dar vueltas alrededor de los postes, revoloteando frenéticamente de un lado para otro, buscando una salida. La sonrisa de Lilly titubeó. Miró alrededor para ver si alguien más se había dado cuenta.

Una de las trapecistas parecía haberse quedado hipnotizada por la visión de aquellos temibles augurios voladores; el domador de leones y tres funambulistas, tenían cara de estar alucinando.

Lilly tenía los nervios a flor de piel pero no podía hacer nada, salvo mantener el brazo extendido en el aire. Miró a Cole otra vez y pronunció su nombre, pero este no la oyó.

La luz de un relámpago se coló por la entrada principal cegando el techo de lona. El estruendo desafiante de un trueno sobresaltó a los caballos, retumbando en un eco tan prolongado que parecía que la tierra se estaba agitando. El relámpago volvió a parpadear, una y otra vez, y los músicos perdieron el compás. Desde la arena, el señor Barlow hacía gestos exacerbados a la banda, para que los músicos siguieran tocando, y levantaba la mano en el aire, moviéndola en pequeños círculos, indicando a los artistas que no detuvieran el desfile. La gente del público se miraba entre sí con gesto de

preocupación.

Después de un minuto largo y tenso, el relámpago parpadeó una vez más, pero esta vez no de forma tan deslumbrante, y el siguiente trueno sonó más distante. La banda volvió a coger el compás y un sentimiento de alivio colectivo pareció impregnar la carpa. Los payasos saludaban a los niños, los acróbatas hacían malabares y cabriolas, y los vendedores ambulantes se paseaban por las gradas vendiendo cacahuetes y algodón de azúcar. Lilly respiró profundamente y se relajó un poco. Parecía que la tormenta se estaba alejando.

Entonces, una gran racha de viento golpeó la carpa central y toda la tienda se inclinó hacia un lado como un barco a merced de las aguas turbulentas. Lilly se agarró el cabestro de Pepper con ambas manos y a Cole le cambió el color de la cara. Las mujeres chillaron sin dejar de mirar al techo, boquiabiertas. Los niños rompieron a llorar y varios caballos se encabritaron, las aletas de la nariz dilatadas, los ojos desorbitados de terror. Los conductores de los carros tiraron de las riendas, y los artistas y payasos aminoraron la marcha hasta detenerse. Dos cebras lograron escaparse de sus cuidadores y salieron corriendo por el centro de la pista hacia la salida, con varios payasos en pos de ellas, intentando alcanzarlas. Las chicas del charlestón buscaron refugio bajo los remolques de los animales, ignorando las advertencias de los conductores del peligro que aquello conllevaba.

Cada uno de sus instintos le gritaba que saliera de allí cuanto antes, pero no había escapatoria. Cole, los elefantes y ella estaban justo en medio de la carpa, emparedados entre los remolques de los felinos y los camellos, sin posibilidad de alcanzar las salidas. La única posibilidad de escapar implicaría abrirse paso a través de los anillos centrales de la pista gritándole a todo el mundo que se apartara del camino. En lo que pareció una escena a cámara lenta, la carpa central cambió de rumbo y volvió a ponerse derecha, y durante una fracción de segundo, Lilly soltó el cabestro de Pepper. Todo iría bien. Pero entones una de las paredes se levantó del suelo y empezó a plegarse sobre sí misma, la lona estirándose, arrugándose y

haciéndose jirones. Las escaleras de los trapecistas temblaron, y los postes salieron despedidos por el aire, arrancados violentamente del suelo, las cuerdas vibrando diabólicamente.

—¡Tornado! —gritó un hombre.

La multitud se levantó como una marabunta, luchando por hacerse hueco entre las gradas, los botes de palomitas y algodones de azúcar volando por los aires, gritando y empujándose unos a otros por salir. Los padres agarraron a sus hijos de las manos mirando al techo con los ojos llenos de terror, vigilando al mismo tiempo cada paso. Un anciano intentaba mantener el equilibrio mientras hacía esfuerzos por levantar a su esposa, que se había caído al suelo, soportando el embiste de la multitud. Dos chicos se tiraron al suelo saltando desde los extremos de las gradas, y pronto fueron otros muchos los que hicieron lo mismo. Una mujer tropezó cayéndose de lado, se quedó ahí tirada durante un momento, y luego se levantó y puso pies en polvorosa hacia la salida.

El señor Barlow corrió al centro de la pista, con el rostro rojo, gritando, levantando los brazos conforme iba ordenando a todo el mundo que sacaran los animales y los remolques de la tienda. Hank y los otros cuidadores se apresuraron a seguir las órdenes con los ganchos y las varas, mientras los conductores guiaban a los caballos hacia la salida. Los peones se afanaban en la tarea de recoger cualquier objeto que pudiera estar suelto, intentando atarlo todo con cuerdas y cadenas.

—¡Sal de aquí! —gritó Cole—. ¡Yo iré detrás de ti!

No tuvo que decírselo dos veces. Guio a Pepper para rodear uno de los remolques en dirección a la salida, con el sabor metálico del miedo inundándole la boca. El resto de los artistas también se encaminaba hacia la salida, y la vía de escape empezó a convertirse en una carrera de obstáculos llena de camellos, caballos, jirafas, operarios y payasos, acróbatas y bailarinas.

Lilly y Pepper avanzaban deteniéndose a cada paso, intentando no chafar a nadie. Entonces, la pared trasera de la carpa colapso y los postes, las cuerdas y los grandes listones se derrumbaron a ambos lados, enterrando a los músicos y parte de las gradas, todavía repletas

de asistentes al circo. De la mole cubierta de músicos emergió el chirrido metálico de un platillo y el graznido de un clarinete. Los postes centrales de la carpa central oscilaron a izquierda y derecha, y las cuerdas cedían, se estiraban y acababan rompiéndose. Los sonidos metálicos, altos y vibrantes, rompían el aire conforme el techo se rompía y caía sobre sus cabezas, rasgando varios de los anillos de paja. El terror inundó la carpa como si fuera un monstruo viviente.

Con el acceso trasero dañado y el techo cayendo sobre sus cabezas, la única salida que quedaba era la de la entrada principal. Todos, sin excepción, corrieron en estampida hacia allí. La tienda explotó en una amasijo de gritos y alaridos, el ruido de los cuerpos pisándose y aplastándose unos a otros, la gente huyendo de las gradas. Las cuerdas rotas culebreaban en el aire como serpientes delirantes, y las estacas de madera y las escaleras seguían saliendo despedidas y rompiéndose. Lilly dio la vuelta y se apresuró hacia la entrada. Se giró por encima del hombro para ver si Cole y los otros elefantes los seguían. Estaban bastante más atrás, intentando abrirse paso en mitad de aquella caótica muchedumbre de animales y personas. Lilly volvió la vista al frente nuevamente, y vio que el señor Barlow estaba bloqueándole el paso, con un gancho en las manos. Pepper se paró en seco y soltó un fuerte bramido con su trompa.

—¿Qué hace? ¡Aparte de mi camino! —gritó Lilly.

—¡No puedes sacarla de aquí! —gritó el señor Barlow.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Tenemos que salir de aquí! —Lilly espoleó a Pepper para que siguiera hacia delante, pero el señor Barlow rehusó cederle el paso, haciendo de barrera. Pepper volvió a soltar un sonoro trompetazo, encabritándose, aunque no lo suficiente como para tirar a Lilly al suelo.

—¡Qué he dicho que esa elefanta no sale de esta carpa! —dijo el señor Barlow levantando el gancho en el aire con gesto desafiante.

El terror y la confusión se mezclaron en el pecho de Lilly. ¿Por qué estaba intentando el señor Barlow que Pepper no saliera a ponerse a salvo? No tenía sentido. Pepper era su atracción estrella y

valía un montón de dinero. A su alrededor, cuidadores, paletos, animales y artistas salían en estampida de la tienda, en un borrón de extremidades humanas, cabezas peludas, colas, pezuñas. Llamas, caballos, caniches y personas zigzagueaban, salían huyendo y saltaban los unos sobre los otros, gritando y galopando, intentando escapar. Las mujeres caían y chillaban, los niños tropezaban y desaparecían, y sus padres tiraban de ellos, levantándolos, para cargarlos, agitados y llorando, y sacarlos de la carpa.

Si Lilly tenía que forzar a Pepper para aplastar al señor Barlow contra el suelo para salir de allí, lograría que ambas salieran con vida. Urgió a Pepper a avanzar, pero esta se negaba a pasarle por encima. El señor Barlow levantó el gancho y lo clavó en el pecho de Pepper, gruñendo por el esfuerzo. La elefanta aulló de dolor y Lilly chilló de rabia. Pasó una pierna por encima de la cabeza del paquidermo, dispuesta a deslizarse por el costado y arrebatarle por la fuerza el gancho al señor Barlow, pero antes siquiera de intentarlo, Cole detuvo a JoJo junto a ella y le dijo que no se moviera. Se apeó de JoJo y agarró el gancho con ambas manos, con el rostro desencajado por la furia. El señor Barlow no lo soltaba, y forcejearon con él sobre sus cabezas, gesticulando y empujándose.

—¡Venga! ¡Coge a JoJo y salid de aquí! —gritó Cole.

Lilly espoleó a Pepper hacia la salida, intentando no charlar a nadie, y llamó a JoJo para que la siguiera también. Cuando se giró para mirar por encima del hombro, vio a Cole arrebatándole el gancho y lanzándolo sobre las gradas. Pero JoJo se negaba a irse sin Cole, sin importarle cuántos animales aterrorizados y paletos muertos de pánico estuvieran pasándole a uno y otro lado, ni cuántas veces le llamara Lilly. Llegando a la salida, volvió a mirar atrás una vez más. Un caballo de tiro acababa de derribar al señor Barlow al suelo, y Cole se estaba subiendo a lomos de JoJo. Se quedó contemplando la escena tanto tiempo como le fue posible, y luego se inclinó hacia delante y se agachó aplanando el cuerpo sobre Pepper para poder pasar por el marco de la salida sin golpearse la cabeza.

Por fin estaban fuera.

Rezó porque Phoebe estuviera a salvo en el tren y que Cole y el

resto de elefantes fueran tras ella mientras iba guiando a Pepper en dirección al otro lado del camino. El viento y la lluvia aullaban en cada rincón, taladrándole la piel como si fueran balas, y los sonidos de las lonas desgarrándose, la madera rompiéndose, y la gente gritando, colmaban el aire. Entrecerró los ojos para protegerse del impacto de la lluvia y volvió la vista atrás, hacia la carpa, justo en el momento en el que esta colapsaba definitivamente contra el suelo, con las lonas retorciéndose y girando como trapos dentro de una lavadora. Los últimos paletos salían como alma que lleva el diablo por la entrada y corrían dando tumbos de un lado para otro, con las manos en la cabeza, los rostros congelados en una mueca de terror. El tomado arrancó de cuajo las últimas estacas y cuerdas de la tierra, desmantelando el tejado costura a costura, dejando las estacas y los cordajes suspendidos en el aire, como una gigantesca red negra. Las paredes laterales se hicieron trizas; y luego la tienda entera levantó el vuelo en el aire y se desvaneció, como si la hubiera absorbido de la tierra una mano gigante.

A cientos de metros de distancia, un embudo giratorio rugía en dirección a ellos —levantando una espiral de tierra y árboles, como si fueran simples ramitas y briznas de hierba, tragadas por un remolino—. El horror invadió la mente de Lilly y, sin embargo, no podía dejar de mirar. Sintió el rugido sordo del tomado en el estómago, y el olor húmedo, almizclado y verde de la tierra y la vegetación en las fosas nasales. Ya está, pensó. Sabía que tanta felicidad era demasiado buena como para ser verdad. Lo siento, Phoebe. Espero que jamás olvides lo que te quiero. Y en ese instante, y tan de súbito como había aparecido, el embudo empezó a despegar de la tierra y a encoger más y más, perdiéndose en las alturas, colgando del cielo como la trompa de un elefante, antes de desvanecerse en una agitada nube negra. Lilly soltó la respiración y se dejó caer sobre Pepper con alivio.

Cole y JoJo llegaron junto a ella.

—¿Estás bien?

Lilly se forzó a decir algo, pero no pudo más que asentir, demasiado sobrecogida para hablar.

En cuestión de minutos, el viento amainó, y un dorado rayo de sol asomó por el horizonte, como si Dios hubiera apretado un interruptor gigante. Todo el mundo dejó de correr y empezó a mirar alrededor con expresión aturdida y exhausta, inspeccionando el alcance de los daños o buscando a sus seres queridos entre la multitud. Otros se quedaron clavados en el sitio, mascullando y observándolo todo, los riachuelos de sangre corriéndoles por el pelo o por los brazos y las piernas, con la ropa hecha jirones. Los niños descalzos deambulaban sin rumbo, llorando y llamando a sus padres.

El solar se había convertido en un vertedero de escombros —botes de palomitas, banderas ajadas, serpentines y pósteres mojados, peluches empapados y taquillas volcadas, paja húmeda, tablones y cuerdas—. Las pancartas del espectáculo de monstruos habían sido arrancadas de cuajo y ahora colgaban de las esquinas, cayendo como gigantescos manteles sobre los charcos de barro. Dolly la Gorda más Bella del Mundo, Mabel la Mujer de Cuatro Piernas, y Penelope la Enana Cantarína, salieron de la carpa del espectáculo de monstruos, boquiabiertas y con los ojos como platos. El área que había detrás de la carpa principal había sido completamente asolada. La casa de fieras había desaparecido, junto con varias jaulas y vagones de animales. El suelo estaba cubierto con paja, palas, madera y metal doblado.

Paletos, artistas, cuidadores y peones contemplaban los restos de la catástrofe, sobrecogidos, en silencio, impresionados, impactados, y aliviados por estar vivos. El señor Barlow salió hecho una furia en dirección a Lilly y Pepper, empapado y cojeando, con la manga de la chaqueta roja hecha trizas. Gesticulaba furiosamente, haciéndole gestos para que sacara a Pepper inmediatamente de allí. Lilly no entendía por qué estaba tan enfadado. Había salvado la vida de Pepper. Y por primera vez desde que hubieron escapado de la carpa central, miró al paquidermo y, al principio no comprendía lo que estaba pasando, pero luego se dio cuenta de por qué el señor Barlow no quería que Pepper saliera de la carpa. Un renovado temor volvió a instalarse en su alma.

Los churretes de pintura seca le caían por todas partes, como

pequeños riachuelos blancos, revelando la piel gris a través de manchas moteadas.

—Vamos —le dijo Lilly a Cole—. Tenemos que salir de aquí.

Pero antes de que pudieran dar la vuelta y marcharse, un muchacho apuntó a Pepper y gritó:

—¡La Elefanta Albina es una farsa!

Varios más se voltearon a mirar quedándose boquiabiertos.

—¡Esa maldita cosa está cubierta de pintura! —gritó otro.

El señor Barlow se dirigió a los paletos y levantó los brazos.

—Un momento, un momento. Os puedo asegurar que la Elefanta Albina es auténtica. La pintura negra es solo para mejorar la palidez natural de su piel.

Varios hombres marcharon hacia él, con los puños en alto y el rostro enfadado.

Lilly llevó a Pepper hacia el tren, intentado recordarse a sí misma que Cole y ella acababan de sobrevivir a un tornado, y lo afortunados que eran de poder volver al hogar con su hija. Ahora mismo eso era lo único que importaba. Pero se avecinaba otra tormenta, y esta vez, no sabía si podría ponerse a salvo.

Costó un día entero limpiar el desastre que había provocado el tornado, arrancando la carpa central de la tierra, tiempo durante el cual la policía local tuvo que mantener a los paletos alejados del solar. El rumor de que la Elefanta Albina era falsa se había extendido como la pólvora y todos querían que se les devolviera el dinero. Y después de que muchos de ellos estuvieran casi a punto de perder la vida, ya nos les importaba llegar a las manos para conseguirlo, si era necesario. Al señor Barlow y a Merrick les llevó media jornada convencer al *sheriff* de que el Circo de los Hermanos Barlow jamás volvería a presentarse por aquellas tierras.

Los rumores de que el Circo de los Hermanos Barlow estaba acabado se propagaron entre los artistas, monstruos, entrenadores y peones. Entre la denuncia de la elefanta albina falsa y la pérdida de la carpa principal y la casa de fieras, no había muchas posibilidades

de que el señor Barlow pudiera recuperarse y reabrir las puertas. Por lo menos, no durante el resto de la temporada. Estaban en la calle. El tornado no había dejado títere con cabeza.

Al día siguiente, cuando el tren del circo partió con destino a la siguiente ciudad, viajó durante toda la noche y durante medio día sin parar. Nadie sabía a dónde se dirigía, y nadie se atrevió tampoco a preguntar. Si el Circo de los Hermanos Barlow aparecía en los lugares que tenía programados sin la Princesa Albina y su Elefanta Albina que anunciaban los pósteres que habían estado colgando por todas partes, sería un desastre.

Cuando por fin se detuvieron, el rumor entre los vagones era que estaban en un lugar nuevo, en un lote ferroviario a las afuera de Nashville, Tennessee. Supuestamente, el señor Barlow había comprado otra carpa principal que debían montar, y cuando los artistas y trabajadores miraron a través de las ventanillas del tren, se sintieron aliviados y sorprendidos al ver que el escuadrón de los voladores ya estaba allí. La cocina de campaña estaba en pie, el tipo de las carpas ya estaba extendiendo las lonas, y cientos de hombres andaban de aquí para allí arrastrando aparejos y clavando estacas. El espectáculo secundario y los vestuarios habían sido erigidos también, pero había parches de hierba alta y dos barriles oxidados en el centro del solar, justo en el lugar donde debería estar la carpa principal, esperando a ser montada.

Una vez que todo el mundo acabó su desayuno y la cocina cerró para no volver a abrir sus puertas hasta la hora de la comida, los artistas volvieron al tren para esperar y ver qué pasaría a continuación. Poco después, llegó otro tren por una vía lateral, entre la suya y la estación ferroviaria. Lilly y Cole estaban jugando en el suelo con Phoebe cuando se levantaron para mirar por la ventanilla para ver el tren que estaba frenando junto al suyo. Se trataba del Circo de Rowe & Company. Se miraron alarmados. Dos circos en el mismo lote… Aquello no tenía buena pinta.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Lilly.

—Odio decirlo, pero creo que han venido a llevarse el saldo —dijo Cole.

—¿Qué quieres decir?

—Que vamos a cerrar y el señor Barlow va a vender todo lo que pueda para salvarse a sí mismo o que…

Tocaron a la puerta dejando a Cole con la palabra en la boca. Se apartó de la ventana y fue a abrir la puerta. Hank entró, con gesto de desaliento.

—El señor Barlow quiere que saques a los elefantes del tren —dijo.

—¿Por qué?

—Tiene un comprador.

Lilly sintió un puñetazo en el corazón. *No, los elefantes no*.

—Vamos, échame una mano —dijo Hank—. Y mantón la boca cerrada.

Lilly se puso los zapatos y cogió a Phoebe en brazos. La niña empezó a llorar al verse súbitamente arrancada del suelo, donde había estado jugando con su muñeca favorita y su peluche de elefante, extendiendo los brazos en busca de sus juguetes. Lilly agarró el elefante y se lo dio, encaminándose hacia la puerta, con el pánico inundando su alma por momentos. Phoebe abrazó al elefante, apretándolo contra su barbilla, y sonrió, ajena a la angustia de su madre.

—Quédate aquí —le pidió Cole.

—Ni lo sueñes —contestó Lilly—. Le dejo el bebé a Glory y voy contigo.

Cole estudió su rostro durante unos instantes y luego salió con su padre. No había nada que pudiera hacer para detenerla, y lo sabía. Ella también los siguió afuera, desviándose a toda prisa hacia el vagón que Glory compartía con Ruby, Rosy y otras tres artistas del espectáculo secundario. Glory y Ruby estaban sentadas en una de aquellas sillas plegables de jardín, junto a las vías, fumando y tomando el sol.

Lilly llegó sudando y sin aliento, y puso a Phoebe en el regazo de Glory.

—¿Puedes hacerte cargo de ella un ratito?

Glory asintió y sostuvo a Phoebe, con la confusión pintada en el

rostro.

—Claro —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—No —dijo Lilly—. No va bien. El señor Barlow quiere vender los elefantes. Han venido a comprarlos. —Las palabras se le aturullaban en la garganta.

—Oh, Dios mío —dijo Glory—. ¿Todos los elefantes?

—No sé —contestó Lilly en un temblor de barbilla—. Pero tengo que averiguarlo.

—Ve y haz lo que tengas que hacer. Yo cuidaré de Phoebe.

—Gracias —dijo Lilly besando a su hija en la cabeza y susurrándole que volvería pronto, tras lo cual, se fue corriendo de allí.

Cuando llegó a los vagones de carga, los artistas y peones ya estaban allí. Se abrió paso entre la multitud para ver qué estaba pasando. El director ecuestre y varios cuidadores habían alineado a los caballos junto al tren, y Cole, Hank, y dos cuidadores, estaban bajando a los elefantes por las rampas, conduciéndolos a la fila de caballos, sosteniendo las cadenas de las patas. Dos hombres trajeados con zapatos lustrosos iban caminando a lo largo de la fila, de arriba abajo, inspeccionando la mercancía; uno de ellos alto y delgado, con pelo negro y bigote de morsa, el otro calvo y con un bastón plateado. El señor Barlow y Merrick intercambiaron apretones de manos cordiales y pasearon junto a ellos, sonriendo amablemente. El *sheriff* local y los funcionarios del ferrocarril también estaban allí, junto a un grupo de lugareños curiosos, al otro lado de las vías.

Uno de los acróbatas preguntó al jefe de los Hermanos Voladores Zoppe si creía que iban a cerrar.

—No, el señor Barlow tan solo está vendiendo mercancía de saldo para pagar una nueva carpa principal —contestó el hermano volador Zoppe.

Lilly pasó a toda prisa junto a los elefantes y se detuvo a la altura de Merrick y el señor Barlow. Cole la miró frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza en señal de advertencia para que se quedara callada, pero no le hizo caso.

—No puede vender estos elefantes —se dirigió al señor Barlow —. Son la atracción estrella.

El señor Barlow la ignoró y siguió sonriendo y asintiendo a los hombres trajeados que estaban examinando a los elefantes de cerca.

—Métete en tus asuntos —dijo Merrick entre dientes.

—Esto es asunto mío. Como se lleven los elefantes a otro circo, Cole y yo nos vamos con ellos.

—Solo va a vender uno —dijo Merrick.

—Nos llevamos el joven —dijo el calvo apuntando a JoJo con el bastón.

Lilly se puso rígida. No, *JoJo no. A Pepper se le romperá el corazón*.

—Vendido —dijo el señor Barlow—. Buena elección, caballeros. Es uno de los elefantes más inteligentes que jamás hemos tenido.

—No es cierto —dijo Lilly en voz alta—. Sale en los desfiles, pero es tonto perdido. No hacemos carrera de él.

El señor Barlow se volvió hacia Cole lanzándole una mirada severa.

—¿Y tú eres…? —preguntó el tipo del bigote de morsa.

—La que trabaja con estos elefantes. Estoy segura de que ha oído hablar de la Princesa Albina y su Elefanta Albina.

—Espero que no estés intentando damos gato por liebre —dijo el calvo levantando una ceja, dirigiéndose al señor Barlow.

—Por supuesto que no —dijo el señor Barlow—. Y para probar que soy el hombre de negocios más honesto del mundo, me puedes devolver el elefante si luego resulta que es tan tonto como dice esta, y a cambio te doy otros dos para reemplazarlo.

—Trato hecho —dijo el calvo sonriendo y estrechando la mano del señor Barlow.

—Está cometiendo un error —dijo Lilly, intentando hacerse oír —. JoJo no obedecerá a nadie que no sea mi marido, e incluso a él le cuesta meterlo en vereda, es el elefante más testarudo que he visto en mi vida.

—Ni caso —dijo el señor Barlow—. Está dolida porque está muy unida a estos animales. Montaría el mismo número fuera cual fuera el elefante. —Hizo una señal a los gorilas para que se la

llevaran de allí.

Los gorilas la agarraron, la apartaron junto al resto de espectadores, y se quedaron con ella para mantenerla a raya. Lilly luchó por liberarse, con las lágrimas empañando su visión.

—¡No podéis separar a JoJo de su madre! —gritó—. ¡No podéis!

El hombre del bigote de morsa ordenó a sus cuidadores que cogieran a JoJo y lo cargaran a su tren, mientras el calvo contaba un fajo de billetes que iba depositando en la mano del señor Barlow, con el bastón bajo el brazo. Uno de los cuidadores de Rowe & Company cogió la cadena de la pata delantera de JoJo y tiró para hacer que se moviera, pero JoJo se negó, y tuvo que acudir otro con un gancho a azuzarle en el hombro.

—¡Eh! ¡No hace falta que le hagas daño! —gritó Cole.

El hombre le ignoró y pinchó a JoJo con más fuerza. El elefante enroscó la trompa, aulló de dolor y empezó a caminar, rendido. Conforme seguía a los cuidadores a lo largo del tren, con sus ajustes de maquinaria, iba deteniéndose cada pocos pasos para girarse hacia atrás y buscar a su madre con la mirada. Cada vez que hacía un alto en el camino, el cuidador le pinchaba en el hombro para obligarle a moverse. El señor Barlow, Merrick, el *sheriff* y los oficiales ferroviarios los iban siguiendo, conversando, ajenos al drama que estaba teniendo lugar.

Lilly respiraba con dificultad, los codos apretados contra los costados, el mundo borroso a través de sus lágrimas. No podía ni gritar. No había forma de impedir lo que estaba pasando.

Pepper soltó un sonoro trompetazo, llamando a su hijo, levantando la pata delantera y poniéndose cada vez más nerviosa. Cole trató de apaciguarla, acariciándole las patas, pero no sirvió de mucho. La elefanta sabía que le estaban quitando a su hijo. Cuando los cuidadores doblaron con JoJo por el furgón de cola y desaparecieron de la vista, Pepper escapó rompiendo la cadena y dejando a Cole con el otro extremo en la mano. Este salió corriendo tras ella, pero Pepper iba a todo trapo, levantando una nube de polvo a su paso. El suelo parecía un terremoto bajo sus pies. Los gorilas soltaron a Lilly, quien junto con otros cuidadores de los

hermanos Barlow, logró darle caza.

Cuando los cuidadores y ella llegaron al otro lado del furgón de cola, los hombres de Rowe & Company ya estaban intentando cargar a JoJo en el tren, gritando, soltando improperios y pinchándolo con los ganchos para obligarle a subir por la rampa. El señor Barlow, Merrick, el *sheriff* y los oficiales ferroviarios andaban cerca, contemplando la escena con total indiferencia. Pepper corría en estampida hacia el tren con la trompa en alto, moviéndose con más rapidez de lo que Lilly jamás pensó que podría hacer aquel animal. Cole no podía seguirles el ritmo. Los lugareños ahogaron un grito de sorpresa colectivo, haciéndose atrás, con los ojos muy abiertos. JoJo se detuvo a mitad de rampa, se giró para mirar a su madre, y emitió un fuerte bramido con su trompa. Cuando Merrick vio a Pepper corriendo hacia ellos, le arrebató la picana a uno de los cuidadores y azotó con ella la pierna trasera de JoJo. El animal gimió de dolor y avanzó por la rampa.

Merrick hizo ademán de volver a golpear a JoJo con la picana, pero antes de que pudiera hacerlo, Pepper le embistió con la trompa derribándolo sobre el suelo. Una mujer chilló y alguien gritó que todos salieran corriendo de allí. Los cuidadores de Rowe & Company siguieron obligando a JoJo a subir al vagón de carga, pero sin perder de vista a Pepper, golpeando al elefante más rápido y fuerte, a cada ataque de pánico.

Pepper rugió, logrando esquivar a los cuidadores de la rampa, azotándolos con la trompa como si fuera un bate de béisbol. Los hombres cayeron de bruces contra el suelo, y solo lograron reincorporarse para salir huyendo.

—¡Pepper! ¡No! —gritó Lilly, corriendo todavía en pos de la elefanta.

—¡No puedes hacer nada! —dijo Cole agarrándola del brazo y deteniéndola.

Lilly permaneció junto a Cole, llevándose una mano temblorosa a la boca.

—Por favor, Pepper, no les hagas daño. *Ellos no entienden*.

Uno de los cuidadores de Rowe & Company cogió un gancho,

lo empuñó como si se tratara de una espada, y se acercó a Pepper. La elefanta rugió y se encaró con él, avanzando sin temor para detenerse luego y levantar la cabeza como si estuviera desafiándole a dar un paso. El hombre dejó caer el gancho y retrocedió, con el rostro más blanco que una sábana. Pepper se giró, guio a JoJo suavemente rampa abajo con la trompa, y dio una paso atrás haciéndole sitio para que pudiera dar la vuelta.

Detrás de Pepper, Merrick se levantó del suelo, cogió el gancho con ambas manos, y se lo clavó en la pata trasera, a la altura del muslo y, al ir a sacarlo, le desgarró la piel. Pepper se sacudió y gritó de dolor. Merrick la azotó sin piedad, una y otra vez, hasta que la sangre de las heridas empezó a manar y correrle por la pierna. Pepper se dio la vuelta y le pegó un trompazo, lanzándolo por los aires. Merrick aterrizó de lado y se quedó un rato en el suelo, encogido y gimiendo de dolor, hasta lograr girarse sobre su espalda. Pepper bajó la cabeza y cargó contra él. Los ojos de Merrick se salieron de las órbitas y reculó sobre la tierra, tratando de alejarse, pero Pepper lo embistió antes de que le diera tiempo a levantarse, dándole trancazos en el costado con una pata. Merrick rodó por la tierra, y ella detrás, bateándolo sin parar, con la cadena de la pierna ondeando de un lado para otro en el aire como si fuera un látigo diabólico. Merrick gritó y suplicó ayuda, levantando los brazos, el sonido de los huesos quebrándose como palitos. Los lugareños retrocedieron horrorizados y huyeron en desbandada buscando un lugar seguro.

—¡Pepper! ¡Para! —gritó Lilly intentando zafarse del brazo de Cole—. ¡Déjame, Cole! ¡Tengo que detenerla! ¡A mí me hará caso!

—¡Eso no lo sabes! —dijo él—. Ahora mismo es una bomba de relojería, imprevisible, no sabemos qué podría llegar a hacer, incluso a ti, ¡no cuando se trata de JoJo!

—¡Pepper, por favor! ¡No! —Lilly se rindió y cayó de rodillas, con un abismo en la garganta. Cole tenía razón, no podía hacer nada por detener a Pepper. El instinto de protección maternal estaba por encima de todo, y Lilly habría hecho lo mismo si alguien intentara arrebatarle a Phoebe, solo que Pepper era un animal, e iba a ser

castigada por lo que estaba haciendo.

Segundos después, Merrick dejó de gritar. La sangre le cubría un lado de la cara, y la cabeza, los brazos, y las piernas parecían de trapo. Pepper seguía embistiéndolo, pegándole a diestra y siniestra con la trompa y las patas, lanzándolo al aire como hacen los gatos cuando juegan con un ratón muerto. Los gritos de horror de la multitud se elevaron entre la algarabía y una mujer se desmayó. Cole se arrodilló junto a Lilly y ella hundió el rostro en su hombro. No podía mirar. No por lo que le había pasado a Merrick, sino porque sabía lo que el señor Barlow y los otros le harían a Pepper por comportarse como lo que era: una madre y un elefante.

Entonces se oyó un disparo y Lilly alzó la vista. El *sheriff* estaba apuntando a Pepper. La elefanta dio un paso atrás, apartándose de Merrick, con un hilo de sangre derramándose por su hombro. El *sheriff* disparó tres veces más y las balas la alcanzaron en la espalda y el muslo. Pepper levantaba la cabeza y rugía de dolor. Después se giró, tropezó y se inclinó ligeramente hacia un lado. Los cuidadores se acercaron lentamente hacia ella, armados con ganchos y picanas, con los brazos extendidos, listos para salir corriendo en caso emergencia. Merrick yacía en el suelo, con los brazos y las piernas retorcidos en ángulos extraños, la cabeza rodeada por un creciente charco de sangre.

Lilly se levantó y corrió hacia Pepper.

—¡Alejaos de ella! —les gritó.

Los cuidadores se detuvieron y se quedaron mirando con desconfianza. Cuando estuvo cerca de la elefanta, Lilly redujo la velocidad y se fue acercando a ella lentamente, con la mano extendida.

—Está bien, chica, no va a pasar nada. Te vas a poner bien.

Los ojos ámbar de Pepper, inundados de tristeza, buscaron la mirada de Lilly, con aquellas pestañas increíblemente largas salpicadas de gotitas de sangre. Suspiró, con un leve traqueteo que se asemejaba más a un lamento que a otra cosa, extendiendo la trompa hacia la mano de Lilly, atrayéndola hacia ella. Lilly ahogó un sollozo y se inclinó hacia ella, incapaz de hablar, con un nudo

ardiente por garganta.

Cole se acercó con el rostro serio y agarró el extremo de la cadena de la pata de Pepper. Tras ella, los cuidadores de Rowe & Company empujaron rápidamente a JoJo rampa arriba y lo metieron en el vagón a base de hincarle la picana en el cuello cada vez que intentaba girarse para mirar a su madre.

—¡Encadenad a ese maldito bicho! —ordenó el señor Barlow a los cuidadores.

—¡Matadlo! —gritó uno de los lugareños.

—¡Qué lo maten! —gritó alguien más—. ¡Muerte al elefante!

Pronto se unieron otras voces.

—¡Muerte al elefante! ¡Que lo maten!

Lilly sacudió la cabeza. El mundo se había convertido en un panorama borroso a través de las lágrimas que colmaban sus ojos. *No, no, no*, gritó dentro de su mente. *Esto no puede estar sucediendo. No puede*. Se apartó unos cuantos pasos de Pepper, en dirección al tren.

—Ven —le dijo.

Pepper permaneció inmóvil, clavada al suelo, con la cabeza colgando.

—Por favor, Pepper, tienes que seguirme. Es hora de irnos.

El *sheriff* se aproximó con el rifle, el dedo en el gatillo, listo para volver a disparar. El señor Barlow le siguió, con el rostro pálido y cubierto de sudor, haciendo gestos a los cuidadores para que se acercaran. El hombre del bigote de morsa se sacó una pistola del cinturón, apretando la boca. Lilly se giró hacia ellos y abrió los brazos en cruz.

—Por favor —suplicó llorando a moco tendido—. No disparen. Solo estaba intentando proteger a su cría. No podéis castigar a una madre por comportarse como tal, ni a un animal por portarse como un animal.

Cole se interpuso entre Lilly y los hombres.

—Dejen que nos la llevemos al tren. No hará daño a nadie más.

—¡Y una mierda! —gritó el *sheriff*.

—Escuchen, llevo trabajando toda la vida con este ejemplar. No

tiene un ápice de maldad.

—Ya ha probado lo que es la sangre —dijo uno de los oficiales ferroviarios—, y ahora ya nada podrá detenerla. Es una asesina.

—Es cierto —dijo el *sheriff*.

En ese momento, Viktor apareció por el furgón de cola del tren de los hermanos Barlow, fuera de sí. Los lugareños se quedaron de piedra al verle, mirándose unos a otros en mitad de un ataque de confusión y miedo. Algunos se alejaron. Viktor corrió hasta el cuerpo sin vida de Merrick, cayendo de rodillas, con los hombros desplomados. Le puso una mano en el cuello, buscándole el pulso, le auscultó el pecho, y movió la cabeza hacia atrás soltando un aullido grave, gutural, horrible y desgarrado. Todo el mundo se quedó helado, con la boca y los ojos abiertos por la impresión. Algunas mujeres se llevaron unos dedos temblorosos a los labios y rompieron a llorar mientras otros torcían el gesto de disgusto. El triste sonido perforó el alma de Lilly, que casi estuvo a punto de gritar también, devastada como estaba por lo de JoJo y Pepper. Viktor cogió el cuerpo roto y ensangrentado de Merrick entre sus brazos musculosos y lo cargó de vuelta al tren de los hermanos Barlow.

—¿Qué coño es eso? —dijo el *sheriff*.

—No se preocupe por el monstruo —dijo el hombre del bigote de morsa—. ¿Qué vamos a hacer con este maldito elefante?

Los hombres seguían apuntando a Pepper.

—Eh, chicos —dijo el señor Barlow—. No pueden matar a un elefante de 20.000 dólares. Si hay que matarlo, seré yo mismo quien lo haga. Servirá para alimentar a los felinos durante una semana. —Alzó el mentón en dirección a Cole—. Llévala de vuelta al circo.

—¡Un momento! —dijo el *sheriff*—. Ese elefante se ha echado a perder. No puede volver al circo.

—Por Dios bendito, claro que no. No soy idiota —dijo el señor Barlow—. De ahora en adelante solo lo utilizaremos para levantar carpas y como bestia de carga. Si vuelve a pasarse, mela cargo. Es mi elefante, y por lo tanto solo es problema mío. A menos que el chulo que quiera cargárselo me pague lo que vale.

Los hombres bajaron las armas a regañadientes.

Lilly dejó caer los hombros con alivio.

—Vamos, bonita —le dijo—. Vámonos.

Cole tiró levemente de la cadena y, tras unos segundos que parecieron eternos, la elefanta tentó un paso, y luego otro, y después uno detrás de otro. El *sheriff* y los cuidadores se hicieron atrás para abrirle paso, todavía en estado de alerta. Lilly caminaba de espaldas, junto a Cole, engatusando a Pepper. La elefanta dio media docena de pasos más y luego se detuvo, miró hacia atrás, a JoJo, que estaba en el vagón de carga, encadenado. Lilly la llamó por su nombre, implorándole, y tras unos segundos, la siguió. El *sheriff* y los hombres de Rowe & Company los seguían de cerca, con las armas en alto. Al llegar al furgón de cola, Pepper se detuvo y volvió a mirar a JoJo, con las huellas del llanto dibujándose en sus mejillas. JoJo levantó la trompa y bramó.

—¡Cierra la jodida puerta! —gritó el calvo de Rowe & Company.

Los cuidadores empujaron a JoJo hacia el fondo del vagón y la puerta sobre sus raíles, dando un portazo sordo al cerrarla. Pepper aplanó las orejas y dejó caer la cabeza.

Lilly apenas podía ver a través de las lágrimas.

—Venga, Pepper —logró articular—. Vamos, bonita, ven conmigo.

Pepper emitió un lamento grave y largo, y caminó arduamente, arrastrando las patas anchas por el suelo. Le corrían ríos de sangre por las patas, como las rayas del circo… Cuando Lilly, Pepper y Cole llegaron al otro lado del tren de los hermanos Barlow, Flossie, Petunia y los caballos ya habían sido guardados. Viktor había desaparecido con el cuerpo de Merrick. Glory se dirigió hacia ellos con Phoebe en brazos, y un gesto de preocupación arrugándole las facciones del rostro. Nada más encontrarse, Lilly cogió a Phoebe y abrazó fuertemente a Glory. Cole se detuvo para besar a su hija. Tras ellos, Pepper también detuvo la marcha. Lilly tenía la garganta y la nariz atascadas de tanto llorar, apenas sí podía respirar. Se deshizo del abrazo de Glory para buscar su mirada.

—Siento mucho lo de Merrick —dijo.

—Yo también —dijo Cole.

—No pasa nada —dijo Glory. Se llevó una mano bajo la nariz —. Por lo que me han contado, ese cabrón se lo ha buscado.

Lilly no sabía qué decir. Glory tenía razón, Merrick finalmente había pagado el precio por ser tan cruel, pero jamás se atrevería a decirlo en voz alta, porque incluso después de que Glory le abandonase y se fuera de su vagón, sabía que a ella todavía le importaba. Si aquello era amor ciego, o si era agradecimiento por haber salvado la vida de Viktor es algo que Lilly no sabía, pero debía respetar los sentimientos de Glory, sin importar lo equivocados que Lilly creyera que pudieran estar.

—Siento lo de JoJo —dijo Glory—. Y lo de Pepper.

Lilly asintió, le dio otro abrazo, y echaron a andar. Pepper los iba siguiendo, hundida en un mar de miseria. Lilly se abrazó a Phoebe y le besó la frente suave, derramando un afluente interminable de lágrimas sobre los dorados rizos de su hija. Phoebe miró por encima del hombro de su madre y señaló a Pepper con un dedo cubierto de babas.

—¡Pepa! —dijo en voz alta, llena de emoción. Sonrió y miró a Lilly con ojos brillantes y felices.

—Sí, cosita mía, esa es Pepper —dijo Lilly tratando de sonreír.

—¿Por qué no te llevas a Phoebe al vagón? —sugirió Cole—. Yo llevaré a Pepper a su sitio, si quieres…

—Yo la llevaré —dijo Glory extendiendo los brazos para coger a Phoebe—. Pepper te necesita. Ve con ella.

—¿Seguro?

—Claro. Tómate el tiempo que necesites. Nuestra princesita estará bien.

Lilly volvió a besar a Phoebe y se la pasó a Glory.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer —dijo Glory. Abrazó a Lilly una vez más y se llevó a Phoebe con ella.

El resto de artistas y trabajadores de los hermanos Barlow se apiñaba a lo largo de las vías para ver el regreso de Pepper. Dolly la Gorda más Bella del Mundo lloriqueaba sin consuelo mientras Ruby

y Rosy le acariciaban los hombros anchos, con las lágrimas surcándoles los coloretes de las mejillas. Los Hermanos Voladores Zoppe, permanecían de pie junto a las chicas del Charlestón, la señora Benini y otras caras sombrías. Con un temblor de barbilla, Natasha, la trapecista, se aferraba a la mano de Chloe, la funambulista. Aldo el Hombre Lagarto secaba las lágrimas de Dina la Media Chica Viviente, y los enanos, Penelope y Pierre, se rodeaban con los brazos. No había ni un solo ojo seco en aquella fila.

Cuando Lilly y Cole cargaron a Pepper en el tren, Flossie y Petunia se acercaron a ella con sus trompas, meneándolas y emitiendo graves sonidos de lamento. Pepper se detuvo brevemente en el puesto vacío dejojo, con las orejas y la trompa decaídos, y luego se fue hasta el suyo. Se puso de rodillas sobre la paja y se echó sobre un costado, con los ojos húmedos, la cara agrietada de lágrimas. Cole abrochó la cadena a la pared y Lilly se sentó junto a ella, acariciándole la mejilla agrietada. Hank vino al vagón de carga y se arrodilló junto a Pepper para examinar su estado de salud.

—¿Se pondrá bien?

—Eso creo. Si las balas hubieran alcanzado algún órgano vital, ya estaría en las últimas.

—Enseguida vuelvo —dijo Lilly poniéndose en pie y besando la frente de Pepper—. Espérame, ¿vale, preciosa?

Fue con Cole hasta la puerta del vagón de carga. Todo el mundo miraba, expectante.

—Está encadenada, atada y encerrada —informó Cole al señor Barlow y al *sheriff*.

—Bien —dijo el *sheriff*—. Ahora será mejor que recojáis vuestras cosas y os larguéis cuanto antes. No queremos elefantes asesinos por estos lares.

—Un momento —dijo el señor Barlow—. Esta es una parada importante para nosotros, tenemos tres funciones concertadas. Acabamos de sufrir un tornado que casi nos lo ha hecho perder todo, y por si fuera poco me he quedado sin mi socio de toda la vida, y el propietario del espectáculo secundario, además. —Bajó la

cabeza y se pinzó el puente de la nariz como si le costara conservar la estabilidad emocional. Tras un largo rato, respiró hondo, suspiró sonoramente, y alzó la mirada—. Si no hacemos la función de mañana, nos vamos a la ruina. ¿Sería usted capaz de darle una patada a un pobre hombre trabajador que está tirado en el suelo? —Dio una palmada en el hombro del *sheriff*—. Estamos viviendo momentos difíciles, amigo.

—Tiene usted razón, son tiempos duros —dijo el *sheriff*—. Y a mí me contrataron para mantener a salvo a la gente de mi país. No voy a perder mi trabajo por un jodido elefante.

El señor Barlow asintió como si comprendiera, se llevó la mano al bolsillo, sacó una billetera de clip y empezó a contar una pila de billetes.

—Ese elefante no volverá a aparecer en ninguno de mis espectáculos —dijo—. Tiene usted mi palabra.

—¿Está usted intentando sobornarme? —dijo el *sheriff* frunciendo el ceño.

—Solo quiero darle las gracias por el servicio que ha prestado usted hoy. Su rápida reacción ha salvado muchas vidas y le estamos sumamente agradecido —dijo, tendiéndole el dinero.

El *sheriff* miró al suelo durante unos instantes, se subió el cinturón de los pantalones, cogió los billetes y se los guardó en el bolsillo.

—La verdad es que iba a traer a mis gemelas a la función de mañana —dijo—. Llevan esperando toda la semana para ir al circo, y lo último que querría sería defraudar a mis chicas.

—Perfectamente comprensible. Y no sabe cuánto aprecio su apoyo. Habrá entradas gratis para usted y toda su familia en la taquilla.

—Con entradas gratis o sin entradas gratis, como vea a ese elefante con las marcas de las balas en la piel en la pista, me voy a enfadar mucho —advirtió el *sheriff enarcando* una ceja.

—Por supuesto que no estará —dijo el señor Barlow—. Ese elefante no será más que una mula de carga a partir de hoy, nada más.

—Será mejor que eso sea verdad, porque si no, le cierro el chiringuito y le echo de esta ciudad para siempre.

—Se lo prometo —dijo el señor Barlow—. Asumir semejante riesgo no sería lo más inteligente para el negocio. Iba en serio cuando dije que yo mismo mataría a ese elefante en caso de ser necesario. —Extendió la mano.

El *sheriff* estrechó la mano y se marchó. El señor Barlow se aproximó al vagón de carga y clavó una mirada severa en Lilly y Cole, como diciendo: «Esto es culpa vuestra».

Aquella noche, Glory se quedó cuidando de Phoebe porque Lilly y Cole se habían quedado a dormir en el vagón de carga junto a Pepper. Hank le había sacado las balas y para repeler una posible infección, aplicó una espesa capa de ungüento de zinc en las heridas. Lilly yacía junto a Cole sobre la paja, despierta, llorando en silencio, tratando de asimilar la pesadilla de que JoJo ya no estaba, Pepper había matado a Merrick y, de alguna manera, la pobre elefanta iba a tener que pagar por seguir su instinto animal natural. Tan solo pensar que alguien pudiera arrebatarle a Phoebe hacia que se le encogiera el estómago de pánico y temor. No era de extrañar que Pepper se hubiera vuelto loca. A ella le habría pasado lo mismo. La diferencia entre ella y Pepper era que a nadie se le ocurría pegarle un tiro por intentar salvar a su bebé.

Podía imaginar el terror y dolor que Pepper había sentido cuando los cuidadores de Rowe & Company se llevaron a su hijo, y la angustia en la que debía estar sumida ahora, no solo a causa de las heridas físicas, sino también por tener el corazón hecho añicos. ¿Cómo era capaz de poder seguir respirando? Por lo menos el señor Barlow no había dejado que el *sheriff* la matase. Pero ¿qué iba a pasar con Pepper ahora? ¿La iba a poner a trabajar como bestia de carga, como el señor Barlow había dicho, o intentaría venderla? O peor todavía, ¿y si se la daba a los felinos para comer?

Pensó en JoJo, que estaría solo y asustado en el vagón de otro tren, y las lágrimas brotaron nuevamente. Conocía bien esa nostalgia, lo que era que te arrancasen de tu hogar, de todo aquello que te resultaba familiar, el terror de no saber qué iba a ser de tu

vida. ¿Se estaría preguntando JoJo por qué Cole y Pepper habían dejado que unos extraños se lo llevaran? ¿Pensaría que se habían deshecho de él a propósito? La idea de imaginarse a JoJo sintiéndose no amado, despreciado por los suyos, le produjo una desazón difícil de soportar. Cerró los ojos inundados de lágrimas y rezó para que el cansancio la venciera y la liberase, sumiéndola en el sueño. Horas más tarde, yacía dormida, entre el sueño y la vigilia, soñando que estaba encerrada en su antigua habitación del ático, y que cabalgaba a lomos de Pepper en el gran desfile.

A la mañana siguiente, el vagón de carga se abrió y el sol entró cortando con sus rayos el interior sombrío, briznas de heno y motas de polvo flotando en la luz amarilla. Alguien entró y Lilly miró hacia la puerta, frotándose los ojos somnolientos y esperando ver a Hank. Cuando vio a Glory, se incorporó de inmediato, con el miedo aferrándose a su garganta.

—¿Dónde está Phoebe?

—Está durmiendo todavía —susurró Glory—. No te preocupes, está bien. Penelope está con ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Cole parpadeando y sentándose, con la cara hinchada de dormir.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lilly—. ¿Y por qué estás hablando tan bajito?

—He venido a avisarte —dijo Glory arrodillándose junto a ella sobre la paja—. Alana ha dicho que un grupo de funcionarios locales vinieron a ver al señor Barlow anoche. Parece que los líderes de las ciudades de las siguientes ocho paradas que tenemos en la ruta han amenazado con cancelar las funciones que tenían contratadas si llevamos a Pepper con nosotros.

—Pero el señor Barlow le aseguró al *sheriff* que ya no formaría parte del espectáculo. Dijo que la usaría como bestia de carga.

—Pero eso no quiere decir que vayan a creerle —dijo Cole.

—Cole tiene razón —dijo Glory—. Los paletos no saben distinguir a un elefante de otro. No se fían. El señor Barlow podría volver a sacarla a la pista y ellos no notarían la diferencia.

—Es que eso es lo que debería hacer —dijo Lilly—. No es

peligrosa. Tan solo estaba tratando de proteger a su hijo.

—Tú y yo lo sabemos —dijo Cole—. Pero nadie va a creérselo.

—El señor Barlow no volverá a poner a Pepper en la pista. Eso sería muy arriesgado para él —comentó Glory—. Si el rumor se propagara, sería la ruina.

—Entonces ¿a qué te referías con que venías a avisamos? —preguntó Lilly.

—Penelope ha escuchado *sin querer* una conversión entre el señor Barlow y Viktor. Viktor quiere que Pepper pague por haber matado a Merrick, y el señor Barlow ha comentado que nadie volverá a contratamos jamás con un elefante asesino en la *troupe*, aunque no forme parte del espectáculo.

—¿Y? —preguntó Lilly. Le estaban empezando a vibrar las piernas y los brazos.

—Van a… —Los ojos de Glory se tornaron vidriosos. Le temblaba la barbilla. Tomó la mano de Lilly entre sus dedos fríos y temblorosos.

—¿Que va a hacer qué? ¡Dímelo! —Lilly ya se sentía morir antes de que Glory acabara la frase.

—Van a matarla, Lilly. La van a matar y lo van a hacer en público.

—¡Dios! ¡No! —gritó Lilly. Se llevó las manos a la boca, segura de que aquello acabaría con las pocas fuerzas que le quedaban.

Cole la abrazó y miró a Glory, con las lágrimas quemándole en los ojos.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como puedan y de forma pública, para que corra la voz. Probablemente mañana, después de la función de la tarde.

—No. —Lilly sacudió la cabeza—. Miró a Pepper, que yacía sobre su costado, mirándolos con ojos tristes y húmedos. —No les dejaré hacerlo—. Se arrastró hacia Pepper y se inclinó sobre ella, tocándole la pata delantera. Pepper dejó escapar un suspiro largo y conmovedor, levantó la trompa, y la acomodó sobre el hombro de

Lilly.

—Me temo que no hay nada que puedas hacer —dijo Cole, suavemente—. El señor Barlow te hará arrestar, o algo peor, si intentas detenerle. Lo siento.

Lilly giró la cabeza hacia él.

—Por supuesto que puedo hacer algo. Puedo sacarla de aquí. Y tú puedes ayudarme —dijo.

CAPÍTULO 28

JULIA

JULIA PERMANECÍA INMÓVIL EN EL ÁTICO SOMBRÍO DE BLACKWOOD Manor, alumbrando con la linterna la tercera puerta del otro lado del área de aquel vasto espacio. A primera vista, parecía sobresalir, como si diera a un balcón exterior, pero no había balcones en aquel lado de la casa, ni en ninguna otra parte de Blackwood Manor, en cualquier caso. Además, a diferencia del resto de paredes, estaba hecha de ladrillo, no de madera. Dirigió el haz de luz hacia el tragaluz más cercano. Tenía el mismo aspecto que el resto, con una ventana mohosa y agrietada por las marcas de agua. Pero la ubicación era un poco extraña. Estaba demasiado cerca de la pared de ladrillo, lo cual significaba que aquella pared había sido añadida posteriormente, y que al otro lado de la puerta podría haber más espacio.

—Dios mío —se dijo a sí misma—. ¿Cómo es este ático de grande?

Con un escalofrío anticipado, se abrió paso por la segunda sección pero luego se paró en seco, con los hombros encogidos y cada uno de sus sentidos en estado de alerta. A lo mejor habían cegado aquella parte del ático porque el suelo estaba podrido.

Apuntó con la linterna a los tablones de madera del suelo, buscando cualquier grieta o signo de descomposición. No había nada. Presionó con el pie el tablón que había frente a ella. Parecía firme. Respiró hondo y caminó lenta y cuidadosamente a través del ático, poniendo a prueba cada paso, hasta llegar a la tercera puerta.

—Mierda —murmuró.

Paseó el haz de luz por el suelo y la pared en busca de la llave, inspeccionando cada ladrillo y argamasa en busca de un escondite o un gancho. Buscó sobre el marco de la puerta, pasó los dedos a ciegas palpando el borde estrecho, y no halló nada, salvo polvo. Suspiró pesadamente y trató de pensar. Si no podía encontrar la llave, tal vez podía romper la puerta. Después de todo, era su casa, podía hacer lo que quisiera. Embistió la puerta con el hombro varias veces. El cierre repiqueteó pero la puerta no se abrió. Era como intentar derribar una pared de ladrillo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y mil veces mierda! —gritó.

Se frotó el hombro y miró la puerta de mal talante. Tal vez podía reventarla con un hacha. A lo mejor Fletcher podía hacerlo. Tal vez incluso era lo suficientemente fuerte como para romperla por sí mismo sin necesidad de herramienta alguna. Con aquella idea en mente, tomó el candado entre sus manos para examinarlo de cerca. Lo habían puesto en el pestillo, pero no lo habían cerrado. La puerta había estado abierta todo el rato.

Se amonestó a sí misma por no haber examinado el candado antes, lo quitó del pestillo y abrió la puerta. Casi se cayó de culo cuando alumbró hacia el interior y vio con asombro lo que allí había.

Lo que allí había era un dormitorio pequeño y estrecho, pero totalmente equipado con vestidor, armario, una cama de hierro oxidado y un rincón adornado con papel pintado. Había flores de papel colgando de las paredes y los techos, con los pétalos descoloridos, grisáceos y marchitos. Parecía como si alguien hubiera estado durmiendo allí ayer mismo, en esa cama que todavía parecía conservar la huella de una cabeza en la almohada, y aquel edredón rojo cubierto de polvo abierto hacia un lado. Las telarañas cubrían una mesita de mimbre blanca, una mecedora, una pequeña

estantería, una casa de muñecas llena de bichos muertos y muebles en miniatura junto a tres muñecas de porcelana que reposaban sobre un cochecito de bebés, con la cara mugrienta agrietada y el pelo enmarañado bajo telas de araña. Una de ellas miraba a Julia con una pestaña caída, en un medio guiño congelado en el tiempo.

Julia se quedó allí, mirando, aturdida, sin poder moverse. ¿Por qué había una habitación oculta tras tres puertas cerradas en el ático de Blackwood Manor? ¿Quién demonios había dormido allí? ¿Y por qué?

A juzgar por los juguetes, se trataba de una niña, una niña pequeña.

A Julia le subió un escalofrío de estremecimiento por la nuca. ¿Quién podía hacer algo así? ¿Quién encerraría a un niño en la habitación de un ático? ¿Y por qué? Aquello era tan inimaginable y repulsivo como el mismísimo infierno. Entonces vio la Biblia encuadernada con tapas de tela en la mesita de noche y lo supo. Supo que madre tenía que ver algo con todo aquello.

—Ay, Dios —suspiró.

Las palabras del diario de su padre le vinieron a la mente:

> *Hemos enterrado a nuestra primogénita. Que descanse en paz. Que Dios se lleve su alma al cielo. Y que Dios nos perdone por lo que hemos hecho.*

Un repugnante sentimiento de disgusto y enfado le recorrió las entrañas. La entrada del diario de su padre hablaba de su primogénita, no de una recién nacida. Pudo existir una niña que llegó a jugar con muñecas y a hacer flores de papel; una niña lo suficientemente mayor como para leer. *Podría haber sido mi hermana*, pensó Julia. Le flaquearon las piernas. ¿Qué diablos habían hecho sus padres? ¿Cómo habían sido capaces de encerrar a su propia hija en aquella habitación? *¿Había muerto allí, en aquella camita? ¿Por qué la ocultaban? ¿Estaba enferma? ¿Era deforme? ¿Ilegítima?*

Se acordó de otra cosa que le dijo su madre y sintió que se le

revolvía el estómago. Madre siempre le había dicho que si no se portaba bien, pasaría algo malo. ¿Eso es lo que le había pasado a su hermana? ¿Qué madre la había encerrado por portarse mal? ¿Pero quién haría algo así? Sacudió la cabeza. No, no podía ser. Tenía que ser otra cosa. Madre siempre había sido estricta, pero no tanto. ¿O sí? Y padre nunca le habría permitido hacerlo, pero luego la asaltó una segunda idea. A lo mejor era por eso por lo que su padre siempre estaba borracho, para enterrar su sentimiento de culpabilidad.

Julia empezó a temblar, sobrepasada por la sensación de no conocer a sus padres. Se había pasado la vida buscando respuestas al porqué de su infancia infeliz, y ahora las estaba encontrando. Madre la había estado culpando a ella por el alcoholismo de padre, hasta por su muerte, cuando en realidad en Blackwood Manor estaba pasando otra cosa, algo que parecía sacado de una pesadilla. Julia estaba determinada a llegar al fondo de la cuestión, sin importar lo horrible que pudiera ser. Quisiera o no, ya no había vuelta atrás.

Se armó de coraje y entró en la habitación dirigiendo la luz a cada uno de los rincones oscuros. El olor viciado de la madera vieja y el polvo caliente impregnaban el aire, mucho más fuerte y concentrado que en el resto del ático, en el que subyacía además un aroma rancio que le hizo acordarse de la rata muerta del restaurante de Al el Grande. Caminó hacia la cama, lentamente, por miedo al asombro, no estaba muy segura, y probó a encender la lámpara de la mesita de noche. La perilla hizo clic pero no pasó nada. Apuntó a las colchas, pasando el haz de luz arriba y abajo. Había manchas marrones y amarillas en las sábanas y la almohada, ajadas, solapándose en diferentes puntos y variando en grado de luz y oscuridad.

Se acercó al tragaluz y trató de mirar a través de él. El cristal estaba plagado de motas negras de moho. Aun así, desde allí se apreciaba el descomunal establo, a través de la lluvia, con una bandada de nubes moviéndose rápidamente sobre el borde del hastial. Imaginó a aquella niña pequeña, a su hermana, allí, de pie, justo donde ella estaba, mirando a través del cristal y preguntándose

qué otras cosas habría más allá de aquella ventana sucia. Sintió cosquilleos en los brazos. Cuanto más tiempo pasaba en aquella habitación, más náuseas sentía. El dolor y la desesperación cayeron sobre ella con todo su peso.

Hubo un golpe seco tras ella. Se dio la vuelta con el corazón saltándosele del pecho y alumbró con la linterna por toda la habitación. A lo mejor no eran ratas lo que había en el ático, y resultaba que era su hermana la que estaba provocando todos aquellos ruidos en los techos y las paredes. Se le erizaron los vellos de la nuca.

—¿Hola? —preguntó.

Los únicos sonidos eran el crepitar de los movimientos de la casa y la lluvia colándose por los canalones atascados de hojas secas.

—¿Hay alguien ahí?

Nada.

El temblor se volvió más intenso. Se fue arrodillando lentamente, miró debajo de la cama, linterna en mano, pero allí solo había telarañas y polvo, ni rastro de ningún bicho viviente. Se puso en pie, respiró hondo, y trató de calmar el ritmo de sus latidos.

—Estás siendo ridícula —murmuró—. Aquí no hay nadie, solo tú.

A menos que tu hermana haya estado sobreviviendo a base de ratas.

Apartó aquella idea de su mente y volvió a pasear el haz de luz por la estancia. No se movió nada. Apretó los dientes y se acercó al armario. La puerta estaba desvencijada. La abrió y alumbró el interior: vestidos apolillados y blusas desteñidas colgando de las perchas, así como varios pares de zapatitos de niña alineados en la parte de abajo, pero ninguno de ellos era de bebé. Parecían del tamaño de una niña de irnos siete u ocho años. *Dios mío, ¿cuánto tiempo estuvo aquí? ¿Toda su vida? ¿O solo hasta que creció y empezó a portarse mal?*

En una de las esquinas del fondo del armario había algo así como un vestido blanco arrugado, hecho una pelota. Se inclinó a cogerlo pero entonces soltó un chillido y saltó hacia atrás. Había un pequeño esqueleto encima, con la polvorienta espina dorsal

enroscada contra la pared. Contempló el armario, respirando aguadamente, intentando mantener la entereza. ¿Y si aquel esqueleto era de una niña? ¿Qué haría entonces? ¿Llamar a la policía? Contuvo el aliento y volvió a echar un vistazo. El haz de luz iluminó unas costillitas marrones, un cráneo alargado, dientes afilados, y una cola segmentada. Parecía un gato. Exhaló aliviada, relajando los músculos. A Dios gracias no era el esqueleto de ningún bebé ni nada de eso pero, aun así, el hallazgo de los restos de aquel gato era triste. ¿Habían dejado a la pobre criatura morir de hambre allí, sola, abandonada? ¿Quién haría algo tan horrible?

Las mismas personas que encerraron a una niña pequeña en este ático, gritó dentro de su mente. *Tus padres*.

Imaginó a la pequeña que un día estuvo allí, entre aquellas cuatro paredes, leyendo en la mecedora, o disfrutando de una típica fiesta de té, sentada a la mesa de mimbre con sus muñecas. Podía verla en su camita, acurrucada junto a su querido gato, intentando comprender por qué se sentía tan perdida y falta de amor. De súbito, una honda sensación de miseria y soledad la abrumó, como si todas las emociones impregnadas en las paredes de la habitación se estuvieran liberando a la vez en aquel preciso instante. O eso, o el fantasma de su hermana estaba con ella en la habitación.

No podía soportarlo más. Inundada por el sentimiento de estar atrapada en una pesadilla o en una película de terror, salió a toda prisa de la habitación, cerró la puerta y se marchó de allí. Al salir por la segunda puerta, ya iba corriendo de angustia por el laberinto de libros, cajas y estanterías, buscando la escalera secreta, con el pánico creciendo en su mente a pasos agigantados. ¿Y si la puertecita que había al fondo de los escalones estaba cerrada a cal y canto? ¿Y si se quedaba atrapada allí para siempre? La idea era absurda, pero cuando la tenue luz brilló a través de la entrada de la planta que daba a las escaleras, sintió que se bañaba en un mar de alivio. La puerta del fondo estaba abierta. Iba apoyándose con una mano en la mugrienta pared, mientras que con la otra iba aferrando la linterna, bajando las escaleras que, por algún motivo, parecían más estrechas y escarpadas que antes. Una vez abajo, cerró la puerta y le puso el

candado, plenamente consciente de que no había necesidad alguna de hacerlo, pero al mismo tiempo, aterrorizada ante la idea de que su hermana pudiera estar viviendo allí todavía y aprovechara la noche para escaparse. Y con todos los años que había pasado allí encerrada, seguro que se había vuelto loca y no estaba bien de la cabeza. Qué idea más tonta, qué noción más ridícula, sí, ¿quién podría pensar algo así?, pero tampoco imaginó que llegaría a encontrar una habitación oculta en el ático de la casa en la que se había criado. Dejó la estancia sin molestarse en desenroscar el tapiz, ni en volver a poner la mesa de patas de garra en su sitio, y bajó a la planta baja.

Entró en el despacho de su padre, cogió el diario y pasó las páginas con dedos temblorosos. La entrada que marcaba la muerte de su hermana era del año 1940 —Julia tenía dos años—. Se hundió en la silla. La mente le iba a todo tren, con un montón de ideas y pensamientos revueltos bullendo en su interior. Durante el tiempo que su hermana estuvo encerrada en el ático, ella había estado abajo, jugando con sus juguetes, riendo, echándose siestas, ajena a los horrores que se estaban cometiendo unas cuantas plantas más arriba. No había ratas por dentro de las paredes de Blackwood Manor. Nunca las había habido. Solo era una niña, escondida en el ático.

Era horrible, inconcebible, irreal.

CAPÍTULO 29

LILLY

PASADA LA MEDIANOCHE, LILLY Y COLE SE ESCABULLÍAN del coche cama con las maletas en la mano, Phoebe dormida y amarrada contra el pecho de Cole con unas cinchas, ajena al hecho de que sus padres se estaban dirigiendo hacia un futuro incierto. Hacía una noche silenciosa y húmeda, y la media luna reflejaba un destello azulado sobre el tren, el suelo y los árboles, emitiendo la luz justa para ver por dónde iban caminando. Cole tenía una linterna en la mochila pero no se atrevía a usarla, no hasta que estuvieran lo suficientemente lejos y nadie pudiera pillarlos.

Habían estado hablando durante horas sobre lo que salvar a Pepper podía significar para ellos tres, y habían decidido que, a pesar de los riesgos que conllevaba tener que empezar con una mano delante y otra detrás, sin más posesiones que un hato de ropa y algo de dinero, no iban a ser capaces de vivir sabiendo que no hicieron nada. Cole tenía la esperanza de que encontrarían algún circo dispuesto a contratarlos, y encima con un elefante de regalo, aunque fuera el elefante «asesino». ¿Qué otra cosa podían hacer una albina, un artista circense de tercera generación, y un elefante? Si el plan no salía bien, no estaban muy seguros sobre lo que harían, pero Lilly

insistió en que debían intentarlo.

Tras tomar la decisión, llamaron a Hank para que viniera a su vagón a despedirse. Estuvo de acuerdo en que tenían que salvar a Pepper, y quiso marcharse con ellos, pero Cole se negó, por si las cosas no salían bien y acababan pillándolos. Hank lo entendió y les hizo prometer que hallarían el modo de ponerse en contacto con él para decirles dónde se encontraban, y si estallan a salvo. Cogió a Phoebe en brazos y le besó las mejillas hasta que la pequeña se cansó y quiso volver al regazo de su madre.

Lilly le abrazó y Cole le prometió que volverían a verse, y que si encontraban otro circo al que unirse, lo primero que harían sería averiguar si hacía falta un experto en elefantes como él, y mandarle noticias para que se uniera a ellos. Hank se fue, y no hubo nadie que no estuviera llorando.

Lilly iba siguiendo a Cole a lo largo del tren, con el miedo y la adrenalina rugiéndole a través de las venas, y una fina capa de sudor nervioso en la frente. Se sentía como si fuera a salirse de su propia piel. Los cogieran o no, quién sabía lo que podía esperarles. Al llegar al vagón de los elefantes, Cole se detuvo, con los hombros tensos, y alzó la mano. Lilly hizo un alto tras él y aguardó a que corriera lentamente la puerta del vagón de mercancía, encogiéndose a cada chirrido y roce de metal. Cuando por fin la abrió completamente, Cole miró a ambos lados, vigilando que no hubiera nadie, y trepó hacia el interior, reptando por el pasillo, y agachándose junto a Pepper, rezando porque aquella pobre elefanta de corazón roto y herida, pudiera salir del vagón sin hacer mucho ruido. Pepper yacía sobre la paja, con las huellas de las lágrimas secas todavía impresas sobre su agrietado rostro. Lilly le pasó la mano por la orejota y Pepper abrió los ojos y levantó la cabeza, desplegando la trompa como una hoja de helecho en busca del brazo de Lilly.

—Arriba —susurró Lilly—. Vamos, chica.

Pepper gimió e hizo esfuerzos por ponerse en pie. Flossie y Petunia estiraron el cuello para ver qué estaba pasando, husmeando y bufando al ver a Lilly. La joven se acercó hasta ellas y les acarició la trompa, susurrándoles que volvieran a dormirse. Los animales

soltaron un suspiro grave y vibrante y agacharon la trompa. Lilly desenganchó la cadena de Pepper, la enroscó alrededor del tobillo y la ajustó en su sitio. Luego empezó a caminar hacia la puerta, esperando que la bestia pudiera bajar sin usar la rampa. De otro modo, llevaría más tiempo y el proceso sería mucho más ruidoso. Pepper la iba siguiendo. Lilly bajó de un salto.

Pepper dudó en el umbral de la puerta, confunda y aturdida por el dolor. Lilly le rogó silenciosamente que bajara, acariciándole las patas paralizadas y diciéndole que todo iría bien. Pepper oscilaba de un lado a otro, un pasito para adelante y otro para detrás, desconfiando. Cole la observaba con gesto preocupado, y Lilly empezó a sentir pánico. Si tenían que usar la rampa, los pillarían. Pero entonces, Pepper salió finalmente del vagón, con todo su peso gris estremeciéndose cuando la pata delantera tocó el suelo, soltando un quejido hondo desde lo más profundo de su garganta. A Lilly se le paró el corazón durante un instante, temiendo que fuera a caerse. Si se hacía daño, estaban acabados. Pero Pepper logró arrastrar una de las patas traseras y bajar luego la otra, así que Lilly pudo volver a respirar tranquila.

Una vez que Pepper salió del vagón y se mantuvo en pie, sobre las cuatro patas, Cole cerró suavemente la puerta y echaron a andar hacia la cola del tren. Pepper se movía atropelladamente detrás de Lilly, parando cuando ella se paraba, aminorando la marcha cuando ella lo hacía. Juntos, dieron un gran rodeo por el vagón del señor Barlow y el furgón de cola, y siguieron andando por la vía, alejándose del Circo de los Hermanos Barlow. Lo único que Lilly podía oír era la sangre corriéndole por las venas y el ansioso latido de su corazón. Se iba girando de vez en cuando para comprobar que Pepper estaba todavía detrás. Al amparo de la débil luz de la luna, la silueta del animal ondeaba de un lado a otro, con las oscuras alas que tenía por orejas abanicando el aire lentamente, las majestuosas patas arrastrándose por las vías como si fueran las extremidades de una criatura prehistórica.

Lilly no destensó la mandíbula ni calmó el ritmo de su frecuencia cardíaca hasta que no se sintió segura de que habían

logrado escapar sin que nadie se diera cuenta. Se enganchó al brazo de Cole, inclinándose contra su hombro, y caminaron por las vías del tren, un poco más relajados. Phoebe todavía iba durmiendo en las cinchas, los ricitos rubios de sus cabellos moviéndose contra el pecho de su padre al compás de sus zancadas. Ni Lilly ni Cole dijeron nada, cada uno perdido en sus propios pensamientos y temores sobre el futuro. Lo único que sabían era que irían hacia el oeste, a una ciudad llamada Waverly donde, según los rumores, el circo de los Sparks estaba siendo desguazado por el de los Ringling. Si los Ringling no los contrataban, se unirían al remanente de los Sparks en busca de otro circo. Al menos tendrían más suerte a la hora de buscar otro circo si iban con ellos. Lilly ya había ideado un nuevo número con Pepper, uno que incluía a Cole y a Phoebe, e iba ensayándolo mentalmente para calmarse los nervios.

Una silueta apareció en mitad de las vías, obligándola a pararse en seco. Cole solo tuvo tiempo a dar un paso más por delante de ella antes de detenerse en seco también. Era una persona bastante alta, con una cabeza inusualmente grande y espalda ancha, e iba hacia ellos.

Era Viktor.

Cole empujó a Lilly fuera de las vías, hacia la linde de árboles.

—Ven —le dijo Lilly a Pepper tan fuerte como se atrevió a pronunciar aquellas palabras. Pepper la siguió, aplastando la maleza seca a su paso como un tanque.

—¡Alto ahí! —gritó Viktor—. Ese maldito elefante no se va a ir de rositas. —Encendió una linterna y apuntó hacia ellos. Lilly y Cole se quedaron de piedra, ella aferrándose al brazo de él, helándosele la sangre. Viktor llevaba una pistola.

CAPÍTULO 30

JULIA

LA MAÑANA POSTERIOR AL HALLAZGO DE LA ESCALERA SECRETA que conducía al ático, Julia se levantó de la cama y miró a través de la ventana. Se sorprendió gratamente al ver que había salido el sol y que Claude ya había apilado en el jardín las ramas rotas a causa de la tormenta de hielo. Miró el reloj que había en la mesita de noche. Ya eran las nueve y media. ¿Cómo había dormido tanto? Entonces la asaltó el recuerdo del dormitorio del ático y tuvo que sentarse en la cama. Tenía la sensación de que su mente había vivido cien años y, por algún motivo, su cuerpo se sentía igual de viejo y dolorido. O eso, o estaba incubando algo. No, qué va. Lo que le pasaba era que después de enterarse de que tuvo una hermana, encontrar aquel dormitorio secreto, y especular sin descanso sobre lo que sus padres habían hecho, no era de extrañar que necesitara dormir. Era demasiado para digerir de una sola vez y quería que todo aquello acabara, pero no podía, porque debía averiguar la verdad. No había otra opción.

Se vistió, bajó a la cocina, y se quedó un rato frente al fregadero, mirando a través de la ventana. ¿Cómo iba a hacer que encajaran todas las piezas? ¿Por qué tenían a su hermana encerrada en el ático?

¿Cuánto tiempo la mantuvieron allí? ¿Qué le había pasado? ¿Tuvieron sus padres algo que ver con su muerte? ¿Dónde estaba enterrada? ¿Existía un certificado de nacimiento? ¿Un certificado de defunción? ¿Era posible que la mujer albina, Lilly, tuviera que ver algo con todo aquello, o aquel era otro asunto separado de la trama? ¿Pudo ser aquella niña hija de Lilly, la hija bastarda que madre encerró para ocultar la vergüenza del lío amoroso de padre?

Probablemente había más pistas en el ático, pero le iba a llevar meses revisarlo todo, y Julia no podía esperar tanto. Además, ni siquiera sabía por dónde empezar. Sus padres no querrían que nadie supiera que tenían a una niña encerrada en el ático, así que seguramente tampoco existía nadie a quien poder preguntarle. Pero entonces se le encendió la bombilla. Sí había alguien que había estado allí durante todo aquel tiempo.

Claude.

Se puso las botas y el abrigo, salió por la puerta trasera y se fue hacia el establo. Claude estaba sentado al escritorio de la oficina haciendo papeleo. Alzó la mirada al verla entrar.

—Buenos días —dijo, y volvió a bajar la mirada hacia los papeles.

—Buenos días —correspondió al saludo. Aguardó al otro lado del escritorio, enterrando las manos en los bolsillos para que no le temblasen. No sabía muy bien qué le preocupaba más, que le dijera la verdad, o que volviera a negarse a hablar.

—He visto que has limpiado el jardín —dijo.

—Casi —dijo sin levantar la vista de los papeles—. Todavía quedan unas cuantas ramas tiradas por ahí, pero la mayoría ya está para hacer una hoguera.

—Si quieres las quemo yo.

—Como quieras. —Apuntó unos números en el libro de contabilidad, sumamente concentrado en la tarea.

Julia se mordió el labio, sin saber por dónde empezar. Si no la ayudaba él, no sabía qué más podía hacer.

—Sé que estás ocupado —tentó—. Pero ¿puedes venir un momento a la casa conmigo?

—¿Para qué?

—Necesito que veas algo.

—¿Qué? —Pasó la página del libro de contabilidad y anotó más números—. Tengo que terminar estas cuentas.

—No lo sé, por eso me gustaría que lo vieras tú.

—¿Por qué no le preguntas a Fletcher? —dijo, arrugando el entrecejo—. Llegará enseguida.

—Fletcher no puede ayudarme con esto —dijo ella, negando con la cabeza—. Y no tengo a nadie más a quien pedírselo. He encontrado algo en la casa, algo horrible e impactante… Y… Y no soy capaz de averiguar lo que mis padres… —Se le atascó la voz en la garganta y se llevó los dedos a los labios durante un momento, intentando contener el llanto. Cuando fue capaz de volver a hablar, dijo—: Solo quiero saber la verdad.

Claude se echó hacia atrás y estudió su cara, como si estuviera midiéndola o juzgando sus motivos. Julia notaba como el enfado iba endureciéndole los rasgos, pero aun así, le aguantó la mirada, rehusando apartar los ojos de los de aquel hombre. Si era capaz de leer la determinación de su mirada, que así fuera. Necesitaba que le dijera lo que sabía.

Después de un instante eterno, recuperó la posición en su asiento, se quitó la gorra, y se pasó la mano por el pelo gris. Dejó la gorra sobre el escritorio y juntó las manos contra su boca, en actitud pensativa. Luego la miró fijamente a los ojos. Julia creyó que iba a volver a darle largas, pero vio que su entrecejo se relajaba y que sus ojos, hasta ese momento inflexibles, se suavizaban.

El gesto de desafío se tornó en algo parecido a la tristeza, o, tal vez, al arrepentimiento.

—Así que ya has descubierto cómo se sube al ático —dijo. No era una pregunta.

—Mmm… Ajá —logró articular. Le flaquearon las piernas.

—Y has visto el cuarto secreto.

Ella asintió, alcanzó un taburete que había en la pared, lo atrajo hacia sí y se sentó antes de perder el equilibrio por completo.

—¿Qué es lo que sabes al respecto?

Se rascó la nunca y volvió a fruncir el ceño, dudando si debía seguir. Finalmente, habló, pero su voz sonaba tensa, como si aquellas palabras fueran algo sumamente difícil de pronunciar.

—Tus padres tuvieron otra hija.

Ella volvió a asentir.

—No era… No era… No era… Normal.

Julia tragó saliva.

—¿Qué quieres decir? ¿Era deforme o algo así?

Claude se puso en pie y rodeó el escritorio en dirección a la puerta. Julia pensó que iba a marcharse y se puso en pie para rogarle que se quedara, pero entonces él se detuvo y miró través de la ventana que había junto a la puerta. Ella volvió a sentarse y estudió su semblante. Parecía afligido.

—Era lo que se acostumbraba a hacer en aquellos tiempos —dijo. Su voz sonaba diferente, casi triste. Tal vez solo estaba cansado —. Supongo que era mejor que encerrarla en alguna institución.

—No sé —dijo ella—. Si hubiera necesitado ayuda…

—No era asunto mío.

Quiso preguntarle cómo era posible que una niña encerrada en un sótano no fuera asunto suyo, pero se contuvo. Si le enfadaba, volvería a cerrarse en banda como una almeja.

—¿Qué le pasaba?

—No estoy seguro. Se trataba de algo relacionado con el color de su piel, creo, pero tu padre decía que tenía otros problemas.

Julia se puso rígida. ¿Algo relacionado con el color de la piel? ¿Qué clase de…? ¿Albinismo? Empezó a atar cabos. ¿Y si Lilly era su hermana, y no la amante de padre? ¿Por eso estaba yendo siempre al circo? Pero si su hermana estaba encerrada en el ático, ¿cómo logró salir y cuándo? ¿Cómo acabó en el circo? No parecía cuadrar.

—¿Llegaste a verla alguna vez?

Claude apretó los labios y sacudió la cabeza. Estaba mintiendo. Julia podía notarlo.

—¿Era albina?

—No sé. Tu padre no hablaba mucho de ella. La señora Blackwood y él…

—¿Se sentían avergonzados?

—Iba a decir que eran personas muy reservadas —dijo, girándose hacia ella—. Y no estoy muy seguro, pero creo que la decisión tenía que ver con las creencias religiosas de la señora Blackwood.

—¿En qué sentido?

—Es la impresión que me dio. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé.

—¿Se llamaba Lilly?

—No estoy seguro.

—¿Qué le pasó?

Él se encogió de hombros y volvió al escritorio.

—¿Está muerta? —presionó Julia.

Claude se sentó y mezcló los papeles.

—Escucha, eso es todo lo que sé. Como te he dicho, a tu padre no le gustaba mucho hablar del tema. Creo que fue muy duro para él. —Se puso la gorra y cogió el bolígrafo, enrocándose en la cautela —. Ahora, si no te importa, tengo mucho trabajo que hacer.

Julia se clavó las uñas en las palmas de las manos, haciendo un esfuerzo por mantener la calma. No le había dicho todo, y tampoco sabía por qué. Estaban hablando de *su* casa, *sus* padres, *su* hermana. Tenía el derecho a saber lo que había sucedido. La frustración y la rabia bullían en el hervidero de su cabeza. Se levantó, agarró el fajo de papeles del escritorio y los sostuvo fuera de su alcance.

—No te creo —dijo—. Si mis padres no querían que la gente supiera lo de mi hermana, ¿por qué te dijo mi padre que estaba en el ático? Tenía que confiar mucho en ti, pero mucho mucho.

—No sé. —Arrugó la frente—. Fue hace mucho tiempo. Tal vez necesitaba desahogarse con alguien y sacar todo aquello que llevaba dentro.

—¿Llamaste a la policía? ¿Intentaste sacarla de allí?

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque cuando tu padre me lo dijo ya… —Se reacomodó en

la silla.

—¿Ya qué?

—Ya era tarde.

—¿Tarde para qué?

—Estás preguntando cosas para las que no tengo respuesta. —Apretó la mandíbula, con el pulso latiéndole en las sienes.

Le costó no tirarle los papeles a la cara.

—No entiendo por qué me mientes —dijo—. Mis padres están muertos. ¿A quién estás protegiendo?

—No estoy protegiendo a nadie.

—¿Murió mi hermana ahí arriba? ¿Se escapó? ¡Necesito saber lo que pasó!

—Ya te lo he dicho, no sé nada más. No era asunto mío y no quería que lo fuera.

Lanzó los papeles sobre el escritorio, con un pozo de tristeza brotándole en los ojos. Algunos papeles cayeron sobre el regazo de Claude, pero no hizo ademán de cogerlos. Julia fue hacia la puerta y le brindó una última mirada antes de marcharse:

—Entonces tú eres tan culpable como mis padres —dijo, antes de irse.

CAPÍTULO 31

LILLY

—NO PUEDO MÁS, COLE —DIJO LILLY—. ¿QUÉ CREES que nos hará el señor Barlow por haber robado a Pepper?

Estaban sentados en el sofá, encerrados en el interior de su coche cama, junto a la misma vía en la que Pepper había matado a Merrick, vigilados por una panda de peones y gorilas apostados en la puerta y las ventanas. Habían pasado alrededor de quince horas desde que Viktor los obligara a regresar al tren a punta de pistola, y no podía dejar de pensar en aquellos tres pájaros que habían entrado en la carpa durante el tomado. Tres pájaros, tres muertos. Merrick estaba muerto. ¿Quién sería el siguiente? ¿Ella? ¿Cole?

—No sé —dijo Cole—. Si hubiera querido llamar a la policía para que nos arrestasen ya lo habría hecho. Conociéndole, estará pensando algún tipo de castigo.

Lilly abrazó a Phoebe contra su pecho y le dio un beso en la cabeza. Las lágrimas le quemaban los ojos.

—Si nos llegara a pasas algo, ¿quién cuidará de Phoebe?

—Intenta no preocuparte —dijo Cole pasándole un brazo por los hombros—. Hablaré con el señor Barlow. A lo mejor nos pone a trabajar sin pagarnos nada durante unos cuantos años, o me deja a

mí pagar el castigo por los dos. Pase lo que pase, nadie va a separarte de tu hija, eso te lo prometo.

Lilly cerró los ojos y hundió la nariz en el cabello sedoso de su hija. ¿Qué habían hecho? No solo habían fallado a Pepper sin poder salvarla, sino que habían puesto en peligro el futuro de su hija también.

El sonido chirriante de una locomotora aproximándose retumbó en el exterior. Pasó un tren de dimensiones cortas junto a las ventanas de su vagón, frenando chillonamente, atrapando y estrangulando el aire en un grito de chatarra. Cole se levantó y corrió la cortinilla para mirar a través de la ventana.

—Dios santo —dijo Cole con voz queda.

—¿Qué pasa? —Lilly dejó a Phoebe en el sofá y se levantó a mirar también.

Al otro lado, en las vías de enfrente, se amontonaba una multitud de lugareños alrededor del depósito ferroviario. Hombres, mujeres y niños acaparaban cualquier sitio libre, subiéndose al techo de los vagones solitarios, sentándose a las puertas de los vagones abiertos, apoyándose en las escaleras de la torre de agua y los barriles volcados.

Los adultos se daban empellones por obtener un sitio en primera fila mientras que los niños sostenían sus globos y comían palomitas y algodón de azúcar, o jugaban al pillapilla frente a la plataforma. Media docena de hombres iban cargados con cámaras fotográficas.

—Ese maldito hijo de puta ha hecho correr la voz, y vaya si lo ha hecho bien —dijo Cole—. Debe haber hecho un anuncio público durante la función de hoy.

—¿Habrá vendido entradas para la ejecución? —preguntó Lilly.

—No, es solo un reclamo publicitario.

—Pobre Pepper —dijo Lilly hundiendo el rostro entre las manos.

Cole la atrajo hacia sí y ambos se quedaron en silencio.

—¿Cómo crees que lo hará? —dijo Lilly cuando fue capaz de articular palabra a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Con eso. —Cole alzó la barbilla señalando la locomotora que

acaba de pasar. Se hallaba a unos cientos de metros de distancia, a medio camino entre el tren de los hermanos Barlow y el depósito. Solo tenía un vagón enganchado al motor; una grúa Derrick montada con una plataforma industrial usada para levantar vehículos ferroviarios.

—No entiendo —dijo Lilly—. ¿Cómo va a…?

Antes de acabar la pregunta, oyeron el tintineo de unas llaves en la puerta. El pomo giró y Viktor entró acompañado por los gorilas del señor Barlow.

—Vamos —gruñó.

—¿Dónde? —preguntó Cole.

—El señor Barlow quiere que presenciéis la ejecución —dijo.

—¿Cómo puedes prestarte a formar parte de esto? —gritó Lilly —. ¡Pepper estaba intentando proteger a JoJo! ¡Hasta Glory lo entiende!

—Merrick me salvó la vida. Ese elefante le mató.

—¿De verdad te crees que Merrick te sacó del manicomio porque le importabas? —dijo Lilly—. Lo hizo para hacer dinero contigo, lo mismo que conmigo.

—Cierra el pico y echa a andar.

—No, me niego.

—Iré yo —dijo Cole—. Déjala quedarse aquí con Phoebe.

Uno de los gorilas del señor Barlow agredió a Cole retorciéndole el brazo detrás de la espalda. Phoebe empezó a llorar en el sofá.

—Pero ¿qué cojones haces? —preguntó Cole visiblemente enfadado mientras se esforzaba por deshacerse de aquel tipo.

—El señor Barlow quiere que estéis los dos allí —dijo Viktor.

—¡Dejadla en paz! —gritó Cole.

Lilly se apartó del gorila y levantó las manos.

—Está bien, está bien. Iré —dijo—. No es necesario llegar a las manos. —Cogió a Phoebe del sofá y se la echó a los brazos—. Shhs, dulce mío. Mamá está aquí.

—He dicho que cooperaré —dijo Cole—. Soltadme de una vez.

El hombre liberó a Cole pero se quedó junto a él, dispuesto a agarrarle nuevamente en caso de ser necesario. Cole se frotó el brazo

y miró a Lilly, advirtiéndole mudamente que lo mejor era seguirles la corriente. Lilly le devolvió una mirada llena de terror y dolor.

Siguieron a Viktor fuera del coche cama y a lo largo del tren, escoltados por los gorilas del señor Barlow. Miles de ideas corrieron a toda velocidad por su mente. Sentía las piernas y los brazos como si fueran de goma.

—Déjame llevar a Phoebe con Glory —pidió Lilly a Viktor—. No necesita ver esto.

Viktor no dijo nada pero se detuvo frente al vagón de Glory y esta cogió a la pequeña entre sus brazos con lágrimas en los ojos, abrazándose a Lilly y a Cole, rehusando mirar a su hermano.

—Todo saldrá bien —le susurró a Lilly al oído—. No te preocupes.

Lilly asintió y besó la suave mejilla de Phoebe con los ojos encharcados de lágrimas, y luego siguió a Viktor hacia el otro lado del tren. Se detuvieron frente al depósito abarrotado de gente, junto a un grupo de funcionarios ferroviarios, hombres de aspecto importante, vestidos con traje de chaqueta y zapatos lustrosos. También estaba el *sheriff* que había disparado a Pepper. Los lugareños que todavía no habían visto a Viktor le señalaban al pasar, mirándole fijamente, y varios niños salieron corriendo asustados a esconderse en las faldas de sus madres. A varios cientos de metros de distancia, un trío de funcionarios ferroviarios usaba una pala para cavar una fosa gigante en la tierra. Lilly se aferró a Cole, temblando ante la inminencia del destino.

Con todo el mundo en su sitio, el señor Barlow salió por detrás de la grúa Derrick, sonriendo bajo el sombrero de copa y la chaqueta roja. Se puso frente al público y levantó las manos y la barbilla en un gesto de lo más teatral, como cuando anunciaba un número en la carpa principal y, seguidamente, alzó un brazo hacia un lado para dirigir la atención de la gente hacia su izquierda. Un grupo de cuidadores de animales sacaba en ese momento a Pepper del tren de los hermanos Barlow, golpeándola con ganchos y útiles de ganado. Pepper levantaba la trompa y bramaba a cada golpe que la forzaba a avanzar. Le corrían ríos de sangre por los costados y las patas.

Cuando llegó hasta la grúa Derrick, los cuidadores le encadenaron la pata trasera y se alejaron.

Lilly sentía que cada latido de su corazón era una bomba explotando en el interior de su caja torácica. No podía creer lo que estaba viendo. El señor Barlow iba a ejecutar a Pepper delante de todas aquellas personas, y esa gente había venido a ver cómo la asesinaban. Y luego decían los humanos que los animales eran bestias sedientas de sangre…

Pepper se balanceaba de un lado a otro, temblando en un mar de inquietud y convulsión. Presentía que iba a pasar algo malo. Entonces vio a Lilly y levantó la trompa, bramando desesperadamente, con las amplias orejas abanicando el aire hacia delante y hacia atrás. Lilly se tragó el sollozo y empezó a caminar hacia la elefanta. Tenía que estar junto a ella, consolarla, disculparse por no haber podido hacer más para salvarla. Si tenía que morir, por lo menos que supiera cuánto la quería, pero Viktor la enganchó arrastrándola hacia atrás.

—¡No la toques! —gritó Cole apartándole el brazo.

—Pues dile que se quede en su sitio —dijo Viktor.

—Lo siento, Lilly —dijo Cole atrayéndola hacia sí—. Sé que intentas ayudar, pero no hay nada que puedas hacer.

Lilly se dio por vencida. Tenía razón, pero la idea de que Pepper pudiera pensar que Cole y ella tenían algo que ver con su ejecución le dolía como si le estuvieran clavando un puñal en el corazón.

Un peón lanzó una pesada cadena alrededor del cuello de Pepper, tiró para ajustar el lazo, y pasó el cabo a través de un anillo de acero que pendía del cable de la Derrick. El señor Barlow señaló al operador de la grúa y la multitud se quedó en silencio.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Lilly—. ¡No podéis hacer esto!

—Cierra la boca —rugió Viktor.

El operador de grúa accionó un mando y el cabestrante chirrió. Podía oírse el traqueteo de la cadena estrechándose alrededor del cuello de Pepper. A Lilly le flaquearon las rodillas y se quedó sin sangre en el cuerpo. La cadena tiró más y más fuerte, alzando lentamente las patas delanteras de Pepper del suelo. La elefanta

luchó y bramó echando la cabeza hacia atrás y delante, con los ojos saliéndosele de las órbitas por el terror. A Lilly le subió la bilis a la garganta y, por un instante, creyó que iba a desmayarse. Hubo un horrible sonido de desgarro seguido por el alarido interminable de Pepper. El público se quedó sin aliento. El operador de grúa bajó a Pepper sobre la plataforma, y la cadena que tenía alrededor del cuello se aflojó. Dos peones se apresuraron a desatarle la pata trasera, pero ya tenía el tobillo roto.

A Lilly le dio un subidón de adrenalina. Se desasió de los brazos de Cole y corrió hacia Pepper.

—¡Lilly! ¡No! —gritó Cole echando a correr tras ella, pero Viktor le dio alcance, impidiéndoselo.

Cuando Lilly llegó hasta la aterrorizada elefanta, esta no dejaba de temblar, muerta de pánico, moviéndose de un lado hacia otro, sacudiendo la cabeza e intentando deshacerse de la cadena. Los peones y cuidadores dejaron el paso libre.

—No pasa nada, Pepper —dijo Lilly—. He venido a ayudarte, ¿vale?

Al principio Pepper no reaccionaba, pero luego notó la presencia de Lilly y dejó de luchar. Un sonido profundo y lastimero retumbó desde el interior de su garganta.

Lilly vio por el rabillo del ojo al señor Barlow corriendo hacia ellos hecho una furia. La muchacha se acercó a Pepper todavía más.

—Vamos, chica, súbeme —le dijo.

Pepper se incorporó, abrazó a Lilly con la trompa y se la subió a la cabeza. Lilly se desplazó por su lomo, agarró el cable de la Derrick y trató de desenganchar la cadena del anillo de acero. Tanto si lograba liberarla como si no, al menos mientras ella estuviera allí, el señor Barlow no podría proseguir con la ejecución. No podía matar a Pepper con ella encima o, por lo menos, no se atrevería a hacerlo en público, y aunque no tenía ni idea de lo que pasaría después, tenía que hacer algo. Tiró del anillo de acero, esforzándose por aflojar el cable y soltar la cadena. Estaba muy prieto.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —gritó el señor Barlow—. ¡Baja ahora mismo de ahí! —Tras él, se iba aproximando

un grupo de peones. Cole había logrado zafarse de su captor y también corría hacia ella con Viktor pisándole los talones.

El señor Barlow señaló al operador de la Derrick, a pesar de que Lilly estaba encima de la elefanta. Con el cabestrante en marcha, el operador accionó el mando tensando el cable. Lilly perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Estuvo a punto de resbalarse por el lomo de Pepper pero logró sujetarse de la cadena del cuello. Las mujeres se quedaron sin aliento y apretaron a sus hijos contra sus faldas mientras los hombres estiraban el pescuezo para ver mejor. Cole corrió hasta la Derrick, flanqueándola, y agarró al operador por la camisa, arrastrándolo fuera de la cabina. Subió al asiento del conductor, accionó el mando hacia delante, soltando el cable. Lilly se puso en pie y trató nuevamente de desatarle la cadena del cuello. Viktor se subió a la cabina de la grúa, atrapó a Cole por el cuello y le dio un puñetazo en tora la cara. La cabeza de Cole se desplomó hacia un lado. Parecía haberse quedado lívido, pero luego reaccionó apuñeteando aquella pala que Viktor tenía por mandíbula. Sin embargo, lejos de inmutarse, volvió a atizarle a Cole, mucho más fuerte que la primera vez, arrastrándole fuera del asiento de la cabina y poniéndose él en su lugar. Al punto, cuatro peones agarraron a Cole por las piernas y le bajaron de la Derrick, aplastándolo contra el suelo. Cole pataleó y gritó, exasperado, agitado y fuera de sí, luchando frenéticamente por escapar. Uno de los gorilas del señor Barlow le pegó un puntapié en la cabeza, dejándole fuera de juego, con la cabeza vuelta hacia un lado.

Sentado en el asiento del operador de cabina de la Derrick, Viktor accionó los mandos y movió la grúa hacia la izquierda, moviendo a Pepper en la misma dirección. Lilly dio tumbos por el lomo y montó a horcajadas sobre el cuello de la elefanta, con la vida pendiendo de un hilo. A medida que la grúa iba lentamente balanceándose de nuevo, se puso en pie, alcanzó el anillo de acero tratando de tirar de la cadena al mismo tiempo. Viktor accionó el mando hacia delante y hacia la derecha, y la grúa bajó y giró hacia el otro lado. El cable se aflojó y Lilly tiró de él, luchando todavía por soltar la cadena. Oyó un zumbido por encima de su cabeza y alzó la

vista. El bolo que colgaba de la grúa iba dando tumbos, inclinándose poco a poco y dirigiéndose directamente hacia ella. No tuvo tiempo de reaccionar. Impacto contra su estómago rompiéndole la caja torácica, estampándola contra la espalda de Pepper y haciéndola salir volando por los aires, como en una de esas escenas a cámara lenta, con los pulmones vacíos e inútiles, los brazos, las piernas y el cabello extendidos como los de una muñeca de trapo precipitándose al vacío.

Se estrelló contra un cruce de vías a varios metros de distancia, aplastando el letrero con la parte baja del espinazo, y el sonido de los huesos rotos explotándole en el cerebro. Soltó un grito de agonía, golpeando el suelo con un ruido sordo, el cuerpo rígido de dolor. En algún lugar remoto de su mente, oyó a la multitud chillando de terror. El mundo era una nube de agua nadando dentro y fuera de la lente, emborronado tras la película sangrienta de sus lágrimas. Cerró los ojos, jadeando, intentando mantenerse consciente. El torso le ardía como si le hubieran prendido fuego.

Tras un instante que parecía no terminar nunca, se le pasó el mareo y consiguió abrir los ojos. A su lado, sobre la tierra que se alzaba ante su mirada, veía el tren del circo, tenías las piernas y los brazos curvados en extraños ángulos, y varios funcionarios del ferrocarril corrían a toda prisa junto al *sheriff* hacia ella. Tras ellos, los gorilas del señor Barlow arrastraban a Cole por la fuerza.

Lilly apretó los dientes y trató de incorporarse. Los brazos le respondían pero no podía levantarse del suelo. El dolor que sentía en el centro de su cuerpo no se parecía a ningún otro que hubiera tenido antes, y cada vez que respiraba sentía como si un centenar de cuchillas le atravesaran el espinazo. Trató de rodar sobre un costado, pero por mucho que se esforzaba, no podía moverse. Se miró el abdomen. Le sobresalía un barra de la parte del bajo vientre, encharcado en un río de sangre. Por extraño que pudiera parecer, no sentía dolor. Tocó la zona alrededor del metal y la sangre espesa le bañó los dedos. *Cuando me saque esto, me pondré bien*, pensó.

Un puñado de botas y zapatos apareció ante sus ojos. El *sheriff se* arrodilló a su lado con el rostro perdido de preocupación.

—No te muevas —dijo—. Te pondrás bien.

Tras él, la Derrick volvió a ponerse en marcha. El cabestrante chirrió y la cadena dio una sacudida.

—No… —dijo ella, alargando la mano sangrienta hacia el *sheriff* —. No les deje… No les deje matar a Pepper.

—Aguanta un poco, ¿vale? Vamos a buscar ayuda —dijo el *sheriff*. Se puso en pie y gritó—: ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Lilly oyó tras ella el crujido de la grúa. El cable chirrió y la multitud rio y aplaudió. Pepper se lamentó varias veces y después soltó un chillido agónico tras otro. Lilly se tapó los oídos pero los alaridos de Pepper se abrían hueco entre sus manos temblorosas taladrando su cerebro. La elefanta lloró, amordazada, respirando cada vez más fatigosa, rápida y superficialmente. El hierro y el acero crujieron en protesta contra el gran peso del cuerpo retorcido de Pepper hasta que, poco a poco, el cable dejó de chirriar y la multitud se fue quedando en silencio. Lilly soltó los brazos y el mundo empezó a cerrarse ante sus ojos, como si estuviera cayendo un oscuro telón. El mundo se apagó y una sensación de total angustia y desaliento la engulló de pies a cabeza. *Así debe ser morirse*, pensó. *Pero no puedo… Phoebe me necesita…* Luego sintió que caía al abismo y el mundo se volvió negro.

CAPÍTULO 32

JULIA

TRAS INTERROGAR A CLAUDE SOBRE EL DORMITORIO SECRETO y su hermana, Julia regresó a la mansión con la cabeza a mil por hora. Se había pasado la vida entera sintiéndose culpable por la frialdad de madre y la distancia de padre, pensando que había hecho algo malo y que por eso la despreciaban tanto. Y aunque en el fondo de su corazón sabía que el accidente de coche de papá no fue culpa suya, siempre se culpó por ello. Él era el que iba conduciendo borracho, pero ella fue la que no acudió a la iglesia aquel día para escaparse a nadar con sus amigas. La carga que arrastraba era real.

Ahora se daba cuenta de lo afortunada que había sido. Había tenido una vida relativamente normal y había podido irse de Blackwood Manor, no como su hermana, que estuvo prisionera simplemente por su aspecto. Tristemente, no le sorprendía que madre se sintiera avergonzada de su primogénita, porque a pesar de las costumbres piadosas que gastaba en privado, de cara a la galería era una esclava de las apariencias y el qué dirán, siempre aparentando que eran una familia feliz ante el mundo. Pero encerrar a una niña… Aquello era inimaginable. Era monstruoso, cruel y asqueroso. Y padre lo había consentido. No le extrañaba que le diera

a la bebida. Pero ¿era por eso por lo que necesitaba el perdón de Dios o había algo más?

Al regresar a casa subió las persianas, descorrió las cortinas y abrió todas las ventanas. El aire fresco y el sol jamás podrían borrar los horribles secretos y mentiras de Blackwood Manor, pero necesitaba airear la casa. Si tan solo pudiera abrir las ventanas de su cabeza y airearse también la mente… Desafortunadamente, la imagen de una niña pequeña en el dormitorio del ático se había enterrado en su cerebro para toda la eternidad. Agarró una caja de cerillas del armario de la cocina, se puso el abrigo, los guantes y las botas, y salió al patio a quemar la pila de ramas rotas por la tormenta de hielo. El esfuerzo físico siempre *ayudaba a* pensar, y ella necesitaba aclararse las ideas.

Su padre siempre quemaba las hojas secas cuando llegaba el otoño. Todavía podía verlo, sentado en un tocón, en un rincón del patio, fumando cigarrillos y dándole a la petaca de *whisky*. Parecía un hombre condenado al infierno en la tierra, y a ella siempre se le encogía el corazón de verle así, con los hombros caídos y resignados, como si algo horrible hubiera pasado. Ahora sabía por qué tenía ese aspecto. Los secretos son como un veneno que te acaba comiendo por dentro.

El montículo de ramas caídas y palitos era tan grande como un automóvil. La base de hojas secas del pasado otoño contribuiría a hacer de aquello una buena hoguera. Caminó por el perímetro de césped recogiendo alguna que otra rama perdida, aquí y allá, para agregarla a la pira. En su primera vuelta al patio, se detuvo en el jardín y echó la mirada hacia Blackwood Manor. A diferencia de la parte frontal y trasera de la casa, que tenían ocho buhardillas, aquel lado solo tenía cuatro. Ninguno de ellos era el del dormitorio secreto, pero no pudo evitar imaginarse a su hermana mirando a través de los cristales mohosos, sola, preguntándose por qué no podía salir fuera. La idea le retorció algo por dentro, quemándole el pecho, causándole la misma agonía que si le hubieran disparado una flecha. Incluso desmantelando la casa y remodelándola enteramente por dentro, ¿cómo iba a ser capaz de vivir allí, conviviendo con el

dolor y sufrimiento que aquella pobre niñita inocente había sufrido encerrada tras aquellas paredes?

Arrojó un puñado de palos a la hoguera y fue hasta el cobertizo. La pila de periódicos viejos sobre la caja de madera todavía estaba allí, junto a la lata de aceite para lámparas, sobre la estantería. De vuelta a la pira, metió el periódico entre las ramas de abajo, roció el montículo con el aceite, prendió el papel y se hizo hacia atrás. El fuego prendió de inmediato en toda su extensión, inundando la silenciosa tarde con el crepitar de la hoguera. Las llamas anaranjadas y azuladas crujían y se deshacían en pavesas que ascendían rápidamente hacia el cielo.

Miró al fuego, hipnotizada, observando cómo las llamas oscurecían las ramas y devoraban las hojas secas. El fuego iba haciéndose cada vez más fuerte, calentándole la cara y las manos. Cualquiera que la viera, jamás podría imaginar el caos que ardía dentro de su cabeza. Pero ¿cómo era posible que sus padres encerraran a su propia hija? ¿Cómo podían vivir con aquello, sabiendo que su hija era una prisionera, incapaz de respirar aire fresco, ni de sentir el sol sobre su piel, mientras ellos eran libres de hacer lo que les venía en gana? ¿La encerraron en el ático nada más nacer? ¿Qué le dijeron a la gente, que había nacido muerta? Entonces se acordó de algo —alguien diciéndole a madre lo feliz que le hacía ver cómo Julia había crecido sana y fuerte después de que su madre se pasara todo el embarazo en la cama. ¿Quién fue? No podía recordarlo. ¿Estaban preocupados porque sabían que madre había perdido a su primer bebé? ¿Existía un certificado de nacimiento con el nombre del médico de madre? ¿Era Lilly su hermana? ¿Qué le había pasado? ¿Estaba muerta? ¿Por qué necesitaban sus padres el perdón de Dios, por haberla encerrado o por otra cosa? ¿Existiría todavía aquel circo? ¿Cómo acabó la cámara de Lilly en el despacho de su padre, por no mencionar el cepillo y las joyas? La aturdían miles de preguntas, tantas, que se empezó a sentir mal de estómago.

Parpadeó y retrocedió con la cara ardiendo, como si hubiera estado demasiado tiempo al sol y, de súbito, una ola de pánico le

inundó el alma. Se había quedado en trance, pensando en todas aquellas cosas, y mientras tanto la hoguera había ido haciéndose cada vez más alta, ancha y caliente. Había chamuscado las ramas inferiores de un árbol cercano y estaba poco a poco avanzando por el patio, ennegreciendo y destruyendo la hierba marrón, como el agua de las olas erosionando una playa de arena. Miró alrededor, buscando algo con lo que sofocar las llamas errantes. Su padre solía usar una pala y una horquilla para mantener el fuego a raya, pero ya era demasiado tarde para acordarse de eso. Miró al establo para ver si Claude estaba mirando, a lo mejor podía ir a ayudarla, pero no le vio por ninguna parte.

Pisoteó el suelo ardiente, llevada por la desesperación, intentando apagar las llamas extendidas. Era tan intenso que le quemaba la piel y la garganta, haciéndola retroceder. Aun así, contuvo la respiración y siguió intentándolo, pero no podía acercarse durante más de uno o dos segundos. La gigantesca pila se desmoronó provocando que un torbellino de brasas y chispas volaran por el aire. Julia se apartó de un brinco y miró alrededor en busca de algo con lo que poder apagar el fuego: una pala, una manguera, un cubo de agua de lluvia. No veía nada. Tenía que avisar a Claude. Echó a correr hacia el establo, gritando, mirando compulsivamente hacia atrás vigilando el fuego. Un destello rojo llamó su atención hasta el punto de hacerla pararse en seco y mirar hacia la casa.

Las llamas habían envuelto las cortinas de una de las ventanas.

El despacho de padre.

El terror la paralizó durante un instante.

Recobró el sentido y corrió hacia la casa. Agarró la alfombra trenzada que había frente al fregadero de la cocina y subió pitando al despacho. El fuego ya había destruido las cortinas y se estaba arrastrando por el techo, comiéndose la madera seca, estallando en llamas anaranjadas y amarillas. El humo fue invadiendo la habitación, ennegreciéndolo todo, cubriendo pilas de papeles viejos y libros junto a la ventana ardiente. Aguantó la respiración y espolsó la alfombra contra los libros y los papeles pero tan pronto como lograba extinguir una llama, brotaba otra. Le escocían los ojos.

Empezaron a lloverle trocitos de techo sobre la chaqueta y los pantalones. Siguió tratando de combatir las llamas con la alfombra, pero el fuego se estaba extendiendo a una velocidad de vértigo.

Claude apareció de súbito junto a ella portando un extintor en las manos.

—¡Aparta! —gritó.

Julia retrocedió, respirando entrecortadamente, llevándose la parte posterior de la mano a la boca. Claude tiró de la anilla del extintor y apuntó con la manguera a las llamas. Durante un breve instante, Julia creyó que aquello acabaría con el fuego, pero el extintor se atascó y dejó de funcionar. Claude no dejaba de accionar la perilla, sacudiendo el cilindro, golpeándolo con la mano, sin éxito. La pared que había sobre la ventana cedió y el marco se derrumbó hacia adentro, haciendo que las vigas colapsaran sobre el suelo. Con más aire con el que alimentarse, el fuego se hizo todavía más alto. Ardieron más papeles y una sección del techo cayó desplomándose contra el suelo en un estrépito atronador, lanzando más llamas y fulgores. Claude agarró a Julia i leí brazo y la condujo hacia la puerta.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó.

En el pasillo, el humo ya reptaba por el techo deslizándose por las otras habitaciones. Claude y Julia se precipitaron hacia la cocina y salieron por la puerta de atrás. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, se detuvo para mirar atrás, con el rostro cubierto de hollín y sudor, la mano temblorosa sobre la boca. El luego y el humo salían despedidos por las ventanas del despacho; las llamas lamían el revestimiento de la segunda planta. A Julia le entró flojera en las piernas. ¿Qué había hecho?

Las ruinas de Blackwood Manor se amontonaban en una pila humeante de vigas negras y cenizas humeantes, dos chimeneas carbonizadas y numerosas paredes quemadas alzándose todavía sobre los escombros. Cuando llegaron los camiones de bomberos las llamas ya habían engullido completamente media casa. No había nada que Julia y Claude pudieran hacer salvo mirar. Cuando el techo cedió, cayó de rodillas con él. Claude se quedó en silencio

junto a ella, con el rostro descompuesto en una curiosa mezcla de impresión y alivio. Los bomberos corrieron hacia el edificio en llamas con sus mangueras, al tiempo que la segunda y la tercera planta se derrumbaban en un estruendoso montón de fuego. Julia no podía dejar de temblar mientras los veía luchar por extinguir el incendio, con las lágrimas cayéndole por el rostro cubierto de hollín. Se sintió desconectada, como si aquello le estuviera pasando a otra persona o fuera a acabar pronto, como si fuera tan solo una pesadilla o un mal chiste. Alguien o algo acabaría despertándola y descubriría que todo había sido un sueño, estaba segura.

Se les acercó un bombero con dos mantas. El hombre la arropó por los hombros y, en ese momento, se dio cuenta de que aquello sí estaba pasando, y le estaba pasando a ella, además. De alguna manera, había provocado accidentalmente un incendio en Blackwood Manor y la mansión había acabado convirtiéndose en pasto para las llamas. El bombero le ofreció la manta a Claude, pero este la rechazó con un movimiento de cabeza.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó el bombero arrodillándose junto a ella.

Julia logró asentir.

—¿Se encontraba dentro de la casa cuando empezó el fuego?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y usted?

—Yo estaba en el establo —dijo Claude.

—Vamos —dijo el bombero pasando una mano por debajo del brazo de Julia—. Salgamos de esta tierra húmeda. Aquí hace frío.

Julia se dejó ayudar y se levantó sobre sus piernas temblorosas.

—¿Está segura de que no se encuentra herida? —dijo el bombero—. La ambulancia viene de camino. Tal vez deberían llevarla para que le echaran un vistazo.

Tragó saliva intentando hallarse la voz. Cuando por fin logró articular palabra, dijo con voz débil y áspera:

—Estoy bien.

—Muy bien —dijo el bombero—. Si usted lo dice. No dude en pedir ayuda si la necesita —dijo, brindándole una breve inclinación

de cabeza y regresando a los camiones para ayudar a sus compañeros.

Al cabo de un rato, aparecía Fletcher derrapando por el camino y saliendo disparado en dirección a ellos. Dio un frenazo y bajó de la camioneta de un brinco, con el rostro lívido y los ojos abiertos como platos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Estáis bien?

—Estamos bien —dijo Claude, señalando a Julia con la barbilla —. Pero ella necesita sentarse un rato en tu camioneta.

—Vamos —dijo Fletcher—. Estás más blanca que la leche. — La tomó del brazo y la condujo hasta la camioneta. Claude la siguió y le abrió la puerta del copiloto.

Subió al interior del vehículo en trance, la manta sobre los hombros, los dientes castañeteando. Fletcher se subió al asiento del conductor y encendió la calefacción mientras Claude permanecía de pie, frente a la puerta abierta del copiloto.

—¿Qué demonios ha pasado? —volvió a preguntar.

—Ha sido culpa mía —dijeron Julia y Claude al unísono.

Se giró hacia Claude. ¿Por qué se estaba echando las culpas? Era ella la que había abierto las ventanas de la casa y había encendido la hoguera en el patio. Fue ella la que no prestó atención y dejó que las llamas escaparan a su control. Y entonces la asaltó otro pensamiento: a lo mejor, en el fondo, era lo que deseaba que pasase; a lo mejor la horrible verdad sobre sus padres y la crueldad cometida en el interior de la mansión Blackwood eran demasiado a lo que enfrentarse. Pero no, aquello no tenía sentido. Necesitaba respuestas y tal vez, ahora, jamás podría encontrarlas ya. Y quería justicia, para ella y para su hermana, y ahora se había quedado sin pruebas de que realmente había existido. No quedaba nada.

—Ha sido culpa mía —dijo Claude con más convicción.

—¿Qué dices? —Julia negó con la cabeza—. Fui yo la que dejó las ventanas abiertas, yo la que se puso a quemar las ramas y no…

—Yo sabía lo de tu hermana —dijo Claude.

—Lo sé, ya me lo has dicho.

Claude encogió los hombros, mirándola fijamente, como

buscando el valor necesario para decirle lo que iba a decir. Julia se mordió el labio inferior y aguardó, las rodillas temblando de recelo.

—Hay más —dijo él.

—Esto también lo sé.

—¿Estás segura de que quieres saber la verdad? —preguntó Claude soltando una fuerte exhalación.

Julia hizo ademán de salir de la camioneta.

—¿Qué haces? —dijo Fletcher pasándole delicadamente la mano por el brazo—. Creo que no deberías salir. Debes estar en *shock*, y la policía empezará a interrogarte sobre el incendio.

—Estaré bien —le dijo, brindándole una sonrisa—. Necesito hacer algo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Fletcher frunciendo el ceño—. ¿No podéis esperar?

—No iremos lejos —dijo Claude—. Cuando llegue la policía, diles que el fuego ha sido accidental y que volveremos enseguida. ¿Tienes una linterna?

Fletcher suspiró ruidosamente y sacudió la cabeza, claramente frustrado y confundido. No tenía sentido discutir con Claude, y lo sabía de sobra. Masculló entre dientes, rebuscó detrás del asiento, sacó una linterna, fue hasta la parte delantera de la camioneta y se la pasó a Julia sin poder ocultar un gesto de preocupación.

—Julia, en serio, sea lo que sea, puedes hacerlo más tarde.

—No, no puedo. Tengo que hacerlo ahora. Te lo explicaré todo cuando volvamos. —Se quitó la manta y miró a Claude, aferrando la linterna con ambas manos—. Tú guías.

Claude se giró y echó a caminar hacia el bosque.

Julia dio la espalda a los restos, aún ardientes, de Blackwood Manor y siguió a Claude por el borde del césped, a través de un espacio estrecho flanqueado por setos recortados. Cruzaron una extensión de hierbajos muertos y charcos helados, y entraron en el boque agachándose entre los retoños desgarbados y los pinos. No había necesidad de usar la linterna, a menos todavía, pero a Julia le

reconfortaba saber que la llevaba, por si acaso. Siguieron por un sendero que parecía para animales, adentrándose en la profundidad del bosque, y Julia sintió que un extraño recuerdo jugaba por los rincones de su mente.

De pequeña no la dejaban salir al patio ni ir al bosque, pero a los catorce años se había adentrado en el interior de aquella oscuridad para fumarse su primer cigarrillo, por la simple curiosidad de saber qué era lo que sus amigos del colegio y su padre veían en el tabaco, que lo encontraban tan apetecible. Dio una calada que casi la hizo vomitar, con todas aquellas toses, se sacó el cigarrillo de la boca, esperó a que se le pasara el mareo, y volvió por donde había venido. El sol se estaba poniendo, el cielo que se oteaba entre el follaje se había vuelto púrpura y, en cuestión de minutos, se perdió, y empezó a imaginarse a su padre encontrando su cuerpo, la cara y las manos roídas por animales salvajes. Tropezó entre la maleza, rota de pánico, pensando en la advertencia de madre de que si se portaba mal, pasaría algo malo, rondándole la mente. Cuando por fin logró encontrar la salida, irrumpió en los setos del patio con la cara llena de arañazos y lágrimas, jurando que nunca más volvería a adentrarse en el bosque.

Aun así, conforme iba siguiendo a Claude a través del sinuoso camino rodeado de raíces arbóreas y piedras, parecía como si hubiera algo más que debiera recordar, algo más allá del simple hecho de escaparse a fumar un cigarrillo, más allá de desobedecer a sus padres, más allá del miedo a perderse y ser comida por los animales salvajes.

Las ramas y los árboles de hoja perenne crujían en lo alto. El olor carbonizado de la casa los seguía, filtrándose por cada recoveco. Allá donde la luz del sol apenas llegaba al suelo mohoso del bosque, los charcos de nieve y hielo sobresalían por doquier entre arbustos y matorrales. El estropicio de la tormenta había desfigurado los árboles más altos, astillándoles las extremidades, ahora colgantes o rotas y esparcidas por el suelo. Claude limpió los escombros del camino varias veces. Hubieron de trepar por el tronco de un viejo roble desplomado en el camino. Cuanto más se adentraban en el bosque, más intenso se hacía el viejo temor a perderse. Los árboles

destrozados y el moribundo hedor del humo le recordó a una de esas devastadas zonas de guerra, o a una de esas escenas posapocalípticas, reflejando el estado de su propio ánimo. Se le había derrumbado el mundo entero, y no sabía qué le deparaba.

Pero ya no había vuelta atrás. Tenía que saber la verdad. Además, Claude parecía conocer el camino. Cerca de lo que parecía ser el final del paseo, apartó las ramas de un abeto alto sujetándolas hacia atrás. Al otro lado, había un claro rodeado de piceas, espinos y enebros lleno de briznas de pasto, hierba cubierta de nieve, hojas, zarzas y troncos enmohecidos envueltos en hielo.

En el centro del claro, había una cerca de hierro rodeando un lápida.

Julia se detuvo en seco, recordando otra cosa, un recuerdo borroso y vago que le vino a la mente —su padre llevándola al bosque, ambos plantando flores en el interior de una cerca, recogiendo dientes de león y dejándolos junto a una piedra cuadrada y gris. Una corriente de temor le recorrió los huesos.

—¿Quién es?

Claude no dijo nada y siguió caminando hacia el cercado. Apartó de un puntapié las hojas secas y las ramas rotas de la cancela, corrió el pestillo y abrió. Las bisagras de metal chirriaron en mitad de la quietud del bosque, al tiempo que el murmullo de alguna criaturilla se escabullía. Claude la miró, aguardando, con los ojos cansados y la cara gastada. Ella tragó saliva, caminó cautelosamente a través de la cancela y leyó la sencilla lápida, en la que habían grabado las siguientes palabras:

QUERIDA HIJA

Julia entrecerró los ojos al llanto y se acercó, llevándose los dedos temblorosos a la boca. Claude la siguió y se quedó de pie junto a ella.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —dijo Julia.

—Ayudé a tu padre a enterrarla.

Respiró hondo. Tenía un millón de preguntas corriéndole por la cabeza, pero debía ser cuidadosa y no presionarle demasiado. Necesitaba que Claude le contara toda la verdad.

—¿Qué le pasó?

—Nunca le he contado esto a nadie, y he tenido que vivir con ello durante todos estos años.

—¿Vivir con qué?

—Aquella noche me quedé a trabajar hasta tarde porque venía un comprador al día siguiente temprano y debía dejar a los caballos listos.

—¿Qué noche? —preguntó ella mirándole a los ojos.

—La noche que vi a tu madre, quiero decir, a la señora Blackwood, sacar a la niña de la casa.

A Julia se le pusieron todos los pelos de punta. La niña. El presentimiento de que iba a enterarse de una horrible verdad le cayó como una mortaja de hielo.

—Así que mi hermana, cuya existencia supongo que ya conocías, salió del ático. *¿Cuánto tiempo estuvo en el ático?*

—Déjame hablar, por favor —dijo levantando la mano—. Necesito superarlo.

Julia apretó la mandíbula y aguardó.

—Era sobre la medianoche. El señor Blackwood estaba fuera de la ciudad, y yo estaba fumándome un cigarrito rápido al otro lado del establo. La vi conduciendo a la niña a través del pasto del norte hacia el bosque. —Hizo una pausa para cepillar y deshacer la maraña de hojas de la superficie de la lápida.

—¿Qué pasó?

—No tenía ni idea de dónde iban y tampoco sabía qué hacer. Por supuesto, ahora, cuando miro atrás, pienso que debería haber hecho algo. Pero en aquel momento… —Se pasó la mano por la frente—. Después de un rato vi que la señora Blackwood volvía del bosque sola.

A Julia le entró un cosquilleo por los brazos. *¿Qué fue lo que hizo madre?*

—Al día siguiente, el señor Blackwood me dijo que su hija había

muerto —continuó relatando—. Juro que aquella fue la primera vez que me la mencionó. Hasta ese momento, creía que había nacido muerta, como habían dicho. —Sus ojos adquirieron un tono vidrioso.

—Dios mío —suspiró Julia. Miró la tumba, miró la tierra… ¿Ahí era dónde estaba su hermana muerta, después de haberse pasado la vida encerrada en el ático? ¿Estaban pisando sobre el mismo lugar en el que fue asesinada? Se llevó una mano al pecho. Se sentía como si le estuvieran arrancando el aire de los pulmones.

—Después de decirme que estaba muerta, no supe qué hacer. Todavía sigo pensando que debería haber hecho algo, detener a la señora Blackwood de lo que quiera que hiciese. Los llamé para decirles que estaba enfermo y estuve dos días sin venir a trabajar, porque no podía mirarles a la cara. No sabía si llamar a la policía o… —dudó, como buscando las palabras adecuadas, y la miró con ojos de desesperación—. Tienes que entenderlo, tenía una mujer y un hijo de los que cuidar, y el trabajo no abundaba por aquellos entonces. Y que Dios me ayude, me dije a mí mismo que ya no había nada que pudiera hacer. Lo hecho, hecho estaba. Perder mi trabajo no habría traído a aquella niña de vuelta. Así que volví a trabajar y mantuve la boca cerrada. Fue entonces cuando el señor Blackwood empezó a beber.

La tierra pareció empezar a titilar bajo los pies de Julia.

—¿Estás diciendo que mi madre… que mi madre? —No pudo terminar la frase.

Claude sacudió la cabeza.

—No, no es eso lo que estoy diciendo. Llevo años rumiándolo, y creo que sé lo que pasó. Había un circo al otro lado de la arboleada, pasado el pasto del norte. Al día siguiente de partir fue cuando el señor Blackwood me dijo que su hija había muerto.

Miró a Claude, con una mezcla de alivio, asco y adrenalina recorriéndole el cuerpo. Alivio porque madre no era una asesina, asco porque sabía qué era lo que venía a continuación:

—¿Me estás diciendo que mi madre dio a mi hermana al circo?

—No. —Negó con la cabeza—. Lo que estoy diciendo es que la

vendió al circo.

A Julia se le aceleró el corazón. Estaba en lo cierto. Lilly era su hermana, no la amante de padre. Por eso guardaba los pósteres y las entradas. Por eso tenía todos esos recortes. Y aun así, no podía creer lo que estaba oyendo. Las preguntas se apelotonaban en su cabeza con mayor rapidez de lo que alcanzaba a procesarlas.

—Pero ¿por qué? ¿Para deshacerse de ella? Ni siquiera necesitaban el dinero.

—No estoy seguro, pero tienes que tener en cuenta que aquello eran los años treinta, en plena época de la Depresión.

Los Blackwood pasaron sus dificultades, como todo el mundo, y aunque no eran los que peor estaban, sí que pasaron sus dificultades.

—¡Me da igual! Eso no es excusa para…

—Escúchame, ¿vale?

Se mordió el labio, arrebatada por la masa creciente de dolor y cólera que crecía en su pecho. No era de extrañar que padre y madre necesitaran el perdón de Dios. Creyó que rompería a gritar antes de que Claude pudiera acabar de contarle el resto de la historia.

—Pasada una semana desde la desaparición de la niña, los Blackwood compraron a Blue Venture, el caballo que aquel año quedó segundo en el derbi de Kentucky y Belmont Stakes. Fue a partir de entonces cuando esta granja empezó a montarse en el dólar. Contrataron a un entrenador, ganaron unas cuantas carreras y convirtieron a Blue Venture en un deseado semental. Ese caballo salvó Blackwood Farm, y la idea de comprarlo fue de la señora Blackwood.

—¿Me estás diciendo que mi madre usó el dinero para comprar un caballo?

—Eso creo.

Julia cerró los ojos durante un instante, intentando asimilar aquello. ¿Cómo podía una persona ser tan despiadada? Encerrar a tu propia hija en el ático ya era bastante horrible, pero venderla al circo era enfermizo y repugnante.

Julia abrió los ojos y miró a Claude.

—¿Cuántos años tenía mi hermana cuando mi madre la vendió?

—Debía rondar los nueve o diez, no estoy muy seguro.

—Jesús. ¿Tuvo encerrada a su hija en el ático durante diez años y luego la vendió al circo? *¿Qué clase de monstruo era mi madre?*

Claude apartó la mirada. Una sombra oscura le pasó por la cara. Se frotó la frente y suspiró con fuerza, como si deseara estar en cualquier otra parte menos allí. Luego la miró con gesto afligido.

—Hay algo más.

Julia trató de infundirse valor. No estaba muy segura de poder soportar más verdades.

—¿Qué?

—Siento mucho ser yo quien te lo diga pero la señora Blackwood no era tu madre. Era esta, la de la tumba.

A Julia le flaquearon las rodillas.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —Sacudió la cabeza—. Eso no, no… No es posible. Debes estar confundido.

—No estoy confundido. Tu madre acabó regresando a la granja con tus abuelos, y tú estabas con ella.

—¿Mis abuelos? —Al principio Julia no sabía de quién estaba hablando, pero luego lo vio claro. Se le cayó la linterna al suelo. Dios. Las personas que creía que fueron sus padres eran en realidad sus abuelos. Y Lilly era su madre, no su hermana. Miles de preguntas vagaron por su mente a toda velocidad, pero apenas podía unir más de dos pensamientos.

—Pero cómo… Por qué… —Le costaba encontrar las palabras —. ¿Por qué volvió? ¿Por qué haría algo así?

Claude se encogió de hombros.

Ella bajó la mirada hacia la tumba, mareada y aturdida.

—¿Cómo murió?

—El señor Blackwood dijo que fue de pulmonía.

—¿Le creíste?

—No tenía ningún motivo para no hacerlo.

—¿Cuántos años tenía yo?

—No lo sé, tan solo eras un bebé.

—Pero ¿cómo…? —Hizo una pausa, interrumpida por unas súbitas náuseas. Todas aquellas historias que madre le había dicho

sobre lo de haberse pasado todo el embarazo en la cama, y lo felices que se pusieron cuando la vieron nacer sana, no eran más que mentiras. ¿Y sus recuerdos? ¿Madre cantándole nanas y arropándola por las noches? ¿Eran reales o tan solo producto de su imaginación?

—Así que mis padres… Quiero decir, mis abuelos… ¿Le contaron a todo el mundo que yo era su hija?

Claude asintió.

—¿Cómo lograron que la gente se lo creyera?

—No había mucho que explicar. Después de que la señora Blackwood vendiera a tu hermana al circo y el señor Blackwood empezara a beber, las cosas se pusieron bastante mal. La granja prosperaba, pero sus vidas eran un completo desastre. Dejaron de ver a los amigos, rechazaban las invitaciones para asistir a eventos sociales, y los únicos que pasaban por aquí eran los clientes que acudían al establo. Fue fácil convencerlos de que el médico le había prescrito reposo absoluto durante todo el embarazo, especialmente después de aquella historia sobre el aborto de su primera hija. Y después de «nacer» tú, dijeron que estabas demasiado débil para salir de la casa y no permitieron que nadie viniera a verte hasta que no te pusieras más fuerte. Pusieron un letrero en la puerta principal diciéndole a la gente que fueran al establo a preguntar por mí. Me dieron la orden de llamarlos por teléfono a la casa para decirles quién venía, pero no recibían prácticamente a nadie, o tu padre los mandaba al establo, directamente. Creo que ibas en pañales la primera vez que te vi fuera.

Julia hundió el rostro entre las manos. Por supuesto que tuvieron que mentir. De otro modo, habrían tenido que admitir lo que le habían hecho a su hija. Durante todo aquel tiempo, su madre le había echado la culpa por el alcoholismo y la muerte de su padre. Nunca había dejado de preguntarse por qué nunca mereció el amor de sus «padres». Se dio cuenta, no sin extrañas dosis de impresión y alivio mezcladas, de que todo lo que alguna vez había creído sobre sus padres era mentira. Se sentía agradecida por saber la verdad, pero entre el incendio de Blackwood Manor y la bomba de que Lilly era su madre, apenas le quedaban fuerzas.

Respiró lenta y profundamente, intentando mantener la entereza. Se restregó las lágrimas de la cara y tocó las letras grabadas, el frío muerto de la piedra hiriendo a través de la piel. Aquella era su madre, la madre que nunca conoció. Una mujer —una albina— que había sido encerrada en el ático desde el mismo momento en que nació y después vendida a un circo. Era increíble, lamentable, descorazonador, todo al mismo tiempo, pero daba respuesta a muchas preguntas, excepto a una. ¿Cómo pudieron sus padres —sus abuelos— ser tan crueles? En algún rincón perdido de su mente, empezó a tomar fuerza la pregunta de cómo habría sido su vida si su madre biológica no hubiera muerto. Pero tratar de imaginarse a una mujer a la que nunca había conocido como a su madre era una tarea demasiado abrumadora para el embrollo cerebral que tenía en aquel momento. Y tratar de imaginarse creciendo en un circo tampoco le parecía posible. No sabría ni por dónde empezar.

—Así que se llamaba Lilly.

—Sí.

—¿Y mi padre?

—El señor Blackwood dijo que había muerto a causa de un accidente.

Julia trató de recobrar la postura sobre el par de piernas temblorosas que la sostenían.

—¿Y le ayudaste a enterrarla?

—Sí.

—¿Le ayudaste también a cargar el cuerpo por el bosque?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde estaba cuando murió?

Claude se frotó la nunca y la miró, visiblemente turbado.

—En el ático.

CAPÍTULO 33

LILLY

UN DORADO RAYO DE LUZ MAÑANERA PENETRÓ EN LA OSCURIDAD, despertando a Lilly de un profundo sueño. Parpadeó y abrió los ojos. Tenía un dolor de cabeza en la parte trasera del cráneo, amén de una paralizante niebla mental. Se sentía como si hubiera peleado con alguien, le dolían todos los músculos. No sabía dónde se encontraba, pero estaba tumbada sobre una cama. La sábana que había debajo de ella estaba fría y húmeda, y el aire llevaba impresos hedores de orina y el aroma metálico de la sangre. En la pared de ladrillo se reflejaba un recuadro de luz solar, formando una silueta de lo que parecía ser una estrecha ventana cubierta con ramas retorcidas. Bizqueó, tratando de averiguar lo que estaba viendo. Una sombra emplumada tembló en la parte inferior de la silueta, como hojas de una rama. Era un pájaro. En un alféizar.

Respiró hondo. Todo le resultaba extraño y familiar al mismo tiempo, como un sueño recurrente. Alzó la vista. El papel pintado floreado cubría el techo arqueado sobre el cama —el mismo papel que su padre le había puesto en su rincón de siempre hacía mil años —. Sintió que se le escapaba un latido del corazón, para luego latirle con fuerza en el pecho. Giró la cabeza y miró alrededor.

Allí estaba su casa de muñecas y su estantería llena de libros.

Había un juego de té, el tapete de encaje, la bandeja plateada, las tazas chinas.

Y allí estaba su maqueta de granja de animales, colocada en la parte superior de la estantería, donde siempre había estado.

Se apretó las palmas de las manos contra los ojos encharcados.

¿Había sido todo un sueño? ¿Había visto el circo a través de la ventana del ático en mitad de una pesadilla?

No. Era real. Merrick, Glory, los elefantes, Cole.

Phoebe.

Se llevó las manos al pecho. *Ahora soy una mujer. Una madre. Fue real.* Todo. El pánico explotó en su cabeza. *¿Dónde está mi bebé? ¿Cómo he acabado en esta habitación?* Entonces se dio cuenta de que llevaba puesta una bata de hospital y tenía el torso vendado. Recordaba haber intentado salvar a Pepper, haber recibido el golpe de la grúa estando en el suelo, y que alguien le dijo que iban a llevarla al hospital. La imagen de Pepper colgando del cable de la Derrick parpadeó en su mente, y el azote del dolor se coló por sus entrañas.

Pepper estaba muerta.

Tenía que salir de ahí. Tenía que encontrar a Cole y a Phoebe. Tenía que hacer que el señor Barlow pagara por lo que había hecho. Intentó incorporarse pero no pudo. El estómago y la espalda le gritaban de dolor. Tenía los pulmones agitados, y resollaba entrecortadamente. Abrió la boca para pedir ayuda a voz en cuello, pero nada más hacerlo empezó a toser. Se tapó la boca tratando de parar pero no pudo. Cada ladrido enviaba una sacudida de dolor al centro mismo de su cuerpo, como si la estuvieran partiendo por la mitad. Empezaron a brotarle unas gotitas de sudor por la frente. Cuando por fin pudo tomar una bocanada de aliento sin toser, vio las manchas de sangre salpicándole la mano, y sintió el sabor cálido y cobrizo de su boca. Se tocó la frente con dedos temblorosos. Estaba ardiendo de fiebre.

Se oyó el tintineo de una llave en la cerradura. El pomo giró y entró una mujer a la habitación.

Era mamá.

Hizo acopio de toda la fuerza de la que fue capaz para apoyarse con los codos, con el corazón tronándole en el pecho. Mamá tenía el mismo aspecto de siempre, excepto por unos cuantos pelos grises pintando su cabellera perfectamente peinada y las arrugas, y también porque tenía el rostro más chupado alrededor de los ojos y la boca. Estaba más morena y esbelta, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, con esa pose de mujer segura de sí misma, tranquila, de alguien que había tenido una vida feliz, libre de culpa. Aquella visión fue para Lilly como ácido quemándole las entrañas. Mamá se acercó con su habitual anillo de llaves enganchado al delantal y el rostro inexpresivo.

—Estás despierta —dijo.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Lilly. Tenía la voz rasposa y débil, y sentía como si tuviera trocitos de cristal en la garganta. Empezó a toser de nuevo y tuvo que esforzarse para que le salieran las palabras—. ¿Qué… estoy… haciendo aquí?

—Tu hija está a salvo —dijo mamá.

Lilly apretó la mandíbula y trató de recuperar el aliento.

—¿Dónde está?

—Abajo, con papá.

—¿Cole? —jadeó.

—No, está abajo, con *tu* padre. Tu marido, o lo que quiera que fuese, está muerto.

Durante un terrible instante, Lilly se sintió morir. Tuvo la sensación de estar cayendo en un abismo.

—No. —Negó con la cabeza—. Estás mintiendo.

—Yo nunca miento —dijo mamá, frunciendo el ceño—. El señor Barlow dijo que tu marido era un ladrón y un cobarde, y que en lugar de afrontar las consecuencias por sus actos, saltó del tren al pasar por un puente, tirándose al río.

—¡No! —gritó—. Eso no es verdad. ¡Cole jamás haría eso! Si está muerto, ¡será porque el señor Barlow le habrá empujado del tren!

—Quién sabe —dijo mamá, encogiéndose de hombros—. Yo la

verdad es que no me creo ni una sola palabra de lo que dice la gente del circo.

Lilly se dejó caer sobre la almohada y se tapó la cara con las manos. Tenía la boca torcida por la angustia. No. *Cole no. Le necesito. ¡Phoebe le necesita!* Le vino la imagen de su cara a la mente, y los negros grilletes del duelo le estrujaron el corazón, encerrándolo en un lugar sólido por toda la eternidad. El golpe final. Sollozó desconsoladamente y empezó a toser de nuevo, en mitad de terribles convulsiones. ¿Qué iba a hacer sin su esposo y mejor amigo? ¿Cómo iban Phoebe y ella a salir de allí sin él? Se sintió como si fuera a morirse en aquel preciso instante.

No. Tenía que recuperar el control, por el bien de Phoebe. Apretó la mandíbula y se obligó a respirar con normalidad. Miró a mamá con la mente y el cuerpo estremecidos de miedo y dolor.

—¿Cómo he llegado aquí? —dijo—. ¿Cuánto tiempo llevo…?

—Desde ayer por la mañana. Tu padre y yo condujimos todo el camino de aquí hasta Nashville para recogerte. Los médicos no estaban seguros de que pudieras hacer el viaje de vuelta.

—Pero… ¿porqué…?

El señor Barlow nos llamó. No me sorprendió en absoluto cuando dijo que no habías dejado de dar problemas desde el día que llegaste al circo. No trates de negarlo. Me lo ha contado todo. Ha acabado contigo y no quería correr con los gastos de las facturas del hospital ni hacerse cargo de tu hija. Tu padre insistió en que lo menos que podíamos hacer era traerte de vuelta a casa. Y cuando me di cuenta de que la pequeña era normal, supe que alguien tendría que cuidar de ella.

Los gélidos dedos del temor le estrangularon la garganta.

—Tráemela —dijo, mirándola fijamente.

Mamá negó con la cabeza.

—Es por tu bien.

Lilly se incorporó apoyándose sobre los codos. De ninguna manera iba a dejar que mamá criara a Phoebe. Antes la mataba. Tenía que salir de aquella habitación. Tenía que coger a su bebé y abandonar aquella casa. Se esforzó por salir de la cama, pero las

piernas no le respondían. No podía sentirlas, y aquella certeza la inundó de terror. Se apretó las rodillas y se golpeó los muslos, pero estaban fláccidos e inertes. No podía sentir nada. Las lágrimas nublaron su visión y el pánico le partió el alma en dos.

—Estás paralizada de cintura para abajo —dijo mamá—. Los médicos dijeron que te quedarías inválida, en caso de que llegaras a sobrevivir.

Lilly se hundió en la almohada, intentando mantener los últimos hilos de su cordura. Si no podía salir de la cama, jamás podría salir de aquella habitación. Nunca recuperaría a Phoebe. *¿Cómo puede estar pasando esto?*

—Por favor. —Lloró—. Te lo suplico. Tengo que ver a mi hija.

—No creo que sea una buena idea.

—¿De qué estás hablando? ¡Es mi hija! ¡Me necesita!

—No estás en condiciones de ser madre. Siempre digo que Dios actúa de forma misteriosa y que todo sucede por una razón. Y finalmente, después de todo lo que nos has hecho pasar, tu padre y yo por fin tenemos la hija que nos merecemos. Está como pez en el agua con nosotros, como debe ser. Al fin y al cabo, somos sus abuelos.

La ira y el terror ardieron bajo sus costillas.

—¡Tú no eres nada de ella! —gritó—. ¡Es mía! —Volvió a toser, y un dolor agudo le desgarró el abdomen, como miles de dagas clavándose en sus nervios, músculos y venas. Empezó a sollozar, tener arcadas, y a sentirse cada vez más débil y mareada—. No dejaré que te la quedes. Por favor. ¡Tienes que traérmela!

—Lo siento, pero lo hecho, hecho está —dijo, dirigiéndose hacia la puerta, con las llaves tintineando contra su cadera. Ya con los dedos sobre el pomo, se giró para mirar a la Lilly—. Si yo fuera tú, dejaría de rogar por las cosas que no puedes tener y empezaría a hacer las paces con Dios. El Señor sabe que has cometido tus pecados. —Salió cerrando la puerta.

Lilly no sabía cuánto tiempo había pasado desde que se había

despertado en el ático de Blackwood Manor, pero la silueta matutina de la ventana que se había proyectado en la pared de ladrillo había demudado en luces de mediodía, luego se tornó en atardecer, después en noche, y otra vez en amanecer. El sueño frágil pero profundo lograba mantener su mente apartada de la tortura, pero aquella sensación solo lograba protegerla durante cortos periodos de tiempo. Se despertaba cada pocas horas, sobresaltada, tosiendo y sintiéndose instantáneamente asaltada por el sentimiento de saber que Cole estaba muerto, que mamá le había quitado a Phoebe y que otra vez estaba atrapada en el ático, pero debía mantenerse fuerte por su hija.

En los pocos momentos en los que el olvido le daba un respiro, ponía todas sus fuerzas en intentar mover las piernas, deseando que su cerebro las hiciera ponerse en funcionamiento. Si pudiera salir de la cama, podría golpear a mamá en la cabeza, escapar, y recuperar a Phoebe. Trataba de levantarse los muslos con las manos, pero cada vez que lo hacía sentía un inmenso dolor en el torso. Sudaba por el esfuerzo y, tras cada intento, caía rendida sobre la almohada, agotada y delirando de desesperación. Todavía estaba ardiendo de fiebre, con los labios custridos, las sábanas rancias y sucias, cada vez más débil a medida que pasaban las horas.

—Por favor, Dios —susurró—. Por favor, si estás ahí, te necesito más que nunca.

Pero era inútil. Tenía las piernas muertas e inertes.

Nadie le trajo comida, ni agua, y empezó a pensar que mamá pretendía dejarla morir de hambre. ¿Cómo era posible que sus pulmones todavía pudieran tragar aire y que su corazón destrozado siguiera latiendo? La agonía estuvo a punto de consumirla.

Unas horas más tarde salió el sol, y el sonido de la cerradura precedió a la puerta abriéndose. Phoebe entró a gatas en la habitación, con un dedo en la boquita, las cejas arrugadas por la incertidumbre. Lilly pegó un grito y abrió los brazos intentando alcanzarla con sus temblorosas manos.

—Ven aquí, pequeña mía —dijo con los ojos inundados de lágrimas.

Cuando Phoebe vio a Lilly se le iluminó la cara y se acercó a la cama con sus piernas regordetas. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, se incorporó, ignorando el terrible dolor de estómago y espalda, y la colocó sobre un trozo de manta limpio. Le besó la frente, las mejillas y la boca, bebiendo el cálido y dulce olor a piel de bebé, y a su cabello ralo. Phoebe parecía sana, limpia y bien alimentada. Al menos sus padres estaban cuidando bien de ella.

—Te he echado tanto de menos —le dijo Lilly—. Y te quiero más que a nada en el mundo. ¿Me has echado de menos, guisantito?

Phoebe sonrió y Lilly le acarició el cabello recogiéndoselo por detrás de la orejita rosa. No le hizo falta mirar, sabía que su padre estaba observando desde la puerta.

—¿No tienes miedo de que te pille?

—Tu madre está echando una siesta.

—Esa no es mi madre. Y tú tampoco eres mi padre. —Le miró fijamente.

Llevaba una bandeja con comida y una jarra de agua. Tenía el pelo gris, y el rostro curtido como el cuero. Parecía como si hubiera envejecido diez años desde el día que fue a visitarla a la tienda de la Médium Albina. Aun así, todavía se apreciaban los restos del hombre joven y apuesto que un día fue, destacando en la fuerte mandíbula y los ojos azules de lluvia. Se acercó y dejó la bandeja en la mesita de noche.

—Lo siento —dijo con voz miserable—. Por todo.

—Ya es tarde para eso.

—Pero yo necesito decirlo.

Vertió agua en una taza y se la pasó. Lilly se incorporó trabajosamente para beber mientras él le sostenía la taza en los labios. Pegó un trago largo y casi se ahogó, con el agua chisporroteándole por la comisura de los labios. Se llevó una mano a la boca. Phoebe la observaba con preocupación. Cuando paró de toser, consiguió dar unos cuantos tragos más, y se dejó caer sobre la almohada, demasiado cansada como para mantenerse incorporada más tiempo. Su padre cogió medio sándwich de la bandeja y se lo dio.

—No, ahora no. —Negó con la cabeza. Phoebe se acurrucó en el recodo de su brazo, apoyando la cabeza en el hombro. Lilly le acarició la suave mejilla y, sin apartar los ojos de su hija, dijo—: Solo quiero saber una cosa. ¿Por qué la dejaste hacerlo?

—Estaba fuera de la ciudad, ¿recuerdas? Yo no sabía nada. Y cuando volví, bueno, ya era demasiado tarde.

—No estoy hablando de lo de venderme al circo. Quiero saber por qué la dejaste encerrarme aquí en primer lugar. A mí no me pasaba nada. Tenía la piel diferente, eso es todo. —Se giró para ver su reacción.

Se apoyó contra la pared que había junto a los pies de la cama, compungido, visiblemente avergonzado.

—No me quedó otra opción.

—Todo el mundo tiene una opción.

—Tú no lo entiendes. Tu madre y yo hemos estado rezando por ti durante todos estos años.

—Deja de mentirme —dijo con el llanto emborronándole la visión—. Quiero saber la verdad. Me lo debes.

—Es la verdad. Coralline estaba desesperada por ser madre, y después del octavo aborto dijo que vendería su alma al diablo por tener un bebé. Ambos sabemos lo duro que fue para ella decir algo así. Cuando llevaba cuatro meses embarazada de ti, supo que sus plegarias habían sido respondidas.

—Hasta que me vio.

Respiró hondo y soltó un largo suspiro, dejando caer los hombros, como si decir la verdad fuera la cosa más dura que jamás hubiera hecho. A Lilly se le pasó por la mente la idea de que su sufrimiento no era nada comparado con lo que había pasado, por lo que todavía estaba pasando, pero permaneció en silencio. Estaba demasiado cansada para discutir. Lo único que quería saber era por qué. Miró a Phoebe, que se había quedado dormida junto a ella.

—No era tan sencillo —dijo él—. Tu madre dio a luz en mitad de una terrible tormenta. Las carreteras y los puentes estaban inundados. La pobre estaba tan asustada, no podíamos ir al hospital y tampoco podía venir a asistirnos ningún médico. Dio a luz ella

sola, en nuestra habitación, negándose a recibir mi ayuda. El parto se prolongó durante todo el día y toda la noche, y cuando dejé de oír sus gritos, pensé que la había perdido. Lo único que podía oír eras tú, llorando al otro lado de la puerta cerrada. Estuve a punto de echar la puerta abajo, pero justo entonces, ella me dejó entrar, poco antes de caer desplomada sobre la cama. El camisón y las sábanas estaban manchados de sangre, y ella estaba más pálida que un espíritu. Me miró, con aquellos ojos inyectados en sangre, y me dijo: «Tenemos que deshacernos de ella».

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor? —A Lilly le temblaban los labios.

—No lo entiendes. Ella creía que aquello era un castigo.

—¿Por qué?

—Por haber dicho que haría un pacto con el diablo.

—Así que me encerró en el ático.

—No, fui yo quien te encerró.

Lilly se quedó si aliento. No podía creer lo que estaba oyendo. Siempre había culpado a mamá de todo. Creía que la odiaba y que su padre, sin embargo, no era más que un pobre cobarde.

—¿Por qué? —logró decir.

—Quería que te abandonara en el bosque.

Lilly se mordió el labio inferior y cerró los ojos. Apenas le quedaban fuerzas. Su madre nunca había querido encerrarla en el ático. La quería muerta. Aquello iba más allá de la frialdad y la crueldad. Estaba dispuesta a matar a su propio bebé. Y ahora le había robado a Phoebe.

—Porque pensaba que yo era un monstruo y se avergonzaba de mí —dijo con voz débil cuando por fin halló un rastro de voz con el que hablar.

—No, porque pensaba que Dios la había puesto a prueba. Había hecho un pacto con el diablo y te tenía un miedo atroz, no porque fueras un monstruo, sino porque eras perfecta, sin una sola marca, ni un solo tachón, como el cordero sacrificial. —Se acercó a ella—. ¿No te das cuenta? Te encerré en el ático para salvarte. Cuando descubrió que todavía estabas viva ya tenías varios meses de vida. La

amenacé con contarle a todo el mundo la verdad si no te dejaba en paz. Dijimos que tuvo un aborto. Hubo un funeral… —Se detuvo y se masajeó las sienes con los dedos.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no me llevaste al bosque y me abandonaste allí? —dijo Lilly, cegada por las lágrimas que abrasaban sus mejillas.

—Porque lo que tu madre decía era una locura. Pensé que había perdido la razón y que volvería a recuperar la cordura cuando se le pasara el trauma.

—Pero no lo hizo, y me dejaste en el ático.

Él asintió.

—¿Por qué no viniste a buscarme cuando me vendió al circo?

—Dijo que te habías escapado.

—Y la creíste.

—Al principio tenía miedo de que hubiera hecho algo… —dudó —. Le estuve preguntando sin cesar cómo habías logrado salir y encontrar el modo de bajar. Ella me dijo que le pegaste y saliste corriendo. Tenía moratones en el brazo y arañazos en la mejilla.

—Te mintió.

—Me di cuenta cuando vi aquel póster de circo en Pensilvania, con tu foto. Yo…

—O sea que sabías dónde estaba —dijo—. Todo este tiempo, tú lo sabías.

—Sí.

—¿No te preocupaba saber si estaba bien? ¿Si era feliz?

—Claro que me preocupaba —suspiró—. Por eso fui a verte a la tienda de la médium.

—Pero eso fue seis años después de desaparecer. ¿Por qué tardaste tanto?

—Eso no es cierto. —Negó con la cabeza—. Asistía a la función al menos una vez al año. Tú no sabías que yo estaba allí, pero yo te vi en el espectáculo de los monstruos, te vi con el elefante blanco. —Una sonrisa triste se dibujó en sus labios—. Estabas tan guapa… Y feliz.

Lilly se tapó la cara con las manos. Había sido feliz. Sí,

finalmente lo fue, pero el tomado se llevó la carpa, el señor Barlow vendió a JoJo y… No podía pensar, no sabía qué decir. Apenas podía ordenar su mente. A medida que la conversación se iba desarrollando, se iba sintiendo cada vez más débil.

—Debes odiarme —dijo su padre.

Se quitó las manos de la cara y sacudió la cabeza, llorando abiertamente.

—Te quería, y a mamá también, porque no conocía otra cosa mejor. Pero cuando me vi en un espejo por primera vez y me di cuenta de que no había motivo alguno para que me tuvierais encerrada, os odié a los dos. Por mucho tiempo. Y ahora, ni siquiera sois dignos de odio.

—Lo siento —volvió a decir—. Por todo. Yo todavía te quiero. Jamás dejé de hacerlo, ni por un segundo.

Lilly trató de incorporarse sobre los brazos endebles, intentando no molestar a Phoebe.

—Si todavía me quieres, llévame al hospital. Devuélveme a mi hija, por favor. No puedes dejar que mamá se la quede. Es todo lo que tengo.

—Y luego qué, Lilly —dijo, apretando la mandíbula—. ¿Qué crees que hará la policía cuando se entere de que te encerramos? ¿Qué crees que pasará cuando descubran que tu madre te vendió a un circo?

—No se lo diré —graznó. Se estaba quedando sin voz. Volvió a recostarse sobre la almohada entre respiraciones entrecortadas.

—Tienes que darme la oportunidad de luchar. Me lo debes, no sabes cuánto me lo debes.

—Espero que algún día puedas perdonarme —dijo acercándose y sacudiendo lentamente la cabeza—, pero ahora mismo, lo único que puedo prometerte es que le daré a tu hija la vida que tú nunca tuviste. Si algo nos pasara a tu madre o a mí, ¿quién cuidaría de ella? —Se aproximó a la cama y cogió a Phoebe. Lilly trató de retenerla, pero estaba demasiado débil. Su padre la cogió en brazos y permaneció en pie, mirando cómo dormía el bebé, con los ojos brillantes de emoción y sobrecogimiento—. No querrás que se la

lleven a un orfanato, ¿verdad? —No aguardó respuesta por parte de Lilly. Salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Lilly golpeó la cabeza contra la almohada y gritó hasta saborear la sangre.

CAPÍTULO 34

JULIA

YA ERA PRIMAVERA CUANDO ACABARON LAS OBRAS DE LA nueva casa —una modesta casita de campo con balancín en el porche y ventanas que daban al establo y los pastos—. Los narcisos estaban en flor, los manzanos estaban cubiertos de brotes rosas y blancos, y las lilas estaban a punto de eclosionar. Los petirrojos trinaban por el césped lodoso, y los gorriones se alineaban por las vallas y el tejado del establo.

Iba paseando por el prado, de camino hacia el lugar de construcción del nuevo establo, regalándole la cara al sol, optimista ante el futuro por primera vez en su vida. Pero todavía había muchas cosas que hacer. Estaba erigiendo un nuevo establo sobre los restos de la antigua mansión. Había que colocar vallas nuevas y, si estaba en lo cierto, aquel mismo día conectarían la electricidad. Estaba pensando en tener un perro o dos, uno de color jengibre y otro de color chocolate.

Era una alivio que la casa hubiera desaparecido. Ahora que sabía la verdad, lo único que deseaba era dejar el pasado atrás y empezar de nuevo. Vivir en la mansión habría sido como vivir en un mausoleo, con cada cosita actuando como recordatorio del dolor y el

miedo que había pasado allí de pequeña, la culpa que sentía cada vez que su padre se emborrachaba, y sobre todo, cada vez que veía sufrir a su madre. Lilly había sufrido lo indecible allí. Habría sido un error vivir allí, sin mencionar lo difícil que habría sido permanecer en un lugar que había presenciado tanta crueldad y tristeza entre sus paredes. Además, seguir tirando del hilo habría eternizado su dolor —leer todos los documentos de padre, vender las antigüedades, limpiar el ático—. Y lo más importante, habría sido imposible construir un hogar en la misma casa donde su madre había mantenido prisionera a su hermana. Ahora la casa y todo lo demás había desaparecido. El fuego lo había destruido y purificado todo.

A pesar de que evitaba hacerlo, pensaba mucho en sus abuelos. Cuando le contó a Fletcher lo que había pasado, este le dijo que la gente fría y agresiva no era feliz. Trataban a los demás así porque eran infelices con ellos mismos. No sabía si creerle, pero apreciaba los esfuerzos que hacía por ayudarla. Después de todo, ella había sido infeliz la mayor parte de su vida, y siempre se esforzaba —mucho— en ser amable con los demás. Había oído decir que aquellos que hieren a los demás eran personas a las que habían herido antes, alguna vez, pero tampoco creía que aquello fuera cierto, porque ella era una persona a la que habían hecho mucho daño, y siempre intentó no hacerle daño a nadie. A lo mejor algunas personas nunca aprendían.

Le resultaba bastante difícil sentir afecto hacia su abuelo, quien había hecho cosas sumamente terribles bajo su propio techo, y había bebido hasta la muerte, intentando olvidar lo que le había hecho a su hija. Pero era todavía más difícil sentir afecto hacia su abuela, que se había deshecho de una niña, y había criado a otra sin ningún tipo de amor. Supuso que no sabía lo que era amar, que había nacido discapacitada, en ese sentido. Era la única explicación que tenía sentido.

Supuso que lo único lógico y natural sería pensar en Lilly, pero cada vez que lo hacía se le encogía el corazón imaginando la pesadilla que había sufrido, y la vida que habrían podido tener juntas si las cosas hubieran salido de otra manera. Le habría gustado tener

alguna foto en brazos de su madre, sonriendo con el peluche de elefante, pero se había quemado todo en el incendio. Claude no sabía cuánto tiempo había logrado sobrevivir Lilly en el ático después del accidente, pero le entraba una horrible sensación cada vez que pensaba que pudieron ser días, meses, o incluso años, y que durante todo aquel tiempo, ella había estado comiendo, durmiendo y jugando, sin saber que su verdadera madre estaba viviendo, miserablemente, justo encima de su cabeza. También solía preguntarse qué clase de madre habría sido Lilly después de haber sufrido tanta crueldad por parte de sus padres. Le gustaba imaginársela como una mujer amante y cariñosa, alguien a quien, como a Julia, no le costaba ser amable con los demás, precisamente como resultado de todo lo que los demás le habían hecho.

Se estaba quedando a dormir en un hotel de la interestatal, mientras esperaba a que terminaran de construir la casa nueva, e iba cada día al establo a trabajar con Claude, Fletcher y los caballos. La cría de Bonnie Blue, Samantha, crecía rápido y fuerte, al igual que su mejor amiga Molly, la potrilla que Fletcher le había llevado a casa. Julia tenía la intención de quedárselas para siempre. Había estado investigado el mundo de las carreras, y había decidido que ya no vendería ni un solo caballo más para esa industria.

Cuando no estaba en la granja, estaba en la biblioteca investigando sobre el Circo de los Hermanos Barlow y Lilly. Además de los recortes de prensa del despacho de su abuelo, encontró un artículo sobre dos artistas circenses que habían intentado robar un elefante. Lino de ellos era su madre, y el otro se llamaba Cole Holt. Eran marido y mujer. También encontró un artículo escalofriante en relación a la ejecución de una elefanta llamada Pepper, la misma que sus padres habían intentado robar, y otro artículo que decía que Lilly había resultado herida al intentar salvarla. Pero no encontró ningún registro sobre lo que le pasó a su padre, cuyo destino quedó envuelto en una nube de misterio. Después de leer sobre Lilly y su intento de salvar a Pepper, pensó en cuál sería la mejor forma de rendir homenaje al valor de su madre, y unas semanas más tarde, dio con la solución.

Aquel día, de camino al establo, Fletcher estaba aparcando el remolque. Se dirigió al camino de entrada y aguardó, tratando de ignorar los nervios que le revoloteaban por el estómago. Fletcher bajó de la camioneta y cerró la puerta, sonriendo como un colegial.

—¿Los has traído? —preguntó Julia.

—Por supuesto —dijo Fletcher—. Y hay más allí de donde estos vienen.

Fue hasta la parte trasera del remolque y ella le siguió. Desenganchó la rampa, la deslizó, y le tendió la mano. Ella sonrió, dejándose tomar de la mano, y él la ayudó a subir por la rampa. Entraron al interior del remolque juntos.

Una docena de cabezas peludas se levantaron para mirarlos, y varios hocicos aterciopelados apuntaron hacia la puerta. Había una colección de potrillos de todas las edades y colores —alazanes y palominos, castaños y pintados, y un pequeñajo escuálido de color canela— aguardando, de pie, apoyándose en sus enclenques patitas sobre la paja.

A Julia se le humedecieron los ojos por la emoción.

—Son preciosos.

—Y están vivos gracias a ti —dijo Fletcher.

Julia sonrió y él la atrajo hacia sí. Ella creyó que iba a darle un abrazo para felicitarla por su hazaña, y rio, pero entonces se inclinó, y la besó en los labios. Al principio se apartó, sorprendida; luego le devolvió el beso. Fue un beso corto, pero ambos sintieron el afecto que guardaba. Cuando se separaron, se acercaron a los potros para acariciarlos al mismo tiempo, sonriendo.

Julia tenía el pecho hinchado de orgullo y amor, y de algo parecido a la dicha, también. Por primera vez desde que podía recordar, se sentía eufórica. Aquel era el principio de un nuevo futuro, y no creía que hubiera mejor forma de vivir que salvando a aquellas pobres criaturas. Fletcher, Claude y ella se dedicarían a rescatar potros de yeguas nodrizas y otros caballos en honor a la memoria de Lilly. Los cuidarían y entrenarían hasta que fueran lo suficientemente grandes como para ser adoptados por familias amantes de los animales. Mientras tanto, correrían por los prados en

libertad, jugando, saltando y durmiendo sobre la hierba, ahuyentando los fantasmas de Blackwood Manor.

NOTA DE LA AUTORA

Durante el proceso de escritura de *El secreto de las hermanas Blackwood* me nutrí con las siguientes lecturas: *American Sideshow* de Marc Hartzman; *Shockedand Amazed: On & Off the Midway* de James Taylor; *Step Right This Way: The Photographs of Edward J. Kelty*; y *Carney Folk: The World's Weirdest Sideshow Acts* de Francine Hornberger.

ELLEN MARIE WISEMAN nació y se crio en Three Mile Bay, un diminuto poblado del norte del estado de Nueva York. Norteamericana de primera generación, Ellen visita con frecuencia a su familia en Alemania y allí se enamoró de la historia y la cultura de aquel país. Es madre de dos hijos y vive a orillas del lago Ontario con su marido y tres perros.

Notas

[1] Monday Man es una figura estadounidense que no existe en España. Es un tipo que va por ahí robando ropa de los tendederos. <<